



**UNIVERSIDAD MICHOACANA  
DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO**



*INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS*

*PROGRAMA DE DOCTORADO EN HISTORIA*

*PROMOCIÓN 2007-2011*

**ALFONSO REYES Y LA CREACIÓN  
DE SU MUNDO AMERICANO  
(1906-1924)**

*TESIS QUE PRESENTA*

**ALBERTO DONATO ENRÍQUEZ PEREA**

*PARA OBTENER EL GRADO DE*

**DOCTOR EN HISTORIA**

*DIRECTOR DE TESIS*

**DR. AGUSTÍN SÁNCHEZ ANDRÉS**

*MORELIA, MICHOACÁN, FEBRERO DE 2012*



*a la historia por la  
verdad, la inteligencia  
y el arte*

Para Martha, Andrea y Diego

*Ser americano es, ya de por sí, algo patético. El sólo hecho de existir los dos continentes es un hecho doloroso para la conciencia de los americanos... Yo no sólo soy americano, sino, peor aún, hispanoamericano.*

Alfonso Reyes

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar y de una manera destacada, a mi asesor de tesis, doctor Agustín Sánchez Andrés; a mis lectores, los doctores Gerardo Sánchez Díaz, Marco Antonio Landavazo, Juan Álvarez-Cienfuegos, Francisco Javier Dosil Mancilla y Fabián Herrera León. A la maestra Alicia Reyes, por las oportunidades que me brindó y me sigue brindando para consultar el archivo de su abuelo, Alfonso Reyes, que se encuentra depositado para su consulta en la Capilla Alfonsina. Al ingeniero Eduardo Mejía Muñiz y al bibliotecario José Antonio Serrano Domínguez, de la Capilla Alfonsina, ejemplos de profesionalismo y entrega total a las tareas encomendadas de guardar, preservar, difundir y conservar los papeles, libros y revistas de don Alfonso.

## ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	4
----------------------	---

INTRODUCCIÓN.....	8
-------------------	---

### CAPÍTULO I.

#### PREÁMBULO DE LA CONCIENCIA AMERICANA

1.- <i>Los primeros años</i> .....	14
2.- <i>Las protestas y reclamos de la juventud</i> .....	27
3.- <i>La revolución era una necesidad</i> .....	38
4.- <i>La fiesta americana del Centenario</i> .....	58

### CAPÍTULO II.

#### LAS REDES INTELECTUALES Y LA TRAGEDIA PERSONAL

1.- <i>Entre las letras y la política</i> .....	72
2.- <i>Cuestiones estéticas</i> .....	82
3.- <i>Una nueva generación</i> .....	100

### CAPÍTULO III.

#### RUTA AMERICANA: MÉXICO-PARÍS-MADRID

1.- <i>La inevitable salida de México</i> .....	117
2.- <i>En París: ausencias y presencias</i> .....	131
3.- <i>En París: faltaba Pedro</i> .....	149
4.- <i>En Madrid: está nuestro grupo</i> .....	159

### CAPÍTULO IV.

#### DIFUSIÓN DE LA OBRA AMERICANA

1.- <i>Las primeras reseñas</i> .....	172
2.- <i>Fray Servando: entre dos continentes</i> .....	194
3.- <i>Maestros americanos</i> .....	203

### CAPÍTULO V.

#### SIMPATÍAS, DIFERENCIAS Y CONCORDIA AMERICANA

1.- <i>Ortega el Americano</i> .....	222
2.- <i>Unamuno y Valle-Inclán, con la x de México</i> .....	241

3.-*Los dos caminos: España y América*..... 255

CONCLUSIONES..... 266

FUENTES..... 270

## INTRODUCCIÓN

América en la obra de Alfonso Reyes ha sido un tema clásico en los estudios y en los estudiosos alfonsinos. Basta con los siguientes autores y títulos de sus obras para darse cuenta de la importancia que ha tenido la cuestión americana en el pensamiento del escritor y diplomático mexicano: Rafael Gutiérrez Girardot, Premio Internacional Alfonso Reyes (2002), en su estudio pionero, *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955)<sup>1</sup>; Ramón Jiménez López, *Alfonso Reyes y el descubrimiento de América* (1992); Leopoldo Zea, *Alfonso Reyes. La X, lo americano y lo universal* (1999). De igual manera se han publicado antologías con sello americano, como la del mexicano Víctor Díaz Arciniega, *Vocación de América. (Antología)* (1990), y la del español Agapito Maestre, *Alfonso Reyes. Ensayos sobre la inteligencia americana. Antología de textos filosóficos* (2002). Tampoco han faltado estudios entre personalidades americanas y Alfonso Reyes como es el caso con Jorge Luis Borges<sup>2</sup> ni tampoco los epistolarios como los realizados, entre otros, por Adolfo

---

<sup>1</sup> En la primera carta que se conoce de Rafael Gutiérrez Girardot a Alfonso Reyes le dijo cuál fue el objetivo de su trabajo, *La imagen de América en Alfonso Reyes*: “La nota tiene pocas o ninguna pretensiones. Quería yo que con ella, los muchos que no saben que América existe como problema, acudieran a sus libros en busca de orientación y consejo. Hubiera querido hacer algo más completo, más detellado, más redondo, pero no me fue posible. Porque precisamente yo fui uno de esos que no saben que existe América. sólo cuando llegué a España me di cuenta de la cuestión, y fue entonces cuando ‘descubrí’ un buen número de autores que ya desde hace muchísimo tiempo se habían ocupado del asunto. Es terrible. Porque yo en Colombia no me ocupaba ni siquiera de comprar libros hispanoamericanos sobre cuestiones nuestras, pues ni miraba los libros. Esta sería una muestra de nuestra incomunicación “Carta de Rafael Gutiérrez Girardot a Alfonso Reyes. Madrid, 17 de enero de 1952, en *Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar, recopilación, introducción y aclaraciones contextuales* de Adolfo Caicedo Palacios, Bogotá, Siglo del Hombre Editores / Universidad de los Andes, 2009, p. 289. [Biblioteca Universitaria. Ciencias Sociales y Humanidades. Conversaciones]. cf., en *Pensamiento americano*, de Gutiérrez Girardot, dos textos que valen la pena citar por la relación de Reyes y América: “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)” y “Alfonso Reyes y la historiografía”, en Rafael Gutiérrez Girardot, *Pensamiento hispanoamericano*, prólogo de R. H. Moreno Durán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. [Textos de Difusión Cultural. Serie El Estudio].

<sup>2</sup> Cf., Amelia Barili, *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: la cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*, prólogo de Elena Poniatowska, México, Fondo de Cultura Económica, 1999. [Lengua y Estudios literarios].

Caicedo Palacios, para colombianos<sup>3</sup>; Rafael Vargas, para peruanos<sup>4</sup>; o por regiones, como los de Serge I. Zaïtzeff, para los platenses<sup>5</sup>; Alejandro González Acosta, para los habaneros<sup>6</sup>. Igualmente las misivas de Reyes con personalidades americanas como Victoria Ocampo<sup>7</sup>, Mariano Picón Salas<sup>8</sup>, Juana de Ibarbourou<sup>9</sup>, Raimundo y María Rosa Lida<sup>10</sup>, Germán Arciniegas<sup>11</sup>, Roberto F. Giusti<sup>12</sup>, Pedro Henríquez Ureña<sup>13</sup>, José María Chacón y

---

<sup>3</sup> En un solo volumen Caicedo incluyó a los colombianos Ricardo Arenales, Baldomero Sanín Cano, Germán Pardo García, Fernando González, Antonio Gómez Restrepo, Germán Arciniegas, Antonio Llanos, Gonzalo Restrepo Jaramillo, Jorge Zalamea, Hernando Téllez, Alberto Lleras Camargo, Rafael Gutiérrez Girardot, Jorge Luis Arango, Félix Restrepo, Jorge Gaitán Durán, Roberto García Peña, Eduardo Santos, Luis Enrique Osorio, Eduardo Cote Lamus y Samuel Jaramillo Giraldo (*Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar*, cit.).

<sup>4</sup> En un solo volumen, Vargas incluyó los peruanos Luis Alberto Sánchez, Luis Fernán Cisneros, Francisco Eduardo Carrillo, a los hermanos Ventura y Francisco García Calderón, Rosa Amalía de García Calderón, Jorge Vasadre, José de la Riva Agüero, Estuardo Núñez, Emilio Adolfo Westphalen, Luis Fabio Xammar, Francisco Eduardo Carrillo y José Durand (*Alfonso Reyes y los escritores peruanos*, compilación y notas de Rafael Vargas, México, El Colegio de México, 2009).

<sup>5</sup> Cf., *20 epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, compilación de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 2008; *Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, edición de Serge I. Zaïtzeff, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009. [Margen literaria].

<sup>6</sup> *Cartas a La Habana. Epistolario de Alfonso Reyes con Max Henríquez Ureña, José Antonio Ramos y Jorge Mañach*, compilación, transcripción, prólogo y notas de Alejandro González Acosta, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. [Nueva Biblioteca Mexicana, 102].

<sup>7</sup> *Alfonso Reyes / Victoria Ocampo. Cartas echadas. Correspondencia 1927-1959*. Edición y presentación de Héctor Perea, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1983. [Colección de Cultura Universitaria. Serie / Correspondencia 8]. Esta correspondencia tiene una segunda edición, *Cartas echadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Victoria Ocampo. (1927-1959)*, segunda edición revisada, México, presentación y compilación de Héctor Perea, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009. [Margen literaria].

<sup>8</sup> *Odiseo sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. (Correspondencia 1927-1959)*, compilación transcripción, presentación y notas por Gregory Zambrano, Venezuela, Fundación Casa de las Letras “Mariano Picón Salas” / Consejo Nacional de la Cultura, 2001. De esta correspondencia hay una edición mexicana: *Odiseo sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. (Correspondencia 1927-1959)*, compilación, presentación y notas de Gregory Zambrano, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León / Universidad de Los Andes, 2001. [Ediciones del Festival Alfonsino].

<sup>9</sup> *Grito de auxilio. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Juana de Ibarbourou*, compilación de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 2001.

<sup>10</sup> *Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel. Correspondencia*, edición de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio de México, 2009.

<sup>11</sup> *Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*, compilación de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 1998.

<sup>12</sup> *Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto F. Giusti*, México, El Colegio Nacional, 2000.

<sup>13</sup> *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo. (1906-1946)*, tres tomos, recopilación de Juan Jacobo Lara, Santo Domingo, República Dominicana, 1983. Hay una edición mexicana de su apistolario, de la cual sólo ha salido el primer volumen: *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I: 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. [Biblioteca Americana].

Calvo<sup>14</sup>, Gabriela Mistral<sup>15</sup> y Borges<sup>16</sup>. Así como los de origen guatemalteco, argentino y costarricenses que vivieron en México casi toda su vida: Luis Cardoza y Aragón, Arnaldo Orfila Reynal y Alfredo Cardona Peña<sup>17</sup>, respectivamente. Sin contar el centenar de artículos y ensayos que abundan en diarios y revistas mexicanas y extranjeras<sup>18</sup>.

El tema y la preocupación americana se encuentran latentes en los estudios señalados y, sin embargo, lo que ha faltado es el estudio de cómo Reyes fue creando su mundo americano, por qué y para qué lo hizo. Para emprender esta ardua tarea fue necesario abordarlo desde la historia intelectual y política; y desde las llamadas redes intelectuales. Y para responder aquéllas tres preguntas fue necesario investigar en el archivo privado del autor de *Cuestiones estéticas*, revisar sus *Obras completas*, los epistolarios publicados e inéditos y cuando fue posible acceder a otros archivos de sus contemporáneos con el objeto de enriquecer este trabajo, sin dejar asimismo de señalar el contexto histórico entre 1907 y 1924.

---

<sup>14</sup> Zenaida Gutiérrez-Vega, *Epistolario Alfonso Reyes-José Ma. Chacón*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.

<sup>15</sup> *Tan de usted: epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, compilación de Luis Vargas Saavedra, Santiago, Hachette / Ediciones Universidad Católica de Chile, 1990.

<sup>16</sup> Carlos García (ed), *Discreta efusión. Alfonso Reyes- Jorge Luis Borges. 1923-1959. Correspondencia y crónica de una amistad*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2010. [Correspondencias del Plata, 1].

<sup>17</sup> *El mar en una nuez. Correspondencia entre Luis Cardoza y Aragón y Alfonso Reyes. 1930-1958*, México, CONACULTA/FONCA, 2002. [Breve Fondo Editorial]; Serge I. Zaïtzeff, *Correspondencia 1923-1957. Alfonso Reyes – Arnaldo Orfila Reynal*, México, Siglo XXI Editores, 2009. [La creación literaria]; *Correspondencia Alfonso Reyes / Alfredo Cardona Peña (1944-1958)*, México, El Colegio Nacional, 2011.

<sup>18</sup> Un notable esfuerzo fue el que realizó Alfonso Rangel Guerra, primero; y más tarde, James W. Robb, al editar en ocho tomos artículos y trabajos dispersos sobre la obra alfonsina. Cf., sobre el tema que nos ocupa: Antonio Castro Leal, “América. Nueva y última Tule”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen I, segunda parte, segunda edición, compilación de Alfonso Rangel Guerra, México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 541-546; Alfredo Cardona Peña, “Alfonso Reyes, americano universal”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen II, primera parte, compilación de Alfonso Rangel Guerra, México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 155-159; Rafael Gutiérrez Girardot, “Notas e informaciones sobre la imagen de América en Alfonso Reyes”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen II, primera parte, cit., pp. 324-335; José María Chacón y Calvo, “Alfonso Reyes en Madrid”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen II, segunda parte, compilación de Alfonso Rangel Guerra, México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 425-429; y, Víctor Díaz Arciniegas, “Vocación de América”, en *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen IV, segunda parte, selección y bibliografía de James Willis Robb, México, El Colegio Nacional, 1996, pp. 546-553.

Este trabajo lo iniciamos en 1907 porque es la primera ocasión en donde encontramos una referencia sobre América e inicio de sus preocupaciones y desvelos. Y terminamos en el año de 1924 no porque aquí Reyes termine su reflexión y estudios sobre América, sino porque es un año significativo crucial y significativo en su vida y en su pensamiento americano. Deja España después de diez años de permanecer en este país, regresar a México y vuelve nuevamente a Francia. Este retorno es completamente diferente al primero que hizo, en 1913. Pero para esta ocasión ha puesto, sin duda alguna, las bases de la creación de su mundo americano.

La tesis está dividida en cinco capítulos. Dos, dedicados a estudiar la estancia de Alfonso Reyes en México y los albores de su creación americana. Uno, a sus días en Francia; y su arribo a España. Y los dos últimos capítulos son los que describen, estudian y analizan el trabajo que Reyes hizo de difusión de la vida y la obra de americanos, y de la relación que tuvo con intelectuales españoles que miraban como él, a América. Así pues, en cinco capítulos que conforman este trabajo se desarrolla el tema planteado: la creación de su mundo americano.

La creación del mundo americano de Reyes fue un trabajo lento, laborioso, que tuvo una primera etapa y que le sirvió de telón de fondo, México; un drama, la vida política de su padre; un afán, ser Alfonso Reyes. Los años que Reyes vivió en la Ciudad de México, después de terminar su educación elemental en su ciudad natal, Monterrey, fueron decisivos en la formación de su personalidad. Por otra parte, el joven Reyes no sólo fue testigo de las primeras jornadas de protestas contra el régimen de Porfirio Díaz sino en ocasiones fue protagonista. Tampoco fue indiferente a las luchas políticas de los candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República, para las elecciones de 1910. Le apostó, a su

manera, al maderismo. Y en los años posteriores al estallido de la revolución maderista, la salida de Díaz del país, la derrota del ejército porfirista por los maderistas, la transición entre el viejo y nuevo régimen, (única transición que ha habido en México), la convocatoria de nuevas elecciones, el triunfo de Madero, su asesinato, y la llegada de Huerta al poder en 1913, el joven Reyes fue un agudo observador político y en muchas ocasiones polémico escritor y adversario político del huertismo.

Este fue el México que vivió y acaso no fue cómo a él le hubiera gustado que viviera. Y sin embargo, cómo su espíritu quedó marcado por lo que vivió en estos años; cómo disfrutó a sus amigos mexicanos y americanos; cómo vivió la vida y a qué grado; y cómo las dificultades, sobre todo políticas, lo hicieron saber a edad temprana, que la política es fierina y también humana; destructiva y asimismo creadora; cruel y sin lugar a dudas civilizadora. Con la política los hombres se hacen animales o se vuelven dioses.

La suerte quiso que en esa época Reyes se rodeara de jóvenes que tenían un mismo afán: hacer de México un país moderno, que no olvidaban que una de las grandes tradiciones era el laicismo; que apostaban por la educación y por la cultura para erradicar la ignorancia y la violencia; que sabían que este país no era una isla sino que formaba parte de un continente que tenía casi la misma historia; que las luchas que estaban dando las nuevas generaciones de mexicanos también las estaban haciendo otros jóvenes en algunos países de nuestra América. Y los hombres perseguidos por las oligarquías locales y por las jerarquías católicas llegaban a México y se sumaban a la obra de regeneración política y cultural de los jóvenes mexicanos. Y se dio el ejemplo, ciertamente no único, que esta juventud americana radicada en México hiciera su gran aporte espiritual a esta tarea renovadora y transformadora.

La segunda y última etapa fue la que Reyes vivió en Francia; pero sobre todo, en España. En París vivió un nuevo drama: la ausencia de sus amigos. Con otro fondo: la lejanía de la patria. Y un grande dolor: vivir como un exiliado voluntario. En Madrid, se aliviaron sus penas: encontró amigos como los tuvo en México y se puso a hacer lo que tanto soñaba, escribir. Y entre París y Madrid se halló con una dura realidad: América casi nadie la conocía. Contados eran los americanistas que trataban de dar otra imagen de la que tenían los europeos. Fue sobre todo España quien le dio la oportunidad y los medios para que Reyes hiciera la construcción de ese mundo americano, que no era otro, que el de la inteligencia.

Definitivamente, España fue la más grande y afortunada opción que Reyes tomó ante la guerra que se avecinaba y el único lugar en donde se podía dedicar a las letras y ganarse el pan de cada día. España le abrió las puertas con generosidad, y sus intelectuales, de dos generaciones, la del 98 y la del 14, lo acogieron como uno de ellos, lo invitaron a colaborar en sus proyectos, y lo llevaron a las instituciones donde se discutían los temas que a España le interesaba discutir: el de su futuro. Desde esos lugares y tribunas Reyes fue creando ese mundo, que no era ajeno al mundo español. Pues Reyes creía, repitiendo siempre aquella idea de Ortega y Gasset, que para los españoles: *América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida.*

## CAPÍTULO I. PREÁMBULO DE LA CONCIENCIA AMERICANA

### 1.- Los primeros años

Alfonso Reyes nació el 17 de mayo de 1889, en Monterrey, Nuevo León. Sus padres fueron Aurelia Ochoa, y el general Bernardo Reyes<sup>19</sup>, gobernador que hizo del estado de Nuevo León un emporio económico<sup>20</sup>. Alfonso fue el benjamín de una familia numerosa, 10 hijos y un medio hermano. Su infancia la pasó cerca de su progenitor y los contados ratos libres que tenía el general los disfrutaba porque leí y leían clásicos griegos. Su padre conocía tan bien la historia griega que un día le trazó unas líneas para explicarle la importancia de la batalla de Marathón. Y esa curiosidad que le inculcó el padre más su afán de saber y conocer lo llevó a descubrir la biblioteca paterna, que era una librería envidiable, donde encontró novedades literarias e históricas, ediciones raras y princeps, como el *Libro della arte della guerra*, de Niccoló Maquiaveli, que en el colofón señala que fue Impresso in Firenze per li Heredi di Philipppo di Giunta, en 1528, obsequio de Ramón Corona al general

---

<sup>19</sup> Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976, p. 312. [Genio y figura, 30]. El oriundo de Jalisco era de prosapia liberal, republicano por herencia paterna<sup>19</sup> y por convicción, y por añadidura, un mecenas. Sabía conjugar las armas y las letras. La historia para él era viva enseñanza. De esa afición leyó aquellos voluminosos tomos de la *Historia Universal* de César Cantú, y con otras fuentes dio a la estampa *Un bosquejo sobre La marcha de la humanidad*, publicado en Monterrey, bajo el sello de la Tipografía del Gobierno en Palacio, a cargo de Viviano Flores, en 1890. Libro que salió con el anagrama de su nombre: José Banrrer. Fue también notable su colaboración en la serie dirigida por Justo Sierra, *México. Su evolución social*, con su aportación, “El Ejército Mexicano”, así como la biografía que hizo del General Porfirio Díaz. De su propio peculio editaba obras de jóvenes escritores e historiadores y su gusto y pasión por la poesía no era el secreto mejor guardado. Era conocida la opinión del poeta potosino Manuel José Othón que aseguraba que el general Reyes corregía no sólo con rigor sino con buen gusto sus poemas<sup>19</sup>. Por otra parte, la audacia política del general Reyes fue reconocida por el presidente de la República, general Porfirio Díaz, quien lo invitó a su gobierno para hacerse cargo del ministerio de Guerra, en donde realizó otra hazaña: modernizó el Ejército mexicano y creó la Segunda Reserva. Es decir, movilizó a diez y seis mil ciudadanos dispuestos a defender a la patria sin costarle un solo centavo al erario nacional<sup>19</sup>. Éxito que lo hizo favorito de grupos políticos para ocupar la presidencia de la República y asimismo enemigo del grupo de científicos, entre ellos y en forma particular, del que se consideraba la cabeza, del ministro de Hacienda, José Ives Limantour. Cf., para la relación del general Reyes con el poeta Othón, Alfonso Reyes, “Sobre Manuel José Othón”, en *Repertorio Americano. Semanario de Cultura Hispánica*, San José Costa Rica, tomo XXXV, número 3, año XIX, número 835, pp. 43 y 44; Manuel José Othón, *Epistolario*, recopilación, transcripción, introducción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999. [Ida y regreso al Siglo XIX]. Una biografía del general Reyes recientemente editada, Artemio Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, México, Tusquets Editores, 2009. [Colección Centenarios, 4]).

<sup>20</sup> A finales del siglo XIX “se calculaba en casi veinte millones de pesos la inversión industrial” en el estado de Nuevo León; y sin embargo, este rubro no fue el más exitoso sino el educativo, con excepción de lo que se ha llamado la educación superior (Artemio Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, cit., p. 293).

Reyes<sup>21</sup>. Pequeño gran mundo donde fue creciendo y formándose; y donde vio a su padre como un Atlas.

Al terminar sus estudios elementales, Alfonso se trasladó a la Ciudad de México a seguir afinando su espíritu. En la capital de la república mexicana continuó el hábito que adquirió en la casa paterna, leer los clásicos griegos; y libros que fue descubriendo, conociendo y disfrutando como la lectura del *Quijote* y la de *La divina comedia*; más sus propias adquisiciones, las obras de Goethe y Flaubert. Así llegó el tiempo de pasar de las lecturas a dejar por escrito sus impresiones, deseos y aventuras de un joven adolescente. Época en donde empezó otro hábito que nunca dejaría, leer y comentar los trabajos de sus amigos de generación, y expresar su orgullo por la cultura e historia mexicanas. Porque para el joven Reyes, al empaparse de la grandeza mexicana “más fuerzas” tendría para lanzarse al porvenir<sup>22</sup>.

Reyes, por otra parte, veía con gusto el desenvolvimiento intelectual de los jóvenes de la Escuela Nacional Preparatoria y los de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Estos jóvenes eran heraldos de los nuevos tiempos y decían las cosas sin temor alguno. Era el preludio y gestación de un movimiento que nadie sabía dónde desembocaría, pero de lo que sí estaban seguros era que estaba naciendo una nueva conciencia. Sobre este tema versó la carta de Reyes a Ignacio Valdés, 30 de marzo de 1905. Le dijo a su amigo que fue a la velada que organizaron los estudiantes de Jurisprudencia en honor de Pallares, y quedó “satisfecho” porque los estudiantes que hablaron “fueron todos valientes, y no tuvieron miedo a decir algunas cuantas verdades, delante de los científicos que presidían la fiesta”, como Justo Sierra y Pablo Macedo. Estos estudiantes siempre que organizaban “alguna

---

<sup>21</sup> El libro de Maquiavelo lleva dos dedicatorias que hay que estudiar, por lo que enseñan. La primera: “Al Señor general D. Ramón Corona, Ministro Plenipotenciario de México en Portugal y España. recuerdo de su respetuoso amigo, Luis Bretón y Vedia, Lisboa, 20 de julio de 1884”. Y la segunda: “Al Señor General de División Bernardo Reyes, honor del ejército de mi país, envío este libro que tanto estimaba mi infortunado padre, en nombre y representación de todos mis hermanos. México, junio 24-1901. Ramón Corona” (*Biblioteca Alfonsina*, México, boletín núm., 5, mayo de 1959, p. 4).

<sup>22</sup> Carta de Alfonso Reyes a Ignacio H. Valdés. México, 16 de enero de 1905, en Aureliano Tapia Méndez (Comp.), *Correspondencia Alfonso Reyes / Ignacio H. Valdés. 1904-1942*, 2ª., edición, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2008, pp. 54 y 55. [Ediciones del Festival Alfonsino. Colección 75 aniversario].

velada por este estilo”, invitaban a los científicos a presidir, “con el objeto de ponerlos en ridículo, sin duda”, pues se desataban “en indirectas contra ellos”<sup>23</sup>.

El adolescente nativo de Monterrey tenía por ese entonces diez y seis años. Era de “blonda cabellera y muy abundante”. Le gustaba ir a la peluquería *El Club*, propiedad de Marcial Perea, peluquero de su padre, situada en la calle de la Mariscal, hoy Avenida Hidalgo<sup>24</sup>. Era un joven muy propio y bien educado. La pasión por las mujeres estaba despertando. Pensaba en las novias, en las relaciones sexuales casuales y duraderas, en agarrar lagartijas, en hacer deportes<sup>25</sup>, en buscar la musa, del mismo modo tener disciplina para aprender, habilidad para organizar y fomentar sociedades de estudios, seguir leyendo y traduciendo del francés, continuar la lectura de los clásicos griegos, expresar y discutir sus ideas.

Los libros que acumulaba en su repisa ya no cabían y deseaba tener su biblioteca. Por todo ello era querido por sus compañeros preparatorianos y amigos; y por aquéllos que sabían que era el hijo del general Bernardo Reyes. Alfonso pues, estaba siendo reconocido por su sensibilidad y disposición para las cosas de la cultura nacional, aunque pesaba aún la herencia del apellido paterno. Muy pronto pues, se le acercaron hombres de gran trayectoria intelectual, como Jesús Valenzuela, director de la revista más importante de México, la *Revista Moderna de México*.

---

<sup>23</sup> Carta de Alfonso Reyes a Ignacio H. Valdés. México, 30 de marzo de 1905, en Aureliano Tapia Méndez, *Correspondencia Alfonso Reyes / Ignacio H. Valdés. 1904-1942*, cit., p. 86.

Lo que se observó el joven Reyes no era algo esporádico. Se deban señales que las cosas en México estaban funcionando mal. El descontento se manifestaba en varias partes. El 1 de julio de 1905, por ejemplo, se celebró en la Ciudad de México el Primer Consejo Obrero, bajo los auspicios de la Liga de Torcedores de Tabaco. Trabajadores que fueron los primeros en organizarse sindicalmente y que en Veracruz “decretaron en febrero la primera huelga habida en la República, contra la fábrica de puros *El Valle Nacional*, de Jalapa, Ver., huelga que fue ganada por los obreros después de un mes de estar paralizada las labores”. Pues bien, a ese evento fue invitado el presidente Díaz. En su lugar envió a Justo Sierra. Y al “escuchar los discursos incendiarios de los trabajadores, se alarmó y expresó que era imposible luchar contra las cuarenta mil bayonetas del gobierno” (Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución Mexicana. Primera etapa (1901 a 1913)*, México, Editorial Jus, 1960, p. 39. [Figuras y episodios de la historia de México. no. 82]).

<sup>24</sup> El peluquero del general Bernardo Reyes y de Alfonso Reyes se llamaba Fausto Ubaldo (Carta de Fausto Ubaldo B., a Alfonso Reyes. México, 29 de septiembre de 1954 y carta de Alfonso Reyes a Fausto Ubaldo. México, 5 de octubre de 1954, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2558).

<sup>25</sup> Un joven estudioso de la obra periodística de Alfonso Reyes escribió que “aún no escribía sus primeras páginas y su vida campirana en el México de principios del siglo XX, ya le habían ensañado que los del campo no podían ser dignos de su tierra, sin antes saber controlar y querer al potro con la natural fuerza y voluntad del hombre” (Marcos Daniel Aguilar, “Alfonso Reyes: poesía a lomo y a galope”, en *Mundo equino*, México, año 7, número 40, septiembre/octubre 2009, pp. 14 y 15).

Reyes justamente recibió una carta de Valenzuela, 22 de septiembre de 1906, y adjunta, con la misma fecha, una circular, donde le pedía ayuda y apoyo para la erección de la estatua en honor de Manuel Gutiérrez Nájera<sup>26</sup>, el *Duque Job*, a iniciativa de Jesús E Luján, Julio Luján, Luis Sotomayor, Ramón Guerrero, José A. Ortiz y Abraham Luján Z. Le encarecía que, en unión de los señores Francisco S. Astiazarán y Quirino E. Silva, fuera a la Escuela Nacional Preparatoria a vender suscripciones para ese monumento y lograda la recaudación la remitieran a la revista o la depositara en el Banco Central Mexicano<sup>27</sup>.

El joven oriundo de Monterrey puso mano a la obra y aprovechó esta comunicación para decirle a Valenzuela que pronto le enviaría sus poemas. No pasó mucho tiempo cuando el director de la *Revista Moderna de México* recibió *Oración pastoral*, y Valenzuela, de inmediato, le dio acuse de recibido, 6 de diciembre de 1906, no si antes asegurarle que su poema saldría en el próximo número de enero. Además, esperaba *Termópilas*, para que a su vez lo remitiera a Julio Ruelas, que residía en París, para que hiciera la ilustración respectiva<sup>28</sup>. No quería publicar el poema de otra manera. Era el estilo que había adquirido la revista y fama era que salieran los poemas acompañados de dibujos de Ruelas, como los de Amado Nervo, José López Portillo y Rojas y Roberto Argüelles Bringas<sup>29</sup>. Igualmente le dijo que veía cómo cuidaba, y mucho, “la forma de sus versos”. Hacía bien, y le dio estos consejos: Procurar que “no por la forma sacrificar lo espontáneo y fresco de su inspiración”; seguir a Horacio; y, que el “Gran pensamiento en egregio molde es el secreto de la gran poesía”. Le daba las gracias por lo que seguía haciendo en pro del monumento al

---

<sup>26</sup> La *Revista Moderna de México* señaló en una de sus páginas la importancia de erigir el monumento al *Duque Job*, al decir que el poeta fallecido el 3 de febrero de 1895 era “digno de una consagración nacional y digno de vivir en todos los corazones, recordado por el mármol y el bronce, ya que fue su obra, entre nosotros, la que supo interpretar con más ardor y generosa fe, el glorioso pensamiento ruskiniano: hacer más buena y más feliz a la humanidad, por la injerencia del arte en la vida, necesaria también como el pan de cada día” (“Triunfo del arte en México. Una brillante glorificación”, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2600).

<sup>27</sup> Carta de Jesús Valenzuela a Alfonso Reyes. México, 22 de septiembre de 1906. Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2600.

<sup>28</sup> Julio Ruelas murió en París el 16 de septiembre de 1907. De acuerdo con el “Índice de autores con obras ilustradas por Julio Ruelas”, no aparece el nombre de Reyes (Margarita Rodríguez Lobato, *Julio Ruelas... Siempre vestido de huraña melancolía. Temática y comentario a la obra ilustrativa de Julio Ruelas en la Revista Moderna, 1898-1911*, México, Universidad Iberoamericana /Departamento de Arte, 1998, p. 219 y 220).

<sup>29</sup> Sobre este asunto, véase, los estudios y las ilustraciones que vienen en los siguientes libros, Jorge J. Crespo de la Serna, *Julio Ruelas en la vida y en el arte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968. [Presencia de México, 3]; y Maricela Rodríguez, *Julio Ruelas. Una obra en el límite del hastío*, México, CONACULTA, 1996. [Cículo de Arte].

*Duque Job* y le participó que de Cuba y de El Salvador recibió donativos. Le deseaba, finalmente, que pasara “el tiempo muy feliz al lado de los suyos”<sup>30</sup>.

Entre las fechas de esas dos cartas, sucedió un hecho que enlutó la literatura nacional, la muerte del poeta Manuel José Othón, 28 de noviembre de 1906. Para la familia del general Reyes este fallecimiento fue muy sentido. El gobernador de Nuevo León lo tenía en alta estima, lo protegió e influyó para que fuera diputado al Congreso de la Unión (1900-1901). Para el joven Reyes fue también un duro golpe y lo manifestó en dos poemas escritos en 1907. El primero lo escribió en la Ciudad de México, en el mes de enero, y se intitula, en *La tumba de Manuel José Othón*; y el segundo, en su tierra natal, hecho en diciembre, *A un poeta bucólico*<sup>31</sup>.

Sin embargo, la cuestión más significativa en la vida del joven regiomontano en estos últimos meses de 1906 fue la oportunidad de desarrollar un tema para los alumnos que cursaban primero y segundo curso de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria. Con ello obtendrían su calificación y como premio la publicación de su trabajo. Para este certamen Reyes escribió “El hombre debe amar a la Patria”. Y en su desarrollo no olvidó señalar que México formaba parte de América y que estaba hermanada con sus pueblos por lazos comunes. América pues, aparecía por primera ocasión en su primer trabajo en prosa.

Reyes inició su composición señalando que cada pueblo construía el edificio de su progreso; que noble era la “figura del arquitecto” que trabajaba “con la inteligencia”, y que la burguesía aprestaba “sus músculos y su dorso para acarrear las piedras de la construcción”. El edificio quedaba cimentado con “carne humana”, como la tierra que reposaba en las espaldas de Atlas. La Patria era un sentimiento popular. El patriotismo engendraba héroes, y los patriotas, los verdaderos patriotas, no los impostores, deslumbraban a la “claridad del día”. Por lo tanto, desde que se tenía noticias de la

---

<sup>30</sup> Carta de Jesús E. Valenzuela a Alfonso Reyes. México, 6 de diciembre de 1906, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2600.

<sup>31</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. X. Constancia poética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 23; y, pp. 27 y 28. [Letras mexicanas]. En los Cuadernos del joven Reyes se encuentra este poema fechado en enero de 1907: El Poeta-Pastor sigue cantando / y, a la virtud de sus piadosos ruegos / se empeñan en vivir los dioses griegos / Y siguen, como sombras desfilando.- Y los labriegos siguen escuchando, / y se hallan tan absortos los labriegos /que ni ven a los tímidos borregos / al mastín guardador y al lobo infando (5°. Cuaderno. De 7 de marzo 1906. México D.F., a 1910. Alfonso Reyes. p. 47)

existencia de nuestra América hasta esta fecha “un desfile de abuelos varias veces ilustres” llenaban las “horas de nuestra Historia, enseñándonos a bien morir; y tras ellos” llegaba “la turba de los anónimos, de los gladiadores no glorificados” que iban “cayendo sobre sus escudos y formando una pirámide informe de músculos y armas”. ¡Y parecía que desde arriba, la Gloria dejaba caer “tíestos de coronas y de flores”! ¡La patria debería “amar a sus héroes y a sus grandes hombres”, ya que sólo vivía para ellos!<sup>32</sup>.

¿Cómo, entonces, deberíamos entender el amor patrio?, se preguntaba Reyes. Siendo buenos ciudadanos, respondió al instante, siguiendo las ideas de Platón. Pero observaba que en esta época el civismo se iba olvidado y perdiendo. Era un defecto que tenían los americanos; y los mexicanos, por partida doble, porque se traía “del indio esclavizado y del español prostituido”. Reyes urgía a los mexicanos y a los americanos recuperar el patriotismo bien entendido, “robusto y firme, firme y sereno como el Olimpo de los Dioses Griegos que con ser tan frío bastó para conservar por tanto tiempo el fuego de Vesta en los hogares, y la unidad en los hombres que de otro modo se hubieran agotado en reyertas intestinas como al fin tuvo que suceder en el mismo momento en que, desde los jardines de Academus, Anexágoras y los filósofos de su tiempo arrancaban a las manos de Zeuz el cetro de rayos”. El buen ciudadano era pues, un buen patriota, a tal conclusión llegó el joven preparatoriano. Por lo que composición mereció el aplauso del jurado y la publicación<sup>33</sup>, acaso la primera, en forma de folleto, intitulada *Composiciones presentadas en los exámenes de 1º., y 2º., curso de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria por el alumno Alfonso Reyes.*

Unas semanas después, en febrero de 1907, Reyes leyó su “Alocución en el aniversario de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria”, ante el ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, invitado especial a esta conmemoración. La presencia de Sierra era muy significativa, porque desde su llegada al Ministerio que creó por iniciativa suya en 1905, abrió las puertas “a todos los vientos del saber, y una oleada de

---

<sup>32</sup> *Composiciones presentadas en los exámenes de 1º., y 2º., curso de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria por alumno Alfonso Reyes*, México, Tip. Económica, 1907, p. 7.

<sup>33</sup> *Composiciones presentadas en los exámenes de 1º., y 2º., curso de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria por alumno Alfonso Reyes*, cit., pp. 7 y 8.

rejuvenecimiento entró a bañar las frentes pensadoras de los profesores y las frentes juveniles de los estudiantes”, según Rubén M. Campos<sup>34</sup>.

Alfonso empezó a leer su trabajo y se dirigió a los alumnos de la ilustre institución, alumnos inquietos y en movimiento, en las aulas y en las cátedras, como todo proceso de gestación. Reyes les deseaba que las “inquietudes” que se guardaban a sazón tuvieran “vivideros efectos”. E invitaba a todo el público, en especial a los jóvenes, asumir la divisa de Goethe: *entrar a la vida de la inteligencia*. El joven regiomontano aún recordó otra máxima del escritor y filósofo alemán: *el objeto de la vida es la propia cultura*. De ahí que nada más halagüeño que constatar día con día “el nuevo caudal adquirido” y no había nada que igualara esa máxima goethiana en eficacia y anhelo. Anhelo que debería ser divisa de la juventud mexicana: “ser cada día más sabio y más bueno”. De la misma forma recordaba que Goethe insatisfecho “con la tarea de toda una existencia fecunda” se lamentaba en el último instante de la vida “no haber alcanzado todavía mayor perfeccionamiento, ya sublevándose contra la sombra que nubla ya los turbados ojos, se endereza en el mortuorio lecho, cual si reviviera para hacer revelaciones misteriosas –llave de todo natural secreto- y grita delirante y estremecido, como el pensador alemán: ‘Luz, más Luz’”<sup>35</sup>.

El filón ilustrado del joven Reyes salió a relucir en tan oportuna ocasión. Enfrente tenía al ministro Sierra que sabía como nadie interpretar los signos de los tiempos y el ministro con suma atención escuchaba las palabras del hijo del general Bernardo Reyes. Alfonso por supuesto que también sabía a quién tenía enfrente. Por eso expresó que la Escuela era lo mejor que teníamos en la vida. La Escuela moldeaba y avivaba la inteligencia. Templo del espíritu. Crisol. Santuario donde los ideales de la humanidad se purificaban. Las ideas iban y venían y nuevos impulsos redoblaban y fortificaban los cuerpos. *Sin ideales* no podría vivir la humanidad porque el *ideal* era “el secreto de toda humana energía, la causa de todo empuje, la razón de toda lucha”.

Por un ideal, Dante necesitó de Beatriz para recorrer los nueve círculos del infierno; y por un Nazaret, santa Teresa se arrancó el corazón y lo exprimió “sobre los hombres como

---

<sup>34</sup> Rubén M. Campos, *El bar. La vida literaria en México en 1900*, prólogo de Serge I. Zaïzeff, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 102. [Al Siglo XIX. Ida y regreso].

<sup>35</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 314. [Letras mexicanas].

hisopo de agua bendita”. Por el ideal, el rebelde Titán robó el fuego divino y por ello lo castigaron y lo clavaron “en arisca roca del Tártaro” y se empinaba, “amenazante”, para predecirle al Zeus tirano que la Tierra pariría hijos que le arrancarían el “celestes trono”. Estos eran ideales, benditos ideales que se transformaban en “amante reclamo, oración devota, sacrificio piadoso, rayo de coraje y reivindicación”.

La alocución subió de tono y fue preciso para no perder el ritmo hacer este vehemente llamado a los jóvenes preparatorianos: “vosotros sois la razón de ser de la humanidad; vosotros contaréis tantos siglos cuanto la humanidad alcance, y cuando el universo, fatigado de existir, desaparezca en la aniquilación absoluta que petrifique vidas y extinga soles, entonces, entonces moriréis, oh ideales”<sup>36</sup>. Reyes insistió que la Escuela daba los medios para cultivar la inteligencia y propuso seguir la línea de conducta que se trazó la cultura helénica cuando quería “un alma sana en un cuerpo sano”. La vida diaria transitaba entre la pasión y la prudencia, entre lo material y lo espiritual. Por eso había que estar siempre enamorado de la Escuela, para ser “anhelantes de la alta cultura y laborando vuestra propia dicha, en espera de una vida de provechoso estudio, mejor que de inmediato éxito comercial”<sup>37</sup>.

El joven Reyes hizo un alto en su razonamiento y al instante levantó su voz y leyó un pequeño gran poema en prosa para poner punto final a su elocución: “¡El amor a la vida! El sagrado amor que cantaban los efebos antiguos coronados de laurel y de mirto”. Este amor era el que debería guiar a la juventud que lo escuchaba. Para que se regocijara de “vivir en la tierra” mientras estuviera vivo, pues cuando muriera no se inquietara del retorno “a su seno maternal, donde perpetuamente los gérmenes” eran “absorbidos y regenerados”, y sobre el cual se desarrollaba “la multiforme existencia de los seres que, a través del tiempo y del espacio”, cantaban con toda voz y recitaban con “todo labio el himno de la vida perenne y de la resurrección infinita”<sup>38</sup>.

---

<sup>36</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., pp. 315 y 316.

<sup>37</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 318.

<sup>38</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 319.

Las crónicas de la época registraron el discurso de Reyes como un éxito rotundo. El ministro Sierra, dijeon los testigos, iba a pronunciar unas cuantas palabras de cortesía. Pero fue tan bien dicho el discurso del joven hijo del gobernador de Nuevo León y tanto le gustó por su contenido, que Sierra intervino haciendo siempre alusión a las palabras de Alfonso Reyes. En otro momento el ministro reforzó “las ideas del orador adolescente con su autoridad de maestro y de magistrado; [y] recomendó amar la escuela, amar la patria, amar la libertad y les recomendó reír. Las palabras del maestro Sierra causaron gratísima impresión y dieron al acto mayor importancia”<sup>39</sup>.

A partir de este discurso cambió la vida del joven Reyes. Ya no le decían *Reyitos* ni le daban “palmaditas en la espalda”. Ahora se quitaban el sombrero y le decían, *señor Reyes*. Y aún murmuraban “entre sí: ‘no cabe duda que Reyes tiene talento y que es superior a nosotros, pero no debía hacérselo sentir’”. La verdad, le dijo Reyes a su paisano Valdés, no se creía superior, ni pretendía serlo ni que lo sintieran. Sus compañeros preparatorianos lo había considerado *simpático* pero *no talentoso*. Todo cambió cuando lo elogió la prensa y el ministro Sierra, y la Escuela Nacional Preparatoria lo premió con un ramo de flores que tenían unos listones en donde se leía: “*La Dirección de la E. N. P. al alumno Alfonso Reyes*”. Y así empezaron a circular estas expresiones admirativas: “¡era natural! Dijeron todos, ¡hombre!, pues es verdad ¡siempre este Reyes tiene algo en la cabeza!”<sup>40</sup>.

Los amigos y compañeros de Reyes no se equivocaron. Estos triunfos no fueron sino el principio de una serie de intervenciones públicas en que se le escuchará con atención. Y no pasó tanto tiempo para comprobarlo. Con motivo de la muerte del científico francés Enrique Moissan, que por aislar el flúor le valió el premio Nobel 1906, la Escuela Nacional Preparatoria organizó una velada en su honor, el 22 de marzo. El subsecretario de Instrucción Pública, Ezequiel A. Chávez, fue el invitado de honor. El joven Reyes habló en nombre de los preparatorianos, y fue ocasión para decir quién era este científico, dónde trabajó y cuántos estudios realizó. Este fue el camino que escogió para finalmente llegar a lo que realmente quería decir: que un mexicano, maestro de química de esta institución educativa, el doctor Andrés Almaraz, años antes que el Nobel, habló y escribió de las

---

<sup>39</sup>Carpeta de recortes de Alfonso Reyes. Número 1. Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes.

<sup>40</sup> Aureliano Tapia Méndez (Comp.), *Correspondencia Alfonso Reyes/Ignacio Valdés. 1904-1942*, cit., p. 23.

propiedades de tal elemento como lo demuestra el estudio que presentó en 1880 en la Academia de Historia Natural.

Ninguna casualidad había en lo dicho por Reyes sino valiosa oportunidad para decir que la inteligencia en México se había cultivado y se estaba cultivando. Sólo que eran otros tiempos los que los jóvenes mexicanos estaban viviendo. Cierta forma de enseñanza se estaba propagando en México que ya no permitía el desarrollo de la inteligencia mexicana. Por lo que preguntaba: ¿el científico francés encontró el “anhelado paraíso” que pedían “los teólogos de antaño? ¿Acaso aquel montón de sustancias, por serie inescrutable de transformaciones químicas y físicas, iría a formar la materia prima de un nuevo ser, de un nuevo pretexto en que la vida inmortal tiene de manifestarse”, como afirmaban los filósofos de antaño? Que discutan los que tuvieran que discutir si el alma era o no inmortal. Lo cierto era que Moissen se había hecho inmortal y se había burlado de la muerte<sup>41</sup>. ¿Cómo? Con la entrega total y absoluta al estudio.

La intervención del joven preparatoriano fue valorada por los medios de opinión pública. *El Imparcial* señaló que se “reveló en él a un orador en ciernes, de altos vuelos”. *La Patria* expresó que el general Reyes al entararse de la victoria ganada de su hijo, sin la menor duda, quedaría “gratamente satisfecho”. Y *El País*, amplió la noticia: “Al terminar el joven Reyes [su discurso] se levantó entusiasmado Chávez y pronunció palabras de loor para el joven” y, además, dijo, que cumplía “con el programa moral que actualmente” dominaba en la Escuela Nacional Preparatoria: “*el amor a la verdad, el amor a la belleza y el amor al bien*”. Por esa intervención se le entregó, por parte de la dirección, “un recuerdo valioso por su significación”. Un ramo de rosas artificiales “juntadas con dos anchas cintas de raso amarillo, en las cuales se lee: La Dirección de la Escuela Preparatoria al alumno Alfonso Reyes. Marzo 22 de 1907<sup>42</sup>.”

El joven Reyes iba en este primer trimestre de 1907 sumando galardones y reconocimientos y teniendo una abultada correspondencia. Entre las cartas que recibió en estas fechas estaban las del “poeta de los alacranes”, el queretano Juan B. Delgado, que era director de

---

<sup>41</sup> *Discurso pronunciado por el alumno Alfonso Reyes en la Escuela Nacional Preparatoria en la velada de honor de H. Moissan el día 22 de marzo de 1907*, México, s.p.i., 1907, p. 11.

<sup>42</sup> Carpeta de recortes de Alfonso Reyes. Número 1. Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. [El subrayado es nuestro].

la Biblioteca Pública del Estado de Nuevo León. Delgado contaba con 39 años y autor de libros como *Juveniles* (1894), *Poemas de las montañas* (1898), *Las canciones del sur* (1900) y *El poema de los árboles* (1901). Para confirmar su apodo, en las hojas de su correspondencia particular se destacaba el grabado que Ruelas le hizo: un alacrán. Pues bien, en una de esas cartas le decía que tanto él como su hermano Rodolfo con sus frecuentes triunfos intelectuales acrecentaban la fama del general Reyes; y el general, desde luego, se sentía orgulloso de sus dos hijos. ¡Quieran tanto a su padre!, le dijo. Quiéranlo, haciendo el “papel de vestal: avivando el fuego de cariño y admiración por el bravo milite Bernardo I”<sup>43</sup>.

Delgado no sólo lo felicitaba por sus triunfos sino también lo puso en contacto con connotados intelectuales de la época, como con el “dulce” Clearco Meonio, que así se le llamaba al ilustre humanista, Joaquín Arcadio Pagaza, obispo de Veracruz, que en este año de 1907 apareció su libro intitulado *Virgilio*, editado en la Tipografía de Luis Junco, Sucesor, de Jalapa. Fruto de esta incipiente relación, el obispo quiso complacer al joven Reyes con el envío de su *Horacio*, y “poesías originales”, con autógrafo. Delgado le pedía que no dejara de escribirle y quería que se relacionara con “tan valioso escritor”. Éste sí valía la pena y había que cultivar su amistad “como rara y exquisita flor de Arte!”<sup>44</sup>.

Pero Reyes no le escribió a Pagaza con la premura que quería Delgado ni tampoco a éste le respondió sus cartas, lo que le valió un reclamo del poeta por ese silencio y una quejé ante su padre. El general, para consolar al director de la Biblioteca Pública del Estado de Nuevo León, le dijo: “No crea usted, ni a su padre le escribe muy seguido”. Por lo que de plano Delgado le espetó al hijo del general: “¿Con que es usted muy flojito para tomar la pluma? Enmiéndese usted de este defectillo tan común entre los poetas”, le dijo en su carta de 20 de febrero de 1907. Y deseaba que para esta fecha ya le hubiera escrito “a nuestro pastor” Clearco Meonio.

---

<sup>43</sup> Carta de Juan B. Delgado a Alfonso Reyes. s.f., en Archivo Particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 684.

<sup>44</sup> Carta de Juan B. Delgado a Alfonso Reyes. Monterrey, 6 de febrero de 1907, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 684; y carta Joaquín Arcadio Pagaza a don Juan. Jalapa, 31 de enero de 1907, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1930.

Reyes así se fue haciendo y formando en medio de una época cuestionada por los jóvenes, entre ellos, y de manera significativa, por el propio hijo del ex ministro de la Guerra. En esa atmósfera, la Escuela Nacional Preparatoria seguía siendo, como en otro tiempo, lugar propicio para llevar a cabo discusiones estéticas, científicas y políticas. Justo en esta época Alfonso conoció a varios jóvenes escritores de otras partes de América con los cuales hizo una gran amistad y, sobre todo, compartió con ellos anhelos de emancipación. Entre estos jóvenes estaban los de origen dominicano, los hermanos Max y Pedro Henríquez Ureña.

Los hermanos Henríquez Ureña fueron educados como correspondía a las élites políticas y culturales americanas, con exquisitez, estudios en el extranjero, aprendizaje de idiomas, y abiertos al mundo<sup>45</sup>. Pero la fortuna se alejó de esta familia y conocieron la pobreza y el exilio. Se trasladaron a Santiago, de Cuba, en donde Max fundó la revista *Cuba literaria* (1904), publicación que por primera vez dio a conocer “íntegramente en la mayor de las Antillas”, el *Ariel* de José Enrique Rodó<sup>46</sup>. Pero esta ciudad no les gustó a los hermanos y entonces decidieron vivir en La Habana. Pedro, sin embargo, quería salir de ahí. Un amigo suyo le dijo que en Veracruz se podía hacer periodismo y que le fue muy bien. No lo pensó dos veces. Antes de embarcarse hacia el puerto mexicano, el 28 de diciembre de 1905, le entregaron su primer libro, *Ensayos críticos*, edición de La Imprenta de Esteban Fernández.

El 4 de enero de 1906, Pedro salía rumbo a Veracruz<sup>47</sup> y empezaba su odisea mexicana<sup>48</sup>. De Veracruz se trasladó a la Ciudad de México para trabajar en *El Imparcial*<sup>49</sup>, gracias a las

---

<sup>45</sup> Pedro Henríquez Ureña era mayor que Max por un año. Eran hijos de una gran familia de Santo Domingo. La madre de ellos era Salomé Ureña quién tanta influencia tuvo en sus hijos; quizás más que el padre, Federico Henríquez y Carvajal, que era un político destacado y también un hombre que le gustaban las letras. Camila, otra hija de ese matrimonio, recordaba a su madre de la siguiente manera: “Nuestra madre fue la fundadora de la enseñanza superior de la mujer en Santo Domingo. Cuando trabajó allí en la reforma de la enseñanza el gran puertorriqueño Eugenio María de Hostos, ella fue su colaboradora y fundaron las escuelas normales, que desde luego tenían que ser privadas, no había otra posibilidad en ese momento, y mi madre le tocó la dirección de la escuela normal de maestras” (Pedro Henríquez Ureña, *Desde Washington*, estudio introductorio, compilación y notas por Minerva Salado, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 182 y 183. [Biblioteca Americana].

<sup>46</sup> Rodó al enterarse que se había publicado en La Habana su obra se congratuló y sólo pidió si era posible, que en lugar de llevar la dedicatoria a la juventud de América, lo fuera a la memoria de José Martí (José Ma. Fernández Pequeño, *En el espíritu de las islas. Los tiempos posibles de Max Henríquez Ureña*, Santo Domingo, República Dominicana, Taurus, 2003, pp. 45 y 47. [Pensamiento])

<sup>47</sup> El mismo día que Pedro Henríquez salió para Veracruz, le escribió a su padre comunicándole su decisión, “a fin de que la carta le llegara cuando” se encontrara en “alta mar” (Pedro Henríquez Ureña, *Memorias*.

gestiones que hizo a su favor Luis Lara Pardo. Llegó la noche del 21 de abril de 1906 y no se imaginaba encontrar una intelectualidad semejante allende las fronteras conocidas por él, aglutinada alrededor de la *Revista Moderna*<sup>50</sup>. Semanas después de llegar a la Ciudad de México formaba parte de la revista de Alfonso Cravioto, *Savia Moderna*,<sup>51</sup> y arribaba a la

---

*Diario. Notas de viaje*, introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 98 y 99. [Biblioteca Americana].

<sup>48</sup> Pedro Henríquez Ureña llegó a suelo mexicano pero Veracruz no era el lugar que le había platicado su amigo. La ciudad no le gustó; el ambiente, menos. Era un reto quedarse en ese puerto. Se arriesgó y fundó la *Revista crítica*. Ésta la envió a cuantos conocía, al mismo tiempo que difundía su primer libro. La cosecha fue excelente. Entre las felicitaciones que recibió estaba la del presidente Porfirio Díaz y la del ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. De América le llegaron felicitaciones, como la de Rodó, quien le dijo que su libro le agradaba por la solidez y la ecuanimidad de “su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo”. Le encantaba también esa “rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva” que se daba en él, “como en pocos”. Y reconocía que entre ellos había una “íntima afinidad” y una “estrecha simpatía de ideas” (Parte de la carta de Rodó a Henríquez Ureña, citada por Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña. Apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI Editores, 1993, p. 26).

<sup>49</sup> El *Imparcial* nació el 12 de septiembre de 1896 y “no obstante lo novedoso de su presentación tipográfica, fue recibido con indiferencia entre las personas de cierta cultura, pues se encontraba impreso en corriente papelucho de calor amarillo, su información era considerada más escandalosa que eficiente, era impopular la ideología política sustentada en su tribuna y, por otra parte, sus numerosos redactores, aunque los había de verdadero talento como Francisco Bulnes o Manuel Flores o Porfirio Parra, no tenía simpatías ni entre sus compañeros de prensa ni entre el público en general”, escribió un testigo de estos años. Además, dijo que no “obstante su baratura excesiva, su expedido sistema de ventas por medio de los voceadores o ‘papeleros’, quienes lo ponían en los manos de los compradores, sus promesas de mejoramiento continuo fueron factores de atracción que lo pusieron desde luego al alcance de todos, pues un centavo para adquirir un periódico lo podía gastar cualquiera aunque paupérrimo fuese”. *El Imparcial* llegó a tirar más de cincuenta mil ejemplares y el “éxito de la empresa quedó permanente asegurado, el crecimiento de la circulación continuó en incesante progreso, despertando paralelamente el interés de los comerciantes, el de los industriales, el de los fabricantes, el de los hombres de negocio y el de todos aquellos elementos de empresa, en fin, cuyos capitales pudiera reportar algún provecho la publicidad, considerada como fuerza auxiliar de los negocios” (Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, pp. 332 y 333. [Al Siglo XIX. Ida y regreso]. *El Imparcial* dejó de aparecer en 1914.

<sup>50</sup> El propósito de esa revista, como bien lo recordó Rubén M. Campos era reunir “a los amantes de las letras y de las bellas artes [...] en la que hubiera intimidad y cordialidad; y lograrse que desfilaran por las veladas muchos escritores y artistas, músicos, pintores y escritores, que fueron tratados por el grupo modernista con afabilidad, por lo cual estrecharon los lazos de unión y amistad que hay siempre entre las gentes de pluma y las gentes que cultivan el arte musical o las artes plásticas”. En estas reuniones, “como no tenían ninguna formalidad más que la prescrita por la buena educación y tenían por finalidad buscar un acercamiento y no un distanciamiento por pretender blasonar de pertenecer a una determinada escuela literaria que no existía, la cordialidad establecida esperaba solamente que las damas concurrentes a las veladas se retiraran acompañadas por los caballeros, sus esposos o hermanos que las habían llevado, para quedar en franca camaradería que después de los parcos obsequios que en los intermedios y al finalizar habían sido hechos, desbordábase en una expansión que necesitaba otro local más apropiado que una sala de arte para expandirse”. Es decir, de ahí se pasaban al bar más próximo (Rubén M. Campos, *El bar. La vida literaria en México en 1900*, cit., p. 116).

<sup>51</sup> La revista *Savia Moderna* la fundó un joven de 22 años, hijo del general Rafael Cravioto, héroe de la batalla del 5 de mayo, gobernador del estado de Hidalgo entre 1876 y 1897, y muerto en 1905. Este joven había estado en la cárcel de Belem y había escrito sátiras políticas en contra del presidente Porfirio Díaz. Se llamaba, Alfonso. Henríquez Ureña aceptó la invitación, desde luego. Como secretario de redacción se hizo

capital de la república mexicana su hermano Max. Estos días fueron calificados por Pedro como “una hermosa época de actividad juvenil en México”<sup>52</sup>. Época en que conoció a Alfonso Reyes, que andaba por los 17 años, y lo escuchó declamar *Oración pastoral*, que tantos halagos mereció entre la concurrencia que habitualmente estaba alrededor de la revista de Cravioto. Los Henríquez Ureña<sup>53</sup> desde entonces se relacionaron con el joven Reyes y engrosaron las filas de esta nueva generación de mexicanos que querían y deseaban la mejor suerte para México y para todos los países de América. Y pronto, muy pronto, los Henríquez Ureña demostraron no sólo su interés sino que desarrollaron una gran actividad, participando activamente en este renacimiento político y cultural de los pueblos americanos, y de México, en primer lugar, con su gran Revolución, la primera Revolución del siglo XX, la Revolución Mexicana.

## 2.- Las protestas y reclamos de la juventud

En el mes de marzo de 1907 empezó a circular la segunda época de la *Revista Azul*. La aparición de la revista era por sí misma una provocación. Por sus contenidos e intenciones un desafío a los jóvenes que deseaban un cambio de rumbo del país. El lenguaje usado por los responsables de esta revista era, como decía Hobbes, una trompeta de guerra. La inteligencia no era arte suyo, sino la descalificación y la intolerancia. Signos innegables de que se querían detener la aparición de nuevas corrientes estéticas y políticas. ¿Dónde estaban todos esos elementos que iba a sublevar las pasiones? En la misma revista. En toda la revista. No había ningún dismulo para declarar la guerra a los cuatro vientos.

---

cargo de los números 4 y 5, pues la revista desapareció en el quinto número en ese mismo año de 1906. No obstante, los jóvenes que la formaban irrumpieron y rompieron las ideas políticas y estéticas imperantes del régimen porfirista. Vale la pena señalar que sus directores fueron su fundador y Luis Castillo Ledón. Entre sus colaboradores se encontraban Manuel de la Parra, Antonio Caso, Ricardo Gómez Robelo, Jesús Villalpando, Eduardo Colín, Roberto Arguelles Bringas, Rafael Cabrera, Pedro y Max Henríquez Ureña y Rodolfo Nervo; y contaba para ilustrar sus páginas a Saturnino Herrán, Diego Rivera, Gerardo Murillo, Rafael Ponce de León y Roberto Montenegro, entre otros (Susana Quintanilla, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets Editores, 2008, p. 41. [Tiempo de Memoria ]; Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, cit., pp. 106 y 107).

<sup>52</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, cit., p. 114.

<sup>53</sup> Para mayores datos de los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña, véase, Cándido Gerón, *Diccionario político dominicano. (1821-2000)*, Santo Domingo, Editora de Colores, 2001, pp. 277 y 278.

En la primera de forros se indicaba que esta revista se fundó el 1º, de mayo de 1894, por los señores Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo. Es decir, que la segunda época de la revista era continuidad de la dirigida por Gutiérrez Nájera y, en consecuencia, le correspondía aparecer el *Número Prospecto* en el tomo VI. En la primera de forros se señalaba asimismo que su editor y director era Manuel Cabellero; el secretario de redacción, Juan G. del Villar; y el administrador, Agustín Acevedo. Entre sus colaboradores mencionaba, entre otros, a Alfonso G. Alarcón, Miguel Bolaños Cacho, Eduardo Correa, Rafael Delgado, Federico Gamboa, Ignacio Montes de Oca, Laura Méndez de Cuenca, Joaquín Arcadio Pagaza, José López Portillo y Rojas, Emilio Rabasa, Victoriano Salado Álvarez. El *Número Prospecto* anunciaba que el primer número de la segunda época de la Revista Azul saldría el primer domingo del “entrante abril”, y constaría de 24 páginas; 16 de texto y 8 de forros.

En la página número uno de la mencionada revista se reproducía en facsímil la portada del primer número de la *Revista Azul*. Y al pie, llevaba esta leyenda: “En honor del Alto Poeta MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA”. En la editorial intitulada “Prospecto”, y firmada por Caballero, daba la razón de la nueva publicación: combatir las nuevas ideas que envenenan. Estaba bien que hubiera talentos pero, ahí estaba el problema. Porque el mal era más que lamentable. Las “locuras del pensamiento son terriblemente contagiosas” y cuando estas llegaban a las multitudes las contagiaban. El “mal el modernismo” no era que sus seguidores fueran una “legión de imbéciles”. Para eso no era necesario escribir ni hacer una “mala hoja de papel para combatirlos”. Sino que a la “cabeza de esos pobres sectarios sin meollo” llegaban y seguían llegando “inteligencias aladas, inspiraciones vibrantes y temperamentos indiscutibles de artistas, que, seducidos por el incentivo de la novedad”, no vacilaban “en apurar el filtro del veneno favorito”; y se despeñaban, “desde ese instante, en las profundas simas de la locura modernista”.

Mas esto no era todo lo que les ocurría a los sectarios imbéciles y locos. Más había. El virus que adquirían hacía que lo que era *claro* lo hicieran *turbio*; lo *llano* lo hacía *incomprensible*; lo *veradero* lo transformaban en *falso*. Todo esto originaba que la poesía fuera despojada de su gran atributo: ser “amiga y confortadora de almas, de luz y guía en todas las tinieblas”. Así pues, los *neurópatas* del arte literario hacían y volvía difícil que la

humanidad disfrutara de la belleza. Este mal no debería perdurar. Sino que había que levantarse en su contra y combatirlos<sup>54</sup>.

El frontal ataque estaba hecho; y para que quedara claro que el combate iba en serio, en ese mismo *Número Prospecto* publicaron la carta del “padre de aquella doncella”, Carlos Díaz Duffo, que le dijo a Caballero que, con sumo placer deseaba la continuación de la revista fundada con Gutiérrez Nájera. Era “la herencia de un muerto a quien todos amamos” y le reiteraba que vería con gusto que continuara “en sus manos la gloriosa tradición que tan alto puso su fundador”.

Los jóvenes intelectuales se sintieron agredidos. La revista que Manuel Gutiérrez Nájera fundó, que inició el movimiento modernista y que fue un “rotundo testimonio” de “magisterio americano”<sup>55</sup>, estaba mancillada. Los jóvenes no esperaron mucho tiempo para hacer sentir su presencia. El 7 de abril de ese año, el mismo día que salía el primer número de la segunda época de la *Revista Azul*, apareció su “Protesta literaria”; y empezaba con un *nosotros*. Santo y seña de identidad e ideales. Generación que había alcanzado la mayoría de edad y que quería demostrar la energía que tenía y de lo que era capaz de hacer. Protestaban no por el papel que se publicaba ni por su director que era un anciano “carente de identidad y todo prestigio”. *Nosotros* protestaban porque habían mancillado “nombres de escritores respetables” y protestaban contra Díaz Dufoo que cedió la antigua revista para que fuera “mancillada en el mercado”. Por lo tanto, exigían: “¡Momias, a vuestros sepulcros!”. Y enseguida indicaron su decisión: “¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!”<sup>56</sup>. Firmaron la protesta, entre otros, Luis Castillo Ledón, Jesús T. Acevedo, Rafael López, Nemesio García Naranjo, Alfonso Reyes y Max Henríquez Ureña.

---

<sup>54</sup> M. Caballero, “Prospecto”, en *Revista Azul*, segunda época, tomo VI, Número Prospecto, México, marzo de 1907, p. 2. Edición facsimilar, en Fernando Curiel, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, (Se incluye facsímile), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

<sup>55</sup> Carmen Suárez León, *Gravitación cubana en la Revista Azul*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 16. [Colección de Bolsillo, 12]. La misma investigadora escribió en cuanto se refiere a la presencia de escritores y poetas cubanos en esa revista que esta “se inserta en el universo significativo de sus páginas con su propio diálogo, tendiendo sus puentes y mostrando sus especificidades y tensiones dentro del modernismo hispanoamericano” (Carmen Suárez León, *Gravitación cubana en la Revista Azul*, cit., p. 19).

<sup>56</sup> El texto íntegro de la “Protesta literaria”, en Susana Quintanilla, “*Nosotros*”. *La juventud del Ateneo de México*, cit., pp. 54 y 55. Asimismo, en Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet y José Vasconcelos, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, prólogo, notas y

El primer número de la segunda época de la *Revista Azul* llevaba una pesada artillería. Desde consignas que las lanzaban por los cuatro puntos cardinales, “¡Guerra al decadentismo ¡Restauraremos el arte limpio y sano”, hasta “La primera llamada” de un guión que se llamaba “Notas de combate”, escritas por un hombre que usaba un apellido desatinado, puesto que a esa juventud tan diferente a su modo de pensar le espetaba la siguiente catalinaria: se creían originales y no eran más que unos decadentes. Estos jóvenes contagiados y enfermos había que curarlos. Pero sólo Dios sabía cómo y cuándo sería posible hacerlos cuerdos<sup>57</sup>.

Y en la página 10 de este primer número, se hizo una lista de personalidades políticas y literarias que enviaron sus opiniones sobre la reaparición de la *Revista Azul*. La encabeza, obviamente, el presidente de la República, general Porfirio Díaz, quien dijo: “El fin que se propone es noble y patriótico”. Le seguía, la del general Bernardo Reyes, quien expresó: Bien venido sea todo lo que signifique Arte y Progreso. Y en ese periódico azul palpitará el Arte. Victor Hugo lo dijo: *L'arte c'est l'azur*”.

En el segundo número, de la segunda época de la *Revista Azul*, que apareció el 14 de abril, se reprodujo la “Protesta literaria” de los jóvenes mexicanos, y por supuesto, dieron la debida respuesta. Les dolió que entre otras cosas les dijeran los jóvenes: *¡Momias, a vuestros sepulcros!* No, no eran momias. Pero tampoco iban irritarse por esas griterías presentes y futuras. Estos enfermos, cuando recuperaran su salud, les pedirían la mano para besarla. ¡Que griten, que vituperen, que blasfemen! Lo único que hicieron fue diagnosticar su enfermedad. Y rueba de ello era la “Protesta” que hicieron<sup>58</sup>.

Tres días después que apareció el segundo número, de la segunda época, de la *Revista Azul* los jóvenes salieron a las calles a protestar. Al fragor de las protestas renacía en los corazones juveniles el *sentimiento americano*. A las cuatro de la tarde del 17 de abril, inició la manifestación de protesta de los jóvenes preparatorianos y universitarios. Salieron del

---

recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, seguido de Anejo Documental de Fernando Curiel Defossé, tercera edición revisada y aumentada, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 235 y 236. [Nueva Biblioteca Mexicana, 5].

<sup>57</sup> M. Caballero, “Notas de combate. La primera llamada”, en *Revista Azul*, segunda época, tomo I, número 1, México abril 7 de 1907, p. 2.

<sup>58</sup> M. Caballero, “Notas de combate. Protesta de los decadentistas”, en *Revista Azul*, segunda época, tomo I, número 2, México abril 14 de 1907, p. 2 y ss.

Jardín de la Corregidora Domínguez hasta llegar a la Alameda. El discurso de rigor lo pronunció Max Henríquez Ureña. Así se dirigió al público: “Mi presencia en esta tribuna quiere decirnos que el nombre de Gutiérrez Nájera, es igualmente venerado en México como fuera de México. La identificación de sentimientos que con todos vosotros tiene quien, como yo, es americano de toda su América, y por lo tanto mexicano de corazón, pero que resulta extranjero por cuestiones de geografía política, viene a significarnos, que en toda América se admira y se conoce a Gutiérrez Nájera como un maestro del verso, como un revolucionario, como uno de los primeros reformadores de la poesía en el continente”.

Max recordaba pasajes importantes de las historias intelectuales americanas, de poetas y escritores como José Martí y de Rubén Darío, que fueron revolucionarios de la palabra, para concluir refrendando su fe americana. Nuestra América había que verla siempre “como una sola patria por el corazón y el pensamiento, desde el Anáhuac hasta el Plata, para que después de sus tremendas caídas y de sus constantes sinsabores”, se levante “a ser la soberana del mundo en el ignoto porvenir”<sup>59</sup>.

En la noche, en el teatro Arbeu, se escuchó música y se leyó poesía, y todos esperaban oír el discurso de Jesús Urueta. Como muy bien lo dijo Pedro Henríquez Ureña, en estos años en México había dos nombres que fascinaban y arrebatában al público: Salvador Díaz Mirón y Urueta. Bastaba “anunciar esos nombres para que los teatros” se llenaran y la concurrencia entrara en un desquiciante delirio. Esto ocurrió la noche del 17, “¡el público estuvo pendiente del verbo musical de ese gran arrogante, mirando alzarse las esplendorosas imágenes que su talento de evocador arrancaba al arte griego, oyendo desarrollarse, como los ‘leitmotivos’ de la orquesta wagneriana, las frases de su polifonía oratoria, y estallando en aplausos y vítores cada vez que un periodo opulento se cerraba en un apóstrofe vibrante!”<sup>60</sup>.

---

<sup>59</sup> “Palabras pronunciadas [por Max Henríquez Ureña] en la manifestación de la juventud literaria, del miércoles 17 de abril de 1907, en la ceremonia de la Alameda”, en Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet y José Vasconcelos, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, cit., p. 337 y ss. Asimismo en el espléndido trabajo de Fernando Curiel, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, cit., pp. 100 y 101.

<sup>60</sup> Pedro Henríquez Ureña, “Protesta y glorificación. Una manifestación literaria pública en México, en Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet y José Vasconcelos, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, cit., p. 342 y ss.

Las protestas de los jóvenes no tenían otra intención más la que les deba derecho su propia generación: renovar las ideas. Reyes, en “Pasado inmediato”, recordó la epopeya juvenil. “Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosko público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él varias momias que andaban por ahí haciendo figuras de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores darnos y nos llamó *buenos hijos de Grecia*. La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatarse la enseña, y la gente aprendió a respetarnos”<sup>61</sup>.

Los jóvenes de *nosotros* no se contentaron con estas actuaciones y manifestaciones. A propuesta de Jesús T. Acevedo, se creó la Sociedad de Conferencias y Conciertos, que convocó a veladas breves, cada dos miércoles, entre el 29 de mayo y 7 de agosto de 1907. Se programaron seis conferencias con sus respectivos conciertos. Los conferencistas fueron Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Rubén Valenti, Cravioto, Acevedo y Gómez Robelo. Al piano estuvo Max Henríquez Ureña; y entre los que leyeron poesía, Alfonso Reyes<sup>62</sup>.

En estas veladas Nietzsche estuvo multicitado y omnipresente así como Edgar Allan Poe y Eugène Carrière. Símbolos de una nueva era de renovación intelectual. Pero estos jóvenes quedaban insatisfechos y deseaban hacer más de lo que hasta este momento habían hecho. Además, eran muy sensibles a las múltiples manifestaciones políticas e intelectuales que surgían en América y estaban al tanto del peligro que pasaban algunos de sus exponentes. Pues unos estaban privados de sus libertades y otros abandonaban sus tierras por las persecuciones que sufrían por parte de los jefes católicos y de los dictadores. Vieja y añeja mixtura. Alianza diabólica entre conservadores y jerarquía católica ultramontana.

Tal fue el caso el poeta colombiano Julio Flórez, que llegó a la Ciudad de México en julio de 1907, huyendo de la dictadura de Rafael Reyes Prieto y de las excomuniones y

---

<sup>61</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 207 y 208. [Letras mexicanas].

<sup>62</sup> Susana Quintanilla, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, cit., pp. 63 y 64.

anatemas de la jerarquía católica. El poeta de cuarenta años de edad tenía cuatro libros en su haber. El primero, *Horas* (1883), título sugerido por el poeta modernista José Asunción Silva. Le siguieron *Cardos y lirios* (1905), *Cesta de lotos* (1906) y *Manojo de zarzas* (1906). El delito cometido por Flórez fue “sonar siempre las cuerdas de su lira a favor de las más nobles causas políticas y sociales”. Su recibimiento en México fue apoteótico. Entre los invitados al recibimiento y al ágape no podía faltar el joven Reyes que seguía con toda atención las señales de los nuevos tiempos de México, en lo particular; y en lo general, de América y del mundo.

Por otra parte, en una de las primeras cartas que Pedro Henríquez Ureña le envió a Alfonso Reyes, 16 de enero de 1908, le dijo que apenas acababa de despachar su carta al escritor peruano Francisco García Calderón<sup>63</sup>, cuando vio en librerías el más reciente libro de la autoría del peruano, *Hombres e ideas de nuestro tiempo*. No pudo resistir la tentación, lo compró y lo leyó. Grata sorpresa. El prólogo, en francés, era del filósofo Émile Boutroux. Las ideas del escritor peruano eran, en su mayoría, filosóficas, y había una que “otra idea no bien definida, alguna que otra tendencia anticuada”. Pero ¡qué nervio de estilo, mezcla de Renan y Taine, o, en castellano, de Rodó y [Baldomero] Sanín Cano! ¡Qué riquezas de ideas y qué modo tan personal de enfrentarse a los problemas!”<sup>64</sup>.

Asimismo, Pedro observaba que en esos artículos estaban bien asimiladas las ideas de William James, del mencionado Boutroux y escaseaban las de Henri Bergson<sup>65</sup>. Y entre

---

<sup>63</sup> Gil Lázaro, señala que los hermanos Francisco y Ventura Calderón formaron parte de una generación que quería “fundar un pensamiento político nacional, orientado de acuerdo con el plan de una educada élite dirigente, y sentar las bases de una reflexión en torno a la idea de América Latina como un intento de reafirmación y autoconciencia, destinado a generar un proyecto de sociedad alternativa” (Alicia Gil Lázaro, “Las señas de identidad de un escritor ‘ausente’: América Latina y Perú en el pensamiento de Francisco García Calderón”, en Aimer Granados y Carlos Marichal (compiladores), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2004, p. 130).

<sup>64</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 16 de enero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 56. [Biblioteca Americana].

<sup>65</sup> Bochenski, señala, a propósito de Bergson y del bergsonismo que, “a comienzo del siglo XX se había formado en Francia, bajo la influencia de Bergson, una escuela muy extendida que fue influida también, simultáneamente, por la ‘crítica de la ciencia’ y por el pragmatismo angloamericano, pero que marchó en la dirección vitalista e irracionalista mucho más allá del propio Bergson. Casi todos sus representantes son pragmatistas declarados y el resto voluntaristas para los cuales la voluntad se halla por encima de la inteligencia y la verdad representa, como Schiller, un valor vital” (I. M. Bochenski, *La filosofía actual*, quinta reedición, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 141. [Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 16].

todos los artículos de este libro estaban dos que le interesaban por tratar temas americanos, intitutados, “La nueva generación intelectual del Perú” y “Por ignoradas rutas”. Sobre estos textos, Henríquez Ureña hizo la siguiente reflexión digna de tomarse en cuenta. Dijo que era “interesante observar cómo” se manifestaban en esos países “los mismos fenómenos, no ya políticos, sino intelectuales”. El positivismo también se asentó “creando algunas veces una retórica” que comenzaba “a ser barrido”. La diferencia entre los jóvenes de México y de esos países era que habían logrado imponerse. Eran “tan jóvenes como nosotros: diecinueve a veinticinco años, esta última la edad de García Calderón; ¡mientras que aquí!”.

Por ello, Pedro le recomendaba a Reyes comprar y leer el libro de García Calderón. Ojalá lo consiguiera, y si no fuera así, le prestaría el suyo. De paso le dijo que a Antonio Caso le gustó mucho. Y también, le preguntó, ¿qué pasaba con la edición de *Ariel* que se estaba haciendo en Monterrey, por órdenes de su padre, el gobernador de Nuevo León, y que llevaba un prólogo suyo?<sup>66</sup>. La publicación de este libro la pidieron Caso, Acevedo, Gómez Robelo, Cravioto, Rafael López, Valenti y los hermanos Henríquez Ureña<sup>67</sup>.

Cinco días después Reyes le respondió a Pedro, desde su ciudad natal, Monterrey. El libro de García Calderón lo iba a buscar y si no lo encontraba en librerías se lo pediría. En cuanto a la edición de *Ariel* iba atrasadísima, pero se ocuparía de ello, pues era “muy activo”. La edición, le aseguraba, saldría elegante. Ahora bien, le dijo que los artículos que aparecieron en la *Revista Moderna* los leyó y algunos le gustaron; otros, de plano, no. Por cuarta vez iba

---

Por otra parte, el maestro Gómez Robledo, señaló que Bergson concilió maravillosamente el realismo e idealismo en el arte. Porque el “idealismo está en el artista; el realismo en la obra. El idealismo responde a la actitud de desinterés ante la vida; el realismo, a la índole misma del arte, que no es sino visión de la realidad que a casi todos nos escapa. Así, sobre todo, Bergson acota el terreno en que la intuición ¡esta vez sí! puede reclamar auténtico e indisputado señorío. La Estética moderna no ha llegado a más, a más de decir con Croce (que hoy por hoy sigue siendo en mi humilde concepto su principal exponente) que así como la actividad práctica del hombre se divide en utilidad y desinterés, en economía y ética, de la propia suerte su actividad teórica no conoce sino dos formas: aprehensión de lo individual o de lo universal, intuición o concepto, estética o lógica. Reconozcamos en estas afirmaciones todo lo que debe a Bergson esta disciplina, la Estética, que ha logrado la liberación de una actividad cardinal del hombre, la actividad estética creadora, por tanto tiempo esclava de un intelectualismo excesivo, durante toda aquella larga y lamentable época en que la intuición artística no alcanzaba a lo más sino un reconocimiento de misericordia como ‘percepción confusa’” (*Obras de Antonio Gómez Robledo. I. Filosofía*, compilación y presentación de Carlos Ávila Flores, México, El Colegio Nacional, 2001, p. 59).

<sup>66</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 16 de enero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 58.

<sup>67</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, cit., pp. 128 y 129.

a leer el *Quijote*<sup>68</sup>, porque cuando lo leyó por primera ocasión le quedaba grande aquel voluminoso volumen, con ilustraciones de Doré, de la biblioteca paterna. Y no dejó pasar la oportunidad para decirle a su amigo cómo abusaba de las citas en sus artículos. En su opinión, era una ¡perra costumbre! Le suplicaba no lo hiciera más<sup>69</sup>. ¿Para qué las necesitaba?, le preguntó.

A finales de enero de 1908, el joven Reyes le envió una nueva misiva a su amigo Pedro. Lacónico, le dijo que ya había comprado el libro de García Calderón, “desde luego, el estilo admirable. ¿Lo demás?”. Todavía no tenía una opinión, pues apenas lo había hojeado. Y no era por menospreciar esa lectura sino porque estaba haciendo otra que le dejó sus ideas hechas “un desbarajuste”. Estaba leyendo *El origen de la tragedia*, de Federico Nietzsche. ¿Por qué le sucedía eso?, se preguntaba. Y asimismo se respondía: porque cada vez que se le aparecía “algo nuevo” se lo aprendía de memoria y procuraba repetirlo “interiormente con la mayor frecuencia posible”. Pasaba algún tiempo, y ya estaba entendido, resultando “lo más natural del mundo”. Es decir, le dijo a Pedro Henríquez Ureña, que para él, al menos, *no entender algo* significaba “más bien *no estar acostumbrado a pensar en ello*, pues lo único” que le faltaba era la “adopción”<sup>70</sup>.

Por lo tanto, lo que a continuación le decía era su opinión y se la dictaba su “*puro instinto* y como el instinto es una de tantas artimañas de la naturaleza muy bien” podía “caer redondo creyendo acertar”. Para Nietzsche el “espíritu griego” se encontraba entre los estados dionisiaco y apolíneo, y se manifestaba “aquél por medio de éste”, en la tragedia. La alegría griega no era *la alegría descuidada y sin temor*, “sino la ilusión producida por el sueño apolíneo”. De ser cierto esto, el griego alegre se hallaba engañado y al mismo tiempo sabía que por estar engañado su alegría no podía ser descuidada. El “placer socrático del conocimiento” era el que propiamente conocía el “peligro” y el que los llevaba, como “amantes desdeñados, hacia un nuevo amor”. La tristeza conocía y buscaba, como un bálsamo, “una gran alegría”, que nunca lograba “*borrar la huella del dolor*”, porque no se

---

<sup>68</sup> Cf., Alfonso Reyes lee *El Quijote*, compilación de Adolfo Castañón y Alicia Reyes, México, El Colegio de México, 2008, p. 11 y ss. [Serie trabajos reunidos, 6].

<sup>69</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 21 de enero de 1908, en Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., pp. 59-61.

<sup>70</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 29 de enero de 1908, en Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 67. [El subrayado es del autor].

oponía directamente. ¡”De este placer sí que” se podía decir que no mataba “los cuidados y las inquietudes”. Este sí era “un refugio efímero, este placer sí que” revelaba una “debilidad del espíritu!”<sup>71</sup>.

Algunas ideas del filósofo alemán las aceptaba, las adoptaba y las mezclaba con su pensamiento. Desconfiaba del alemán porque era contradictorio. ¿Tenía razón? Ya se lo diría, porque era la primera vez que se metía en estos asuntos que no entendía, o como los denominaba, se metió “a hacer crítica”. De todas maneras las ideas nietzscheanas le habían “fecundado el espíritu”<sup>72</sup>. Y de las reflexiones filosóficas pasó a las cuestiones familiares.

Reyes tenía en 1908, 19 años cumplidos; su padre, se acercaba a los 58. El hijo, estaba en plena etapa de madurez y emancipación; el padre, ¿estaba abandonado la madurez? Pero, ¿cuáles eran las discrepancias que en estos momentos Alfonso tenían con su padre? Sin lugar a dudas eran por razones estéticas. Dos generaciones se encontraban frente a frente. Dos épocas y dos gustos. Alfonso aún condescendía, creía que su padre juzgaba sin leer, y esto se debía a su edad y a su trabajo agobiante como gobernador del estado. Pues sólo así se explicaba que su padre tuviera como poeta favorito a José Santos Chocano y como filósofo a Roosevelt. No obstante que lo justificaba, se preguntaba: ¿y por qué no aceptaba la crítica que se le hacía al poeta Juan de Dios Peza? ¿Por qué? Con cierta tristeza Alfonso recordaba estas ideas del general Reyes: lo único valedero era la acción; el arte era sólo “un instrumento”. O lo que temía, que él, Alfonso, ya no estaba “*dentro de casa*”<sup>73</sup>.

Apenas habían pasado unos quince días cuando Reyes le envió a Henríquez Ureña una nueva carta. Ahora estaba feliz por haber acompañado a su padre y de haber ido con él a la Penitenciaría de Monterrey, la primera que se había hecho en toda la República mexicana. Quedó admirado. La Penitenciaría estaba limpia como una escuela. A su padre le costó muchos desvelos, pues se puso a estudiar regímenes penitenciarios. Después de la visita se fueron a conocer varias fincas neolonesas y el general Reyes, de regreso al hogar, se lamentaba que ya no pudiera hacer más no por falta de energía “sino por el despecho que le

---

<sup>71</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 29 de enero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 68. [Los subrayados son del autor].

<sup>72</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 29 de enero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 70.

<sup>73</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 29 de enero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., pp. 66 y 67. [El subrayado es del autor].

ha formado en el espíritu un lastre pesado”. Y después su padre le dio *lecciones de política*: “Procuro que siempre tenga este Gobierno [de Nuevo León] empresas pendientes, obras que hacer; cuando no las hay las discuro nuevas, pues éste es el único medio de no podrir la máquina de un Gobierno. Como siempre hay empresa pendiente, todos tienen verdadero trabajo y no simple obligación de sentarse en las oficinas (como acontece en México). Aparte de que ese sistema forma una corriente de ida que, circulando, une y conecta los diferente miembros de este grupo administrativo, logro así dar trabajo a multitud de obreros y, para mantener un constante equilibrio, esas obras del Gobierno funcionan a modo de válvulas de seguridad: si las obras particulares son excesivas, aminoro lo marcha de las del Gobierno, y si aquéllas escasean, multiplico y fomento éstas”<sup>74</sup>.

Alfonso también le dijo a Pedro que a Monterrey llegó de Europa, Lázaro N. Villareal, aquél que daba clases de literatura en el Colegio Civil. Se acercó a él, pero todavía no podía “localizar *preferencias*”. En las conversaciones que tuvieron advertía algo de Taine. Pero Villareal no se le acercaba. Seguramente “el inocente” creía que en México no había con quien pudiera “discutir y conversar” sobre lo que se hablaba como “en los centros intelectuales de Europa! Peor para él, porque quedará aislado”. O le sucedería lo que le estaba pasando: “idiotizarse por adaptación inconsciente”. Y en cuanto a la edición de *Ariel* estaba al pendiente. A dos empleados mandó especialmente para dedicarse a la impresión del libro y avanzar lo que más se pudiera<sup>75</sup>.

En este mismo año de 1908, se iba a efectuar otra de las manifestaciones más importante que se hayan hecho en el régimen de Porfirio Díaz, programada para el 22 de marzo a favor del creador y fundador de la Escuela Nacional Preparatoria, Gabino G. Barreda. ¿Qué había ocurrido para que los jóvenes nuevamente protestaran? Francisco Vázquez Gómez, médico del presidente de la República, publicó un folleto contra la enseñanza que se daba en esa Escuela. Los diarios católicos *El Tiempo*, dirigidos por Victoriano Agüeros<sup>76</sup>; y *El País*, por

---

<sup>74</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 13 de febrero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 89.

<sup>75</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 13 de febrero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., pp. 89 y 90.

<sup>76</sup> El joven Reyes pensaba sobre el diario *El Tiempo* y de su director, Agüeros, en diciembre de 1911, de la siguiente manera: “Él no hizo del periódico un tablado para exhibirse, ni lo usó como bocina sonora: le comunicó el don de su impersonalidad, se ocultó tras él. cuando el público en *El Tiempo*, no piensa en Agüeros ni en tal o cual persona concreta: piensa en una opinión que se manifiesta sola, como una entidad

Trinidad Sánchez Santos<sup>77</sup>, lo secundaron. El ataque, en realidad, era contra la figura señera de Barreda y su legado, por lo que los jóvenes preparatorianos respondieron a su manera: salieron a la calle a decir lo que pensaban sobre este nuevo atropello.

### 3.- *La revolución era una necesidad*

La actividad política que los hermanos Henríquez Ureña estaban realizando desde su llegada a México, era asombrosa; y en especial, la de Pedro. No sólo participaban activamente sino que éste se destacaba como un buen organizador de los eventos más significativos que llevaban a cabo los universitarios. Y como muchos eventos políticos y culturales que se daban en el país eran muestras que las cosas necesitaban cambiar. Este estado de cosas se lo señaló Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, en carta de 17 de febrero de 1908, cuando le respondió por qué se estaba organizando una protesta de desagravio a la memoria de Barreda para el mes de marzo: porque lo que habían hecho los positivistas era *retroceder*. Aún más, le dijo Pedro a Alfonso: los juzgamos “porque queremos progresar y no retrogradar”. A la *reacción* no había que dejarla pasar. No había que dejar que la educación estuviera en manos de particulares y mucho menos en manos del clero. La educación debería ser *laica*. La manifestación era más que oportuna. Y Pedro le repitió lo que a Antonio Caso le expresó: la “vacilación” de Díaz en esta materia era “cosa

---

autonómica. ¿No es el mayor elogio para un diario político?”. Y en cuanto a la obra literaria de Agüeros, esto señaló: que había prestado “a nuestras letras un positivo servicio, un servicio ‘cuantitativo’. Me refiero a la *Biblioteca de Autores Mexicanos*. Copiada, en el tamaño y la forma de imprenta, de la *Colección de Escritores Castellanos* que desde hace años se publica en Madrid, salió el primer tomo en 1896. Frágiles en la costura, defectuosos en la impresión, los ejemplares resultan poco atractivos a los ojos, y, por desgracia, no contentan más el entendimiento. Ante todo y para ser justos, Agüeros debió llamar su colección: Biblioteca de Autores Católicos Mexicanos. sólo por motivos personales o de pública oportunidad la puerta del editor apareció, momentáneamente, más hospitalaria; y en estos bostezos de del criterio dogmático, se deslizaron hacia la colección los tomos del Ministro baranda y de Altamirano - éste último, probablemente, al amparo de una sombra amiga, la de don Joaquín D. Casasús. Para la generación de Agüeros no había sonado aún la hora de la objetividad crítica. Las anticipaciones de Riva Palacio, en este sentido, son notables y son plausibles” (*Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestione estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 288. [Letras mexicanas]).

<sup>77</sup> Uno de los correligionarios de Sánchez Santos lo catalogó como “revolucionario idealista” e “ilustre campeón de la prensa honrada”, “periodista honrado”, “político sin ambiciones de medro personal” y “católico sin hipocresía” (Manuel León Sánchez, “Prólogo”, en Trinidad Sánchez Santos, *Editoriales de “El País”, en 1910, 1911 y 1912*, compilados y anotados por Manuel León Sánchez, México, Ediciones León Sánchez, 1923, p. VII).

de erizar los cabellos”. Valía la pena embarcarse en esta aventura<sup>78</sup>. Así pues, Pedro invitó a su migo Alfonso a participar en esta manifestación.

Contundente, el joven Reyes, le dijo a Henríquez Ureña que no formaría parte de la manifestación. Que le mandaría un telegrama inmediatamente para decirle que no contara con su presencia. El no tenía tiempo para ir a manifestaciones, quería seguir quemándose las pestañas, leer con su hermano, pues ya había terminado de estudiar *El banquete* de Platón. No estaba para fiestas, quería estudiar, le repitió más de una ocasión en su carta fechada en Monterrey, el 21 de febrero de 1908. Para él esta no era una manifestación sino una exhibición. Y le aseguraba que no podía hacer *versos nuevos*<sup>79</sup>. ¿Cómo cantar a Barreda? Además, no le gustaba que estuviera ese día José María Lozano. El asunto era delicado. Quería por las mañanas escribir y por las tardes estudiar<sup>80</sup>.

Pedro leyó estas líneas y se enfureció. No lo podía creer. En la respuesta que le dio a su amigo mexicano se defendió de la crítica que le hizo y le aseguró que no había tal exhibicionismo. Por lo que le ordenó hacer unos versos sonoros y que su hermano Max le leyera partes de las cartas que le enviaba sobre el asunto de la manifestación. Por último, le indicó, que se proponían llevar chalecos rojos como los que se usaron en el estreno de *Hernani*, de Victor Hugo<sup>81</sup>.

Reyes también se defendió. Le dijo que se dirigía al organizador de la fiesta y le confesaba que estaba enamorado. Quería un consejo y le pidió que en este asunto fuera humano. Bien lo conocía. Le desesperaba encontrarse con gentes artificiales que con “argumentos”

---

<sup>78</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 17 de febrero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 93.

<sup>79</sup> No será la primera ocasión que Reyes diga que no podía hacer versos nuevos (febrero de 1908). En sus cuadernos juveniles, con fecha de agosto de 1909, señaló tajantemente: “Me propongo en todo el resto del año ir apuntando todos los versos que haya, aun sin detenerme mucho a corregirlos. Desde que me propuse ya no hacer reminiscencias clásico-parnasianas, ni imitaciones directas (porque ya empezaba a repetirme) no me siento seguro, aún no me hallo con asuntos originales. Pienso haber encontrado, para fin de año mayor seguridad en estas formas, sólo que tengo que retardar el libro hasta el otro año (y yo hubiera deseado que saliera a principios del que entra) porque en todo lo que haya hecho así apenas elegiré dos o tres poesías. Quiere decir que aún no es tiempo. No por eso dejaré de renovarme” (Alfonso Reyes, 5º, *Cuaderno. De 7 de marzo de 1906 a 1910*, México, D.F., p 83).

<sup>80</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 21 de febrero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., pp. 94 y 95.

<sup>81</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 24 de febrero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 99.

quieren “acallar pasiones”. Le repitió que fuera generoso y, sobre todo, humano<sup>82</sup>. Él no era de los que se burlaban del amor<sup>83</sup>. Pedro, ¿no entendía o no conocía de estas cosas humanas? Si así fuera entonces no fue ninguna sorpresa que en respuesta a Reyes, 13 de marzo de 1908, le diga que no “tiene fe en la humanidad” ni le importa gran cosa<sup>84</sup>.

Qué diferencia en tono y profundidad las cartas de Jesús T. Acevedo a Alfonso Reyes de 13 de febrero y 6 marzo de 1908. En la primera, se refirió a la respuesta que le dio su amigo Reyes sobre sus males del *cour*. Y consintió, que era maravilloso lo que le pasó y a una conclusión llegó: ningún hombre llegaba “a conocer profundamente a la mujer”. ¿Se equivocaba? ¿Exageraba? No lo sabía. En su caso sintió impotencia en su análisis, seguramente porque “generalizó indebidamente”. Una “serie de crisis” sufrió y ahora se entregaba a la “clásica resignación” con algunos curiosos impulsos *d’approche*ment. Y pasaba al asunto que por *El Imparcial* seguramente estaba enterado: la manifestación que estaban organizando los preparatorianos. ¿Cuál era su opinión? Por su parte, le dijo, que *nosotros* contaban con él y que se darían un “doble placer”: el de verlo y el de oírlo. La manifestación tenía tres puntos de encuentro: la Preparatoria, el Circo y una rotonda de “alguna colonia nueva” a la que se le daría el nombre de Barreda. Por el momento, nada más tenía que contarle. Pero sí decirle que México no cambiaba ni sus amigos tampoco<sup>85</sup>.

En la segunda carta, Acevedo le dijo a Alfonso que antes de acostarse recibió una “suave sorpresa”. ¿Era posible? Le daba un enorme placer que le dijera que estaba enamorado “sorda y tenazmente”. Esperaba que fuera cierto. ¡Claro, estaba en Monterrey! (El calor empezaba y estaba por llegar la primavera). Y por otra parte le participó que Lozano, Pedro, Ricardo y él estuvieron en Veracruz para invitar al *meeting* del 22 a Díaz Mirón, y éste aceptó después de “*laberínticos coqueteos*”. Le pareció que el poeta veracruzano estaba “más tranquilo, más reposado que en México. Insistió en los versos de Salomé” y no

---

<sup>82</sup> No hace mucho tiempo Guadalupe Loaeza escribió sobre la pretendida homosexualidad de Pedro Henríquez Ureña. Cf., “¿Tema tabú?”, en *Revista de la Universidad de México*, México, nueva época, número 86, abril 2011, pp. 46 y 47.

<sup>83</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Monterrey, 27 de febrero de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 104.

<sup>84</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 13 de marzo de 1908, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 112.

<sup>85</sup> Carta de Jesús Acevedo a Alfonso Reyes. México, 23 de febrero de 1908, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 10.

“faltó la lección de astronomía a orillas del mar ni tampoco una despedida *assez dance*”. A México regresó con disentería. Pedro “gozó particularmente” su “desastre estomacal”. Y volvió al tema del amor. A veces se sentía contento, y en otras, triste. Esa mujer no la olvidaba. Un mes había pasado sin pisar “los sagrados lugares” y empezaba a engordar. Le dijo adiós y se le estaba olvidando que saludara a Max<sup>86</sup>.

Resueltos sus asuntos amorosos, Reyes llegó a México acompañado de Max, el mismo día 22 de marzo día en que se iba a realizar la manifestación y en la cual iba a participar. Pedro los fue a recibir a la Estación del Ferrocarril Nacional<sup>87</sup>. De ahí seguramente se fueron con *nosotros* para salir con los manifestantes. Pedro, en sus *Memorias*, recordó estas protestas e hizo un pequeño resumen de lo que sucedió por la mañana de ese día en la Escuela Nacional Preparatoria. El salón de actos estaba lleno. Ricardo Gómez Robelo inició su discurso, le siguió Pedro y concluyó Alfonso Teja Zabre. El director de la Escuela, Porfirio Parra, contestó a los jóvenes. Terminado este primer acto se organizó la manifestación que salió de la Escuela al Teatro Virginia Fábregas. A las diez de la mañana se pronunció el primer discurso. Ninguna expectación. Alguno que otro chiflido y críticas mordaces. El ambiente somnoliento lo rompió el discurso de Hipólito Olea, quien se burló del clero. Le siguió Cravioto, que fue aclamado. Pero se llevaron las palmas los discurso de Rodolfo Reyes, que para estas fechas era un “litigante exitoso, líder estudiantil, maestro aplaudido”<sup>88</sup>; y el de Diódoro Batalla, liberal veracruzano, defensor de la Carta de 1857 y de las Leyes de Reforma.

El primer orador, en una parte de su discurso aseguró que como él no tenía “las rodillas llenas de polvo ni la frente manchada de vergüenza” venía a hablar “claro y hondo”. El grupo científico, ese que proclamaba “la *quietud* (entiéndase la paz)” estaba “esperando el momento propicio para escalar como un ladrón el poder de la República”. El segundo señaló que la “nueva generación de mexicanos” *no reconocía* “como albacea de la sucesión de Barreda a los adoradores del Becerro de Oro” ni a los que pregonaban en “sus libros y

---

<sup>86</sup> Carta de Jesús Acevedo a Alfonso Reyes. 6 de marzo de 1908, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 10.

<sup>87</sup> Acaso fue en estos días de marzo cuando Valenti le obsequió a Reyes su libro *Poemas amatorios*, con esta dedicatoria: *A Alfonso Reyes, / cariñosamente. / Méx, Marzo/908 / Rubén Valenti* (Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2598).

<sup>88</sup> Artemio Benavidez Hinojosa, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, cit., p. 247.

periódicos que, rotos ya los viejos goznes de la humanidad, los miembros” de su “especie” sólo se movían “al impulso del dinero”<sup>89</sup>. El “público entró en delirio con estos discursos”<sup>90</sup>. Pero la cosa no acabó ahí. Faltaba la velada en donde Sierra también hizo la crítica al positivismo, sin olvidar a Nietzsche. Estos hechos, según el Alfonso Reyes, se convirtieron en “la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen”<sup>91</sup>.

El 4 de mayo de 1908, Alfonso Reyes recibió una carta de Max Henríquez Ureña, que había vuelto a Monterrey a seguir trabajando en *The Monterrey News*, trabajo que obtuvo gracias a los buenos oficios del gobernador Bernardo Reyes. Es una carta simpatiquísima. Le contó que estaba bien en su tierra natal y que tenía un compañero llamado Buerón al que se le ocurría cada cosa. Un día lo hizo reír dos horas al explicarle su tesis sobre la gente *chapparra*, como se dice en México; o *eucalípticos*, como se les menciona en la República Dominicana. Pero se le pasó la mano cuando Buerón le dijo: “Ahora sí creo que el general Reyes es muy popular”. ¿Por qué?, le preguntó. Y contestó: “Porque desde que es gobernador, los padres de familia han tratado de que sus hijos salgan chiquitos para que se parezcan a él”. De inmediato le expresó que esto se lo contaría a Alfonso Reyes. A los chaparros no les gustaba que se le llamara chaparros. Le respondió: “No lo crea, hombre, todos los hombres GRANDES de la historia han sido chicos”. Lo miró, se sonrió y se puso a leer la *Historia de Roma* de Ammiano Marcelino<sup>92</sup>.

No sólo hay anécdotas en la correspondencia entre Max Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Del mismo modo sabrosas crónicas de la joven intelectualidad regiomontana y de los hombres ricos que sólo les gustaba que les creciera la barriga. Hablaban, obviamente, de las novias y no dejaban de señalar los libros que estaban leyendo y consiguiendo. Pero también hay juicios, y muy severos, entre ellos. En la carta de 25 de mayo de 1908, Max reconvino a Reyes por sus juicios contra Gómez Robelo. Y es que a Alfonso Reyes no le gustaba que su amigo trabajara en el periódico católico *La Patria*, por los ataques que seguía dirigiendo

---

<sup>89</sup> Parte de los discursos de Rodolfo Reyes y Diódoro Batalla se citan y de ahí se retoman, en Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución Mexicana. Primera etapa (1901 a 1913)*, cit., p. 61.

<sup>90</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diario. Notas de viajes*, cit., p. 120.

<sup>91</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañías. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*, cit., p. 209.

<sup>92</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Monterrey, mayo 4 de 1908, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

a la Escuela Nacional Preparatoria y a Barreda. En opinión de Reyes, Gómez Robelo se ensuciaba de “mierda” y se degradaba al colaborar en ese diario.

Es verdad, le dijo Max a Reyes, que ese periódico estaba refundado y refundido por el hombre más sinvergüenza que haya “parido México”. Pero lo que escribía Gómez Robelo eran crónicas, traducciones, artículos. Es decir, que su pecado estaba en escribir cosas buenas en un lugar malo. Y luego vino este señalamiento: “Te olvidas, Alfonso, de que no todos son su majestad el millonario poeta cantor de Chénier, y que Ricardo es hombre que necesita vivir, que tiene esposa y está al borde de verse frente a mayores responsabilidades (creo que va a ser padre). Tú no tienes que verte frente a nada de eso y encuentras muy fácil reprobarle que acepte un sueldo legítimamente ganado por un trabajo que está en consonancia con sus aptitudes y que, al revés de lo que tú piensas, no le exige el más mínimo sacrificio de pudor, puesto que no es solidaridad ni responsable de las opiniones de megaterio é ictioso”. A continuación estas sabias palabras que acaso nunca se le olvidaron a Alfonso: “La vida práctica exige transacciones que tú desconoces porque nunca te has visto en ella, ¡y ojalá que todas las transacciones fueran tan insignificantes como las que ha hecho Ricardo!”<sup>93</sup>.

Max, por otra parte, le confesaba a su amigo Alfonso que había abrevado en las fuentes de *Ariel* y *Nuestra América* y le daba una buena noticia: que en esta fecha, 25 de mayo de 1908, se estaban cosiendo 500 ejemplares de la edición regiomontana del clásico de Rodó<sup>94</sup>. Pero también le dijo lo siguiente, que había cogido la costumbre de los Reyes de

---

<sup>93</sup>Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Monterrey, mayo 25 de 1908, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

<sup>94</sup>Efectivamente, pronto salió *Ariel* y el primer ejemplar se lo enviaron al pensador uruguayo con las firmas de todos los que hicieron posible la edición. Rodó, tal parece, sólo envió el acuse de recibido. La importancia de esta edición la señaló muy bien Pedro, en carta a su hermana Camila: “Al dar a conocer *Ariel* en México, donde hasta ahora sólo habían llegado ecos de su influencia, creemos hacer un servicio a la juventud mexicana. No pretendemos afirmar que Rodó ofrezca la única y la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene... pero nadie podrá negar ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni, en suma, que *Ariel* sea la más poderosa inspiración de ideal y de esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América en los tiempos que corren” (La carta de Rodó a Pedro Henríquez Ureña, citada por Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña: Apuntes para una biografía*, cit., p. 3).

Alberto José Vaccaro, editor responsable de las *Obras completas de José Enrique Rodó*, en el estudio introductorio que hizo para esta compilación, señaló sobre el pensamiento de Rodó: “No es considerado un filósofo, ni siquiera un pensador original. No tiene un sistema. Fuera de su prédica americanista, obsesión de toda la vida, y del ‘reformarse es vivir’, *leit-motiv de Proteo*, no hay en su obra ideas predominantes. Por otra parte, cuando tomó algún problema de filosofía no hizo más que repetir su planteamiento, con nuevo modo de

pasear por la habitación cuando estaban pensando o antes de escribir. Y en una de esas ocasiones gritó, despertando a su compañero de cuarto, Buerón, que roncaba y estaba desnudo a causa del intenso calor: *¡Se necesitaba un hombre!* Un hombre que predicara las ideas americanas de Rodó y José Martí, que hiciera “germinar en las multitudes la palabra de esperanza, que el viejo Próspero encontró esculpida sobre una joya numismática”. Se necesitaba un hombre que levantara “el espíritu de nuestras colectividades”. Y Nacho Valdés que lo escuchó dijo: *¡ese hombre era Alfonso Reyes!* “El aletazo democrático de la manifestación Barreda” no sería nada en comparación con lo que hiciera Alfonso Reyes “en bien del país”, sentenció el mismo Valdés<sup>95</sup>. No estaba nada equivocado y pronto se supo de lo que era capaz de hacer el joven Reyes,

El 18 de julio de 1908 se recordó el 36º., aniversario de la muerte de don Benito Juárez, en el panteón de san Fernando, frente a la tumba del hombre de Guelatao. Para acto tan solemne asistió el presidente de la República, general Porfirio Díaz, y entre otras personalidades que estuvieron ese día estaba el ministro Justo Sierra. El programa contemplaba la participación del estudiante de derecho, Alfonso Reyes. Cuando subió al estrado y recitó de su autoría *En la tumba de Juárez*, las miradas de Díaz y Sierra las dirigieron directamente al hijo del general Reyes. La cara del presidente de la República era dura; la del ministro de Instrucción, serena. Mientras las miradas escrutaban, el estudiante de la Escuela Nacional de Jurisprudencia declamaba: *Camina con bíblico gesto, y su sombra en desiertos y eriales, / echa germen, y abona y provoca los verdes ilustres rosales. / Ánimo sobrio y rígido de los primeros romanos / que, con interno furor, indignaciones cultiva, / hasta que el fuego madura, y hace brotar de las manos / todos los rayos, y enciende todas las cumbres, y aviva / todas las fuerzas del aire, y siembra pavor en los llanos!*<sup>96</sup>

Nuevamente la prensa resaltó la figura del hijo del general Reyes. *La República* opinó que Reyes era un reputado orador y literato de gran porvenir. *El Mundo Ilustrado* publicaba una

---

expresión o con nuevos ejemplos, pero sin dar ni pretender buscar solución” (*Obras completas de José Enrique Rodó*, compilación y prólogo de Alberto José Vaccaro, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, p. 31).

<sup>95</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Monterrey, mayo 25 de 1908, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

<sup>96</sup> Carpeta de recortes de Alfonso Reyes número 1. Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes.

fotografía en donde Reyes declamaba y los miembros del presidium lo observaban. Desde las páginas de *Monterrey News*, Max Henríquez Ureña destacaba que la poesía de Reyes revelaba “alta sapiencia versificadora” y puso de “relieve la brillantez que puede tener el hexámetro castellano”; que podía “reivindicar para sí la satisfacción de haber señalado una nueva manera, pujante, briosa y refinada, de cantar a los héroes, sin descender a las puerilidades del burguesismo patriótico, que cree que para cantar la libertad es preciso hablar de metrallas y batallas. La oda de Alfonso Reyes es de nobleza pindárica”<sup>97</sup>.

El poeta colombiano Ricardo Arenales que vivía en la capital neolonesa, en la crónica que hizo al respecto, puso énfasis “en que algo hubo en el gran concierto de voces” que llegaban desde la metrópoli a Monterrey. Algo “digno de que se le mencionara especialmente”. Era sobre el poema de Reyes, “recitado ante el sepulcro del Benemérito y, en nuestro concepto, el más noble y bello homenaje rendido por la juventud en el aniversario” que acababa de pasar. En cuanto a la composición del poema opinaba que “no era muy frecuente hallar en nuestra poesía el vigor que” revelaban “los versos mencionados”. Había algo más que “podríamos añadir”: que hasta nos era casi desconocida: “la virtud del metro épico y glorioso en que se expresaran los más altos poetas de Grecia y de Roma”, pues se había dicho que la “lengua española no se amolda de ninguna manera a los hexámetros. Error que se han encargado de desmentir eminentes poetas de nuestra generación, Guillermo Valencia y Rubén Darío, entre otros, y ahora en México, Alfonso Reyes”.

Y aún Arenales señaló que el poema que se escuchó “vaciado en moldes clásicos, es verdadera y sabiamente moderno por sus imágenes, por la renovación de espíritu y por el empleo de los adjetivos de conformidad con las exigencias del arte contemporáneo”. Tenía, además, “el encanto de la fuerza [que] evoca el tono de Walt Whitman por su amplitud; es desbordante, sonoro, rico, lleno. Alfonso Reyes ha hecho de esta manera una obra nueva; ha demostrado una gran potencia mental y un perfecto dominio del idioma, que lo llevará de seguro a muy altas cumbres de la poesía”<sup>98</sup>.

---

<sup>97</sup> Carpeta de recortes de Alfonso Reyes número 1. Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes.

<sup>98</sup> Carpeta de recortes de Alfonso Reyes número uno. Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes,

La repercusión de esta poesía de Reyes llegó hasta la tierra de Rubén Darío. En Managua estaba como Cónsul General de México, Rubén B. Delgado. Y por eso le escribía, para decirle cuánto le gustó y confirmó lo que en su día le dijo a José Peón Contreras: “la poesía de Alfonso será la nota brillante”; y añadía, que en “toda la épica poesía sopla un aire de Grecia que hasta acá me trajo el toque de los clásicos y el redoble de los pericles guerreros. Esos versos onomatopéyicos son un constante redoble acompañando la marcha fúnebre a Juárez”. Cuando estuviera en México le entregaría en sus propias manos el libro *Nicaragua*. Aquí sólo había bellezas naturales. Lo demás estaba por los suelos. Así era todo Centroamérica. Y que no le contaran mentiras. Guatemala era “mil veces inferior ¡mil veces! a Monterrey”. Managua estaba a la altura de Villa García, Nuevo León. Y en cuanto al arte las excepciones eran Darío y Santiago Argüello<sup>99</sup>.

Max pronto dejó Monterrey. Salió nuevamente a Cuba. Era un joven proclive a enfermarse. Sus familiares pensaron que era mejor la tierra cubana para que se aliviara y recuperara. Antes de salir de Tampico a La Habana le contó a Reyes lo que encontró en la biblioteca de Virgilio Garza: la edición andaluza de Gutierre de Cetina, en dos tomos, 1895, en rústica. Garza se asustó cuando tomó los libros. Lo tranquilizó. Le dijo que le gustaba tener en sus manos las obras de Cetina. Bueno, le respondió, “pues están a sus órdenes”. La biblioteca de este regiomontano tenía unos dos mil quinientos volúmenes; la mayor parte eran colecciones de periódicos y revistas francesas<sup>100</sup>. Y de pronto, le pidió que le dijera la verdad. En *The Monterrey News* nunca estuvo en nómina. Se enteró que su sueldo lo pagó siempre su padre. Sólo quería saber la verdad. Y se despedía señalando que le escribiría desde Cuba<sup>101</sup>.

Efectivamente, la primera carta de Max a Reyes desde Santiago de Cuba fue del 25 de septiembre. Estaba feliz de haber llegado a esta ciudad y poder ayudar a su hermana Camila, de 14 años, a “contribuir a su educación”. Le estaba renovando las ideas en gramática, retórica, mitología y música. Le ensañaba francés, inglés e italiano. Estos cursos

---

<sup>99</sup> Carta de Juan B. Delgado a Alfonso Reyes. Managua, 20 de septiembre de 1908, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 684.

<sup>100</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Monterrey, agosto 6 de 1908. Archivo particular de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/ Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

<sup>101</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Monterrey, agosto 6 de 1908. Archivo particular de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/ Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

los completaba o complementaba con *Lecturas Estéticas* de escritores de la cultura clásica, “salpicado de lo moderno”. Estaban terminando de leer la *Ilíada* de Leconte, junto con la *Divina comedia*, sirviéndoles “una y otra como de ejercicio de francés e italiano, y teniendo como consulta para la última, en los casos dudosos, a la detestable traducción del Conde de Chestre”. Después vendría la *Odisea*, la *Eneida*, el *Telémaco*, “como buen ejercicio de francés”. Creía Max que de este modo robustecía la cultura de su hermana. Su padre, por las noches, le daba clases de ciencias físicas y exactas.

Por su parte, él estaba haciendo en este lugar que bien se podía llamar Arcadia, lo siguiente. Se levantaba a la seis de la mañana. Se metía a las aguas del río, desnudo. Estudiaba piano dos o tres horas consecutivas. Más tarde seguía escribiendo la obra iniciada o bien pasaba en limpio las cuartillas o “emborronar nuevas”. Del medio día hasta la noche daba clases, repasaba sus clases de piano, leía. Y le daba tiempo de aprender a bailar. Quería ir a París en febrero de 1909. No quería quedarse en La Habana. Tenía que decirle adiós y le rogaba que le contestara su carta<sup>102</sup>.

A principio de 1909 Max le escribió una nueva carta a Reyes. Le indicó que entre sus propósitos se encontraba leer todas las cartas que hubiera escrito Flaubert. Las pediría a París, para que viera que él también pedía libros a Francia. Le recomendaba leer *El epistolario de Fradique Mendes*, de Eca de Queiroz. Y le daba una feliz noticia, había terminado su libro y escribió a la casa Pueyo para que lo editara. Por otra parte le dijo que le dio gusto que asaltaran la *Revista Moderna*, aunque quedaba gente “difícil de aniquilar”. Y luego le hizo esta pregunta. “¿Por qué, por qué descubriste a Núñez y Domínguez?”. Y antes de finalizar su carta le dijo que recibió la *Revista contemporánea*, de Ricardo Arenales, y se despedía<sup>103</sup>. ¿Reyes ya había leído las cartas de Gustave Flaubert? ¿Quiénes eran Núñez y Domínguez y Arenales?

El joven Reyes había leído las cartas del autor de *Madame Bovary* en 1907, según consta en la carta que le envió a Nacho Valdés, de ese año. Le interesaban muchísimo. Antes había conocido “las obras de ese gigante”, pero ahora se daba “el gusto de conocer la fragua que

---

<sup>102</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Santiago de Cuba, septiembre 25 de 1908. Archivo particular de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/ Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

<sup>103</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Vista Alegre, Santiago de Cuba, enero 1909. Archivo particular de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

tales metales fundiera y alistara”. Flaubert era uno de los “artistas más grandes del siglo” XIX y creía que era “el primer escritor” que inició “tal vez esa corriente” que caracterizaba al actual movimiento literario, “en el que no se puede entrar con provecho si antes no se ha envejecido un poco limpiando y previniendo las armas, estudiando profundamente los asuntos por desarrollar; exprimiendo el seso a fuerza de depurar el estilo y bebiendo la sabiduría en las primitivas fuentes, en los monumentos clásicos, en las obras de los abuelos”<sup>104</sup>. Reflexión interesante en un joven que andaba por los 18 años.

En cuanto a José de Jesús Núñez y Domínguez, era oriundo de Papantla, Veracruz, mayor que Reyes por dos años. En la Escuela Nacional Preparatoria hizo sus estudios y se conocieron en 1906. Este veracruzano era uno de los que le decían cariñosamente, *Reyitos*. En este mismo año el futuro director del semanario *Revista de Revistas* le dedicó un poema suyo, intitulado “La agonía del beduino”. En sus primeras cuatro líneas, escribió: *Sitibundos y tardos, van mis camellos / cruzando con sus llagas las arideces / de este erial infinito, donde con creces / sufro de los “simounes” los atropellos.*

Y sobre Miguel Ángel Osorio, poeta colombiano mejor conocido como Porfirio Barba Jacob<sup>105</sup>, llegó a Monterrey en 1908, después de una jornada muy larga desde su tierra natal, pasando por algunos países centroamericanos<sup>106</sup>. En la capital del estado de Nuevo León trabajó asiduamente como jefe de redacción y colaborador de *El Espectador*, diario de mayor circulación local, dirigido por el doctor Ramón E. Treviño, “quien además fungía

---

<sup>104</sup> Carta de Alfonso Reyes a Ignacio H. Valdés, México, 23 de junio de 1907, en *Correspondencia. Alfonso Reyes/Ignacio H. Valdés. 1904-1942*, cit., p. 167.

<sup>105</sup> Sobre Arenales, véase, Fernando Vallejo, *El mensajero. Una biografía de Porfirio Barba Jacob*, México, Alfaguara, 2004.

<sup>106</sup> José Alvarado decía que Arenales apareció en México en 1908, que en nuestro país iba “a nacer su leyenda; aquí fraguaría sus palabras fundamentales a la luz de los relámpagos y en la sombra de pecados antiguos. Nunca más pudo olvidar el tequila ni la marihuana. El primero de sus poemas importantes” “Estrella de la tarde” lo compuso en Monterrey en el verano de 1909. Siguieron “las elegías, las baladas y las canciones”. Su obra más ambiciosa la compuso en México “Acuanimántima” (José Alvarado, *Tiempo guardado*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 33. [SepSetentas, 266].

Recientemente se ha hecho una selección de su poesía y se incluye el poema “Estrella de la tarde”. Cf., Porfirio Barba Jacob, *Vida profunda*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007, pp. 29-31. [Lecturas Universitarias. *Nuestros clásicos*].

Uno de los pocos estudiosos de Arenales nos informa que en Madrid en 2002 apareció el libro intitulado *La estrella de la tarde*, antología de poemas de Arenales/Porfirio Barba Jacob. Homenaje que le hizo Gastón Baquero y edición de Ángel Luis Vigary. Título del poema escrito en 1909 y que le “daba nombre a una selección poética al gusto de los intelectuales españoles” (Erasmus E. Torres López, *La presencia eterna de Porfirio Barba Jacob en Monterrey*, Monterrey, Conalep/Nuevo León, 2009, p. 29).

como diputado local desde 1892 -¡16 años seguidos”, gracias al apoyo del gobernador Bernardo Reyes”<sup>107</sup>; y, en la *Revista Contemporánea. Ciencias. Artes. Poesía. Historia y crítica*, que tenía como director a Virgilio Garza. Publicación de la que sólo aparecieron 14 números, de periodicidad quincenal, entre el 5 enero y 20 de julio de 1909. La importancia de esta revista radica que desde ésta puso en contacto a la intelectualidad regiomontana con del “resto de la América” y sembró “las ideas de un pensamiento unificador de los países situados al Sur del Río Bravo”, según lo señalaron Héctor González e Isidro Viscaya<sup>108</sup>.

Arenales, por otra parte, buscó al hijo del gobernador de Nuevo León, y fue Ramón Treviño quien lo puso en contacto. El poeta colombiano deseaba tener una relación intelectual con Reyes porque lo veía con “una capacidad superior e ingénita para realizar las obras de Arte” y, por supuesto, buscaba alguna colaboración para la *Revista Contemporánea*<sup>109</sup>. En Monterrey, más tarde, se conocieron, y la correspondencia entre ellos se hizo constante. Una carta que salió de la capital nortea trajo estos planes para un libro de poemas intitulado *Los tres caminos*: “Todo él en versos elegantes, bien trabajados, heroicos y aun fatales. Y todo muy fuera de la realidad contingente, más allá del amor. Este huracán que sopla sobre mi juventud, y este fuego que me la enciende, y esta locura de florecer antes de la muerte, la alegría trágica de mi corazón, el desconcierto de vivir, las voces secretas, la tormenta de ánimo, todo esto es lo que quiero reducir a versos; siempre exagerando lo real;

---

<sup>107</sup> Erasmo E. Torres López, *La presencia eterna de Porfirio Barba Jacob en Monterrey*, cit., p. 25.

<sup>108</sup> Héctor González, *Siglo y medio de cultura nuevoleonense*, México, 1946, p. 108; e, Isidro Viscaya, *Los orígenes de la industrialización en Monterrey: una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución (1867-1920)*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León/Secretaría de Educación/Fondo Editorial/ITESM, 2006, pp. 127 y 128.

Y un jalisciense radicado en la Ciudad de México desde 1902, con dos novelas publicadas, *De la noche* (1905) y *La chiquilla* (1907), y una tercera que estaba a punto de *La musa bohemia* (1909), en una de las primeras cartas que le dirigió al joven Reyes, le señaló la importancia de la *Revista Contemporánea* que se hacía en su tierra natal y al mismo tiempo las dificultades a las que se enfrentaría. Este hombre se llamaba Carlos González Peña, de 23 años de edad. Pues bien, el también periodista, le aseguraba que “realizar en Monterrey una obra de periodismo literario como esa, es un verdadero *tour de forcé*. De ahí que, no obstante mi entusiasmo, yo dude que pueda sostenerse mucho tiempo una publicación artística tan costosa; máximo si se considera que no es nuestro país, -ni menos nuestras provincias-, todo lo culto que fuera de desearse cuando se acomete una labor de índole de la mencionada”. Y no obstante ello, aplaudía la idea y quería creer “que, a fuerza de constancia y de esfuerzo” se lograría “vencer la apatía de los contados lectores” que se disponían en el país y la “reconocida pereza de los literatos”. Él colaboraría en la medida de sus ocupaciones. Arenales le escribió, invitándolo, y él le contestó aceptando la invitación (Carta de Carlos González Peña a Alfonso Reyes. México, 25 de febrero de 1909, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1078).

<sup>109</sup> Carta de Ricardo Arenales a Alfonso Reyes. Monterrey, noviembre 27 de 1908. Archivo personal de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/Capilla Alfonsina. Expediente 137.

ojalá fuera posible desquiciar la vida y echarla en un crisol y fundirla nuevamente. ¿Por qué no?”. Y cerró su carta con un adiós, de su amigo y compañero<sup>110</sup>.

El año de 1909 fue definitivo en la vida del general Reyes, en la de su hijo menor y en los amigos del joven Reyes. El gobernador de Nuevo León gozaba de grandes simpatías entre la población, y sus simpatizantes estaban formando una corriente de opinión, el *reyismo*, fuerte y poderosa. Corriente que tenía como base de apoyo las clases medias, los reservistas, obreros, estudiantes e intelectuales, hasta convertirse, según Vera Estañol, en “intérprete de las aspiraciones nacionales”<sup>111</sup>. Y sin embargo, el gobernador de Nuevo León no dejaba de señalar a sus simpatizantes que era leal al régimen porfirista, “hasta el sacrificio, si era necesario”<sup>112</sup>. El hombre que despertaba tantas simpatías como probable relevo generacional tenía como adversario al grupo denominado los científicos, que representaba los altos intereses bancarios e industriales. Grupo que no se cansaba de señalar que el gobernador era capaz de “cometer cualquier atentado”. Pero no era el único obstáculo a vencer, el poder económico, si el general Reyes se decidía a ser candidato. Y muy bien se dio cuenta de esta situación Pedro Henríquez Ureña, testigo de los hechos ocurridos en la Convención Reelectionista del 2 abril, fecha en que se proclamó a Ramón Corral candidato a la vice presidencia de la República, compañero de fórmula del presidente Díaz.

Pero Pedro no se contentaba con observar los *hechos políticos* sino también analizarlos, como se comprueba en la carta que al día siguiente de aquella Convención le escribió a su amigo Reyes, teniendo a la vista las noticias que daban los diarios. Henríquez Ureña le aseguró que la prensa del día tres de abril *no decía lo que había pasado*. *El País* y *El Diario* publicaron cosas relativas “al ofrecimiento de la candidatura”, pero *no decía de lo ocurrido*. Incluso, *El Imparcial*, en su breve reseña, suprimió el nombre de Caso. En su opinión la decisión que tomó la prensa no era mala. Sólo dijeron lo que querían que supiera la opinión pública: “que la candidatura de Corral fue aprobada ¡por aclamación!”. Sin embargo, las cosas ocurrieron de diferente manera, le aseguró, y le explicó los *hechos*.

---

<sup>110</sup> Carta de Ricardo Arenales a Alfonso Reyes. Monterrey, marzo 10 de 1909. Archivo particular de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/Capilla Alfonsina. Expediente 137.

<sup>111</sup> Jorge Vera Estañol, *Historia de la Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, tercera edición, México, Editorial Porrúa, S.A., 1976, p. 97.

<sup>112</sup> Dr. Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas. (1909-1913)*, México, Imprenta Mundial, 1933, p. 11.

En la velada en el Circo-Teatro Orrin, Nemesio García Naranjo pronunció un “discurso florido, entre bueno y malo”; y Miguel Lanz Durent “no dijo nada fundamental”. Sin embargo, cuando pronunciaban el nombre de Corral, se escuchaban siseos. Antonio Caso, en su turno, dijo algo “flojísimo desde puntos de vista literarios e ideológicos”. Su discurso “fue completamente teórico, sin mencionar a las personas en cuestión; habló en realidad de la democracia, manoseando el manoseado tema de la imposibilidad de implantarla de pronto en México”. En su alusión al Club Democrático, que sólo él notó, censuró a los “ilusos” que formulaban “planes irrealizables”. Lo “urgente era ir caminando paso a paso en el camino de la democracia, y que algún día, cuando los mexicanos fueran algo comparables a los ciudadanos de Atenas, podrían realizarse los sueños que todos” alentaban, aseguró Caso. En cuanto a los candidatos, dijo las cosas con “demasiada oratoria: ‘honradamente, con la frente erguida, muy erguida, etcétera’”. El discurso se tomó como “suficientemente independiente”. Los antirreeleccionistas lo hicieron suyo y los reeleccionistas lo encontraron bueno.

Porfirio Díaz entró a la escena. Postuló a Corral, los delegados aplaudieron, y se escucharon otra vez siseos que provenían de las galerías. “Éstas estaban compuestas por un público heterogéneo, que parece no tuvo tiempo de congregarse en forma, pues al principio no querían abrir las puertas [del Circo-Teatro], por más que la prensa dijo que estaban abiertas a todo el mundo”. Se dijo que los siseos fueron hechos por un grupo de estudiantes encabezados, entre otros, por Julio Torri. Joven coahuilense estudiante de derecho que llegó a la Ciudad de México en 1908. Tenía la misma edad que Alfonso, veinte años<sup>113</sup>.

Entre junio y agosto de 1909 México se despertaba *reyista*. La “primavera de los claveles rojos se había extendido”<sup>114</sup>. Los partidarios del general Bernardo Reyes se iban apropiando de la escena y provocaban “la primera movilización política nacional, aún antes que Madero”. Los *reyistas* eran los que “verdaderamente” habían hecho “descender la política a las calles”. Y sin embargo, su candidato seguía sin ponerse al frente de esta batalla

---

<sup>113</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 3 de abril de 1909, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, cit., p. 141 y ss.

<sup>114</sup> Benavides dice que la “primavera de los claveles rojos” se extendió de mayo a julio (Artemio Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, cit., p. 305).

política<sup>115</sup>. No obstante esta paradoja, el país seguía movilizándose y apareciendo, por otra parte, con mayor vigor, la fuerza del *maderismo*. Así sucedieron las cosas.

El 22 de mayo se creó el Centro Antirreleccionista de México y formaban parte, entre otros, un amigo del joven Reyes, José Vasconcelos; un hombre que formó parte del despacho de Rodolfo Reyes, el abogado poblano Luis Cabrera; y Emilio Vázquez Gómez, Toribio Esquivel Obregón, Eduardo Hay. El 6 de junio nació el semanario *El Antirreleccionista*, bajo la dirección de Vasconcelos. Once días después, José López Portillo y Rojas, uno de impulsores más entusiastas de la candidatura del general Reyes<sup>116</sup>, y Samuel Espinosa de los Monteros, instalaron definitivamente el principal club reyista, *Soberanía Popular*, teniendo como presidente a Francisco Vázquez Gómez. Más adelante los *reyistas* adquirieron el periódico *México Nuevo*.

El 11 de julio, don Francisco I. Madero estaba en Monterrey y acusó a Reyes y a Corral de haber “alimentado toda su vida las ideas antidemocráticas del continuismo corruptor”. El 15 de julio, el Club *Soberanía Popular* publicó un manifiesto postulando las candidaturas de Díaz y Reyes, para la presidencia y vice presidencia de la República, respectivamente. El 23 de julio todos los clubes reyistas se unificaron, y el 24 y 25, “una nueva tentativa de los oradores reeleccionistas en Guadalajara” provocó “nuevas manifestaciones impresionantes por parte de partidarios de Reyes, con un principio de motín, peleas, heridos y ciento veinticinco arrestos”. En consecuencia, los clubes fueron cerrados, los dirigentes “arrestados y las protestas” de los reyistas llegaron hasta los oídos del presidente Díaz para “pedir la libre manifestación de la voluntad popular”<sup>117</sup>. Un día después, el general Reyes les dijo a sus simpatizantes que no aceptaba ser candidato a la vicepresidencia<sup>118</sup>. Los meses siguientes, agosto y septiembre, fueron de represión antirreyista y de la que no se

---

<sup>115</sup> Francois-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo II, traducción de Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 145. [Sección de Obras de Historia].

<sup>116</sup> López Portillo y Rojas nació en Guadalajara, el 26 de mayo de 1850. Fue diputado federal, senador de la República, periodista, novelista. A los 16 años inició su actividad periodística en *La Exhalación*, y también en algunas publicaciones de carácter político como *Juan Panadero* o *La Alianza Literaria*. Fundó junto con Esther Tapia de Castellanos y Manuel Álvarez del Castillo *La República literaria*, en 1886. Autor de *La Parcela* (Daniel Moreno, “La literatura y sociología en *La Parcela* y otras obras de José López Portillo y Rojas”, en *Narrativa selecta de José López Portillo y Rojas*, presentación de Marco Antonio Millán, México, Ediciones Oasis, 1980, p. I y ss.).

<sup>117</sup> Francois-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo II, cit., p. 170.

<sup>118</sup> Cf., Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución Mexicana. Primera etapa (1901 a 1913)*, cit., p. 77 y ss.

escapó el propio gobernador de Nuevo León<sup>119</sup>. Era el principio del fin de ese movimiento y del gobernador neoleonés.

El poder político fue limitando, cercando y acorralando al general Reyes y a sus simpatizantes. El gobernador estaba sitiado y Díaz resucitaba a los antiguos adversarios del general para acabarlo y humillarlo. Rodolfo Reyes propuso a su padre el levantamiento armado. El general no quiso que el país volviera como antaño a la revolución y a la anarquía. Eso es *suicidio político*, le dijo su hijo. El padre le respondió: “Voy a ir a ese suicidio”<sup>120</sup>. En septiembre, en casa de su hijo Rodolfo, el general Reyes le expresó a Vázquez Gómez que su lealtad al presidente Díaz le obligaba a abandonar “el campo político a sus enemigos los científicos: ellos serán responsables de lo que suceda”<sup>121</sup>. Días después salía del país en calidad de desterrado político.

Desde La Habana, Max le expresaba a su amigo Reyes, carta de 22 de agosto de 1909, su alarma por lo que la prensa publicaba: que su padre estaba en El Mirador, “teniendo rodeada de tropas la falda de la montaña”. No creía que sus “enemigos armados” se hubieran “atrevido a tanto, pues ya esto sería como un encarcelamiento con apariencia de libertad”. Su deseo era ver al general “dando una carga de caballería de extremo a extremo de la República”. Ya sabía que le diría que era impulsivo. Pero bien sabía y creía desde hacía mucho tiempo que *la revolución era una necesidad*. Sólo lamentaba que a estas horas no se hubiera realizado. Le pidió que le escribiera, y le expresó una vez más cuánto lo quería<sup>122</sup>.

Pedro Henríquez Ureña anotó en su *Diario*, 24 de agosto de 1909, una reflexión sobre la situación política de este verano: “Puede esperarse que cada elección de Gobernador de Estado implicará oposición ruda a los deseos del gobierno federal. El General Reyes

---

<sup>119</sup> Vera Estañol escribió sobre el fin del general Reyes, del reyismo y sus consecuencias lo siguiente: “Para sus amigos y prosélitos no obtuvo nada; todos quedaron comprometidos, perseguidos y en peligro; algunos de ellos encarcelados con pretextos más o menos frívolos. Reyes desapareció de la escena por su propia voluntad, se alejó de las playas mexicanas befado por sus antagonistas, vituperado por sus partidarios, políticamente muertos. Sin embargo, la agitación política estaba producida; los elementos intelectuales y populares que se habían sacudido no se resignaron a la derrota definitiva y buscaron nuevas orientaciones” (Jorge Vera Estañol, *Historia de la Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, tercera edición, cit., p. 98).

<sup>120</sup> Francois-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo II, cit., p. 172.

<sup>121</sup> Dr. Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas. (1909-1913)*, cit., p. 18.

<sup>122</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Habana, agosto 22 de 1909. Archivo particular de Alfonso Reyes. Instituto Nacional de Bellas Artes/Capilla Alfonsina. Expediente 1176.

sobrelleva con extraordinaria paciencia las medidas y los ataques que contra él dirige el gobierno; su situación es enigmática; fuera de México y de las peculiares contradicciones que hacen que aquí todo se realice teniendo como condición a Porfirio Díaz, sería inconcebible”<sup>123</sup>.

Y el joven Reyes, ¿qué hacía? Escribir. Y, ¿qué estaba escribiendo en estos meses? “Lo que hacen las gentes de México los domingos en la tarde” y “La evocación de la lluvia”, escritos en junio y julio de 1909, respectivamente; pero los publicó, el primero, en 1954; y el segundo en 1912, y refundido, en 1917. Además, están, “Sobre las *Rimas bizantinas* de Augusto Armas” y “Canciones del movimiento”, escritos en este orden, junio y julio, que forman parte de su primer libro, *Cuestiones estéticas* (1911); “Sobre un decir de Bernard Shaw”, fechado en 1909, pero se desconoce el mes y día de su elaboración. En 1950, Reyes escribió en una nota a pie de este artículo, la siguiente observación hecha por San Isidoro: *Toda palabra, toda pulsación de las venas obedece a un ritmo.*

“La noche del 15 de septiembre y la novelística nacional” y “Silvio. De la diáfana silueta de Silvio, y de cómo no trajo éste a la vida ningún mensaje”, ambos con el seudónimo de Teodoro Malio, se publicaron en la *Página literaria* de *El antirreleccionista*, a cargo de Pedro Henríquez Ureña, en los meses de agosto y septiembre. Asimismo Reyes tradujo para este diario, “El artista”, de Oscar Wilde, que se conoció en septiembre, también con aquél seudónimo<sup>124</sup>. ¿Por qué Reyes publicó de inmediato unos artículos, y otros más tarde? ¿Oportunidad periodística, desahogo, grito desesperado o prudencia?

En los artículos que Reyes publicó años después encontramos estas ideas. En el quinto párrafo de “Lo que hacen las gentes de México los domingos en la tarde” escribió: “Esta

---

<sup>123</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Memorias. Diarios. Notas de viaje*, cit., p. 140.

<sup>124</sup> Esta es la traducción que hizo Reyes: “Una noche surgió en su alma el deseo de hacer una imagen de ‘El placer que dura un Instante’. Y fue por el mundo a buscar bronce. Pues él sólo podía pensar en bronce.- Pero todo el bronce de todo el mundo había desaparecido; por ninguna parte, en todo el mundo, se hallaba bronce alguno, salvo el bronce de la imagen de ‘El Dolor que dura por Siempre’.- Esta imagen, él mismo la había hecho y trabajado con sus propias manos, y puesto sobre la tumba de la cosa que había amado en su vida. Sobre la tumba de la cosa muerta que había amado más, había opuesto esa imagen, hecha por él, para que sirviese como signo del amor del hombre, -que no muere,- y símbolo del dolor del hombre,- que dura para siempre. y en todo el mundo no había otro bronce, sino el bronce de esa imagen.- Y tomó la imagen que él mismo había construido, y la echó en un grande hornno, y la dio al fuego. Y con el bronce de la imagen de ‘El Dolor que dura por Siempre’ construyó la imagen de ‘El Placer que dura un Instante’” (“El artista. De Oscar Wilde”, traducción especial de T. M., en Archivo particular de Alfonso Reyes. Archivo hemerográfico. Albúm I/13).

filosófica tendencia de mirar la vida desde alturas es también de solitarios; pero de solitarios afables, de los que cultivan su soledad como una religión, no por esquivos, no por enemigos de los hombres, sino por ese candor divino de la contemplación, ya plácida, ya melancólicamente nutrido en el alma”<sup>125</sup>. Y en la segunda línea, del último párrafo, de “La evocación de la lluvia”, nos encontramos con que, “ese día de lluvia la jaula se había abierto un instante, y yo pude entrar y salir por ella. Una vez al menos, yo he podido evocar la lluvia. ¿Cómo hacer para adquirir definitivamente ese don? Ya no descansaré más mientras no aprenda a evocar la lluvia. *Ya vislumbro los caminos de la emancipación. O me apodero de ello, o quiero morir en el asalto.* Y lo que arriesgo en este caso de conquista sobrenatural ¿no había de arriesgarlo en la multitud de experiencias naturales de todos los días?”<sup>126</sup>. Días de duras y aleccionadoras meditaciones. Por lo que no es casual entonces que al refundir este texto aparezca en *El Suicida* (1917) con el título de *La conquista de la libertad*, fechado en París en 1913. *La conquista de libertad* no se da en los hombres como arte de magia. Es verdad de Perogrullo que es un proceso lento, complicado, contradictorio.

Era comprensible que en este apoderamiento de su libertad y de su emancipación, Reyes escribiera en *El Antirreleccionista*, semanario de los maderistas, y en la página que estaba a cargo de Henríquez Ureña. De igual manera queda perfectamente claro de qué lado estaba colocado el joven Reyes, después que su progenitor abandonaba la lucha política, forzada por el propio general Díaz. Y fue en este semanario donde publicó “La noche del 15 de septiembre y la novelística nacional”, artículo en el que se siente la tensión, enfado y reclamo a las nuevas generaciones por no crear una *nueva estética*. Por eso escribió que si Federico Gamboa diera al público mexicano un “15 de septiembre”, lo entendía; pero que lo hubiera hecho el joven jalisciense de 25 años, Carlos González Peña, de quien se esperaba “bellos frutos”, era señal de que no se había “roto” con las rutinas. ¿No se podía hacer otra cosa? ¿No se podían hacer aún una obra de arte?

Se dijo que acaso en este 1909 se dejaría de celebrar, “con festividad pública y grito desde los balcones del Palacio Nacional, la fecha del 15 de Septiembre. Y pensaba si con esto

---

<sup>125</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Marginalia. Primera, segunda y tercera series. Las burlas veras. Primera, segunda y tercera series*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 164. [Letras mexicanas].

<sup>126</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquellos días. Retratos reales e imaginarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 261. [Letras mexicanas]. (El subrayado es nuestro).

descansarían los lectores, olvidados los novelistas de tan enojosa descripción. Mas ello es difícil. Porque es tan cierto que el arte no imita lo existente y que se aprovecharía, si le fuere dable, de cosas de otros mundos y aun de otros universos, que apenas las cosas dejan de existir y se convierten en recuerdos o en leyendas (en algo menos imitable directamente que las existencias actuales, notadlo bien), cuando ya se las apropia como con derecho mayor, y más ahincadamente trabaja con ellas”, señaló Reyes<sup>127</sup>.

En la siguiente colaboración, “Silvio. De la diáfana silueta de Silvio, y de cómo no trajo éste a la vida ningún mensaje”, hay un reclamo. Por eso preguntó si ¿todos querían ser un Silvio? Pues sólo así se entiende, la siguiente expresión: “¡Ay misterioso Silvio! ¿Qué misión traerías tú a la vida?”<sup>128</sup>. Reyes, por lo menos, estaba en camino de su emancipación. Y ese Silvio, ¿se estaba emancipando? Seguramente que no. Por eso el reclamo de Reyes a este Silvio que decía ser su amigo.

Existen otros testimonios de estos meses que aún permanecen inéditos. Son unos poemas que Reyes consideró no publicables por su nulo valor estético. Sin embargo, para el caso que estamos examinando, nos ayudan aún más entender estos meses de 1909. En el *Cuaderno número 5*, que data de 1906 a 1910, encontramos los siguientes poemas, “Visión y castigo de Fausto”, junio de 1909; “Para el [jinete] [al] [gigante] que sofrenaba a Pegaso”, “Evocaciones en el crepúsculo”, “Cathemerinon”, “¡Al enemigo!”, “Amigo”, escritos en agosto; y en septiembre, “A la mesa de un amigo”. De estos poemas estos fragmentos: *Nada dicen los muchos oráculos que invoco, / si voy sobre los montes y sobre las llanuras, / me siguen las Euménides, como las tres locuras / que seguían a Orestes, ensangrentado y loco.- Yo me voy por mi camino, / cultivando mis evocaciones, /y soñando realidades, / y alentando entre visiones.- ¿No ves que lucho con mayores duelos?*<sup>129</sup>

Hay también otra clave muy importante de ese camino que Reyes estaba emprendiendo, el de emancipación. En el poema escrito en septiembre de 1909, *Elegía de Ítaca*, y publicado

---

<sup>127</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., pp. 157 y 158.

<sup>128</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 337. Cf., la observación de que en este artículo hay rasgos de Martín Luis Guzmán, Susana Quintanilla, *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución Mexicana*, México, Tusquets Editores, 2009, p. 95 y ss. [Colección Centenarios, 5].

<sup>129</sup> Alfonso Reyes, 5º. *Cuaderno. De marzo 1906 a 1910*, México, pp. 78-87.

años más tarde. Poema que a Henríquez Ureña le llamó tanto la atención que sentenció: “bajo la máscara homérica suena el lamento de la despedida”<sup>130</sup>. Efectivamente Reyes en ese poema escribió: ‘*Itaca y mis recuerdos, ay amigos, adiós*’<sup>131</sup>.

Alfonso Reyes siguió escribiendo y buscando nuevos espacios para la publicación de sus trabajos. El 12 de septiembre de 1909 apareció en *El Fígaro*, de La Habana, diario dirigido por el escritor, dibujante y caricaturista, Jesús Castellanos (1879-1912)<sup>132</sup>, su primera publicación fuera de México y la primera en Cuba, “Sobre la inmortal leyenda de Oscar Wilde”. Para dar la debida importancia a esta colaboración, *El Fígaro* publicó un editorial intitulado, “Alfonso Reyes”. El diario daba cuenta de que lo que se publicaba era una “noticia literaria, breve y subjetiva a la manera de Mallarmé. En pocas líneas, el joven escritor mexicano” logró “condensar la impresión rara y gráfica de una visión de luto y de misterio que se alza ahora en torno a la memoria de aquél poeta inglés que envolvió su corazón de gloria con la túnica roja el escándalo”. E informaba a sus lectores que Reyes era de los más jóvenes escritores de la última generación intelectual mexicana y asimismo les recordaba que sus versos eran aristocráticos y sabios. No en balde obtuvo un sonoro triunfo “cuando en hexámetros de vigor homérico cantó las glorias de Juárez entre las aclamaciones del pueblo”. Esta era “una de las manifestaciones más hermosas y robustas que ha tenido la poesía mexicana”.

Reyes pues “no ha robado talento; para él es ley de estirpe”. Su hermano Rodolfo era uno de los jurisconsultos de primera fila. Su padre, el general Reyes, era candidato “de gran fuerza” para la Vice Presidencia de la República y era “también un escritor vibrante y un claro espíritu de estadista”, que asentaba “su programa político sobre las bases esenciales

---

<sup>130</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Editorial Raizal, 1952, p. 143.

<sup>131</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. X. Constancia poética*, cit., p. 42.

<sup>132</sup> Jesús Castellanos nació en Cuba en 1879. Apenas contaba con quince años cuando co-funda *La joven Cuba* y *La juventud cubana* (1894) y *El habanero* (1895); y fue uno de los hombres más sobresalientes de la recién fundada república cubana (1907). Para estas fechas tenía publicadas, entre otras cosas, *Tierra adentro* (1906) y *La conjura* (1909). En México estuvo entre 1896 y 1898, y desde aquí luchó por la independencia de su patria. (Luis Rafael, “Jesús Castellanos”, en [www.luisrafaelcu.blogspot.com](http://www.luisrafaelcu.blogspot.com); y, Leonardo Depestre Catony, “Jesús Castellanos: apuntes sobre un escritor”, en [www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)). Alguna de estas obras mencionadas le envió a Reyes, pues lo único que se conserva en el archivo particular del escritor y diplomático mexicano es la dedicatoria: *Al exquisito artista /Alfonso Reyes, con mu-/ cha admiración y mu-/ cha simpatía. /Jesús Castellanos. /La Habana Oct. de 909* (Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 497). Murió en 1912.

de mejorar la condición del obrero y dar mayor ensanche a la instrucción pública”. El diario se complacía en dar a conocer en Cuba el nombre del joven Alfonso Reyes<sup>133</sup>.

La vida le deparaba a Alfonso Reyes mayores sorpresas y mayores desafíos. Un suceso notable en octubre de este año le permitió una vez más que se conocieran sus ideas. A propuesta de Antonio Caso se constituyó el Ateneo de la Juventud, el 28 de octubre de 1909. Símbolo y expresión de estos tiempos. Ejemplo de respeto a la diversidad política, a la comunión entre diferentes expresiones ideológicas, expresados en la conversación inteligente. Y en el fondo de este paisaje, México. Entre sus “Socios numerarios” estaban los nombres de jóvenes muy conocidos por sus inquietudes políticas y culturales: Reyes, Vasconcelos, Henríquez Ureña, González Peña, Castillo Ledón, Isidro Fabela<sup>134</sup>. Entre los “Socios correspondientes” se encontraban los residentes fuera de la Ciudad de México, y sus nombres nos dicen igualmente que en este Ateneo el americanismo estaba presente y era corolario de renovación en las ideas y en la política: el colombiano Arenales, el cubano Castellanos y el dominicano Max Henríquez Ureña.

#### 4.- *La fiesta americana del Centenario*

Se acercaban las fiestas del Centenario y tal parecía que las trompetas de guerra enmudecían. La política electoral, sin embargo, seguía pujante. Y entre el fragor de la lucha política-electoral los invitados de otras urbes llegaban a México para celebrar esta conmemoración recibiendo los honores que les correspondía a su investidura. Entre estos invitados se encontraba el que resultó ser uno de los grandes americanistas españoles, don Rafael de Altamira, fundador en 1895 de la célebre *Revista crítica de historia y literatura española, portuguesa e hispanoamericanas*.

---

<sup>133</sup> “Alfonso Reyes”, en *El Fígaro*, La Habana, 12 de septiembre de 1909.

<sup>134</sup> José Rojas Garcidueñas, *El ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1979, p. 117. [Biblioteca del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 75].

Altamira llegó a México el 11 de diciembre de 1909, por Salinas Cruz, proveniente del Callao, después de un periplo por otras tierras americanas, bajo el patrocinio de la Universidad de Oviedo. El 21 de este mismo mes partió hacia Nueva York y llegó nuevamente a México el 10 de enero de 1910 donde permaneció hasta el 12 de febrero. De las 300 conferencias que impartió en este recorrido americano, 19 las dictó en tierras mexicanas. Este viaje fue de la mayor importancia en su vida y en su carrera<sup>135</sup>. Al regresar a España publicó *Mi viaje a América. (Libro de documentos)*, bajo el sello de la madrileña Librería General de Vitoriano Suárez y fundó el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, en el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, vigente entre 1911 y 1913. Al año siguiente, ocupó en la Universidad de Madrid la famosa cátedra de Historia de las Instituciones políticas y civiles de América, cátedra que impartió en los doctorados de Derecho y Filosofía y Letras, y a la que asistió hasta su jubilación, en 1936<sup>136</sup>. Este maestro español fue invitado por el Ateneo de la Juventud a la sesión de 26 de enero de 1910, en la Ciudad de México y Alfonso Reyes leyó su conferencia intitulada “Sobre la estética de Góngora”, en su honor.

Acaso al maestro alicantino le pareció una novedad que en estas tierras mexicanas se hablara de Góngora, pues en la suya aún faltaban algunos buenos años para que se le diera el lugar que le correspondía en las letras y en la cultura española. Reyes en su búsqueda por una nueva estética lo había descubierto haciéndose de una buena bibliografía sobre el cordobés. Entre los textos que ya tenía, que se sentía orgulloso de poseerlo y en que se basó para hacer su conferencia estaba la edición madrileña de *Todas las obras de don Lvis de*

---

<sup>135</sup> Vicente Ramos, biógrafo de don Rafael nos indica que la etapa mexicana del sabio español “comprende dos periodos: del 10 al 20 de diciembre de 1909 y del 12 de enero al 12 de febrero de 1910”. En su estancia en México impartió “cuatro conferencias sobre temas jurídicos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia; tres, en Colegio Nacional de Abogados, y otras cerca de temas históricos, pedagógicos y jurídicos en la Escuela Nacional Preparatoria, Escuela Nacional de Maestros, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, Colegio Militar, Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación -que lo nombró socio honorario, dándole la bienvenida Rodolfo Reyes-, Ateneo de Juventud -donde intervino también Max Henríquez Ureña-, Academia Nacional de Ingenieros y Arquitectos, Centro Asturiano, dirigido por don Teléforo García, y Centro Español, que presidía don José Sánchez Ramos, a cuyo acto asistió el Señor Presidente de la República y varios ministros” (Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, prólogo de Julio E. Guillén Tato, Madrid/Barcelona, Alfaguara, 1968, pp. 133 y 134. [Hombre, hechos e ideas]).

<sup>136</sup> Silvio Zavala, “El americanismo de Altamira”, en *Silvio Zavala en la Memoria de El Colegio Nacional. 1. (1947-1974)*, compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2009, p. 331; y, Rafael Diego Fernández, “La huella de Altamira en la historia de hispanoamérica”, en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Instituto de Investigaciones Jurídicas/Universidad Nacional Autónoma de México, México, año V, número 15, septiembre-diciembre de 1990, p. 399.

*Góngora en varios poemas. Recogidos por don Gonzalo de Hoces y Córdoba, natural de la ciudad de Córdoba, dirigidas a don Francisco Antonio Fernández de Córdoba, Marqués de Gvadalcazar*, hecha En la imprenta del Reyno, en 1633, a costa del librero de su Majestad, Alfonso Pérez.

Reyes inició su conferencia señalando que era hora de “reivindicar el mérito positivo de tantos incomparables versos” que se debían a Luis de Góngora. Y citó a los doctos gongoristas de esa época y de la actual, Martín Angulo y Pulgar, Pellicer y García Salcedo Coronel, y el infaltable Marcelino Menéndez y Pelayo; y a sus detractores, como Francisco del Villar, sin dejar de mencionar a Francisco Gómez de Quevedo Villegas. “Mas quedarse en esto sería definir negativamente el gongorismo, diciendo que es un modo de amaneramiento y artificialidad que se distingue del otro, del conceptismo, en la total carencia de ideas (j)”, señaló Reyes. Por lo que él mismo se preguntaba: “¿Y cómo explicaríamos entonces la boga que logró entre muchos distinguido ingenios? ¿Cuál virtud interna lo animaba, independientemente ya de la idea y de la misma razón, para seducir a los mismos que volvían sus armas contra él? ¿Por qué Valencia y Cascales, sus enemigos, y con estos una multitud, declaraban a Góngora el primer poeta de la edad, al par que querían condenarlo? ¿Y qué seducción hacía que Lope se empeñara vanamente en serle grato y al cabo cayera en sus excesos, al igual de Jáuregui, su más concienzudo contrincante tal vez, y hasta de Tirso y Calderón, y que Cervantes declarase al fin su afición por el *Polifemo*? ¿Y cómo Góngora, siendo la suya poesía culta por antonomasia, había de influir hasta en menores esferas que las de letrados y eruditos? Porque su *Polifemo* y sus *Soledades* llegaron recitarse de corto en las escuelas de jesuitas, como la *Iliada* en los gimnasios de Atenas”<sup>137</sup>.

Todas estas “paradojas” se resolvían si se retornaba, *saboreando*, la poesía de Góngora. Entonces se encontrarían que no sólo hay “la pura armazón de imágenes paganas con que se asfixian los sonetos, y que es más, mucho más que la pura extravagancia de sintaxis, sin ser tampoco lo estrafalario en las metáforas y comparaciones –defecto este último en que suele sólo imitar a los conceptistas, por la intelectualización enojosa de los detalles más

---

<sup>137</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura española. Varia*, cit., p. 68.

insignificantes y el deseo de exprimir conceptos hasta de más seco y machacado despojo”. Es bien cierto que Góngora “indispone el ánimo mejor prevenido” como cuando al referirse a Felipe III lo llama “católica visagra de ambos mundos”. Mas al retornar a Góngora con aquél espíritu, entonces, sólo entonces asistiremos “a uno de los más elocuentes fenómenos del espíritu humano, oculto bajo los disfraces de una mera disidencia de escuelas”. Como bien lo anotó el hispanista escocés, biógrafo y responsables de las *Complete Works of Cervantes*, James Fitzmaurice-Kelly, Góngora era “una conciencia artística más puras” que la de sus contemporáneos; “y fue siempre más sabio que ellos en su oficio”, terció Reyes.

Y siguiendo a ese sabio escocés, el conferencista señalaba que el cordobés “tocado ya de la fiebre de perfección artística” y “arrebatao por su lirismo, se empeñó en retratar con palabras sus emociones musicales y coloridas; y rítmico en sus versos, enfático, más que Herrera el maestro, rico de luz en los paisajes, plásticos y ágil de palabras, sabio en movimientos y animaciones, no miró con la vaciedad de asuntos en que trabajaba, como cadáver a quién quisiera dar de su espíritu con un soplo, sólo desteñía sus colores, sólo apagaba su música incomparable, y había de hacer, finalmente, que su obra quedara no más como un conjunto de ejercicios técnicos, como ensayos de una nueva estética trabajados en el vacío”. Tal parecía que el poeta lo sentía, pues poco antes de morir, manifestó: “precisamente cuando comenzaba a leer algunas de las primeras letras de mi alfabeto, me llama Dios a sí. ¡Hágase su voluntad!”<sup>138</sup>.

Antes de concluir su disertación, Reyes hizo un llamado para acercarse a lo español, a mirar hacia los orígenes, a las fuentes españolas. Y en esta sumersión destacaba que “si en algún idioma moderno se encuentran cualidades rítmicas por las cuales el verso puede hasta olvidarse de consonantes y eco, es en el nuestro sin disputa”. El joven mexicano que estudiaba derecho abundaba al señalar que, por ejemplo, el *romance*, forma “típicamente española”, hizo “tan varias y musicales combinaciones” en los versos como no se había hecho en otro idioma.

Y así continuó su disertación demostrando que la grandeza de España estaba a través de su gran legado al mundo americano: la lengua española. Para concluir así su conferencia: “Un

---

<sup>138</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura española. Varia*, cit., pp. 82 y 83.

enfático aliento lírico, muy vital, muy español, adornado con pasmosas agilidades de ritmo y con sorpresas de colores, y que tendía, acaso, a fundir colores y ritmos dentro de una manifestación superior; pero desperdiciando a veces en pura *virtuosidad* y ejercicio, en ociosos amaneramientos y en rebuscos ociosos; embriaguez, al cabo, del ánimo, y que triunfa y subyuga por los sentidos; palpitación, al cabo, del mismo corazón de la tierra; energía natural, fuerza rebosante y rica sangre derramadas con algún desperdicio, ésta es la obra de Góngora, ingenio aristocrático, fino artífice, y creador, si aisladamente se los considera, de los más jugosos versos y de más sabor y elocuencia que posee el tesoro de la lengua española”<sup>139</sup>.

Entre enero y agosto de 1910, antes de la segunda gran intervención de Reyes, muchas cosas sucedieron en México, entre ellas, las elecciones presidenciales, en las que una vez más se impuso el general Díaz por la vía del fraude electoral. El candidato de la oposición, Madero, fue encarcelado y sólo consiguió su libertad *caucional* después de ocurridas aquéllas elecciones, salvándose de ser fusilado gracias a las gestiones de la familia Madero y del nuncio apostólico. A su vez, los maderistas luchaban por todos los medios legales para que se reconociera el triunfo de su candidato. La represión, el envío de los opositores del régimen porfirista a las temibles *tinajas* de san Juan de Ulúa y las discordias e intrigas entre los dirigentes antirreleccionistas era el fondo de la situación de estos días y marco en el que se desarrolló una auténtica fiesta americana organizada por los ateneístas para conmemorar el Centenario de la Independencia<sup>140</sup>.

En la Escuela Nacional de Jurisprudencia se llevaron a cabo seis conferencias, los días lunes, del 8 de agosto al 12 de septiembre, a las siete de la noche. Disertaron, en este orden, “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos”, por el fundador del Ateneo; “Los *Poemas Rústicos* de Manuel José Othón”, por Reyes; “La obra de José Enrique Rodo”, por Henríquez Ureña; “El *Pensador Mexicano* y su tiempo”, por González Peña; “Sor Juana Inés de la Cruz”, por el español José Escofet; y “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, por Vasconcelos. La serie fue patrocinada por el secretario y el subsecretario de Instrucción Pública.

---

<sup>139</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura española. Varia*, cit., pp. 84 y 85.

<sup>140</sup> Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución Mexicana. primera etapa (1901-1913)*, cit., pp. 99 y 100.

Un mes faltaba exactamente para la celebración del Centenario y a escasos cien días del estallido revolucionario encabezado por Madero, cuando Reyes leyó el trabajo arriba señalado. El joven ateneísta recordaba que la existencia de Othón se “extinguía silenciosamente tan callada, que casi contrasta tanto silencio con el eco de rumoroso duelo que corrió por todo el país. A la muerte de Othón respondieron, por todo el país, el llanto de los poetas y las oraciones fúnebres de ritual; pero, en lo profundo de los ánimos, para quienes teníamos ya el hábito de su presencia y su trato y que le asociábamos, tal vez, el coro de nuestros recuerdos familiares, hubo además como una sublevación, un anhelo de afirmar la perennidad del amigo, la inmortalidad del poeta. Por donde formamos la intención de alzar, sobre la tumba reciente, un monumento, al menos para la fantasía, aplicando nuestras fuerzas a la consagración de nuestro poeta, y recordando a quienes quisiesen escucharnos que nos falta todavía dedicarle un vividero tributo”<sup>141</sup>.

Así empezaba su trabajo y poco a poco fue dejando sentir sus conocimientos sobre el poeta potosino. En estos primeros párrafos se puede apreciar una especie de metodología y una comprensión de la historia nacional. Había un entendimiento de los gustos, las situaciones de las épocas y había una intención al decir estas meditaciones: “Seguir el proceso de un espíritu, asistir a las varias vicisitudes de toda una existencia mental y reconstruirla más tarde, será una entretenida tarea para los críticos, muy grata empresa y ejercicio a todas luces muy provechoso; pero los públicos prefieren las realizaciones a las promesas, y de modo natural se dejan ganar por la seducción de los autores que aparecen inmediatamente perfectos”<sup>142</sup>.

Luego fue señalando los primeros poemas de Othón, lo que quedó en sus archivos, sus publicaciones en la *Revista Moderna*, sus rasgos, sus fuentes y el uso de sus “metros viejos” que tanto escandalizaron a los que siempre piden originalidad. También se refirió a las lecturas clásicas que hizo y en el último párrafo encontramos su mensaje, un mensaje político atendiendo a las circunstancias que estaba viviendo México en agosto de 1910: “Amor a la tierra que hay que labrar; amor a la casa que hay que proveer; amor al país que

---

<sup>141</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 175.

<sup>142</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 176.

hay que defender; amor al ideal sobrehumano, interna virtud de todo lo humano –tales infalibles enseñanzas brotan de las poesías de Othón, y son de las que pueden educar a generaciones enteras. Aprended, por eso, a venerarlo y legad a vuestros hijos esta herencia de sabiduría. Porque sólo se unifican los hombres para la cohesión de la historia cuando han acertado a concretar todos sus anhelos y sus aspiraciones vitales en algún héroe o suprema forma metal; y todas sus exaltaciones, todo el vaho de idealidad que flota sobre las masas humanas, en las normas de sentir y de pensar que dictan sus poetas, combinando así, en la ráfaga de una sola canción, la voz multánime de su pueblo”<sup>143</sup>.

Esta era pues la lección que Reyes dejaba a unas pocas semanas de la conmemoración del Centenario: saber amar a la patria para defenderla. Tomar o retomar las virtudes de nuestros abuelos para estas y otras horas y dejarlas aún sembradas en nuestras tierras para que la recojan nuestros hijos y los hijos de ellos. Sólo así se unificaban los pueblos cuando se concretaban “todos sus anhelos y sus aspiraciones vitales”. Todo esto observaba y vivía Reyes a unas semanas que estallara la más violenta de cuantas revoluciones tuvo México. Pero cuánta fe tenía en nuestra historia y en nuestro pasado. Llegaría las revoluciones pero permanecería nuestra cultura y la inteligencia de los hombres para reconstruir el país devastado.

En este verano se esperaba impacientemente la llegada de uno de los grandes poetas de habla española, Rubén Darío, para las fiestas del Centenario. Era un gran acontecimiento tenerlo en el país. Sobre todo que muchas de las delegaciones invitadas, como Inglaterra, habían cancelado su participación. En junio de 1910 el gobierno de México hizo oficialmente la invitación al gobierno de Nicaragua para que asistiera a tal conmemoración. El presidente José Madriz nombró a Darío y a Arguello como delegados oficiales a tales fiestas. El autor de *Margarita* “vivía su tranquilo retiro de París”<sup>144</sup> y aceptó la invitación por tratarse de México. Después de recibir las instrucciones y los viáticos, el 21 de agosto de 1910 tomó en el puerto de Saint-Nazaire el barco *La champagne* rumbo al puerto de Veracruz, haciendo escala en La Habana. Llevaba cartas de presentación del general

---

<sup>143</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 192.

<sup>144</sup> Cf., “Los asuntos de Nicaragua”, en donde Darío narra su accidentada estancia en México (*Antología de Rubén Darío*, selección y prólogo de Jaime Torres Bodet, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, pp. 259-266. [Biblioteca Americana]).

Bernardo Reyes, quien lo estimaba grandemente. Lo acompañaba su secretario, José Torres Perona, “hijo del último gobernador español de las Islas Filipinas”. En el trayecto se enteró que en Nicaragua había estallado la revolución, que el presidente huyó y que asumió el cargo el hermano del jefe de la rebelión, José Dolores Estrada. A las doce y media, del viernes dos de septiembre, justo cuando anclaban en La Habana, recibió el siguiente telegrama: “Sus admiradores veracruzanos saludenle reverentes y desean acepte breve modesto homenaje que le preparan. Por Junta organizadora, *Diódoro Batalla; José María Pardo; Jorge Ruiz*”<sup>145</sup>.

Al llegar a La Habana los periodistas le preguntaron su opinión acerca del conflicto que había en su país y las consecuencias que pudiera tener para él. A lo que respondió: “Este cambio no puede traer consecuencias enojosas para mí. Voy a México en calidad de embajador especial en las fiestas del Centenario del grito de independencia. Mi misión nada tiene que ver con la política”. Horas después, Darío envió un telegrama al Ministerio de Relaciones de su país para decirles que salía al día siguiente, tres de septiembre, para Veracruz, y pedía instrucciones.

La capital de la República Cuba se puso de “fiesta con su llegada”, escribió uno de los biógrafos de Darío. Todo mundo se movilizó, especialmente los intelectuales que estaban alrededor del diario *El Fígaro*. En el Hotel de Inglaterra se le ofreció un banquete en su honor. Le correspondió decir el discurso de rigor a Max Henríquez Ureña, momento que aprovechó para contestar a aquél escritor de La Plata que dijo que Darío no era *el poeta de América*: “Yo, en verdad, ignoro cuál es la personalidad que se requiere para ser ‘el poeta de América’. Pero sé que tú, que has lanzado un vibrante apóstrofe a Roosevelt, en nombre de la América española; tú, que has dicho las bellezas del Momotombo en estancias majestuosas; tú que has cantado la memoria de Mitre; tú, que has levantando un himno de loor de la nación argentina, tienes sobrado caudal de poesía americana para que podamos llamarte nuestro Rubén, para que podamos ver en ti el poeta que siente y palpita con todo

---

<sup>145</sup> “Diario de Darío”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica/Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968, p. 60. [Sección de lengua y Estudios literarios]; y, Edelberto Torres, *La dramática vida de Rubén Darío*, tercera edición, México, Editorial Grijalbo, 1958, pp. 161 y 162. [Biografías Gadesa].

un continente, que a veces pone en sus versos las emociones de veinte pueblos, comunicándoles deslumbramientos de apoteosis y estremecimientos de epopeya”<sup>146</sup>.

El domingo 4 de septiembre, a las cuatro de la tarde, Rubén Darío llegaba a Veracruz. La fiesta apenas empezaba y ya se estaban haciendo todos los movimientos para hacer hasta lo imposible para que no llegara a la capital de la República mexicana. Para eso estaba en el puerto el introductor de diplomáticos, Rodolfo Nervo, para decirle que el presidente Díaz no lo recibiría, pero que lo declaraba huésped de honor<sup>147</sup>. Se le condujo al Hotel Diligencia pero no rumbo a la Ciudad de México. Un emisario del ministro Sierra le pidió lo mismo que Nervo. A pesar tan indignante situación Darío asistió a la velada que le ofrecieron los intelectuales veracruzanos.

Los jarochos, en masa, lo aclamaban. Cientos de banderitas mexicanas y nicaragüenses se agitaban. Darío llegó al Teatro Dehesa donde lo recibieron con aplausos y música. Habló, entre otros, Diódoro Batalla, acaso ajeno a la situación que se estaba fraguando, pero conocedor de la intervención estadounidense en Nicaragua. Por eso, después de señalar que, si era verdad que llegaba a este suelo mexicano como representante de Nicaragua, y sabiendo que los lazos que unían a nuestros dos países era por “un fraternal cariño”, tocó la cuestión política del momento. Si era el representante de ese pueblo también era entonces el *portavoz* de “una noble y valiente tierra” que sufría y luchaba, que sus dolores eran compartidos con los mexicanos, “cuyas zozobras” nos intranquilizaban, pero “cuyas esperanzas” nos consolaban, y por la cual, “elevándonos en espíritu, hasta la roca” en que

---

<sup>146</sup> El discurso íntegro de Max Henríquez Ureña, en Edelberto Torres, *La dramática vida de Rubén Darío*, cit., pp. 263 y 264.

<sup>147</sup> Casi cincuenta años después, Nervo escribió: “pocos encargos he tenido en mi carrera diplomática tan ingratos como ese. Rubén darío, el bardo americano de prestigio y ufanía continentales, era, por lo que a mí atañía, amigo íntimo de mi hermano Amado. Me traía un saludo suyo, que implicaba lógicamente la recomendación de que yo, dentro de mis funciones protocolarias, le allanaría todos los detalles de su misión. Personalmente, era yo admirador ferviente suyo, por lo que tenía para mí esas afinidades literarias y de familia. de suerte que la ingrata misión que me incumbía resultaba ilógica e incongruente en mi caso. Yo deseaba ‘sentimentalmente’ la presencia de Darío e las festividades de nuestro Centenario; y mi criterio acerca de su caso difería del que sustentaba el gobierno, por cuanto estimaba que se le aplicara todo el rigor de la invalidez de las credenciales diplomáticas en Derecho Internacional Público. El Gobierno mexicano no había reconocido al de Nicaragua resultante del golpe de Estado, y éste por lo tanto, no hubiera podido invalidar las credenciales de Darío, ni se sabía si las refrendaba. El Presidente Madriz, quien nombró su representante al poeta, no había renunciado a su mandato por voluntad del pueblo, sino por un golpe de Estado que lo enfrentaba a un testafarro, y al formidable aliado extranjero de éste, y para evitar a su patria una sangrienta guerra civil” (Rodolfo Nervo, “Entretelones de una carrera”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, cit., p. 86).

se vislumbraba el porvenir, veían a Nicaragua “tranquila y victoriosa, señora de dos mares, a sus pies el enmohecido fusil y en las manos el reluciente arado, con la ley por norma y la razón por guía, rica por la fertilidad de su suelo, respetada por el valor de sus hijos y libre por el esfuerzo de sus hombres, luciendo sobre el azul de su hermoso lago la luz reverberante de sus volcanes”<sup>148</sup>. Al terminar el acto, Rubén sólo dijo estas palabras: “*Yo cortésmente quemo mis naves y dejo en Veracruz mi corazón*”<sup>149</sup>.

Al día siguiente Darío recibió una carta de Sierra, a través de un conocido suyo en París, el pintor mexicano Alfredo Ramos Martínez. Le decía que los ánimos estaban caldeados tanto en la capital de la República como en el puerto, por lo que le pedía, prudencia, y que fuera mejor a Xalapa. Así lo hizo el mismo día seis. El viernes 9, Valenzuela y Ricalde llegaron a esta ciudad a animarlo para que fuera a la Ciudad de México. El sábado 11, llegó Alfonso Cravioto, que a nombre del Ateneo de la Juventud, le llevaba sus saludos. Como era el último día que se quedaba en la capital veracruzana lo acompañó al puerto donde embarcaría al día siguiente para La Habana<sup>150</sup>. Ocho días permaneció Darío en tierras de Díaz Mirón. Mientras tanto, ¿qué había pasando en la Ciudad de México?

Los jóvenes ateneístas querían tenerlo. Sólo Valenti advertía que Rubén nunca llegaría a México. Otro grupo de jóvenes que no había querido unirse el Ateneo fundó el 3 de septiembre de 1910, la *Sociedad Rubén Darío* cuyo único objetivo era recibir “al poeta con honor”. La formaban Rafael López, Jorge y Javier Enciso, J. Rafael Rubio, Manuel Oviedo,

---

<sup>148</sup> Diódoro Batalla, “Bienvenida a Rubén Darío”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, cit, pp. 43 y 44.

<sup>149</sup> “Diario de Darío”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, cit., p. 62.

<sup>150</sup> Es muy probable que lo que a continuación Reyes publicó años más tarde el propio Cravioto se lo haya contado. En el mismo coche que viajaba Darío y Cravioto iba un sacerdote “aficionado a las cosas literarias. No pudiendo resistir la atracción del dios, rogó a Cravioto que lo presentara con Darío, de modo que pudiera charlar con él a lo largo del viaje.

Hízose. El sacerdote tuvo que rehusar la ‘copita’ que Rubén Darío le convidara; se sentó a su lado, y empezó la charla literaria. De un poeta en otro, y desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, hubieron de dar alguna vez en Julio Flórez. Como Darío hiciera una muequilla dudosa, dijo el buen sacerdote:

-Sí, ya lo sé; a usted no lo convence Flórez, porque Flórez no es de su escuela...

Y, a boca llena, con toda la inconsciencia de un niño a quien han enseñando a repetir una palabrota, Darío le interrumpe, enfrentándosele:

-Yo no tengo ‘escuela’, no sea usted *pendejo*.

Ahuyentado, el buen sacerdote —a quien ya podemos mirar como una señal de nuestros tiempos, como un verdadero símbolo— corre a refugiarse al último asiento del vagón.

‘Mi literatura es mía en mí’” (*Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 309 y 310. [Letras mexicanas]).

J. de Gamoneda y Emilio Valenzuela, hijo de Jesús Valenzuela, quien fungió como presidente de la sociedad. El recibimiento estaba preparado así como los estandartes con versos del poeta nicaragüense. Pero Darío no llegaba y hubo noches que el “pueblo en masa esperó” su llegada en la Estación del Ferrocarril Mexicano, nos señala un testigo de estos días, Alfonso Reyes.

El tres de septiembre *El País* publicó “El caso de Rubén Darío”, dando cuenta que los periódicos ministeriales, *El Imparcial* y *El Diario*, “publicaron una noticia que ya se susurraba en el alto público: probablemente no recibirá el Gobierno a Rubén Darío y al señor Argüello” que formaban la delegación de Nicaragua. Porque el gobierno que los nombró había cesado de sus funciones, y por lo tanto, sus representantes también estaban cesados. En tanto *El País* consideró que este argumento era falso. Dos días después, *El Imparcial*, contestó, con la siguiente editorial: “*El País* y el derecho internacional”, en donde señaló que si el nuevo gobierno no los reconocía como sus representantes, México sólo los consideraría como huéspedes de honor<sup>151</sup>.

El ambiente festivo se estaba transformando, pues donde se escuchaban vivas al poeta se fue gestando una airada protesta y condena a los Estados Unidos por su intervención en Nicaragua y contra Porfirio Díaz. Los simpatizantes de Darío se habían dado cuenta de las maniobras y piedras arrojaron contra el Palacio Nacional donde despachaba el presidente de la República<sup>152</sup>. Como bien lo señaló Reyes, en resumidas cuentas, “el conflicto entre Nicaragua y los Estados Unidos se reflejaba en México por una tensión del ánimo público. La nube cargada estallaría al menor pretexto. Y ninguna ocasión más propicia para desahogarse contra el yanqui que la llegada de Rubén Darío. El hormiguero universitario pareció agitarse. Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado a distribuir esquelas y distintivos. La aparición de Rubén Darío

---

<sup>151</sup> “El caso de Rubén Darío” y “El País y el derecho internacional”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, cit., pp. 36-38, y 39-42, respectivamente.

<sup>152</sup> Edelberto Torres, *La dramática vida de Rubén Darío*, cit., p. 265; y, *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 307.

se juzgó imprudente; y este nuevo cortés, menos aguerrido que el primero, recibió del nuevo Moctezuma indicaciones apremiantes de no llegar al valle de México”<sup>153</sup>.

Y, ¿qué había pasado con el otro representante de Nicaragua, Santiago Argüello? Pues llegó a México a finales del mes de agosto y sabedor de la situación de su país, lo que a la postre resultó fue representar a Bolivia. Los jóvenes del Ateneo, enterados de su presencia, lo invitaron a presidir la sesión del día 29 de agosto, en la cual González Peña disertó sobre “El Pensador Mexicano y su tiempo”. Reyes describió al nicaragüense como un hombre “corpulento y velloso, revolvía sus ojos pestañudos paseando la mirada en el salón; se informaba de nuestra vida literaria, y deseaba que su llegada –y la de Darío, siempre probable- coincidiera con un renacimiento literario en México”.

González Peña terminó su conferencia y los estudiantes “que sólo la oportunidad esperaban para armar la gresca-, con pretexto de la presencia de Argüello, se pusieron a gritar – ¡Viva Nicaragua!”. Y no podían faltar los mueras a los yanquis. Pero el nicaragüense no escuchó bien lo que los “muchachos gritaban” y tuvo “la ocurrencia de imponer silencio con un ademán y recitar esta copla improvisada: Vuestro aplauso me echa flores, / Y es un aplauso al esteta; / Estáis tejiendo, señores, / Mi corona de poeta”.

Al día siguiente “llovieron coplas anónimas de los estudiantes” y “picantes parodias”, que acaso valga la pena recoger como testimonio de estos días. Darío se enteró del caso, y esto fue lo que escribió: Argüello, tu lira cruje / -¡y en público, por desgracia!-, / Argüello, a lo que te truje; / menos versos: diplomacia”. Y sobre estos acontecimientos, Reyes opinó: “Lo cierto es que Argüello había obrado muy en diplomático, al desatenderse en la intención política de aquellos juveniles gritos”<sup>154</sup>.

Esos juveniles gritos algo anunciaban. Las fiestas del Centenario estaban terminando. El descontento iba en aumento. Brotes armados en varias partes del país se empezaban a conocer. De los manifiestos y llamados a la lucha armada sólo faltaba el día y la hora para

---

<sup>153</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 310.*

<sup>154</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., pp. 310 y 311.*

su estallido. Para el 20 de noviembre de 1910 estaba anunciada el inicio de la revolución que encabezaría Madero.

Mientras la revolución cimbraba la faz de la tierra mexicana, y después del periplo que sufren las ediciones de los libros<sup>155</sup>, Reyes recibió desde París noticias alentadoras sobre su primer libro, *Cuestiones estéticas*. El escritor peruano Francisco García Calderón le respondió una carta suya del tres de diciembre de 1910. Le dijo que nada tenía que agradecerle y que no pudo enviarle las pruebas de su libro, pero él las revisó, estando de acuerdo su hermano Rodolfo. Después de la lectura que hizo, llegó a esta conclusión: Alfonso Reyes era “un crítico de firme talento”. No creía que en América hubiera, y a su edad, alguien quien escribiera “cosas finas y complejas”. Su estilo estaba “trabajado, algo helénico. Tiene una simplicidad precisa que alguna vez” lo ha sorprendido. Sin pedirle su autorización, pero “como testimonio de simpatía espontánea”, pidió a la casa Ollendorff escribir el prólogo, “brevísimo o presentación sin pretensiones”. Le solicitó excusarlo, pero la iniciativa que tomó le diría la sinceridad de su aprecio<sup>156</sup>.

Efectivamente, García Calderón escribió que el prólogo para *Cuestiones estéticas* era algo “espontáneo”, era “el anuncio de una hermosa epifanía”. El autor no lo solicitó al confiarle la publicación de su libro. Si no era su obligación escribirlo por “una simpatía armoniosa”. Destacaba las virtudes del autor y de su obra, y señaló que la consagración en los clásicos y en los modernos rendía sus frutos. Alfonso Reyes era también paladín del *arielismo* en América. Porque “Defiende el ideal español, la armonía griega, el legado latino, en un país amenazado por turbias plutocracias”. Así pues, “saludemos al efebo mexicano que trae acentos castizos, un ideal y una esperanza”<sup>157</sup>.

---

<sup>155</sup> Entre las primeras noticias que se tiene sobre la terminación del primer libro de Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*, se encuentra en la carta de Julio Torri, de 5 de abril de 1910, que lo felicita. Asimismo se encuentra la carta de Max Henríquez Ureña, 31 de julio de 1910, en donde le señala que no lo sorprendía que hubiera hecho un “libro tan jugoso”, como el que le anunciaba. Por el índice que le envió le daba la impresión de algo “muy intenso y variado” (Carta de Julio Torri a Alfonso Reyes. Torreón, Coahuila, México, 5 de abril de 1910, en Julio Torri, *Epistolarios*, cit., pp. 29 y 30; Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, 31 de julio de 1910, en Archivo de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1176).

<sup>156</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 22 de diciembre de 1910, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto nacional de Bellas artes. Expediente 948.

<sup>157</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura española. Varia*, cit., pp. 11 y 12.

Cuatro largos años habían pasado desde su llegada a la Ciudad de México. De 1906 data el inicio de sus trabajos en prosa, de su invocación a América, de sus primeros premios, del inicio de su correspondencia; y de ahí en adelante, aprendió a vivir la vida. Los amigos se multiplicaron y convivió con mexicanos y americanos. El Atlas que tanto admiraba prefirió partir antes que derrumbar el régimen que él también había creado. Y el joven Reyes que había participado en las protestas juveniles contra las momias de su tiempo, ahora buscaba el camino de su emancipación. No le disgustaba la política, como a todos sus compañeros del Ateneo. Pero él quería hacer otra política y abrir nuevos caminos a las letras. Después de andar tanto tiempo con los clásicos y los modernos y de dialogar con ellos, de publicar en revistas y diarios, aparecía su primer libro de ensayos, *Cuestiones estéticas*. Pero esto no era todo lo que le deparaba el destino, todavía le iba a poner más duras pruebas.

## CAPÍTULO II. LAS REDES INTELECTUALES Y LA TRAGEDIA PERSONAL

### 1.- *Entre las letras y la política.*

Alfonso Reyes tenía en sus manos en los albores de 1911 el folleto intitulado *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX. Estudio presentado por el Sr. Alfonso Reyes en representación del Ateneo de la Juventud*<sup>158</sup>, bajo el sello de la Tip., de la Viuda de F. Díaz de León, Sucs. Folleto que forma parte de la serie de Concursos Científicos y Artísticos del Centenario, promovido por la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación<sup>159</sup>. En este trabajo encontramos los temas que tocó más tarde en varias de sus obras y que le dieron fama continental, como por ejemplo, *Visión de Anáhuac*. Estos temas fueron, la *naturaleza americana*, que le parecía única y exorbitante; el *mestizaje*, que en muchos de sus escritos fue referencia obligada; y el *aire y la luz*, sobre todo la que observó en el Valle de México.

En algunos de los párrafos de este ensayo están perfectamente delineados los caminos que siguió en su obra ensayística y que tienen que ver con su idea americana. La naturaleza, el mestizaje, el aire y la luz, fueron componentes básicos de la creación y concepción de su mundo americano. Como en toda creación, y en su creación americana, tenía que haber un origen, y el origen del mundo americano estaba en el mestizaje. Y este mestizaje no se dio en cualquier parte del mundo sino en uno de exorbitante, selvático y de inigualable belleza. Este hecho sin igual jamás se había dado en otra parte del orbe. Por eso escribió que en el origen estaba esa “mezcla maravillosa de sangres y que nos historiamos al par con dos opulentas tradiciones, la española y la indígena”. Y de esta unión “conservamos y

---

<sup>158</sup> *El Diario* dio cuenta a sus lectores que el joven Alfonso Reyes leyó su trajo intitulado “El paisaje en la poesía mexicana del Siglo XIX”, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Añadió: “Mas como el tiempo reglamentario es tan corto, treinta minutos solamente, el señor Reyes se vio en la necesidad de pasar por alto muchos puntos de su trabajo, circunstancia por la cual fue imposible hacerse cargo completo.- Después de pasar rápidamente por algunas personalidades, como Fray Manuel Navarrete, se detuvo a criticar con largueza a don José Joaquín Pesado y don Manuel Carpio, hablando finalmente acerca de don Guillermo Prieto.- Si mencionar uno solo de sus juicios, nada más dejaremos consignado que su conferencia fue recibida con gran entusiasmo y que todos los concurrentes se llevaron esta idea del joven Reyes: tiene juicios muy personales; piensa como debe pensar, con su cabeza” (*El Diario*, México, 14 de febrero de 1911).

<sup>159</sup> Algunos de los títulos de la serie de Concursos Científicos y Artísticos del Centenario, patrocinados por la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación, que se publicaron bajo el mismo sello editorial, fueron: Ricardo Rodríguez, *Leyes de procedimiento penal promulgadas en México desde su emancipación política hasta 1910*; Antonio Ramos Pedrueza, *La ley penal en México. De 1810 a 1910*; Pascual Luna Parra, *Los impuestos en México*; Roberto A. Esteva Ruiz, *El derecho público internacional en México. (Su evolución desde la época virreinal hasta nuestros días)*.

perpetuamos, junto con el tesoro de nuestro lenguaje castellano, la amplia y mediatibunda mirada espiritual de nuestros padres ignotos, los que viajaban para fundar ciudades siguiendo las aves agoreras, en busca de los lugares donde la belleza misma de la naturaleza les ofrecía asilo espontáneo y habitáculo guarecido, desde las fabulosas siete cuevas –cuna de las siete familias maternas que se derramaron por nuestro suelo-, hasta la despejada y serena altura y los hospitalarios lagos de Anáhuac, donde hay islotes poblados de nopales y las águilas ejercitan sus grifos, lanzadas y presas en el torturante cingulo de las serpientes”<sup>160</sup>. Y que, “junto con el raro aspecto de la vegetación indígena, la extremada nitidez del aire, el brillo inusitado de los colores, la despejada atmósfera en que se destacan, vigorosos, todos los elementos de nuestro paisaje”, se dio, en palabras de fray Manuel de Navarrete: ... *una luz resplandeciente / que hace brillar la cara de los cielos.*

Reyes nuevamente señaló que esa mezcla de aire y luz sólo se veía en este mundo americano, en esta parte de América, en la América mexicana. El mismo Reyes rememoraba lo que sus ojos habían visto y admirado: “la grande reverberación de los rayos solares producida por nuestra enorme masa de cordilleras y la alta planicie de la masa central, donde se clarifica el aire; planicie que es, en extensión y altura, la mayor del mundo”. Todo ello para llegar a una propuesta nunca atendida por las generaciones de ayer y de hoy: que “a la entrada de nuestra alta llanura central” se inscribiera en lo más alto posible y con letras gigantes: *Caminante: has llegado a la región más propicia para el vagar libre del espíritu. Caminante: has llegado a la región más transparente del aire*<sup>161</sup>.

La segunda parte de su propuesta tuvo suerte, pues la escribió como epígrafe en su *Visión de Anáhuac* y fue santo y seña de su identidad. La primera, en cambio, se olvidó por el peso de la fama de la segunda y acaso por el olvido de su autor. Y sin embargo, tantas cosas nos dicen esas palabras escritas a finales de 1910, en plena revolución maderista. Pues no obstante la situación de guerra que vivía el país había jóvenes que continuaban con las tareas del espíritu y de las imprentas mexicanas salían sus libros y sus revistas. Por eso era *la región más propicia para el vagar libre del espíritu.*

---

<sup>160</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 195. [Letras mexicanas].

<sup>161</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., pp. 196 y 197. (El subrayado es de autor).

En los mismos albores de 1911, Reyes recibió dos comentarios sobre su conferencia en el Ateneo de la Juventud, “Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón”, dictada en agosto de 1910, con motivo de las fiestas del Centenario. La primera llegó desde Cuba. Max Henríquez Ureña le dijo que después de leer su trabajo le despertó el entusiasmo. Era una obra de síntesis. Revelación y descubrimiento para el mundo hispanoamericano. Muchas de sus ideas las conocía y las sentía del mismo modo, “pero algo confusas, y nunca hubiera podido expresarlas con igual precisión y acierto”. El dominicano vecindado en La Habana, además, le señaló: “Y luego, ¡qué estilo te has echado! Pareces un emperador, -tal mi visión te finje en la aristocracia de las letras-, con tu manto recamado de púrpura y de oro. Algo de amaneramiento ya en ti se insinúa: debes estar en guardia con que esto prospere. Por lo demás: soberbio!”, le dijo, para pasar a los asuntos personales<sup>162</sup>.

La segunda y última carta le llegó de San José de Costa Rica. Esta es acaso la primera carta que recibió de lo que denominó más tarde la Atenas costarricense. La escribió un hombre de 26 años, hijo de padre italiano y madre costarricense, educado en Italia, como ingeniero civil y arquitecto, en la Real Escuela de Ingeniería de la Universidad de Bolonia<sup>163</sup>. Formaba parte de la generación que surgía en los primeros años del siglo XX, “casi en forma paralela a las primeras manifestaciones literarias costumbristas”, con las “primeras publicaciones que algunos autores” trataban de oponerse a la “imitación de los patrones temáticos y formales de la literatura europea”. Esta generación tica intentaba “reproducir, a la indigente literatura criolla, refinamientos y exotismos parnasianos, simbolistas, impresionistas, aderezados en ocasiones con ingredientes modernistas, con la ingenua pretensión de introducir un enteco *frisson nouveau* entre las paredes de adobe y los cafetales del aldeano San José”<sup>164</sup>. Este hombre se llamaba José Fabio Garnier.

Garnier había publicado para estas fechas las siguientes novelas cortas, *La primera sonrisa* (1904), *La esclava* (1905) y, *¡Nada!* (1906). Colaboró en *Vida y verdad. Publicación periódica a cargo de la Sociedad del mismo nombre* (1904), “revista que utilizó las ideas y

---

<sup>162</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, 9 de febrero de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1176.

<sup>163</sup> Alexander Sánchez Mora, “Las cien novelas de José Fabio Garnier”, en *áncora*, revista cultural de *La Nación*, San José, Costa Rica, domingo 31 de agosto de 2008.

<sup>164</sup> Álvaro Quesada Soto, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico*, primera reimpresión, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995, pp. 94 y 95.

la literatura como instrumento de conciencia social”, de acuerdo con Fernando Herrera, sutil e inteligente investigador costarricense<sup>165</sup>, a cargo de dos editores que hicieron varias épocas en la cultura costarricense, Joaquín García Monge y Roberto Brenes Mesén. En dicha publicación colaboró con dos trabajos que anticipaban su próxima empresa intelectual: “La liberación de la mujer”, en el número 4; y, “Feminismo. La liberación de la mujer”, número 5<sup>166</sup>.

Ocho años después fundó *Cordelia. Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense*, que publicó 16 números. Del 1 al 4, en 1912; del 5 al 15, 1913; y, el 16, en 1917<sup>167</sup>. En el primer número dio la noticia que la poetisa mexicana Josefa Murillo (1860-1898), “delicada, ingenua”, vivió escondida en Veracruz y “murió en flor, como una violeta”<sup>168</sup>. Garnier en 1913 tradujo los *Discursos*, de Carducci. Como arquitecto construyó el Teatro Reventós, hoy Teatro Popular Melico Salazar, declarado patrimonio cultural de Costa Rica. El 7 de octubre de 1928 se inauguró con la representación de la mexicana Compañía de Operetas de Esperanza Iris, *Kees me*, contando con la asistencia del presidente de la República, Cleto González Víquez.

---

<sup>165</sup> Fernando Herrera, “Prólogo”, en Joaquín García Monge y Roberto Brenes Mesén, editores, *Vida y Verdad. Revista. [San José de Costa Rica, 1904]*, edición, prólogo y notas de Fernando Herrera, San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2008, p. XV. [Colección Letras Nacionales, 5].

<sup>166</sup> Joaquín García Monge y Roberto Brenes Mesén, editores, *Vida y Verdad. Revista. [San José de Costa Rica, 1904]*, cit., pp. 187-191; y, 260-266.

<sup>167</sup> En “Inicial”, de la revista de Garnier, señaló: “Con el nombre de la dulce hija del ere Lear, Cordelia, y dedicas a las señoras y señoritas costarricenses, se presenta hoy, por primera vez, esta revista que no trae pretensiones de ninguna especie.

*CORDELIA* quiere que sus lectores lleguen a ser como la Cordelia del hermoso drama shakesperiano, que sea el sostén moral de quienes, en la existencia, las han elido o las elegirán como dulces compañeras, que llenen de flores el sendero por el cual debe necesariamente transitar el hombre al cumplir con la misión que se ha impuesto.

Bellos ejemplos encontrarán en estas páginas: la serie de MUJERES IDEALES tiene ese objeto; hermosos consejos les llegarán mensualmente en forma de bien pensados artículos como el de la Marquesa Plattis que hoy publicamos; delicados sentimientos saturarán sus almas privilegiadas con cuentos y poesías hechos por mujeres que son el encanto de la literatura contemporánea y por hombres de ideales generosos quienes han puesto sus mejores energías al servicio de una de las más bellas intenciones de la edad nuestra: el ennoblecimiento supremo, por la sin par cultura intelectual y moral, de la encantadora mitad del género humano.

Al iniciar esta dulce labor las saluda respetuosamente LA DIRECCIÓN (*Cordelia. Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense*, San José, volumen 1, número 1, septiembre de 1912, p. 2).

<sup>168</sup> Como merecido homenaje, la revista de Garnier publicó, “Definición”, de la llamada “la alondra del Papaloapan”: Amor, dijo la rosa, es un perfume. / Amor es un murmurio, dió el agua. / Amores un suspiro, dijo el céfiro. / Amor, dijo la luz, es una llama! / Oh!, cuanto habéis mentido! / Amor... es una lágrima! (*Cordelia. Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense*, San José, volumen 1, número 1, septiembre de 1912, p. 7).

Este escritor y arquitecto fue el que le escribió a Reyes el 19 de marzo de 1911 para decirle que “leyendo la interesantísima conferencia” que sustentó en el Ateneo de la Juventud le entraron aún más los deseos de conocer a fondo la obra de Othón. Esta era la razón para escribirle y pedirle las obras del poeta potosino, hasta donde fuera posible conseguir, “naturalmente dándole la preferencia a los *Poemas rústicos* de los cuales usted con justicia, tanto bien” dijo en la citada conferencia. Por supuesto que a vuelta de correo le enviaría lo que le hubiera costado. Por separado le remitía su último libro *Perfume de belleza*, el cual esperaba que dijera algo en la prensa mexicana. Suplicándole le enviara el recorte donde hubiera publicado “sus observaciones con respecto” a su libro. Le pedía, en su nombre, saludar a todos los conferencistas del Ateneo. Y para él, un “fuerte apretón de manos de quien de verdad lo estima”<sup>169</sup>.

En marzo también le llegó a Reyes el discurso del cubano Néstor Carbonell, que pronunció en el Ateneo recién fundado por Jesús Castellanos y Max Henríquez Ureña, con esta dedicatoria: *A Alfonso Reyes. / Cordialmente. Nestor Carbonell. / Habana, marzo de 1911.* El tema de esta disertación fue la figura de José Martí, “amado nombre por bandera y por escudo”. Nadie mejor que Carbonell para exponer sobre este patricio, pues era un verdadero conocedor y promotor del pensamiento del héroe nacional cubano. Y, por otra parte, nada más oportuno en estas horas de lucha armada que recordar los ideales de la República de Martí, que eran: una República incluyente, “con todos y para el bien de todos”; de “ojos abiertos” y “sin secretos; equitativa y trabajadora, ancha y generosa, altar de sus hijos y no pedestal de ellos. República cuya primera Ley fuera el amor y el respeto mutuo de todos los derechos del hombre. República culta, con los libros de aprender al lado de la mesa de ganar el pan. República con su templo orlado de héroes. República sin camarillas, sin miserias y sin calumnias, ¡la República! Y no la mayordomía espantada o la hacienda lúgubre de privilegios y monopolios irritantes. República justa y real en donde fuera un hecho el reconocimiento y la práctica de las libertades verdaderas”<sup>170</sup>. No cabe la menor duda que Reyes leyó este discurso y por eso lo guardó celosamente en sus recuerdos.

---

<sup>169</sup> Carta d José Fabio Garnier a Alfonso Reyes. San José Costa Rica, 19 de marzo de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 986.

<sup>170</sup> Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas artes. Expediente 446.

Los meses transcurrían y la angustia se apoderaba de Reyes. El mes de mayo llegó y no estaba con ánimos para festejar sus 22 años. Vivía en la zozobra, pues el 10 de mayo de 1911 se tomó Ciudad Juárez, Chihuahua por las fuerzas de Francisco Villa y Pascual Orozco; y once días después se firmaban los tratados o cuerdos de Ciudad Juárez, dando fin al largo periodo presidencial de Porfirio Díaz. Y la intranquilidad aumentaba al saber que su padre estaba a punto de regresar a México; y Alfonso no lo deseaba ni lo quería.

El gobierno de Díaz lo envió a París, “en comisión de estudios militares”, hacía más de año y medio; y ahora lo requería. Obediente, el general salió de la capital francesa y estaba por llegar o había llegando a La Habana. No pudo hacer nada ni tenía con qué o cómo hacer para que su padre se quedara en París. Ahora deseaba que permaneciera en la capital cubana. Estaba triste y afligido, le confiesa a su amigo Pedro, en carta de dos de mayo de 1911. Sus esperanzas se desvanecían “de vivir a su lado cómoda y felizmente, siquiera dos años”. Le parecía que iba “a tener que perder mucho tiempo” de su vida “en resolver cosas inferiores”, y que volvería “a *sacar la cabeza* dentro de muchos años”. Quería irse de México porque corría “el riesgo de hacer” lo que no debería “ser objeto” de su vida. No tenía espíritu para cosas “épicas ni políticas”. Quería “escribir y leer en paz y con desahogo”. Sin embargo, temía que su “situación familiar” lo orillara a “pasar dificultades” que no buscó y a “pagar culpas” que no eran suyas<sup>171</sup>.

La respuesta de Pedro fue tardía, lacónica y fría; el 30 de mayo. Es verdad que ya no se encontraba en La Habana sino en Santo Domingo, y la carta de Reyes se la reenvió su hermano Max a su nuevo domicilio. La frialdad está en sus palabras, pues le espeta que no sabe escribir cartas cuando estaba preocupado y por ello no se enteró de nada de lo que le interesaba saber. Engreído, le dijo al atribulado Reyes, que la prensa dominicana lo recibió con menos bombos que la prensa cubana; que aquí era un “estimable profesor”, nunca un *maestro*. Y no podía faltar el sucinto recuento de los personajes que estaba conociendo y de

---

<sup>171</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. México, 6 de mayo de 1911, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, tomo I, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 169. [Biblioteca Americana].

las opiniones favorables y desfavorables que recogía sobre Antonio Caso y José Vasconcelos<sup>172</sup>.

En la noche del 6 de junio, y en casa de Antonio Caso, Reyes le escribió a Pedro Henríquez Ureña. Su carta iniciaba con estas palabras: “Pedro: He tenido más contrariedades de lo que puedes suponer. Los disturbios de México han llegado a molestar la vida privada de las gentes. Tuve que desempeñar (dentro de la misma capital) algunas delicadas misiones que me dejó Rodolfo al salir a La Habana a recibir a mi padre. Éste llegará mañana o pasado mañana. Ya triunfó la Revolución. Madero llega mañana. El general Díaz se fue ya. No podía yo, por razones familiares que en los últimos días se hicieron gravísimas, darte detalles de la política mexicana. Lo sabrás todo cuando vengas. *Nos espera una época agradabilísima y de civismo serio*”.

Entre el 6 de mayo y el 6 de junio, fechas que Reyes le escribió a Henríquez Ureña, un mes había pasado exactamente, ¿qué ocurrió? ¿Sólo desempeñó misiones que le encomendó su hermano o hizo alguna por su cuenta? Para Alfonso Reyes la *fortuna política* de su padre terminó al aceptar el destierro (1909). El único sentido que tuvo el *reyismo* fue preparar la *revolución*. En consecuencia, todo *reyismo* que no fuera la *revolución* era *reyismo bastardo*. No había más opción para el general Reyes que abandonar la política o *aliarse con la revolución maderista*. A estas conclusiones llegó el joven Reyes después de una reflexión política e histórica. De ahí que le doliera que José Ives Limantour usara a su padre como un alfil entre Madero y Díaz. Este juego lo hacía el jefe de los científicos porque quería, y así se lo dijo este alto funcionario porfirista en su oficina, que el *reyismo* se lanzara contra la *revolución maderista*. El joven estudiante de derecho se movió rápidamente y fue a ver a Raz y Guzmán, a quien consideraba un “verdadero amigo” de su padre. Le contó lo que había dicho Limantour y le propuso que escribiera en la prensa varios artículos en contra de lo que quería el ministro<sup>173</sup>. Cosa que hizo Raz y Guzmán.

---

<sup>172</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Santo Domingo, 20 de mayo de 1911, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, tomo I, cit., pp. 176 y 178.

<sup>173</sup> Aquí sigo el manuscrito de Reyes, sin título e incompleto, fechado el 22 de octubre de 1925, al que llamo “Manuscrito de 22 de octubre de 1925”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Cf., asimismo, para consultar las versiones de este manuscrito y los estudios que han hecho los siguientes investigadores: Rogelio Arenas Monreal, *Alfonso Reyes y los hados de febrero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma de Baja California, 2004,

En este mismo mes de mayo Alfonso recibió un telegrama de su hermano Rodolfo diciéndole que él y su padre saldrían de La Habana para México y así se lo hiciera saber al ministro de Hacienda. Fue a ver al ministro para darle la noticia. Limantour, al enterarse del motivo de la visita del hijo del general Reyes, perdió “completamente la serenidad” y salió de su despacho. Lo hizo esperar media hora. Por fin regresó y le dijo que había conseguido la autorización del presidente Díaz para que su padre se quedara en La Habana, pues en Veracruz lo esperaban “con bombas en mano”. Alfonso no le creyó. Al despedirse le dijo: “Ya comprendo, señor Limantour: se le exige a mi padre un sacrificio más”.

Cumplida esta misión que le solicitó su hermano Rodolfo, hizo la suya, la propia. Otra más. No tenía la menor duda que el jefe de los científicos tenía un *doble juego* entre Madero y su padre y movía sus piezas velando por sus intereses. Urgía en bien del país y de su padre, que éste se comunicara *directamente* con Madero. Y el único que podía lograrlo era el reconocido periodista y político poblano, Luis Cabrera. Para ello buscó a otro connotado reyista, el regiomontano Salomón Botello. Lo puso al tanto de la situación. Le pidió que hablara con Cabrera, pero que no le diera la “idea formulada” sino en el “transcurso de la conversación”. De otra manera Cabrera no aceptaría. Tan bien conocía al poblano y tan bien estaba haciendo política. El plan de Reyes prosperó. Botello en respuesta a sus gestiones le dijo que se “envió un emisario a Madero para procurar la conversación directa con el General Reyes”.

Al mismo tiempo le escribió a su padre “comunicándole sus impresiones sinceramente, y declarándole que le repugnaba la sola idea de que su Padre, puesto a escoger entre la revolución y Limantour, optara por éste, que siempre había sido para él tan desleal”. Desde La Habana su padre le contestó severamente. No le gustaba “que sus hijos menores pretendieran aconsejarlo”. Le recomendaba “abstenerse de forjar teorías infantiles y *de meterse en lo que no entendía*”. El general salió de La Habana por su cuenta y riesgo y sin saber a qué venía. Mas el triunfo de la revolución y su desconocimiento de lo que era México en 1911 dio otro giro a lo que había planeado.

---

[Selección Anual para el Libro Universitario 2002-2003]; y, Alfonso Reyes, *Mi óbolo a Caronte. (Evocación del general Bernardo Reyes)*, estudio preliminar, edición crítica, nota y selección de apéndices por Fernando Curiel Defossé, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007. [Colección memorias y testimonios].

Volvamos a la carta de seis de junio de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, que le comunicó otras noticias importantes. Vasconcelos había vuelto a México y no iba a aceptar puesto alguno. Caso y González Peña hacían buenos artículos para *La Actualidad*. El Ateneo sufría las consecuencias de la pereza de Cravioto. Francisco Vázquez Gómez llegaba al ministerio de Instrucción Pública y José López Portillo y Rojas, recién liberado, como subsecretario. Vázquez Gómez creía incompatibles las ideas de la Escuela de Altos Estudios y de la Universidad Nacional. No entendía lo que era una *persona jurídica*, decía Reyes, y por eso quería la “refundición” de esa Escuela en la Universidad, “o de ésta en aquélla. Cuestiones de *claustr*o materno. *Nosotros* estaremos a la defensa de la cultura”. Y una noticia ingrata. Un partido católico acababa de asomarse “provocando un ancestral temblor liberal en Caso y Acevedo... y en todos. Se llamará (esto es fantástico) partido liberal nacional ancestral trascendental excepcional piramidal. ¡Qué tal!”, le dijo a su amigo Henríquez Ureña.

En esa misma carta de junio Reyes le dijo a su amigo dominicano que a México llegó su primer libro, *Cuestiones estéticas*, “muy mal impreso” y mal “prefaciado”, con prólogo de Francisco García Calderón<sup>174</sup>. Caso y él estaban solos y les parecía que se había “derrumbado el mundo” y los dos se encontraban “sentados en la cúspide de la pirámide de escombros”. Galván, Cravioto, Gómez Robelo, Navarro (pariente de Caso), estaban “asociados en clubs políticos”. Caso, en editoriales que hacía, se burlaba “de la pulverización democrática de los cien mil clubes” que había ahora. Pallares (el profesor de Jurisprudencia) fundó “uno ridículísimo que se llama el ‘Club de Crítica Social’”. Los poetas colombianos, Arenales y Leopoldo de la Rosa<sup>175</sup>, estaban en la Ciudad de México.

---

<sup>174</sup> Francisco García Calderón escribió en el “Prólogo” de *Cuestiones estéticas*: “Pertenece Alfonso Reyes a un simpático grupo de escritores, pequeña academia mexicana, de libres discusiones platónicas. En la majestuosa ciudad del Anáhuac, severa, imperial, discuten gravemente estos mancebos apasionados. Pedro Henríquez Ureña, hijo de Salomé Ureña, la admirable poetisa dominicana, es el Sócrates de este grupo fraternal, me escribe Reyes. Será una de las glorias más ciertas del pensamiento americano. Crítico, filósofo, alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas, profundo erudito de letras castellanas, sajonas, italianas, renueva los asuntos que estudia” (*Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura española. Varia*, cit., p. 11 y ss.).

<sup>175</sup> ¿De estos días de 1911 datará el poema “*Iam veniet mors...*” que se encuentra en el Archivo particular de Alfonso Reyes? El poema está dedicado a Reyes y lleva este epígrafe: *Iam veniet mors tenebris aduperta caput*. El primer cuarteto: Son horas de una vana preparación de muerte. / Niun cántico remoto, niun tembloroso trino / de ruiseñor despiertan el corazón, inerte / como el peñasco inútil y estéril del camino (Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2245).

Acevedo estaba con su “andrógino”. No sabía más qué decirle. Necesitaba que le dijera cuándo llegaba a México. “México será otro y será más digno de ti que antes”. Quería que escribiera cosas de su vida, de su patria, de su hogar. Le urgía que volviera para estar junto a *nosotros*. Madero traía “propósitos de fundar Universidad a la gringa, con edificios extramuros y fondos particulares”. Le apremia: ¡Ven!<sup>176</sup>. Pedro le contestó el 3 de julio con un, *voy para allá*<sup>177</sup>.

En junio Reyes también le escribió a Max. No sabemos exactamente lo que le dijo. Pero por la respuesta de su amigo seguramente le dio a conocer el estado de la situación de la revolución. Por eso Max en su contestación le señalaba que había leído “con sobrado interés” todo cuanto le decía de este acontecimiento tan trascendental. Las “apreciaciones, en general”, le parecían acertadas. Y luego estas palabras de Max que son para meditar sobre su pensamiento político examinando el próximo régimen maderista: “Veo que será preciso aceptar en la Presidencia a Madero, el espiritista, que será un ruidoso fracaso como estadista. A Madero lo sostiene la fuerza del hecho cumplido y al cabo quien sabe si sea preferible para el pueblo mexicano recibir la dura lección de haber elegido a un hombre sin aptitudes. La vista necesariamente se dirige entonces a los más aptos, a los que poseen las cualidades que a éste le faltan. Lo que ignoro es si las ideas de gobierno y de política están allí lo suficientemente avanzadas para que se pueda hacer entonces una evolución pacífica que permita un cambio en el poder. Porque lo grave del caso es que el pueblo, que dentro de un año o dos a lo sumo querrá que le quiten a Madero de encima. Hoy se halla bajo la sugestión del hecho cumplido y quiere a Madero”. Y agregó estas palabras: “Estos casos, que no son raros en América, son los que han hecho pensar en Cuba que conviene el régimen parlamentario. Yo no tengo mucha fe en las leyes, por sí solas, pero no dejo de reconocer que el régimen parlamentario es el único que permite una sustitución fácil y pacífica de gobierno”<sup>178</sup>.

---

<sup>176</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. México, 6 de junio de 1911, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, tomo I, cit., p. 183.

<sup>177</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, 3 de julio de 1911, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, tomo I, cit., p. 186.

<sup>178</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, 3 de julio de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1176.

El 11 de junio, Cravioto daba un banquete en honor a los ateneístas que se habían ido a la revolución y ahora regresaban “a la patria como victoriosos y como libertadores”. El brindis lo hizo, por supuesto, Cravioto. A los ateneístas revolucionarios les dijo que después de dar un “gran ejemplo de civismo y de energía y después de haber contribuido con mucho a la redención del país y a su restauración constitucional”, era justo que sus amigos se reunieran para festejarlos y que su generación les daba a ellos su simpatía y aplauso. Era la hora de “completar el bello símbolo y realizar el presagio. Habéis ejecutado hasta aquí obra de demoledores y de iconoclastas, entregando al pasado lo que al pasado pertenecía; y cumple ahora a vuestro esfuerzo el orientarse firmemente hacia la reconstrucción, creando un gobierno fuerte que cumpla las promesas recogidas por la nación confiada y que satisfaga las demandas de libertad exigida por la República”, señaló acertadamente Cravioto<sup>179</sup>. Este era el reto justamente que tenían no sólo los ateneístas sino todos aquellos que habían hecho triunfar la revolución maderista. Y este reto hacía que cada uno de estos mexicanos involucrados buscara su propio camino, como era el caso de Alfonso Reyes.

## 2.- *Cuestiones estéticas*

En junio de 1911, efectivamente, llegó el primer libro de Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas*, impreso por la parisina Librería Paul Ollendorff y con prólogo de García Calderón. Uno de los primeros enterados fue Núñez y Domínguez que de inmediato se comunicó con su querido *Reyitos* para decirle que no se olvidara de él. Se lo agradecía y era como siempre, “el último de sus mejores compañeros”<sup>180</sup>. En este mismo mes, Reyes envió su primer libro a todos sus amigos y conocidos de México, América y Europa. Oportunidad para seguir expandiendo sus relaciones intelectuales y abrir más caminos que lo llevaran a pueblos y capitales americanas.

---

<sup>179</sup> El discurso íntegro de Cravioto, en Miguel Ángel Granados Chapa, *Alfonso Cravioto. Un liberal hidalguense*, México, Océano/Gobierno del Estado de Hidalgo, 1984, p. 71.

<sup>180</sup> Carta de José de Jesús Núñez y Domínguez a Alfonso Reyes. México, 16 de junio de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1839.

Un de las contadas reseñas que se conocieron sobre *Cuestiones estéticas* fue la que hizo Julio Torri, para *Revista de Revistas*, en su edición de 16 de julio de 1911. Las primeras palabras del reseñista fueron para poner de relieve los días que se vivían, que eran de “agitación política”. Cuando los mexicanos se disponían “a vivir una era de paz firmemente cimentada en el pleno ejercicio de nuestros [derechos] políticos” salía “a la plaza del vulgo como en lo antiguo se decía- este libro tan cargado de tan substanciosa doctrina, como bien acabado y sabiamente compuesto”. Y “algún lector”, con sobrada razón señalaría que, “para las letras mexicanas” comenzaba “uno de sus más brillantes periodos”. *Cuestiones estéticas* era uno de los primeros frutos de “una vigorosa generación intelectual”<sup>181</sup>.

En esta reseña de Torri se señaló muy bien la importancia de este primer libro de Reyes. Con *Cuestiones estéticas* se iniciaba la era de una nueva generación de intelectuales mexicanos. Generación que tenía varios años llamando la atención sobre la nada grata situación política y cultural de México, y que esa situación se fue agudizando en el ocaso de la dictadura porfirista. Esta juventud se fue a engrosar las filas de los revolucionarios, por una parte; y por la otra, la del espíritu. La observación de Torri era justísima, aunque la opinión pública no prestara mucho la atención a este último acontecimiento. Y sin embargo, personalidades de la cultura mexicana, americana e hispanistas supieron valorar esta novedad literaria y agradecer el envío que Reyes hizo, con su dedicatoria respectiva<sup>182</sup>.

Genaro Fernández MacGregor le dijo al hijo del general Reyes: “Regalar un libro, ya es cosa que obliga por gran manera a agradecimiento. Regalar un autor su libro, significa que aquél desea hacer partícipe de un poco de su alma a quien recibe el don y esto es fineza pura”<sup>183</sup>. Carlos R. Menéndez, director de *La Revista de Mérida*, también le agradeció el

---

<sup>181</sup> Julio Torri, *Diálogo de los libros*, compilador Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 44 y ss. [Letras mexicanas].

<sup>182</sup> El escritor poblano, Alfonso G. Alarcón, al recibir *Cuestiones estéticas* con dedicatoria le señaló: “Le agradezco mucho su atenta dedicatoria que comunica al libro una estimación mayor a mis ojos” (Carta de Alfonso G. Alarcón a Alfonso Reyes. Puebla, 23 de julio de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas artes. Expediente 32). El escritor cubano Barros sólo le dijo que le enviaba “un aplauso de corazón” (Ramón G. Barrios a Alfonso Reyes. La Habana, 9 de agosto de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 231). El catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, de Cuba, expresó que, en su libro, “al hojear sus páginas, he de encontrar observaciones críticas deleitosas” (Carta de Fernando Ortiz a Alfonso Reyes. La Habana, 22 de agosto de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1894).

<sup>183</sup> Carta de Jenaro Fernández MacGregor a Alfonso Reyes. Ciudad de México, 24 de julio de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 830.

envío y le dio las señas que le pidió de Rosendo Vega, Imprenta Gamboa Guzmán. Asimismo le sugirió enviar *Cuestiones estéticas* a las siguientes personas: a Ramón Aldana Santamaría, director de la Biblioteca “Cepeda”, quien era un “culto y distinguido literato”; a Salvador Martínez Alomía, “poeta de altos vuelos”, y al licenciado José I. Novelo<sup>184</sup>.

Luis González Obregón, autor de obras bien valoradas como *México viejo (1521-1821)* (1905) y *México viejo y anecdótico* (1907)<sup>185</sup> le envió una carta manuscrita a Reyes. Con el pulso que estaba perdiendo firmeza, sus letras a veces parecen que tropiezan. Eran sus achaques, lo confiesa; también sus “atenciones” en el Archivo General de la Nación (que con tan gran esfuerzo lo estaba haciendo accesible a los mexicanos); y su “habitual pereza para escribir cartas”. A pesar de ello, le daba los datos que le solicitó sobre los ritos masónicos *escocés* y *yorkino* y le sugirió que debería revisar la obra de Lorenzo de Zavala, las *Revoluciones en México*; los periódicos *El Sol* y *El Águila*, que según recordaba fueron órganos de las citadas logias; y la *Historia de la masonería en México*, de Manuel Mateos, en donde podría encontrar cosas de interés. Después de darle estos datos, pasó a darle sus impresiones sobre *Cuestiones estéticas*.

---

Son notables las líneas que Don Joaquín Casasús le dirigió a Reyes a propósito del envío de *Cuestiones estéticas*: “El envío de su libro es una nueva muestra del cariño que siempre me ha profesado usted y al que yo le correspondo siempre, y crea que usted que lo conservaré con gusto, como recuerdo suyo” (Carta de Joaquín D. Casasús. México, 21 de agosto de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 482).

Es muy importante la apreciación de de la educadora y poeta Laura Méndez de Cuenca, invitada de honor a la quinta conferencia que organizó el Ateneo de la Juventud para conmemorar el Centenario de la independencia nacional. Estas son sus palabras: “Hace cuatro días que consagro todos mis ratos de vagar a la lectura de *Cuestiones estéticas*, por lo que debo a usted no sólo agradecimientos por el regalo de su libro, sino también por la agradable impresión que su contenido ha dejado en mi ánimo.

Desde hace un año que tengo gusto de conocer a usted, en las ‘conferencias’ del Ateneo, comprendí que estaba usted dotado de talento; pero estuve muy lejos de imaginarme el espíritu de observación y la cultura intelectual que usted posee, a causa de su juventud, pues los pocos años no prometen jamás muchos ni serios estudios” (Carta de Laura M. de Cuenca a Alfonso Reyes. San Pedro de los Pinos, D.F., 28 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1645).

<sup>184</sup> Carta de Carlos R. Menéndez a Alfonso Reyes. Mérida, 17 de Julio de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1661.

<sup>185</sup> Como muy bien lo expresó José Luis Martínez: “De los libros de don Luis fue surgiendo poco a poco una nueva imagen humana y a veces alegre y pintoresca de aquella época. Este mismo color, esta manera de reanimar la historia y sus personalidades sobresalientes, mezclando el conocimiento con rasgos de humor e imaginación, esta sensibilidad para recoger tradiciones y leyendas, este enseñar deleitando –que se encuentra también en sus estudios sobre la época de la Independencia y el siglo XIX-, son el secreto que hace de don Luis González Obregón un historiador que a todos complace e ilustra” (José Luis Martínez, “Luis González Obregón. Director de 12 de septiembre de 1919 a septiembre de 1922. (1865-1938)”, en [www.acadmexhistoria.org.mx/miembrosA](http://www.acadmexhistoria.org.mx/miembrosA)).

El libro lo estaba leyendo “con positivo interés”, y deleitándose “por lo novedoso y por lo correctamente escrito”. Le sorprendía, “en verdad, los conocimientos” que demostraba de “clásicos antiguos, tan desdeñados por nuestros coetáneos que, en su mayoría”, sólo hojeaban “libros ligeros de autores franceses o españoles modernistas”. Los maestros que estudiaba, “con tanta erudición como maestría” eran “de suyo importantísimos y de muchísima novedad”. Lo cual revelaba, “a pesar de su juventud”, que dedicaba su tiempo al estudio, “revolviendo viejos autores y rejuveneciendo con su talento, su observación y su saber”. Por eso su libro era de “imponderable y palpitante interés literario”. Los ensayos que le gustaron los leyó una, dos y tres veces por la “forma, vaciados en moldes antiguos, y con tanto sabor a ellos”, como acostumbraba hacerlo. Cuando tenía el libro en sus manos creía que estaba leyendo alguno de sus “autores favoritos”. Y no seguía, por temor a cansarle, “que ni perezoso” era “para escribir epístolas, una vez que” tenía “la péñola en ristre”, trabajo tenía “en no dejarla reposar”, y ya era tiempo<sup>186</sup>.

El poeta Rafael López le envió a Reyes una carta manuscrita con fecha del 17 de agosto de 1911. Carta manuscrita de cuatro hojas, escrita por ambos lados, con letra clara y bien definida. Sin prisas, bien meditada. Con la presente carta cumplía su promesa de escribirle sobre *Cuestiones estéticas*. Era una charla. Sincera expresión de su “pensar, y como cumplimiento del deber” que le imponía “nuestra amistad y la simpatía” que tenía “por su bello talento”. La lectura que hizo de su libro fue asombrosa, “fruto” que más se parecía “al producto de una madurez que de una mocedad”. Decía mal. Las dos cosas iban unidas a Reyes en sus 22 años. Le costaba trabajo seguir en *Cuestiones estéticas* “la ondulación del pensamiento, la sutileza de las palabras, lo imponderable del análisis”, y admiraba “sin reservas, la natural penetración y perspicacia de usted, desbordante en todos sus trabajos”. Reconocía que era poco “versado en letras monumentales; no tanto, sin embargo”, que no alcanzara a darse “cuenta de su primer estudio sobre ‘Electra’, juicioso con elegancia y tan interesante por las vistas personales de usted, como por el ornamento de la sobria erudición que lo enriquece”.

López destacó del libro el estudio sobre Góngora, que lo escuchó “en aquella noche de grata memoria” ante la presencia del maestro alicantino. Quedó atrapado. “Muchas

---

<sup>186</sup> Carta de Luis González Obregón a Alfonso Reyes. México, 21 de julio de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1076.

finuras” se le escaparon en aquella ocasión. Y ahora le decía que era “microscópico en el análisis, cargador de moléculas en el mundo del pensamiento y una especie de brujo, finalmente, que con los pólenes y los colores dispersos nos ofrece la integridad de una flor. Flor maravillosa, ciertamente, fue la poesía de Góngora, rica en perfumes y color [...] con los delicados instrumentos de arte que posee, extraerle el alma esencial, sin estrujar los pétalos sin manchar la corola”.

No quería hacer una glosa de su libro. La lectura que hizo lo puso contento; y dejó caer el punto final: “escribe usted con la ternura castiza de un artista que acordara su prosa con el correr del Manzanares. Prosa fluida, sonora, de visos arcoíris, echada reverentemente, como un rico brocado, sobre la noble figura de don Luis de Góngora y que toma tan armonioso vigor en el estudio de las tres Electras. Con ese cincel se pueden labrar estatuas de diosas y de héroes, en las rocas más duras de la tierra, y yo deseo y es mi voto que no desdeñe usted el material de nuestra propia montaña, en donde también puede despertarse el temblor de la vida con el rozamiento del arte”<sup>187</sup>.

Ángel Zárraga, el joven pintor duranguense de 25 años, radicado en Francia desde 1904, escribió entre el 6 y el 23 de agosto, una larga carta, manuscrita, seis páginas, con una letra rigurosamente exacta, muy clara y legible, y un soneto “A Alfonso Reyes”. El pintor se encontraba el 6 de agosto en un “agujero de la costa mediterránea”, en Saint-Tropez, Villa Robinson. Y le reveló a su querido amigo Alfonso que sentía “hondamente la fuerza del vivir y hubiera querido pasar este verano, fuera de la inquietud del razonar, lejos de los libros y olvidado de París, donde durante parte del invierno y toda la primavera” pasó “angustias de parto para pintar dos cuadros grandes” de los que le mandaría fotografías<sup>188</sup>. “Desgraciada o afortunadamente” sus compañeros de verano, que eran unos rusos, “gentes

---

<sup>187</sup> Carta de Rafael López a Alfonso Reyes. México, 17 de agosto de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1473.

El escritor y arquitecto Garnier, desde San José, le escribió a su muy querido amigo y compañero, lo que sigue: “con el correo de ayer tarde recibí su libro *Cuestiones estéticas* el cual por el índice que he consultado promete ser algo de verdadero interés estético. Hay allí nombres que amo de todo corazón: Goethe, Mallarmé, Shaw, etcétera.

Cuando, con todo reposo, me dedique a leer su libro le enviaré mi opinión sincera acerca de él y de las ideas que usted en él expone y tal vez un artículo para que usted lo publique en México” (Carta de José Fabio Garnier a Alfonso Reyes. San José Costa Rica, agosto 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 986).

<sup>188</sup> Seguramente una de las pinturas que Zárraga pintó en 1911 fue una de las que expuso en el Salón de Otoño de 1911, en París. Exvoto, martirio de San Sebastián.

complicadas y pueriles” a su tiempo, le impidieron “gozar del aire y del mar como hubieran” sido sus deseos, “tumbado bajo un pino, agobiado de color y dejando” que sus ojos “vagaran, sin orden y sin fatiga, del azul añil del agua á la blancura luminosa de una vela (latina, naturalmente); del trabajo metódico de los hormigueros al no menos metódico de las viñas que maduran los racimos –duros y ácidos ahora- para la vendimia próxima”.

En estas horas de regocijo y deleite para el cuerpo y el espíritu no podía faltar para el paladar un buen plato que completara su marina: la langosta fresca y roja y las sardinas acabadas de pescar. Y todo esto tenía que hacerlo porque en la mañana o en la noche había tertulia con sus amigos rusos sobre el pragmatismo y Bergson, el neocratismo y el fisiocratismo, del arte contemporáneo y de la “importancia capital” de la *forma sobre la masa*, estoicismo y epecurismo. Y no había forma de “sustraerse” de estos amigos porque eran “gentas de buena fe” y eran “librescas” por nacimiento.

Se imagina usted, le decía Zárraga a Reyes, que le dijera a una de sus amigas: Tania, “no es la hora de las discusiones provechosas, sino la de sentir la fuerte belleza natural de todo; es hora de cuidar los pulmones minados y llenarlos de aire del mar; no pensemos en nada ahora para poder pensar y *obrar* mucho después, y acordémonos sobre todo de que nunca más volveremos a tener veinticinco años!”. Ay, pero, no le hacía caso, él que sólo pensaba “en formas y en colores”. Y dejó su carta sin terminar.

Pasaron diecisiete días para que Zárraga retomara la pluma y se disculpara con Reyes por la interrupción de aquella carta que inició el 6 de agosto. Ahora pues la continuaba y le decía que estaba en la Isla de Bréhat haciendo la vida al estilo de Robinson Crusoe. En este lugar fue donde terminó de leer *Cuestiones estéticas*. Fue para él “una fiesta dada nuestra fraternidad intelectual”. Sentía un gran gozo sobre todo cuando conocía que en su tierra mexicana, “cinco o seis manos de hombres fuertes”, pensaban *alto* y sentían *hondo*, y le hacían “signo de cuando en cuando”. Era también cuanto más apego tenía por sus amigos porque eran de su misma mentalidad y de la misma raza. Le pedía a Reyes que le saludara a los amigos y que les dijera que estaba con ellos “ahora y siempre en la grande labor de Cultura y de Belleza que [...] han emprendido en la tierra nuestra” y se despedía, no sin antes señalarle que iba un soneto que le diría más que esta larga carta: *Alfonso, yo te hablo*

*en nombre de la gracia /Y mi voz dice el gozo del esfuerzo tenaz, /Pues de nuestra victoria cual la de Samatrocia /Conocemos las alas é ignoramos la faz*<sup>189</sup>.

Arturo Farinelli en el verano de 1911 se encontraba en Austria. Farinelli era uno de los pilares del hispanismo italiano<sup>190</sup>. Por España tenía una “pasión loca”, de acuerdo con Eugenio D’Ors. El hispanista vivió el drama que sufre todo joven cuando el padre le impone al hijo una profesión que ni quiere ni desea. Farinelli se fue del hogar paterno por ese motivo; y llegó a España. Aquí le tendieron la mano, lo cuidaron, lo alimentaron<sup>191</sup>. Como dijo Reyes años más tarde cuando pasó parecida situación. Sus hermanos de España le dieron vino cuando sólo pedía agua. Así nació ese cariño por la tierra española y por su cultura, y empezó a echar los cimientos de ese hispanismo que floreció después de la

---

<sup>189</sup> Carta de Ángel Zárraga. Saint-Tropez, Villa Robinson, 6 de agosto de 1911, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2727.

<sup>190</sup> Bellini, nos dice que el “florecimiento actual del hispanismo e hispanoamericanismo italiano es el resultado de un largo proceso que comienza después de la segunda guerra mundial. A pesar de la larga historia de la presencia española en buena parte de Italia, a partir de la época medieval hasta final del siglo XVII, y por consiguiente de su cultura, y de los estudios de Benedetto Croce, de Arturo Farinelli y de los exégetas del Quijote, como Cesare De Lollis, los entusiastas de Unamuno, como Giovanni Papini, de comienzos del siglo XX, en la Universidad italiana el hispanismo que durante largo tiempo patrimonio de la filología romance, en ella tuvo su inicial presencia y en este ámbito sólo bien entrado el Novecientos pudo contar con estudiosos como Salvatore Battaglia, Aurelio Roncaglia, Alberto Várvaro y Cesare Segre.

Antes no es que la literatura española fuera desconocida; algunos de los filólogos romances italianos de finales del siglo XIX le dedicaron a veces la atención, pero esta atención no pasó, como afirma Várvaro, de representar una curiosidad. Fuera del ambiente de la filología frutos importantes daría el sector histórico-literario Benedetto Croce investigando la presencia e influencia de España en la Italia meridional. Un comparatista como Arturo Farinelli, en la primera mitad del siglo XX, dedicaría estudios fundamentales a las relaciones entre la literatura italiana y la española, a Dante en el mundo hispánico, el tema de Don Juan, y hasta el Romanticismo en el mundo latino, primer intento éste, aunque tímido, de acercamiento también a la cultura hispanoamericana” (Giuseppe Bellini, “Hispanismo e hispanoamericanismo en Italia”, en *Hispanic Issues Online*, pp. 95 y 96). <http://hispanicissues.umn.edu>

<sup>191</sup> García-Máiquez recordaba hace pocos días el asunto de Farinelli, a propósito de los políticos catalanes que esperan ansiosos la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut. Veamos lo que reproduce el periodista andaluz sobre el hispanista italiano trascribiendo la glosa de 1920 de D’Ors: “Había nacido Farinelli en las riberas de los lagos ticinos. Los veinte años, como su familia se obstinase de hacer de él un ingeniero, abandonó la casa. Llegando a Marsella, tuvo en su puerto un minuto de perplejidad, preguntándose adónde iría. Resolvió la cuestión sencillamente: iría a donde el primer barco que partiera. El primer barco que partió llevólo a Barcelona.

Después de vivir aquí algún tiempo en pobreza alegre y aventurera, cayó el descuidado viajero enfermo de viruelas. Le libró del hospital la generosidad de un caballero barcelonés, padre de un su amigacho, acogiéndole a cama y casa, y vela y caldo de pollo, como a hijo más. Mientras tanto, el padre de Farinelli, que nada sabía de esto, escribía carta tras carta, advirtiéndole siempre: ‘Mucho cuidado con los españoles. Los más honestos, unos bandidos...’. Por expresa voluntad del enfermo, el longánimo protector abría las cartas. Abría las cartas, leía el contenido, se guardaba la colectiva afrenta. Cuando el mozo fue sanado y fortalecido, el español dirigió al italiano una primera misiva: ‘He albergado a su hijo –le decía- en trance de enfermedad contagiosa. Con los míos le tuve y como mío lo cuidé’. Y agregaba, en una magnífica venganza de su patriotismo pinchado: ‘He aquí cómo procedemos los españoles’” (Enrique García-Máiquez, “Leyendo espero”, en [www.diariocadiz.es](http://www.diariocadiz.es) 4 de febrero de 2010).

segunda guerra mundial. El hispanista estudió en la Universidad de Zúrich y se desempeñaba por estas fechas como catedrático de literatura alemana en la Universidad de Turín. Con Marcelino Menéndez y Pelayo mantenía una relación muy antigua y era su confidente en sus polémicas con Benedetto Croce, otro pilar del hispanismo italiano. A finales del siglo XIX había publicado *Guillaume de Humboldt et l'Espagne*; y en el primer lustro del siglo XX, *Dante, Petrarca, Boccaccio in Spagna*<sup>192</sup>. El ilustre maestro le escribió a Alfonso Reyes, desde Austria, el 19 de agosto de 1911.

Farinelli le dijo: “He leído gran parte de su libro que usted generosamente envía a un hombre tan humilde e insignificante como soy, y quedo en verdad pasmado del maravilloso y cumplido desarrollo de su crítica, del purísimo y originalísimo ingenio, de la experiencia del arte, de la vida que usted revela en tan poca edad. Nada de palabrería y vacío en todos sus artículos”. Lo invitaba a leer lo que escribió sobre la influencia de Dante, Petrarca y Boccaccio en la literatura española así como las caracterizaciones generales que hizo del gongorismo y del conceptismo. Y no dejó de reconocer su “admirable intuición” sobre el poeta cordobés. Lo esperaba en Turín en donde llegaría otro amigo común, don Rafael Altamira<sup>193</sup>.

Todas estas cartas y opiniones sobre *Cuestiones estéticas* revelaban a un gran prosista y a nadie se le escapó la simpatía y revaloración que estaba haciendo Reyes, de Góngora. ¿Se podría decir que este joven mexicano era en este año de 1911 acaso uno de los mejores estudiosos del poeta cordobés en el orbe hispano? Porque ciertamente dirán que estudios se habían hecho sobre Góngora y el gongorismo. Y es verdad, pero nadie lo revaloraba como este mexicano. Además, esta revaloración le trajo la invitación de estudiosos, como Farinelli, para que saliera de México a estudiar. Por otra parte, estas mismas cartas nos demuestran que el joven Reyes seguía extendiendo y buscando nuevas relaciones intelectuales con sus pares mexicanos, americanos e hispanistas. Sin olvidar a los estudiosos españoles.

---

<sup>192</sup> Antonio Gargano, “Arturo Farinelli e le origen dell’ispanismo italiano”, in *L’apporto italiano alla tradizione degli studi ispanici: Atti del Congresso, Nel ricordo de Carmelo Samoná, Napoli, 30 e 31 gennaio, 1 febbraio 1992*, 1993, p. 55 y ss.

<sup>193</sup> Carta de Arturo Farinelli a Alfonso Reyes. Gmunden (Austria), 19 de agosto de 1911, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 817.

Reyes pues, seguía su vida en aparente normalidad y trataba que los problemas políticos de su padre no le afectaran. Y tal parecía que así ocurría. No hacía mucho tiempo le escribió al famoso anticuario y librero de Leipzig, Karl W. Hiersemann. Famoso no sólo por sus bien hechos catálogos sino por su afición a la compra de bibliotecas de todo mundo hispánico. Este editor compró la librería del mexicano Antonio Peñafiel; y entre 1905 y 1914 vendió más de 200 mil manuscritos y libros raros a Archer Milton Huntington, para la Biblioteca que estaba formando en la Hispanic Society of America. El editor, muy atento, le respondió a Reyes, el 2 de agosto de 1911. Con toda propiedad le manifestó que recibió su carta de 18 de julio y tenía el honor de enviarle un ejemplar de sus catálogos números 362, 366, 371 y 383. También podía encargarle libros que no estuvieran en los catálogos. Era suficiente que le enviara “una lista detallada de sus desideratas para que” pudiera hacerle “ofertas especiales” y quedaba a sus órdenes<sup>194</sup>.

Es de interés asimismo señalar la única carta que le envió el poeta modernista panameño y diplomático, Darío Herrera a Reyes. Poeta que no ha merecido la atención de la crítica, según la queja de uno de sus estudiosos. Nació en Panamá en 1870 y murió en Chile en 1914. Sólo un libro publicó, *Horas lejanas* (1905), editado en Buenos Aires. La totalidad de su obra aún no encuentra quien la recoja, dispersa en diarios como *El Imparcial* y el *Mundo Ilustrado*, de nuestro país. En 1906 estuvo en México y en el Casino de Santa María escuchó al joven mexicano leer un poema. De esa fecha data su amistad<sup>195</sup>.

Reyes lo tenía en alta estima y supo que era Cónsul General de Panamá en El Callao, Perú, y hasta ese lugar le mandó sus *Cuestiones estéticas*. Herrera agradeció la atención. Se quedó con la impresión de que la intelectualidad mexicana estaba extraviada y que sólo tenía capacidad “para narrarnos sus admiraciones y desencuentros por las narraciones artísticas de los otros”. En Reyes, en cambio, encontró una excepción y su obra en “sitio aparte”. Recordaba que lo conoció de “seguro [cuando] no tenía más [de] veinte años”. Ahora estaba sorprendido “por [la] manera agradable, la destreza plástica y el intachable

---

<sup>194</sup> Carta de Karl W. Hiersemann a Alfonso Reyes. Leipzig, 2 de agosto de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1203.

<sup>195</sup> Victoriano King Calmon, “Darío Herrera y Rubén Darío: una amistad”, en *Anales de literatura hispanoamericana*, Madrid, Universidad Complutense, número 15, 1986, p. 271 y ss. Carta de Darío Herrera a Alfonso Reyes. Callao, 6 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1193.

casticismo de su estilo, cualidades raras y dignas de todo encomio en quien no ha cumplido aún la edad en que se deja de ser adolescente”. Le deseaba salud y nuevos triunfos<sup>196</sup>.

Salud y triunfos, Reyes los tenía; pero lo que le faltaba era tranquilidad. En septiembre de 1911 vivió lo que el mismo llamó, “la época de prueba más dura” o los *días aciagos*. A Max Henríquez Ureña seguramente le seguía contando sobre la política mexicana. Su respuesta a estas inquietudes está en una carta escrita en La Habana, el 5 de septiembre de 1911: “Yo siempre he creído que tu padre es el hombre *necesario* en estos momentos, pero me convenzo, con disgusto, de que no triunfará. Para México se abre, con el triunfo de Madero, un proceso de interrogaciones que ojalá no culminen en un nuevo desastre. Se engañan los que se dejan deslumbrar por esos momentos de *delirio* de los pueblos que no han conocido la *libertad*: ellos mismos la romperán como un niño campesino rompe un juguete caro y bonito cuyo mecanismo no comprende. Yo he visto ese fenómeno en Santo Domingo, a raíz de caer la tiranía de [Luis] Heureaux<sup>197</sup>. Fue un despertar de gloria que terminó en grosera mistificación. Y tengo bastante con esa lección ruda para dejarme engañar por el miraje de las improvisaciones”<sup>198</sup>.

Enrique Ap. Henríquez, el famoso Phocás, primo de los Henríquez Ureña, era otro amigo cercano en quien confiar y a quien se le podía decir lo que le pasaba en México buscando siempre una opinión. Desde Santo Domingo, le contestó a Reyes, con afecto y con su particular ortografía, como la de Juan Ramón Jiménez: “Yo me hago cargo de sus contrariedades con motivo de los asuntos políticos. Conozco por experiencia estos trances.

---

<sup>196</sup>Carta de Darío Herrera a Alfonso Reyes. Callao, 6 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1193.

<sup>197</sup> Cándido Gerón nos dice de Heureaux, lo siguiente: “Nacido en Puerto Plata (1845-1899). Mejor conocido por el apodo de Lilis. Es un caso singular en la historia política dominicana. Emergió de la guerra restauradora con fama de militar aguerrido y valiente, formado bajo la inspiración del general Gregorio Luperón. Se podría decir que se propuso un objetivo único en la vida: alcanzar y retener el poder hasta el final de su existencia. De esta manera gradual, como quien escala cuidadosamente una empinada y abrupta elevación montañosa, cristalizó su proyecto. Fue presidente durante la época de los denominados ‘bienes constitucionales’: desde septiembre 1 de 1882 hasta septiembre 1 de 1884; luego retornó al poder el 6 de enero de 1887 hasta el 27 de febrero de 1889; el 27 de febrero de ese mismo año se hizo reelegir y permaneció en la presidencia, instaurando una dictadura feroz hasta el 26 de julio de 1899, cuando fue ajusticiado en Moca. Durante su ‘reinado’ se efectuaron varias farsas electorales (1893 y 1897), en las que, naturalmente, Lilis resultó confirmado en la Presidencia de la República” (Cándido Gerón, *Diccionario político dominicano. (1821-2000)*, Santo Domingo, Editora de Colores, 2001, pp. 291 y 292).

<sup>198</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, 5 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1176. (El subrayado es del autor).

Hai que vencer de las pasiones i la estupidez i la vulgaridad de los demás para conservarse *uno mismo*. No se irrite. Contemple las cosas con desdén de todo i con perdón para todos. I tienda su cordón sanitario para que ‘no pueda venir a interrumpir sus trabajos una brusca intromisión del mundo externo’”<sup>199</sup>. ¿Qué había pasado en estos meses que Alfonso Reyes estaba atribulado? ¿Por qué esa nueva tensión?

Tan pronto como el general Reyes llegó a México, entró en contacto con Madero y aceptó el ofrecimiento que le hizo de ministro de Guerra. Pero los “exaltados maderistas” hicieron de las suyas. Por lo que el general, a través de Gustavo Madero, le pidió que le dijera a su hermano Francisco que se desligaba de todo compromiso. Don Francisco le reiteró el ofrecimiento y le manifestó que había previsto esa oposición a la que consideraba equivocada. Los “amigotes”, sin embargo, no dejaron que los jefes se entendieran. Fue cuando se empezaron a reunir en torno al general los “elementos desbandados del porfirismo y así se formó el segundo reyismo, el *reyismo bastardo*”, como lo calificó el propio hijo del general.

El *reyismo bastardo* estaba conformado en su mayoría por aventureros y habían creado el *Club de la última gota de sangre*. Porque, en opinión de Reyes, todos estos aventureros cuando se encontraban con el general le decían: *yo con usted doy hasta la última gota de mi sangre*. Y el general se retiró a quién sabe qué hacienda y de ahí volvió “con el funesto proyecto de lanzar su candidatura a la presidencia”. Mas sus partidarios lo abandonaron. Fracasó su candidatura; y luego llegó el incidente con un *gachuipín* que tenía su despacho frente a un Club Reyista. Aquél prestó unos carros que llevaban pedaceería de fierro y un grupo dirigido por Gustavo Madero las tomó para lanzarlas al general. El pleito subió de tono. Estaba en peligro el general Reyes<sup>200</sup>.

Nuevas maniobras de Alfonso que incluyeron llamadas al presidente interino De la Barra para ponerlo al tanto de la situación y para que no fuera a lavarse las manos más tarde alegando no saber nada. El general llegó a su casa, pero esta noche del 3 de septiembre todo

---

<sup>199</sup> Carta de Enrique Ap. Henríquez a Alfonso Reyes. Santo Domingo, 9 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bella Artes. Expediente 1174. (El subrayado es del autor).

<sup>200</sup> “Manuscrito de 22 de octubre de 1925”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes.

podía ocurrir. Mucha “gente y mucho ruido”. Alfonso se había acostumbrado a no hacerles caso a las alarmas. Cuando le decían que tuviera su arma preparada le parecía que “estaba jugando a la guerra”. Unos decían que su casa la asaltarían dos mil hombres, otros que doscientos. Perdió la “paciencia y el tiempo”. Y engañaba su amargura encerrándose a escribir, “a escribir por escribir”<sup>201</sup>.

La noche del 15 de septiembre fue la más aterradora. Todos los de la casa estaban amenazados de muerte. El general dio órdenes que las mujeres de la familia salieran de la casa. Sólo quedaron los hombres; y la mujer del general. “Así se paga el pecado de hacerse amar un día por el pueblo”, escribió en sus primeros apuntes, Alfonso Reyes. “Cerca de las ocho de la noche” se esperaba el asalto. Los de la casa y los amigos que los acompañaban estaban armados. No pasó nada. Acaso fuera después del *grito*, después de la medianoche, se decía. “No pasó nada. Noche del mismo día”. Pasaron “el día acuartelados. Sin novedad en la plaza”<sup>202</sup>.

Por esto días aciagos de septiembre, Rubén Darío le escribió a Reyes para invitarlo a colaborar en el *Mundial Magazine*, en el número consagrado a la Navidad. Y en la posdata que le puso, le rogaba remitir “junto con su trabajo, una buena fotografía suya y algunos datos bio-bibliográficos”. Al margen de la carta-invitación, en donde una tercera parte de la página abarcaba el rótulo de la revista, Darío le acusó recibo de *Cuestiones estéticas* que lo califica “bello y fuerte de sabia juventud”. Y le rogaba ver a Emilio Valenzuela para que le hiciera llegar su deseo de hacer un homenaje “a la memoria de su padre”. Y para ello necesitaba “un buen retrato, y un artículo de quien mejor” lo pudiera hacer en México<sup>203</sup>.

Sobre la revista de Darío, Reyes ya tenía conocimiento. Juan B. Delgado le dio la información, detalles y la dirección del “poeta de los cisnes”: Boulevard des Capucines 24. Además, le expresó, que Darío ya sabía de él, aunque no lo creyera. Sin la menor duda o

---

<sup>201</sup> Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*, prólogo de Alicia Reyes, nota del doctor Alfonso Reyes Mota, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 27.

<sup>202</sup> Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*, cit., p. 28.

<sup>203</sup> Carta de Rubén Darío a Alfonso Reyes. París, 1º, de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 659. Esta misma carta, pero sin las anotaciones de Rubén Darío, en Alfonso Reyes, *Cartas mexicanas. (1905-1959)*, selección e introducción de Adolfo Castañón, con la colaboración de Juan Antonio Rosado y Lourdes Borbolla, epílogo de Serge Zaitzeff, México, El Colegio de México, 2009, pp. 52-54.

equivocación, quien le informó a Darío fue su padre, cuando vivía en París<sup>204</sup>. Pues bien, el 19 de noviembre de 1911, Reyes le contestó a Darío dándole las gracias por sus “palabras generosas” y le enviaba “Lamentación de Navidad”<sup>205</sup>, escrita especialmente para el *Mundial Magazine* y para obsequiar sus deseos.

Pero esta carta de Reyes tiene un dato de interés en su vida de escritor y se encuentra en la siguiente confesión que le hizo a Darío: “No he publicado más que las *Cuestiones estéticas*, que usted conoce, por mucho que mi primera dedicación fueron los versos. Sé que en *nuestra América* hay riesgo en publicar prosa antes que verso, que la mayoría de los críticos se refugian, tras de este accidente insignificante, para declarar que no es uno temperamentalmente poeta. Sin embargo, he preferido hacerlo así, *por el sencillo motivo de que sentí mi prosa más madura ya que mi verso. Yo no tengo la culpa de mis naturales ritmos de desarrollo, ni pretendo dar a estos fenómenos más importancia de la que tienen. Respecto a si soy o no soy poeta, temperamentalmente, me parece que aún es prematuro que yo mismo quisiera decirlo*”<sup>206</sup>.

Acaso esa decisión lo llevó un año antes ir recogiendo su poesía, corrigiendo y refundiendo en su *Cuaderno número 6*, con fecha 1º, de agosto de 1910, y que tituló *Poesías*. En la página uno señaló que: “Comenzaré juntando aquí, de una vez, todas las poesías que podrían figurar en un libro, todas las que, al menos, están hechas seriamente. También trato de refundir cosas más antiguas. Así no me importará ir copiando con desorden de fechas”<sup>207</sup>. Nunca fue un desordenado Reyes. Esta recopilación la empezó en México en agosto de 1910 y la terminó en España en 1919.

En cuanto al encargo que le hizo Darío de un artículo sobre Jesús Valenzuela, Reyes se lo pidió a Alfonso Cravioto. Éste le contestó el 19 de septiembre, diciéndole: “Querido colomboño: Por falta de tiempo y sobra de muchas otras cosas, no puedo aceptar lo que me propones. Tú que eres un convencido o un convicto debías hacerla. Puede que tanga los

---

<sup>204</sup> Carta de Juan B. Delgado a Alfonso Reyes. Guadalupe Hidalgo, 7 de junio de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 684.

<sup>205</sup> “Lamentación de Navidad”, la escribió Reyes el 24 de octubre de 1911, para el *Mundial Magazine* de Rubén Darío (*Cuaderno No. 6. Poesías. Alfonso Reyes. México. Agosto 1º, de 1910*, pp. 59 y 60).

<sup>206</sup> Carta de Alfonso Reyes a Rubén Darío. México, 19 de noviembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 659. [El subrayado es nuestro].

<sup>207</sup> *Cuaderno No. 6. Poesías. Alfonso Reyes. México. Agosto 1º, de 1910*, p. 1.

apuntes que dices, pero ya sabes que yo apuntes... y no doy fuego. Don Jesús se merece que lo queramos; y en prueba de cariño no le levantaré falsos por hoy. Si tú no estás en tono [...]. Urbina tiene un artículo hecho, que todavía no ha publicado”<sup>208</sup>.

Mientras tanto, las cartas de agradecimientos por el envío de *Cuestiones estéticas* le seguían llegando a Reyes, como la de los peruanos, Ricardo Palma, José Santos Chocano y José de la Riva Agüero. Palma le envió a Reyes una cartita, el 29 de agosto de 1911. En el margen superior izquierdo hay una palma; y en el inferior, el sello de la Biblioteca Nacional del Perú<sup>209</sup>, que refundó en 1884, y que al frente de esa gran Biblioteca llevaba 27 años<sup>210</sup>. En cuanto a Santos Chocano era ya un conocido de Reyes y se encontraba en Guatemala. Desde esa capital le envió el acuse, 23 de septiembre de 1911, y las “más calurosas felicitaciones por muestra tan gallarda de talento y de buen gusto avalados por una rara erudición”<sup>211</sup>. Y casi al final del mes de octubre, recibió carta de De la Riva y Agüera. El escritor, historiador y político era el más joven de los tres peruanos que hemos citado, tenía 26 años. Era miembro de la antigua nobleza colonial y bisnieto del presidente José de la Riva Agüera y Sánchez Boquete. En 1905 publicó el *Carácter de la literatura del Perú independiente*<sup>212</sup>, elogiada por Miguel de Unamuno y por Marcelino Menéndez y Pelayo; y

---

<sup>208</sup> Carta de Alfonso Cravioto a Alfonso Reyes. México, 19 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 627.

<sup>209</sup> Carta de Ricardo Palma a Alfonso Reyes. 29 de agosto de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1940.

<sup>210</sup> En 1881, como consecuencia de las rivalidades entre Perú y Chile, las fuerzas de ocupación incendiaron su casa en donde se encontraba su biblioteca personal. Quiso salir del país, pero el presidente Miguel Iglesias le ofreció la dirección de la Biblioteca Nacional también destruida por esas fuerzas de ocupación. De los 56 mil volúmenes que contaba sólo quedaron 738. A partir de aquella fecha empezó la loable tarea de reorganización solicitando a todo mundo su donativo. Hecho que le ganó el mote de *El bibliotecario mendigo*. Palma tenía una obra histórica publicada de alta estima como los *Anales de la Inquisición de Lima* (1863), *Monteagudo y Sánchez Carrión. Páginas de la historia de la Independencia* (1877); y en las letras, sus *Tradiciones peruanas*.

<sup>211</sup> Tarjeta de José Santos Chocano a Alfonso Reyes. Guatemala, 23 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2351.

<sup>212</sup> Para Óscar Coello, *Carácter de la literatura del Perú Independiente*, es un libro “como no se había producido ninguno de tal laya entre nosotros, superior a los trabajos de Carlos Prince, Félix Cipriano Coronel Zagarra, las monografías de Palma, José Toribio Polo y Eleazer Boloña sobre la materia, y un notable avance sobre el prólogo de Menéndez y Pelayo al tercer tomo de su *Antología de la poesía hispanoamericana* (1894)”. En 1905, año que apareció ese libro, Coello señala que aún “no se había descubierto Machu Picchu; faltaba casi una década para que Jorge Chávez estrellara las alas amarradas con cuerdas de piano de su mítico Bleriod en Demodósola; los extramuros del mundo en Lima eran señalados por un penal tenebroso llamado el Penóptico, que se ubicaba donde hoy día es el Hotel Sheraton; faltaban doce años para que recién se fundara la Universidad católica; Julio C. Tello era un médico sanmarquino que aún no había desenterrado Chavín de Huántar o paracas. Ricardo Palma era el Director de la Biblioteca Nacional y González Prada preparaba la

en 1910, dio el primer estudio historiográfico de su país con su tesis, *La historia del Perú*. Formaba parte de la *Generación del 900*, junto con Víctor Andrés Belaunde y Francisco García Calderón, que para unos fue la generación *arielista*; y para otros, era un desacierto llamarla así<sup>213</sup>.

El joven escritor peruano le señaló en su carta de 28 de octubre de 1911 que su libro le llegó desde hacía mucho tiempo, “con dedicatoria manuscrita” y con prólogo de su “fraternal amigo” García Calderón. Había incurrido en falta, pero “las circunstancias” lo disculpaban en algo. Cuando le llegó su libro “estaba tan agitada y febril la opinión pública” de su patria “y era tan absorbente la general preocupación política en esos momentos (porque parece inevitable destino de nuestros respectivos países el asemejarse en todo)” que él mismo, “de ordinario alejado de la vida pública” se “encontraba metido en ellas, en constante agitación de manifestaciones, discursos, banquetes políticos y al cabo prisión, felizmente muy breve”. Volvió a la “vida normal” y empezó a leer los “libros y publicaciones que en toda aquella temporada de agitación” le llegaron, entre ellos, le interesó, *Cuestiones estéticas*.

Como en uno de sus artículos defendía a Góngora. le informaba que también un compatriota suyo hizo lo mismo, el canónigo cuzqueño Espinosa Medrano, llamado el “Lunarejo, en el siglo XVII”. Como muestra de su amabilidad le enviaba un libro y un folleto de su autoría, que presentó para sus “últimas tesis universitarias”. El gongorismo no le asustaba y por eso mismo esperaba que juzgara con indulgencia a dos gongoritas peruanos, “bien es verdad que gongorinos en prosa”, el padre Calancha y Pedro Peralta, de

---

edición de *Horas de lucha*; el poeta Chocano andaba de viaje cumpliendo puntuales visitas en los palacios tropicales de sus amigos, los tiranuelos de Centroamérica; y ese año publicó *Cantos de vida y esperanza*. En verdad, el Perú se reencontraba de una guerra infame; y acabábamos de voltear un siglo en el que quizás cometimos la mayoría de nuestros errores o, para decirlo con palabras de la tesis que conmemoramos [cien años], habíamos presenciado ‘el terrible espectáculo de un pueblo que se destroza con sus propias manos’, hablando de las estocadas sin nombre que le dio el militarismo a nuestra incierta república” (Óscar Coello, “José de la Riva-Agüero: Centenario de una tesis memorable”, en *Escritura y pensamiento*, UNMSM. Facultad de Letras y Ciencias Humanas, año VIII, número 17, 2005, pp. 87 y 88).

<sup>213</sup> Para Rivera la *Generación del 900* no es *arielista*. “Es un adjetivo desacertado, pues Riva Agüero estaba personalmente muy lejos del idealismo del uruguayo, y se consideraba cercano, más bien, a los autores positivistas franceses del siglo XIX, y comienzos del siglo XX que venía de leer en la Universidad. De hecho, una sección importante del epílogo de la obra de 1905 está dedicado a mostrar la precariedad del arielismo como un idealismo ingenuo y a sostener, por el contrario, la relevancia de una concepción de la vida social orientada de manera pragmática” (Víctor Samuel Rivera, “El Marqués de Montealegre de Aulestia: hermeneuta de la contrarrevolución”, en *Solar*, año 4, número 4, Lima 2008, pp. 113 y 114).

quienes habló “largo en su libro”. Quedaba como su amigo y “servidor subsecuente”, que se complacía en ponerse a sus órdenes<sup>214</sup>.

Esta carta tiene dos cosas de interés que el propio Riva y Agüera señaló. Primero, que entre las semejanzas de nuestros países americanos se encontraban las agitaciones; y segundo, que estuvo preso, aunque fueras horas. Era aquélla una semejanza, ciertamente. Pero no era lo mismo la revolución maderista que estaba triunfando en México que las luchas de los “golpistas de la derecha popular y religiosa del partido Democrático” peruano<sup>215</sup>. El gobierno, repuesto del golpe, encerró a los líderes. Fue cuando apareció el joven catedrático de la Universidad de San Marcos, que publicó una carta en *El Comercio* criticando la política internacional del presidente Leguía. Apoyando, según unos, a los “revolucionarios”; otros, a los “golpistas”. Lo cierto fue que el gobierno ordenó su prisión. Los estudiantes y profesores universitarios salieron a la calle a pedir su libertad. El gobierno decidió no seguir meneando el asunto y lo dejó libre. Años más tarde, Alfonso Reyes lo consideró un “gran humanista e historiador”, asociado en su estimación, y en “la serie de los creadores americanos, desbravadores de la tierra y maestros del alfabeto”<sup>216</sup>.

En el día más aciago para Reyes, el día que todo el día estuvieron acuartelados, el 15 de septiembre, desde la Granja, Segovia, Ramón Menéndez Pidal estaba escribiendo una carta para Reyes sobre sus *Cuestiones estéticas* que le remitió. El maestro español pensaba que su libro corregiría algunos defectos que “la anemia de lecturas, especialmente de lecturas antiguas, trae consigo para tantos jóvenes escritores que rompen toda tradición, privándose

---

<sup>214</sup> Carta de José de la Riva y Agüera a Alfonso Reyes. Lima, 28 de octubre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2182.

<sup>215</sup> Víctor Samuel Rivera, “El Marqués de Montealegre de Aulestia: hermeneuta de la contrarrevolución”, en *Solar*, año 4, número 4, Lima 2008, p. 121.

<sup>216</sup> Carta de Alfonso Reyes a Víctor Andrés Belaunde. México, 25 de noviembre de 1944, en Archivo Particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2182.

Por otra parte, no es cosa curiosa sino resultado del cruce de dos generaciones de escritores y de políticos que bien pueden ejemplificar en Palma y Riva-Agüero. El joven líder estudiantil, recordó siempre con delectación las lecturas que de niño hizo de las obras de Palma. Más tarde, cuando preparaba sus trabajos universitarios, buscó a Palma en la Biblioteca Nacional “para satisfacer inquietudes o dudas”. Producto de indagaciones y conversaciones con el director del repositorio más importante del Perú fue su tesis *Carácter de la literatura del Perú independiente*, en donde dejó dicho que las *Tradiciones* peruanas “ganarán con la distancia: se harán más interesantes y poéticas, porque se referirán a costumbres cada vez más lejanas; y las generaciones que no alcancen ni una sombra del Perú antiguo, vendrán a aprender lo que fue de los labios de este conversador entretenido y sabrosísimo” (Oswaldo Holguín Callo, “Palma y Riva-Agüero: calas a su amistad”, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, p. 5. [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)).

de la savia que suministran las raíces”<sup>217</sup>. Y desde París, dos personalidades le estaban escribiendo a Reyes el mismo día 31 de octubre. El filósofo Émile Boutroux y el escritor Francisco García Calderón. La carta más importante es la del primero. Boutroux le decía que estaba muy agradecido con su amigo Francisco por proporcionarle “el gran placer” de darle noticias suyas. “Es notable hasta qué punto, todavía tan joven, usted ha leído y pensado y sus reflexiones se han forjado en el puro molde clásico”. Le suplicaba recibir, junto con su “más explícito agradecimiento”, sus más cordiales simpatías”<sup>218</sup>.

Sin embargo, la tarjetita de 22 de noviembre, que Francisco García Calderón le envió a Reyes marcó el inicio de una correspondencia relativa a la colaboración del mexicano en la revista que el peruano quería fundar en París<sup>219</sup>. Por eo, en aquella tarjetita le preguntaba Francisco a Alfonso si podría contar para el próximo enero con sus “Letras mexicanas”<sup>220</sup>. Y en la carta del 3 de diciembre de 1911, tocó el peruano dos cuestiones. La primera, que Boutroux elogió *Cuestiones estéticas* y le señaló partes del mismo que le gustaron. Y la segunda, señaló extensamente su plan sobre la fundación de la revista. Su plan era “vasto”, porque trataba “de reunir a todos los mejores escritores y promover” que se conocieran unos y otros “por la acción de ese órgano”. Al mismo tiempo, se esforzaría “por dar información plena de lo europeo, completa y seria, sin modismos peligrosos”. La *función* que tendría Reyes en esta revista era la de “estudiar cada 3 o 4 meses las letras mexicanas (poesía, novela, historia, etcétera)” y dar a conocer lo que se publicara en ese periodo sin olvidar lo que apareciera en revistas cuando fuera digno de análisis. El ideal de su revista era que quién la siguiera, pudiera estar “al cabo de lo que entre ustedes se hace en el clan intelectual”. Un artículo o dos al año, de su autoría, no le vendría mal a la revista. Todo se

---

<sup>217</sup> Carta de Ramón Menéndez Pidal a Alfonso Reyes. La Granja (Segovia), 15 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1664.

<sup>218</sup> Carta de Émile Boutroux a Alfonso Reyes. París, 31 de octubre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 342; *Obras completas de Alfonso Reyes. XXIV. Memorias. Oración del 9 de febrero. Memoria de la facultad. Tres cartas y dos sonetos. Berkleyana. Cuando creí morir. Historia documental de mis libros. Parentalia. Albores. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 159. [Letras mexicanas].

Asimismo, en la nota número 48, página 33, viene citada y traducida una parte de la carta de Boutroux a Reyes, la que citamos (Francisco García Calderón, *América Latina y el Perú del novecientos. Antología de textos*, compilación e introducción de Teodoro Hampe Martínez, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/COFIDE, 2003, p. 33. [Clásicos sanmarquinos]).

<sup>219</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 31 de octubre de 1911, en archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 948.

<sup>220</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 22 de noviembre de 1911, en archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 948.

remuneraría. Le rogaba que animara a Antonio Caso y que le recordara a Pedro Henríquez Ureña su petición. Necesita de su concurso “para vencer”. Le hizo otros encargos, y le daba las gracias por aceptar su ofrecimiento y era Alfonso Reyes “una adquisición para la Revista” que sabía estimar. Seguía “apasionadamente los sucesos de México” y deseaba que todo se arreglara<sup>221</sup>.

A finales de 1911 Reyes todavía recibió cartas sobre sus *Cuestiones estéticas*. Una fue del dominicano Germán Sibillí; otra del hispanista francés Ernest Martinenche, director del *Bulletin de l’Amerique latine*, y una más de su compañero de Ateneo, el poblano Rafael Cabrera<sup>222</sup>. En los primeros días de enero de 1912, Ignacio M. Luchichí, escritor veracruzano que usaba estos dos seudónimos, *Alter Ego* y *Claudio Frollo*<sup>223</sup>, le decía: “Aplaudo entusiastamente el ímpetu de usted, que se refugia en el arte, cuando se encrespan y rugen ondas bravas, cuando soplan vientos de tempestad que amenaza a nuestros ídolos... Guardemos el templo. Usted, y la noble falange de Soñadores en que milita, desde la juventud; nosotros, los retirados, desde la filas de la vieja y olvidada legión. Pero seamos artistas, ya que en esta época de prosaísmo, el arte es para ciertos espíritus la única esperanza alentadora. Usted que cree aún en muchas cosas santas, sueñe, labore escriba... Así se triunfa”<sup>224</sup>.

El 10 de enero de 1912 le llegó la carta de Alicandro Epirótico, en donde le dijo a su muy querido amigo, que esperaba la oportunidad para ver al señor general, que se encontraba preso. “Entretanto sea usted fiel intérprete de mis sentimientos: que sepa [el general] que no lo olvido y que lamento muy hondamente toda la montaña que gravita sobre sus hombros”. Y en seguida se refiere que Clearco Meonio le escribió para decirle que recibió *Cuestiones*

---

<sup>221</sup> Carta de Germán Sibillí a Alfonso Reyes. La Romana, Santo Domingo, 28 de septiembre de 1911, en Archivo particular de Alonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2406; Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 3 de diciembre de 1911, en *Saludos del Perú para Alfonso Reyes*, plan, coordinación y cuidado de la edición de Rafael Vargas, Lima, Embajada de México en el Perú, p. II; y en, *Alfonso Reyes y los escritores peruanos*, compilación y notas de Rafael Vargas, México, El Colegio de México, 2009, p. 176. [Colección Testimonios].

<sup>222</sup> Carta de Ernest Martinenche a Alfonso Reyes. París, 29 de diciembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1574; y Carta Rafael Cabrera a Alfonso Reyes. Puebla, 30 de diciembre de 1911, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 400.

<sup>223</sup> Almudena Mejías Alonso, “Algunos pseudónimos de escritores mexicanos del siglo XIX”, en *Anales de literatura hispanoamericana*, 1999, 28, p. 1403. [www.revistas.ucm.es](http://www.revistas.ucm.es)

<sup>224</sup> Carta de Ignacio M. Luchichí a Alfonso Reyes. Tacubaya. 3 de enero de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1491.

*estéticas*. Epirótico le dijo que convenía que le escribiera, y que por su conducto, sus letras se las haría llegar. Y en el *Post scriptum*, estas palabras: “Ya dije al señor Pagaza que jamás he sido maestro de usted, que somos dos buenos amigos y nada más. ¡Cuídame Dios de darme esos humos de magister! Ni ante mis verdaderos discípulos me llamo maestro”<sup>225</sup>.

Muy tardíamente le llegaron a Reyes noticias del obispo de Veracruz, Joaquín Arcadio Pagaza, sobre la impresión que le causó *Cuestiones estéticas*. No le escribía, le dijo el árcade, porque a su juicio la familia no estaba “toda en condiciones favorables para correspondencia de ese género”. Y luego se preguntaba, ¿cómo se iba a ocupar “hoy de cartas referentes a un libro que dio a la estampa en condiciones muy diversas”? Todo tenía su tiempo. Lo felicitaba cariñosamente<sup>226</sup>.

Alfonso Reyes no podía cerrar mejor el año de 1911 y esperar el de 1912 con mayores éxitos si no hubiera sido por esos días aciagos. Pero esos días se volverían a repetir. Su padre estaba preso; pronto lo estaría su hermano Rodolfo. La situación del país tampoco estaba tranquila a pesar que la revolución era gobierno y el presidente de la República, Francisco I. Madero, inauguraba una nueva época en el país. Pero nada estaba atado y por eso se avizoraban nuevos días agitados y turbulentos.

### 3.- Una nueva generación

En el proyecto de creación de la parisina *Revista de América*, de Francisco García Calderón, la figura de Alfonso Reyes fue relevante. Colaborador, una “buena adquisición” para la revista, un animador, y sobre todo, uno de los pilares, aunque fuera el más modesto, de este propósito. Cuando Francisco le pidió a Reyes su opinión sobre qué escritores mexicanos deberían figurar en su revista, ¿Amado Nervo, Francisco Bulnes, José Juan Tablada?,<sup>227</sup> no sólo le dijo quiénes eran estas figuras sino le informó de otras muy relevantes. Por eso, más tarde, García Calderón le dijo que las colaboraciones de Caso, de

---

<sup>225</sup> Carta de Alicandro Epirótico a Alfonso Reyes. México, 10 de enero de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 684.

<sup>226</sup> Carta de Joaquín Arcadio Pagaza a don Juan. Jalapa, 3 de marzo de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1930.

<sup>227</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 3 de diciembre de 1911, en *Saludos del Perú para Alfonso Reyes*, cit., p. II; y en *Alfonso Reyes y los escritores peruanos*, cit., p. 176.

Acevedo, de Vasconcelos, de Enrique González Martínez, le interesaban mucho. ¿Los escritos de esta nueva generación de mexicanos los podía obtener para él?<sup>228</sup> Le encantaría un artículo de Vasconcelos, de Henríquez Ureña, de Acevedo y, ¿cuándo le enviaría “un precioso artículo original” suyo además de las crónicas que le había enviado?<sup>229</sup> Le rogaba que hiciera propaganda entre sus amigos escritores.

La revista no salió en la fecha prevista ni tampoco en mayo sino en el verano de 1912. En “Un acto de fe: *La Revista América*”, García Calderón señaló el estado en que se encontraba América. Es decir, que se encontraba en “una nueva etapa saludable”. Porque hasta “ayer observábamos, en el orden político, discordia; en el orden intelectualmente, aislamiento. Las grandes voces de los profesores del americanismo, de Alberdi, de Vigil, se perdían en el fragor de las querellas locales. Oscuras fuerzas” iban cambiando ahora el “drama de la historia”. Peligros que señalaban “los pensadores o fatiga de la existencia fragmentaria -¿quién lo sabe?-, sugieren inesperadas actitudes”. Algunos fundaban en “la tradición hispana, otros en la cultura latina, su evangelio unificador”. A París llegaban jóvenes de “opuestos confines, de México y del Plata, de Venezuela y Chile”, que revelaban, “sin previo acuerdo, la misma inquietud”. Y traían “para los males de América, soluciones semejantes”.

Estos jóvenes condenaban “el caudillismo, la política estrecha por el horizonte local, la turbia retórica que esconde bajas codicias” y esta misma juventud “atenta al rumor del porvenir” había escuchado “la promesa mesiánica”. Por lo que García Calderón se preguntaba: ¿Vendría “el director intelectual” que todos esperaban? ¿Tendría “el nuevo mundo latino, como Germania dividida, un Fichte que anuncie el gran Renacimiento”? Por lo pronto, el intelectual peruano sugiere que preparemos, “por la unión de elementos intelectuales, la gloriosa epifanía”. Tal era el objeto de la *Revista América*. Agrupar “a los escritores iberoamericanos, sin parcialidades de cenáculo, sin celos de región, en amplia confraternidad, en tenaz propaganda de cultura”. Los amigos a voces lo pedían y comprendían que “la dispersión es flaqueza”. Había pues “llegado la hora de la concordia

---

<sup>228</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alonso Reyes. París, 26 de enero de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 948.

<sup>229</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 12 de abril de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 948.

moral”. Para este fin los mejores escritores latinoamericanos ofrecieron su concurso. La *Revista América* pertenecía a “la *élite* intelectual de ultramar”. El primer número lo revelaba<sup>230</sup>.

Alfonso Reyes en la *Revista de América* colaboró con tres artículos en 1912, aparecidos en este orden, “Don Victoriano Agüeros”, “Dos tributos a Enrique González Martínez” y “Los senderos ocultos”. La fecha de la publicación no concordaba con la de su elaboración. Sin embargo, su aparición en este orden es afortunada. Coincidió con el criterio editorial de la revista, con lo que pensaba Reyes y con lo que estaba ocurriendo en México: había un nuevo régimen y una *nueva generación* de jóvenes. Además, nada más oportuno el primer artículo, pues Agüeros murió en París, el 8 de octubre de 1911, y se necesitaba que se dijera algo al respecto, en la misma Francia desde México. En el primer párrafo del artículo de Reyes, así declaró: “Agüero representaba con mucho a nuestro hombre de letras de otro tiempo, aun por la lentitud, aun por la escasez final de su producción literaria. Su vida, por otra parte, fue siempre opaca literariamente, y apenas la iluminó, a los principios, un fulgor un tanto ficticio, como el único que puede dar a los jóvenes la acogida benévola de los viejos”<sup>231</sup>.

El autor de *Cuestiones estéticas* explicó: “Agüeros representa un tipo muy estimable, si no superior: el del *literato-que-presta-servicios* a la letras patrias; entiéndase bien: no del que hace descubrimientos. Cuando, en su primer aspecto, intentó géneros de invención, su invención no pudo lucir sino aquellas cualidades literarias que son patrimonio de toda la gente educada. Como hubiera escrito la mayoría de nuestros paisanos cultos; y si alguna revista hubiese abierto un concurso entre simple lectores para tratar temas como *la cuaresma, el día de muertos, la primavera*, no dudo de que otro se hubiera llevado el premio a pesar de cierta madurez retórica que fue en Agüeros prematura”.

Más adelante, Reyes señalaba que como el *espíritu* de Agüero se “arrimaba constantemente al árbol de la religión, una sombra devota” se extendía “por su obra, en que sus benévolos amigos quisieron hallar fuentes de misticismo”. En verdad, dijo el escritor regiomontano,

---

<sup>230</sup> “Un acto de fe: la *Revista de América*”, en Francisco García Calderón, *América Latina y el Perú del novecientos. Antología de textos*, cit., p. 93.

<sup>231</sup> “Don Victoriano Agüeros”, en *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 283. [Letras mexicanas].

que en su obra se “revela una naturaleza bondadosa y sencilla, algo limitada, maleada un tanto por la disciplina de partido, contaminada de malas letras, paciente a la vez que temida, y tempranamente envejecida; llena de fuerza mansa. La ingenuidad de sus censura sociales” llegaba a lo “indecible”<sup>232</sup>.

Reyes dio pormenores de la vida de Agüeros, como fecha de nacimiento, lecturas, primeras obras, bienvenida del que se esperaba “cuando llegara la verdadera vejez [...] produjera frutos de prudencia”. Elogios no faltaron. “El joven Agüeros llegó, pues, a ser el ejemplo con que los viejos oponían a la corrupción actual el elogio de la antigua pureza. Noble situación de que un griego no sabría reír, pero que revela, al mismo tiempo, las partes débiles de aquella iniciación literaria: porque es siempre doloroso ser bandera de venganza contra la juventud”. Siguieron los libros, la tarea de redactor en *El Siglo XIX*, las biografías y siluetas en *La Ilustración Española y Americana*, la dirección de *El Imparcial* y fundador “con señalados propósitos políticos, *El Tiempo*, al que se consagró en adelante y tras del cual desapareció como tras un telón”<sup>233</sup>.

A este diario le dedicó varias líneas. ¿Por qué? Porque Reyes se empezaba a interesar en algo que más tarde fue una de sus grandes pasiones: el periodismo. Por eso se interesaba en la historia de los diarios y de lo que hoy se llama los medios de comunicación. Este es un pequeño ejemplo de ese interés. Del diario católico *El Tiempo* le llamaba la atención que “la colaboración, movida por hilos invisibles, llegaba a veces de fuentes desconocidas aun para el mismo director”. Historia curiosa, decía, pero era “aun prematuro aventurarla. Agüeros era el estandarte y aun el escudo: supo serlo. Cambiaron los tiempos para República”. Se inició otra etapa en donde la “pesada influencia de una férrea organización aplanó a los hombres. Plegáronse todos al postrer reducto de sí mismos para dar paso el carro del héroe. Los que atendían a la serenidad se acogieron al sueño; los que tendían a la audacia intermitente desmayaron un tanto. La peste cundió: las virtudes cívicas se hicieron vicios”. Fue entonces cuando sacó la “energía contenida” y la pasó a su diario. Los liberales se divertían. Las editoriales de ese diario eran “juiciosas”, “sesudas”, pero su director no las

---

<sup>232</sup> Don Victoriano Agüeros”, en *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 284.

<sup>233</sup> “Don Victoriano Agüeros”, en *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 287.

escribía. Los del mismo bando político, los católicos de *El País*, “tronaban los tortóculos iracundos”. Así pasó *El Tiempo*, “así, sobrenadando, aquel océano engañoso lleno de profundos y asfixiados temblores, merced a la sola fuerza de su gravedad, de su gravedad física y moral”.

Mas cuando las “inquietudes largamente opresas salieron a la superficie, *El Tiempo* supo estar con la opinión pública”. Y sin embargo, “los periodistas del temple de Agüeros –un tanto meditativos y espectaculares en medio del combate- no están hechos para concentrar en sí la atención del pueblo”. El director de este diario tampoco “pudo haber sido un cabecilla, ni menos a sus años, porque a cada edad su verdad”. *El Tiempo* “conservó aquél carácter abstracto que, en otros respectos, puede censurarse al escritor Agüeros”. Mucho menos hizo del diario “un tablado para exhibirse, ni lo usó como bocina sonora: le comunicó el don de su impersonalidad, se ocultó tras él”. Cuando el público pensaba en el periódico no pensaba en su director ni “en tal o cual persona concreta”. Pensaba en una opinión que se manifestaba sola, como una entidad autonómica”. ¿No era este “el mayor elogio para un diario político?”, preguntó Reyes; y pasó otros asuntos que no es de nuestro interés.

Sí lo es, en cambio, lo que Reyes escribió en la parisina *Revista América*, sobre a la poesía de González Martínez. Desde esta revista quiso mostrar lo que hacían los de su generación. La oportunidad para referirse a ello fue la aparición del cuarto libro de González Martínez, *Senderos ocultos*. Y sobre todo, porque este poeta y Rafael López, eran el “tránsito entre la generación pasada y la venidera, o, más brevemente, son la generación actual”. De la generación pasada, Amado Nervo, José Juan Tablada, Luis G. Urbina, Urueta tenían “las excelentes facultades literarias, las virtudes técnicas, las facilidades, que en la nueva legión, la que hoy apenas se nutre y alista, parecen un tanto adormecidas”. La *generación actual*, en cambio, anunciaba “ciertas condiciones de seriedad, de castidad artística, que no supieron mantener los pasados. Con una excepción ilustre: Luis G. Urbina, quien bajo la máscara de la vida, sofoca una virginidad resplandeciente y publica libros cada vez mejores. Éstos son, pues, los actuales; pudiéramos decir: los vivos. Y ‘los vivos siempre tenemos la razón’, ha dicho Schiller”.

En la poesía de González Martínez había otras cuestiones que a Reyes le interesaba destacar, como cierto “misticismo sin creencia” o como se mostraba su musa: “sin fe religiosa, pero también sin sed religiosa”. En cada de una de estas observaciones no faltaban los ejemplos para su mejor comprensión. Y además decía que este poeta puso “música a todos los instantes de su existencia; y, sobre la escala de sus notas”, los hizo “deslizarse hacia ese como misticismo central que los coordina. Su poesía es como su vida: hay en ella algo que [...] llamaría *cartesianismo poético*: una constante referencia a las evidencias primeras del espíritu”.

Un poeta no podía decir de otro poeta más que lo siguiente: “El poeta sale al mundo, se asoma a la naturaleza, hojea los libros, saluda a los hombres, cultiva un poco su viña diariamente, y luego al punto huye, por los senderos que sólo él conoce, hacia el sagrario del silencio. Allí tienen que acabar todas las poesías, porque el alma misma enmudece. Allí llega con el tesoro de sus visiones recién robadas, corrige los valores, los pesa; y el alma asimila calladamente las nuevas emociones, y sí va creciendo en perfección. Éste es su poesía y ésta es su vida”<sup>234</sup>.

En la mexicana revista *Biblos* y no en la parisina *Revista América* fue donde Reyes escribió sobre Rafael López, otro miembro de la *generación actual*. Artículo escrito el 20 de noviembre de 1912 y que apareció en aquella revista en marzo de 1913. Reyes saludaba la aparición *Con los ojos abiertos*. Libro que “tenía todos los elementos necesarios” para apreciar su poesía “y aun para descubrimos la historia del alma del poeta”. Además, había

---

<sup>234</sup> “Los senderos ocultos”, en *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 303 y ss.

González Martínez al conocer el artículo de Reyes sobre *Los senderos ocultos*, le escribió: “mentiría si le ocultara que su lectura me produjo un cosquilleo de vanidad. ¡Cómo que llegué a gustar de mi propia obra tan piadosamente entendida y presentada por usted! Y es que el espíritu suyo es afanoso buscador de mieles de belleza y sabe hallarlas en los más humildes nectáreos.

Fue su trabajo para mí rocío de serenidad y me consoló de muchas inquietudes literarias. Esta poesía de hoy que peca de brumosa y de abstracta, despierta muchas dudas en quien la cultiva, y suele hacer sospechar que – como dice un docto e inteligentísimo amigo nuestro- es forzoso volver al *Canto a Teresa*. Y los que nos sentimos sin ánimo para emprender ese viaje de retorno, nos detenemos a la continua, pensativos y temerosos de haber ido inútilmente por una senda que no lleva a ninguna parte.

Su juicio me dio ánimo. ¿Verdad que usted atisba la belleza en ‘aquel árbol que mueve la foxa’ de Hurtado, y en los versos del buen Arcipreste, y en los oradores líricos de san Juan de la Cruz, y en los byronismos de Espronceda, y en las caricias a las cosas pequeñas de Francis Jammes... con tal que en todo ello se sienta con un poco de sinceridad el alma del poeta? (Carta de Enrique González Martínez a Alfonso Reyes. México, 22 de julio de 1912, en *Alfonso Reyes / Enrique González Martínez. El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, compilación, estudio introductorio y notas de Leonardo Martínez Carrizales, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 120 y 121. [Letras mexicanas]).

una ventaja en esta selección de su poesía: la hizo el mismo autor. Este era “un dato más sobre la orientación de su espíritu” y “como todas las manifestaciones de la vida son históricas y dinámicas, bueno hubiera sido dejar su fecha en cada poesía”. Es una de las herramientas más importantes para hacer la historia, de lo que hoy denominamos, intelectual. Y por eso esa llamada de atención.

Reyes conocía a López, estaba junto a él, había seguido su trabajo poético y esto era una ventaja para referirse a “su instante aproximado [de] cada vibración poética y reconstruir con cierta justicia, la melodía de su vida”. Esta cuestión que también la podríamos llamar metodológica, cosa que *los otros*, los de la vieja generación, no les interesaba gran cosa. Por eso entregaban un “libro sin historia”, con páginas tomadas y “distribuidas al capricho de la simetría verbal o ideológica”.

Y a partir de aquí Reyes fue haciendo algo que muy frecuentemente hizo a partir de estos años, hacer la historia de su generación día con día. Al al mismo tiempo, iba haciendo la historia de su trabajo intelectual. Las marcas que fue dejando en su correspondencia, en sus artículos y ensayos, una vez reunidas, nos permiten apreciar la época que vivió y la de sus compañeros de generación. Reyes ciertamente no fue un historiador, un profesional e la historia, pero sabía de su importancia a la manera clásica y moderna. Y le gustaba la historia y sabía hacer historia.

Con tal contundencia pues, nos señalaba que López fue “el último poeta de la *Revista Moderna* –heredera de los timbres de la *Revista Azul* y que popularizó” entre ellos la poesía *postromántica*. Los poetas que formaron parte de esa revista “tuvieron como cualidad común el don de la técnica: técnica audaz, innovadora y más o menos madura. La técnica es como la fuerza y el equilibrio de las construcciones materiales: puede seguir muchos procedimientos; lo esencial es que el edificio tenga la solidez, que no se abran hendiduras al muro, que no sobren ripios al verso. Otra cualidad común de aquellos poetas (excepto Urbina que ha conservado la tradición romántica y a Díaz Mirón que vive en su torre), otra cualidad común que acusa como una reciprocidad de influencias entre ellos y el dibujante

de la *Revista [Moderna]*, Julio Ruelas, es el de considerarse todos, para decirlo en un verso de Rafael López, *por el mal de Saturno largamente embrujados*<sup>235</sup>.

Así siguió Reyes, examinando y examinando la poesía de Rafael López. Por un lado señalaba que era un “maestro del color y del ritmo”; y por el otro, que flaqueaba, “por momentos, la solidez de su construcción”; que no era un poeta sino rebosante; que no tenía “sentido histórico” sino “imaginación visual”. Le interesaban los antiguos “con el prejuicio de la imagen”, el helenismo y las “interpretaciones de la moderna novela francesa”. Las “principales fuentes de su educación espiritual” eran modernas. Adoraba a Francia; renegaba de España, “sobre todo de su tradición”. Así se expresaba López: “Los franceses escriben con tinta; los españoles, con aceite de olivo, con excepción de Valle-Inclán, en cuyo tintero cabrillean aguas de las Castalias”. A sus alumnos de letras españolas les dejaba leer a partir de Bécquer y le gustaba de Darío. De la redención de su alma pasó a la “embriaguez de la vida”. Este era Rafael López<sup>236</sup>.

A mediados del año de 1912, Alfonso Pruneda le propuso a Reyes la secretaría de la Escuela de Altos Estudios. Antes de aceptar, habló con su padre, que estaba preso. El general le dijo que su hijo tenía todo el derecho de desarrollar su vida de acuerdo con su vocación intelectual y cualquiera que fuera su suerte no había obstáculo alguno para que aceptara una propuesta semejante<sup>237</sup>. Así pues, con el apoyo del padre, y de las autoridades políticas y educativas del país, del vicepresidente de la República que era el ministro de Instrucción, José María Pino Suárez, y del subsecretario, Alberto J. Pani, aceptó ese nombramiento que fue bien recibido entre sus amigos y conocidos, como los peruanos Santos Chocano, que se encontraba en México<sup>238</sup>; y Francisco García Calderón, en París<sup>239</sup>. Además, contaría con su primer sueldo que mucha falta le hacía.

---

<sup>235</sup> “Notas sobre el libro de Rafael López *Con los ojos abiertos*”, en *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., pp. 290 y 291. El subrayado es del autor.

<sup>236</sup> “Notas sobre el libro de Rafael López *Con los ojos abiertos*”, en *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, cit., p. 293 y ss.

<sup>237</sup> “Manuscrito de 22 de octubre de 1925”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes.

<sup>238</sup> Carta de José Santos Chocano a Alfonso Reyes. México, 30 de agosto e 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2351.

<sup>239</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 18 de septiembre de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 948.

La Escuela de Altos Estudios la fundó Justo Sierra con motivo de las fiestas del Centenario. Sin embargo, no fue muy bien comprendida, acaso por la premura de su inauguración. Incluso, se llegó a decir, que era una escuela antidemocrática porque “su objeto era profundizar los estudios y no quedarse en los límites útiles a la adquisición de títulos profesionales”. El propio Reyes, años más tarde escribió sobre esta Escuela y su contexto, o sea, entre el tránsito del viejo régimen a la revolución: “Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura comienza a tener resultados. Insistamos, resumamos nuevamente sus conclusiones. La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España –nunca antes considerada con más amor ni conocimiento-; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la Filosofía –precedidas por la caballería ligera del llamado anti intelectualismo- avanzaban resueltamente. Se había dado la primera sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas partes el sacudimiento político”<sup>240</sup>.

Poco a poco Reyes fue dando cuerpo a esta Escuela, y siguió manteniendo al corriente su correspondencia<sup>241</sup>, sin dejar de asistir a las sesiones del Ateneo, sobre todo a la que se organizó en honor del poeta peruano Santos Chacano, que lo presentó en la velada del 10 de septiembre de 1912. Las crónicas periodísticas describieron la velada de brillante y tuvo su timbre americano. La *élite* de la sociedad mexicana llenó las bancas del Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Entre los asistentes estaba un jovencito de quince años de edad, oriundo de Tabasco, Carlos Pellicer. A las nueve de la noche empezó la fiesta americana. José Vasconcelos tocó la campanilla e inició el delirio entre música y poesía. El

---

<sup>240</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 211. [Letras mexicanas].

<sup>241</sup> El dos de septiembre de 1912, Reyes le escribió a Rafael Cabrera para agradecerle el envío de su libro de poesías. Lo felicitaba de corazón y le señalaba que pronto tendría el gusto de enviar a París, a la revista América, una “nota crítica” sobre ese libro”. Ya se la haría llegar. “Entre tanto reciba mi parabién. Descubro en su libro ciertas condiciones muy propias de usted que han producido ya bellas realizaciones y están llenas de promesas más halagadoras, si cabe, que las realizaciones alcanzadas. No quiero anticipar ideas; por eso le hablo a usted en estos términos tan vagos. Yo insistiré particularmente en esos caracteres de mi artículo” (Carta de Alfonso Reyes a Rafael Cabrera. México, 2 de septiembre de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 400).

pasante de derecho y “cultísimo intelectual”, Alfonso Reyes “pronunció con la galanura” que le era característico “un brillante discurso” para dar la bienvenida al poeta peruano. “La fogosidad del orador, la facilidad de su verba, y la concepción espontánea de las ideas, le conquistó innumerables aplausos cuando hubo dicho las últimas palabras de su discurso”. Y a continuación se escucharon los versos sonoros de diez poesías que el propio Santos Chocano declamó y que se intitulan *Arte y vida*<sup>242</sup>.

Al terminar de declamar Santos Chocano, el compositor mexicano Manuel M. Ponce interpretó un estudio de concierto. Nuevamente el poeta recitó sus *Estampas neoyorkinas*; y volvió Ponce para interpretar dos *Canciones mexicanas* y una *Rapsodia húngara*. Retornó a la tribuna Santos Chocano “para deleitar al auditorio con las tristes imágenes de sus nocturnos”. La concurrencia aplaudió de pie. A las doce de la noche el público fue dejando el viejo Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria<sup>243</sup>. Entre ellos el joven Pellicer que salía con acento americano.

La hora del Ateneo estaba agotada pero no su *espíritu*. Para continuar con ese propósito espiritual fundó la Universidad Popular Mexicana<sup>244</sup>, que “se estaba engrosando”. Pruneda estaba con ellos; Pani, el aliado “más eminente en el gobierno”, estaba con ellos; y Martín Luis Guzmán, que regresaba de los Estados Unidos, estaba con ellos<sup>245</sup>. Así pues, al pasante de derecho y secretario de la Escuela de Altos Estudios le correspondió redactar la “Misión y propósito” de esta Universidad. Misión y propósitos muy altos pues era hacer que la Universidad se acercara al pueblo. No es exagerado señalar que esta fue la primera ocasión que se hacía algo semejante. La hora de Vasconcelos no llegaba, pero como buen presagio, como heraldo, se inauguraba esta institución en noviembre de 1912. En las primeras líneas de “Misión y propósito” se señaló: “La escuela primaria no puede satisfacer las necesidades espirituales de ningún hombre actual. Para colmar este anhelo de mayor cultura, los

---

<sup>242</sup>*El Intransigente*, México, 11 de diciembre de 1912; *Nueva Era*, México, 11 de diciembre de 1912, *El Imparcial*, México, 11 de septiembre de 1912.

<sup>243</sup>*El Intransigente*, México, 11 de diciembre de 1912; *Nueva Era*, México, 11 de diciembre de 1912, *El Imparcial*, México, 11 de septiembre de 1912.

<sup>244</sup>Morelos Torres Aguilar, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana. (Ciudad de México, 1912-1920)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 123 y ss. [Sociedad y Cultura. México Siglo XXI].

<sup>245</sup>*Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*, cit., p. 213. Entre los nuevos socios que se admitieron estaba el arquitecto Nicolás Mariscal (Carta de Nicolás Mariscal a Alfonso Reyes. 2 de octubre de 1912, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto nacional de Bellas Artes. Expediente 1561).

privilegiados de la sociedad cuentan con escuelas superiores y profesionales. Mas lo no privilegiados, que forman el pueblo, como tienen que atender de preferencia al diario sustento, no van a la escuela. *Si el pueblo no puede ir a la escuela, la escuela debe ir al pueblo*. Esta es la Universidad Popular: la escuela que ha abierto sus puertas y derramado por las calles a sus profesores para que se vayan a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros de agrupación”<sup>246</sup>.

Este es el punto sustantivo de la Universidad Popular: *Si el pueblo no puede ir a la escuela, la escuela debe ir al pueblo*. Reconocía que las escuelas superiores que había en México tenían otro propósito pero tampoco tenía por qué ser igual o cosa parecida a esas escuelas puesto que su objetivo era otro. Es decir, no iba a dar títulos universitarios sino una enseñanza “más amplia y elástica”. Como Proteo, que podía adaptarse “a todas las formas”. ¿Cómo, se preguntarían? Con su “numeroso profesorado, difundido por toda la ciudad”, cumplía “su misión de un modo simultáneo, eficaz, día a día, y aprovechando, si fuera posible, todas las horas de descanso del pueblo, todos los instantes en que duermen el telar y el martillo. Porque es fuerza apresurarse: la verdad es grande y la vida es breve”.

Así pues, esta Universidad, “en razón de su *multiformidad* misma, de su elasticidad y amplitud, es la más adecuada para responder a las necesidades del pueblo, para auscultar en todo momento su corazón y para someterle, según la clásica expresión, --*los remedios del alma*--”. Por lo tanto, esta Universidad no era una escuela de carácter técnico sino una *escuela para ciudadanos*. “Para ciudadanos”, remarca, con un entiéndase bien, “para hombres y mujeres plenamente útiles a la sociedad”.

El Ateneo que en este año añadió el apelativo de México no creía en la “torre de marfil”. Le interesaba y compartía “el dolor que grita por la calle y la alegría que canta por la calle. Todos debemos ir a todos”. Y se rememoraba aquella hazaña del persa Datis “cuyos soldados combatían asidos de la mano”. Pues así lo quiere y lo exige nuestra República “asociados en las cosas de la inteligencia”. Por eso se hizo el siguiente señalamiento, para tenerlo siempre presente, que la democracia de la que tanto se hablaba no venía, “efectivamente de la clava de Hércules, sino de la cabeza de Atenea; *la democracia se*

---

<sup>246</sup> “La Universidad Popular. Misión y propósitos de la Universidad Popular Mexicana”, en *Página de la Capilla Alfonsina*, México, vol., 5, núm., 9, septiembre del 2006, p. 4. [El subrayado es nuestro].

alcanza enseñando y aprendiendo, porque la libertad política, como todas las libertades, baja del espíritu. Por eso Ateneo de México ha fundado la Universidad Popular Mexicana. En el escudo de ésta, que es un águila azteca, hay una leyenda que dice: *La Ciencia protege a la Patria*”<sup>247</sup>.

La Universidad Popular Mexicana no perdió un solo instante y se puso a trabajar, para cumplir con lo que se había propuesto, *la escuela debería ir al pueblo*. *El Imparcial* dio la noticia: *La primera conferencia de la Universidad Popular* la impartió Alfonso Pruneda, la tarde del sábado 16 de noviembre de 1912. Disertó sobre “los microbios, su papel en las enfermedades y la defensa contra ellos”, en el salón de la Fábrica de Calzado Excélsior, situada en Tacubaya, cuyo dueño era Carlos B. Zetina, “una especie de socialista utópico”<sup>248</sup>. Se reunieron más de 700 obreros y empleados y el acto lo presidieron miembros del Ateneo. Después de Pruneda, le siguió Martín Luis Guzmán quien leyó poemas de Manuel Gutiérrez Nájera; y después, la señorita Alba Herrera y Ogazón cantó acompañada por la orquesta del casino de esta fábrica. Rubricaron estos actos los estruendosos aplausos de empleados y obreros<sup>249</sup>.

Mientras los miembros de la Universidad Popular Mexicana seguían impartiendo conferencias en otros puntos de la Ciudad de México, Reyes seguía atribulado por la suerte de su padre, preso. Un buen día llegó Guzmán a verlo, de parte de Pani, quien le dijo: “Si usted personalmente asegura que su padre no intervendrá más en la política, el presidente

---

<sup>247</sup> “La Universidad Popular. Misión y propósitos de la Universidad Popular Mexicana”, en *Página de la Capilla Alfonsina*, México, vol., 5, núm., 9, septiembre del 2006, p. 5. En esta *Página de la Capilla Alfonsina* que estamos citando reprodujo la editorial de *El Imparcial* sobre la Universidad Popular. En uno de sus párrafos señaló: “La Universidad Popular Mexicana se propone fomentar y desarrollar la cultura del pueblo, y muy especialmente de los gremios obreros. Para realizar esta labor patriótica, la Universidad se valdrá de todos los medios que estén a su alcance: conferencias aisladas o agrupadas conforme a cierto plan; visitas a museos y galerías artísticas; excursiones a lugares históricos, arqueológicos, artísticos o pintorescos.

Siendo el principal propósito de la nueva institución el beneficio de la clase obrera, la Universidad procurará que sus conferencias sean dadas en las fábricas, centros obreros, etcétera, etcétera, ella irá en pos del obrero hasta que éste se habitúe a buscarla, y sienta la necesidad de ocupar una parte de su semanal descanso en el solaz honesto y provechoso que le brindan las conferencias universitarias.

Concebida la obra con el deseo de que pronto ensanche su campo de acción, se comprende que se necesita un cuerpo numeroso de profesores, y la Universidad Popular cuenta, desde luego, con todos los miembros del Ateneo, con todos los estudiantes y profesionales que deseen colaborar en la obra, y con las demás personas que, animadas de los mismos propósitos, expresen su deseo de formar parte del profesorado universitario” (“La Primera Universidad Popular Mexicana”, en *Página de la Capilla Alfonsina*, México, vol., 5, núm., 9, septiembre del 2006, pp. 6 y 7).

<sup>248</sup> Morelos Torres Aguilar, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana. (ciudad de México, 1912-1920)*, cit., p. 266, n.27.

<sup>249</sup> *El Imparcial*, México, 17 de noviembre de 1912.

Madero está dispuesto a dejarlo en libertad para que salga a vivir al extranjero”. Reyes agradeció el mensaje, pero no le podía asegurar nada<sup>250</sup>. Y no le podía asegurar nada porque su padre siempre lo había considerado “un soñador”, a quien no le hacía caso en las *cosas de hombres*<sup>251</sup>. Era el benjamín de la familia del general Reyes, a pesar de estar casado y en espera de su primer y único hijo. ¡Qué tragedia! ¡El único que podía salvarlo y era el que no se tomaba en cuenta!

Reyes siguió escribiendo, guardando sus trabajos para tenerlos listos cuando se lo pidieran o cuando los creyera oportuno darlos a conocer. Entre los que escribió en este tiempo se encuentra el cuento “La cena” (1912); y, “Un recuerdo del *Diario de México*” y “Charlas del Taller. De las grullas, del tiempo y la política” (enero de 1913). Entre el cuento y el último artículo, hay cierta conexión, se encuentran presentes el tiempo y el ambiente político que estaba viviendo, sobre todo, por su padre.

James W. Robb hizo un estudio sobre el cuento “La cena”, y colocó a su autor como un precursor del surrealismo; también observó, en el mismo cuento, cierto fondo autobiográfico. Lo más importante en todo caso del análisis que hizo este estudioso fue que aquí vio como “una anticipación a la muerte” del general Reyes. Robb abunda al respecto: “El sentido esencial de misterio que infunde el relato de *La cena* proviene del motivo de la búsqueda de identidades. Alfonso se pregunta: ¿quién será doña Magdalena y Amalia? ¿Y el señor del retrato...? que luego en el momento del clímax será el Capitán, en quien

---

<sup>250</sup> “Manuscrito de 22 de octubre de 1925”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes.

Cuarenta años después, 13 de agosto de 1953, Guzmán, por petición de Reyes, escribió: “Don Francisco I. Madero o el ingeniero Pani, o los dos –aquí el recuerdo me falla-, pensaban o sabían que Rodolfo, su hermano de usted, no era una buena influencia al lado de su padre, y creían que si la influencia de usted se sustituía a aquella, la conducta política de don Bernardo no seguiría sujeta al influjo de quienes la extraviaban. Mirando así las cosas, y queriendo hallar a la cuestión una salida que a la vez fuese útil al país y benévola respecto de don Bernardo, el Presidente le mandaba decir a usted por mi conducto que si usted se comprometía, bajo su palabra, a conseguir que su padre se retirase a la vida privada, desde luego se le pondría en libertad. Más o menos usted me contestó en los términos que consigna la carta a que me refiero: que no era usted la influencia preponderante dentro de su familia ni mucho menos cerca de su padre, y que creía usted muy difícil obtener de él la promesa de que se apartara de la política, o por lo menos del tipo de política a que lo habían llevado sus consejeros, porque eso ya lo había intentando usted inútilmente y sin conseguir más que el reproche familiar de ‘estar metiéndose en cosas que no entendía’” (Carta de Martín Luis Guzmán a Alfonso Reyes. México, 13 de agosto de 1953, en *Guzmán / Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, edición, prólogo (epistolar), notas y apéndice documental de Fernando Curiel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, pp. 164 y 165. [Nueva Biblioteca Mexicana, 104]).

<sup>251</sup> Cf., la carta que nunca envió Reyes a Martín Luis Guzmán, fechada en Río Janeiro. 17 de mayo de 1930, en donde le hablaba de estos días tan duros, difíciles y traumáticos para él (*Guzmán / Reyes. medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, cit., p. 134 y ss.

Alfonso se reconoce así mismo. Es el instante del reconocimiento o *anagnórosis*, en términos helénicos”<sup>252</sup>.

En el segundo artículo, fechado en enero de 1913, hay también elementos autobiográficos y se siente una tensión muy alta. Téngase presente la fecha y el clima: “El domingo veintitrés de enero de mil novecientos trece, el día amaneció gris. Un sol tímido se asomaba y se escondía por intervalos. El viento remecía los árboles, barría las calles. Las hojas rodaban por el suelo. [...]. Abríamos cautelosamente nuestra puerta, esperábamos a que pasara la ráfaga y nos echábamos a la ciudad. El tiempo convidaba a marchar militarmente, hendiendo el aire y soportando el chispear del agua: caen unas agujitas frías, dispersas. En cada bocacalle hay que desplegar un plan estratégico para escapar de los torbellinos de polvo. En suma: el día amaneció despeinado y ojeroso”.

Todos hablaban del tiempo. Era el tiempo que estaban viviendo los habitantes de la Ciudad de México. Por eso Reyes escribió que la gente sólo hablaba del tiempo. Conocer el tiempo como los labriegos y marineros “es un modo de profecía, y hasta puede ser cuestión de vida o muerte”. El tiempo era materia de conversación así como de la política. El tiempo de la política devenía en charlas interminables. Se quejaban del tiempo y también de los políticos. Y en muchas ocasiones el tiempo nada tenía de extraordinario y, sin embargo, se seguía hablando del tiempo. “Muchas veces no sucede nada en la República; muchas veces la política es un mero invento espontáneo de la conversación, un embuste admitido”. Y así “la conversación llega, al fin, a sustituir el verdadero e impasible mundo de la política por otro fantástico, que es el mundo de la superstición laica. Los supersticiosos laicos se encuentran entre los ávidos de emociones, para quienes el mundo no tiene bastantes colores, ni tiene bastante fantasía. Ellos, corrigiéndolos con sus inventos, echan a volar esas fábulas que mañana serán historia: os aseguran que antes de dos días va a estallar una conspiración”<sup>253</sup>. Es verdad que no fue en dos días, pero sí el 9 de febrero de 1913, el día que cayó muerto su padre al querer tomar el Palacio Nacional.

---

<sup>252</sup> James W. Robb, “La Cena de Alfonso Reyes, cuento onírico. ¿Surrealismo o realismo mágico”, en *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen IV, primera parte, selección y bibliografía de James Willis Robb, México, El Colegio Nacional, 1996, p. 86.

<sup>253</sup> Alfonso Reyes, “Charlas del taller. De las grullas, del tiempo y de la política”, en *Revista de Revistas*, México, febrero de 1913, p. 10. El artículo, retocado, en *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano*

Unos días antes de este infausto acontecimiento, Alfonso Reyes, como miembro de la Universidad Popular, dictó su conferencia en la mañana del 28 de enero de 1913. Fue la primera que se impartió en una escuela de Gendarmería. Su tema “La policía en las sociedades Modernas”. Por el borrador que se ha dado a conocer, su conferencia versó sobre seis puntos. Los dos primeros son los importantes. En el primero trató sobre qué era esta Universidad, cuál era su objetivo, por qué se había fundado. En el segundo, explicó cuál era la misión de la ley en el Estado; y por qué el Estado necesitaba el ejército, los jueces y la policía para hacer cumplir la ley. Y explicaba: “El ejército defiende la integridad nacional; el juez aplica y resuelve el derecho, mide la cantidad de la pena, etcétera. El gendarme cuida de reprimir y sujetar al malhechor y de hacer cumplir los elementales bandos fundados en la higiene y en la prudencia. Su papel es el más humilde individualmente, pero también el más eterno. El gendarme cuida a la humanidad individualmente considerada, y obra en aquellos casos en que el simple sentido común, la moral media y el corazón recto son lo único necesario. Es en sí como representa el gendarme el sentido de la honradez”. Derivado de este punto, está el tercero, cuando dijo que estos tres elementos eran “signos de la imperfección social humana, como el médico es signo de la enfermedad”. Algunos sociólogos han señalado que “aun cuando todos los elementos que forman el gobierno y la organización legal de un Estado desapareciera, el gendarme quedaría como la última supervivencia del Estado”.

Como pasante de derecho y estudioso del mismo, Reyes decía a ese público que le escuchaba en el Casino-escuela que la “simple existencia de las leyes engendra en el hombre una confianza instintiva. La confianza es la seguridad de que las cosas sucederán de cierta y determinada manera necesariamente. Este elemento de confianza en que está fundada la vida de la naturaleza, lo representa, en la vida el Estado, el gendarme. Su sola presencia es como un centro de confianza: nos defiende del enemigo exterior y del enemigo interior que todos llevamos dentro, haciéndonos dominar los impulsos esenciales”<sup>254</sup>.

---

*oblicuo. El cazador. El suicida. Aquellos días. Retratos reales e imaginarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 85-88.

<sup>254</sup> Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet, José Vasconcelos, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, prólogo, notas y recopilación de apéndices por Juan Hernández Luna, seguido de anejo documental de Fernando Curiel Defossé, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 388 y 389. [Nueva Biblioteca Mexicana, 5].

Trece días después de dictada esta conferencia inició lo que se ha denominado la Decena Trágica. El domingo 9 de febrero de 1913, a las 8.40 de la mañana, escribió uno de los testigos, recibió un telegrama que le decía que la guarnición se había sublevado al grito de ¡Viva Félix Díaz y Bernardo Reyes!<sup>255</sup> Y así empezó esta sublevación, que a las pocas horas se replegaban ante los esfuerzos, a veces heroicos, que hicieron las fuerzas leales del gobierno constitucional de Madero. Siguió el desarme de los elementos subversivos, y ante esta situación se le advirtió al general Reyes que no atacara el Palacio Nacional pues estaba bien pertrechado. Estaba pues, perdido. A su lado se encontraban dos de sus hijos, Rodolfo y Alejandro. ¡Qué sea lo que ha de ser, pero de una vez!, les dijo el general. Y se abrió paso a pesar de los esfuerzos que hacían sus simpatizantes para detenerlo. ¡Te van a matar!, le dijo Rodolfo. Pero no por la espalda, respondió. Un tiro en la frente lo hizo caer de su caballo. Después, el fuego granado<sup>256</sup>. Así acabó el que un día se hizo amar por el pueblo<sup>257</sup>. Y para Alfonso Reyes, este día domingo 9 de febrero fue el día que también murió para volver a nacer.

Si la angustia de Reyes empezó el día que su padre salió al extranjero, con una comisión que equivalía al exilio, la continuó cuando le anunciaron que iba a regresar a México, y siguió latente el 15 de septiembre de 1911, y contenida, los días que el general estuvo preso. Pero el 9 de febrero los presejos que el mismo había advertido se cumplieron. No importaron sus desvelos ni sus pláticas con su padre para hacerlo desistir de un final trágico. El general optó por el *reyismo bastardo* y no por el reyismo aliado a la *revolución*. En tanto Alfonso desde los días que el padre no quiso encabezar el reyismo, no dudó de

---

<sup>255</sup> José Juan Tablada, *Obras-IV. Diario (1900-1944)*, edición de Guillermo Sheridan, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 78. [Nueva Biblioteca Mexicana, 117].

<sup>256</sup> Artemio Benavides Hinojosa, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, México, Tusquets Editores, 2009, pp. 339 y 340. [Colección Centenarios, 4]; y, José Juan Tablada, *Obras-IV. Diario (1900-1944)*, cit., p. 80.

<sup>257</sup> Este fue el juicio de Guzmán sobre el general Reyes, publicado cuatro años después de la muerte de Alfonso Reyes, en 1963: “No pueden negarse las grandes cualidades que tenía [Bernardo Reyes], pero tampoco el hecho de que obra, una y otra vez, con una inconsistencia política, o una ceguera, e que apenas hay ejemplo. Siempre con el nombre de la patria en los labios, por patriotismo hacia las cosas más infecundas, extrañas o contradictorias. Por patriotismo no se había enfrentado con Porfirio Díaz cuando todo México se lo aconsejaba aclamándolo. Por patriotismo había vuelto al país cuando la ola del maderismo le indicaba no volver. Por patriotismo se había levantado con armas contra Madero precisamente cuando su rendición no era indispensable ni significaba nada. Y por patriotismo, tras de reconocer su error y proclamar que debía castigársele, se entregaba a conspirar de nuevo y más insensatamente que antes. Acaso pudiese decirse que él que se creía y se sentía un patriota, y que obraba siempre, leal en el propósito, a impulsos de esa convicción, pro que, en realidad, su patriotismo no era bastante para señalarle dónde estaba el verdadero bien de la patria” (Martín Luis Guzmán, *Febrero de 1913*, México, Empresas Editoriales, S.A., 1963, p. 30).

sumarse a la revolución. Ciertamente no a la lucha armada sino a la revolución cultural que necesitaba México. Muy bien sabía que al terminar esta revolución se abría una nueva era para el país. El régimen democrático necesitaba inculcar valores, como el de la libertad. Pero, ¿cómo lograrlo? Su apuesta, como la de sus amigos y compañeros del Ateneo, fue a través de la educación.

Mientras la angustia no lo invadía se dio tiempo para disfrutar los logros que le daba su primer libro de ensayos, *Cuestiones estéticas*, escribir sobre sus compañeros de generación, artículos de ocasión o de divulgación. Seguir extendiendo sus redes intelectuales que estaban en las capitales más importantes de América, y contadas de Europa. Pero cuando llegaba ese nudo que le cerraba la garganta, que lo ahorcaba, escribía, escribía incansablemente notas y testimonios de esas horas, premoniciones, presentimientos que se cumplieron casi puntualmente. Con la muerte de su padre moría también una parte de su vida. Ahora empezaba otra etapa, la de su verdadera emancipación.

### CAPÍTULO III. RUTA AMERICANA: MÉXICO-PARÍS-MADRID

#### 1.- *La inevitable salida de México*

Alfonso Reyes frente a los hechos consumados, “cerró los ojos ante el cadáver de su Padre para sólo conservar el recuerdo de su Padre vivo” y “no quiso manchar su conciencia con ninguna preocupación negativa”. Su desgracia la consideró “como un cataclismo natural, ajeno a la voluntad de los hombres y superior a ella”<sup>258</sup>. Se hizo cargo de la familia de su padre, pues sus hermanos se encontraban dispersos y el mayor, Rodolfo, estaba escondiéndose. Este es el punto de inflexión en la vida de Reyes. Vida dura, cruel, y a pesar de todo, como hombre, heredero de una cultura liberal, levantó la frente y con dignidad, continuó su vida para nada halagüeña.

Días después de la muerte de su padre, fueron asesinados el presidente constitucional y el vicepresidente, Madero y Pino Suárez, respectivamente. Reyes, al conocer la noticia, al instante renunció a la secretaría de la Escuela de Altos Estudios. No quería saber nada del régimen que se instauraba, el de Victoriano Huerta. El pasante de derecho y el hombre sabían muy bien los orígenes de este individuo. Por eso no quiso que nadie pusiera en duda, *nunca*, “su actitud y reprobación ante este acto”. Eso fue lo que significó su renuncia: su *reprobación* al acto. Cuando entregó su renuncia al ministro de Instrucción, Jorge Vera Estañol, le dijo: “Bien se conoce que usted todavía es muy joven”. Alfonso le contestó: “*La vergüenza no tiene edad*”<sup>259</sup>.

Tal estado de cosas no advirtió su hermano Rodolfo, que aceptó el puesto de ministro de Justicia. Alfonso le pidió a su hermano que renunciara. No quiso o no pudo. Entonces hizo lo que su conciencia le dictaba, dejar el despacho de abogado de su hermano. Se quedó sin trabajo y sin ninguna remuneración; pasó los primeros días de miseria. Pedro Henríquez Ureña llegó a su auxilio. Le entregó “todos sus ahorros para que pudiera vivir, con un

---

<sup>258</sup> “Manuscrito de 22 de octubre de 1925”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes.

<sup>259</sup> “Manuscrito de 22 de octubre de 1925”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes.

desprendimiento digno de su gran espíritu”<sup>260</sup>. Empezó a ganarse la vida ejerciendo como pasante de derecho, sin dejar de escribir ni publicar.

El 30 de marzo de 1913, José Santos Chocano le escribió a Reyes. Le dijo que Pedro González Blanco se encontraba agobiado por una noticia que recibió de su país, España, que su hijo de siete años había fallecido. Este era uno de los motivos por los que le escribía, a nombre de su amigo y le pedía que lo fuera a ver al Hotel Sáenz. El otro, era que un día antes el administrador del Hotel recibió, después de las siete de la noche, una cita al juzgado de Distrito para comparecer en Belém, a las doce de la mañana del mismo día 29. Cosa que González Blanco no hizo por la hora que le llegó el requerimiento. Invocaba su amistad, para que lo fuera a ver y lo ayudara<sup>261</sup>.

Pedro González Blanco era hermano del escritor Andrés González Blanco y del filósofo Edmundo González Blanco. Estaba en México cubriendo las noticias sobre la revolución. Era amigo de Pancho Villa y traductor de las siguientes obras de Nietzsche: *Humano, demasiado humano* (1909); *Origen de la tragedia, o, Helenismo y pesimismo* (1910) y *El anticristo: primer libro de la voluntad de dominio: ensayo de una transmutación de todos los valores* (1910), libros publicados por la valenciana editorial Sempere. Trabajaba de reportero y llegó a ser director de *La Vanguardia*, en su tierra natal. Además, fue promotor de la Universidad Popular Mexicana.

Reyes se entrevistó con González Blanco. Y lo interesante de este asunto es que este fue el primero y único caso que como pasante de abogado y abogado tuvo a su cargo. La abogacía no la ejerció, pero sus estudios de abogado y sus lecturas jurídicas le sirvieron para estos y futuros casos. Pues bien, el 9 de abril de 1913, Reyes, defensor de Pedro González Blanco, le envió un escrito al juez del 2º. Distrito, para pedirle la libertad bajo caución de su defensor, con fundamento en el artículo 355 del Código de Procedimientos Penales. La causa que se le instruía era por el delito de injuriar al presidente de la República. ¿Qué le habrá dicho don Pedro al sanguinario Huerta?

---

<sup>260</sup> “Manuscrito de 22 de octubre de 1925”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes.

<sup>261</sup> Carta de José Santos Chocano a Alfonso Reyes. México, 30 de marzo de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1053.

Para los efectos de las fracciones II al V, del artículo 352, del mismo Código Penal ofrecía como prueba testimonial, y pedía fuera recibido con citación del Ministerio Público; y para los efectos del artículo 361, del citado Código, ofrecía la fianza del señor Mario Guasp, “en quien concurren las circunstancias de probidad y arraigo” que la ley exigía. Pedía asimismo que la Secretaría certificara “que el delito de que se trata no amerita pena mayor de cinco años de prisión y que, en consecuencia, procede la libertad provisional en la forma que se solicita”. Al calce del escrito, su rúbrica<sup>262</sup>.

Mientras el juicio seguía su curso, aparecía en la revista *Biblos* su ensayo, “Las ‘Nuevas noches árabes’ de Stevenson”, escrito en marzo de 1912. De este trabajo dos cosas valen la pena señalar: la cuestión del *estilo* y el *espíritu*. Sobre el primer punto, bien lo repetía que *el estilo es el hombre mismo*. En sus propias palabras: “el estilo, profundamente considerado [...] se obtiene por un reflejo natural del temperamento en el espejo de las palabras. Mas, digámoslo así, para que la superficie de las palabras brille como un espejo y refleje, pulida, al hombre interior, un lento trabajo de depuración se necesita, un estudio largo y amoroso de los giros y de los vocablos, un constante interrogarse. En este concepto, el estilo, aun a pesar nuestro, cobra ademán y fisonomía especiales, correspondientes al ritmo de nuestra vida”<sup>263</sup>.

Había otra idea de tratar el estilo y era como “procedimiento para tratar los asuntos que el autor se propone”. Es decir, si se calificaba de adecuado o inadecuado. Cualidad “de mera disciplina y cultura”. Aquí era, dice Reyes, en donde había que exigirle al escritor “ductilidad, humildad para acatar el tono mismo de sus asuntos”. Elegancia y “a veces sazonado con sabrosos regionalismos”. El estilo pues debería ser sencillo y “tan apropiado”, “estilo de ecos”. Estilo que seguía el “asunto con la fidelidad de una sombra”. Este estilo es pues, “producto del ejercicio y del estudio, del mucho sentir, pensar y leer”<sup>264</sup>.

En cuanto al *espíritu*, Reyes señaló que, así como en el estilo se descubría “una ‘externalidad’ sencilla y elegante, tan propia para el relato”, en el *espíritu de las historias*

---

<sup>262</sup> “Al C. juez 2º. De Distrito”, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1053.

<sup>263</sup> “Las ‘Nuevas noches árabes’ de Stevenson, en *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*. cit., p. 11.

<sup>264</sup> “Las ‘Nuevas noches árabes’ de Stevenson, en *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañía. Pasado inmediato. Letrase la Nueva España*, cit., p. 12.

tenía que haber “una feliz combinación de los más comunes sentimientos, voluntariamente lograda, y sobre todo un concepto sencillo del mundo, producen el efecto estético más clásico y puro. Porque la invención no se ha de mezclar con la crítica si se quiere un efecto clásico, y el arte de ficción sólo se equilibra cuando se asienta sobre elementos ideológicos no discutidos ya. Si a la invención ha procedido el *Sturm und Drang*, éste deberá haberse calmado ya. En este sentido, lo clásico es lo sencillo y lo inmediato. Pero a ello sólo se llega por lo complicado y lo mediato. A menos que se haya nacido griego”<sup>265</sup>.

Por estos mismos días le llegaron cartas de condolencias, como la de Alfonso Cravioto, el joven fundador de la revista *Savia moderna*. Le escribió, para decirle, que la muerte de su señor padre lo conmovió profundamente. Sobre todo “por ti que con ella has recibido un golpe cruel, injusto e innecesario. Al expresarte mi sincerísima condolencia, aplaudo una vez más el santo horror que tuviste siempre para las vanidades de la política en gracia de tu amor exclusivo por las bellas cosas y las nobles tareas. Feliz la gloria tuya, serena pero perdurable, por encima del odio y las rudezas de la vida”<sup>266</sup>.

El director de la parisina *Revista de América*, Francisco García Calderón, le decía que no había querido escribirle “una carta de pésame oportuno hasta no conocer los resultados finales de la tragedia mexicana”. Comprendía “la profunda impresión de dolor” que lo agobiaba. Le rogaba aceptar su recuerdo de amistad y de tristeza. Conoció al general Reyes en París y quedó impresionado por su “aspecto de hidalgo lleno de cultura y gentileza”. Ojalá que, “nutrido en antigua enseñanza” sacara “fuerzas para superar este embate del destino”. De corazón le decía su amigo que tanto lo admiraba. Y a sus hermanos y a los suyos su respetuoso pésame<sup>267</sup>.

Y desde La Habana, Max Henríquez Ureña le escribió el 27 de febrero y el 4 marzo de 1913. La primera carta era para decirle que el alma la tenía “contrita por la violenta sacudida” por los trágicos sucesos mexicanos. Estaba inquieto por lo que les podría pasar a los suyos, a Pedro y a Alfonso, “y por encima de todo ello, llenándome de duelo y de

---

<sup>265</sup> “Las ‘Nuevas noches árabes’ de Stevenson, en *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañía. Pasado inmediato. Letrase la Nueva España*, cit., p. 13.

<sup>266</sup> Carta de Alfonso Cravioto a Alfonso Reyes. 21 de febrero de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 627.

<sup>267</sup> Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes. París, 28 de mayo de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 948.

tristeza, ¡la imagen de tu padre muerto!”. El día que se enteró de esta noticia fue el día “más lúgubre” de su vida. Conoció a don Bernardo, lo quiso. Era de los hombres que se hacían querer “sin esfuerzos y sin ruido”. Recordaba su paso por La Habana hacia México, hacía tan poco tiempo. En la breve conversación, siempre afectuosa y amistosa, estaba presente, Alfonso. Ahora todo se derrumbaba. No acertaba “ver más que sombras, aunque mire hacia el pasado”. Lamentaba profundamente no haber estado esos días infaustos para estar cerca de él. Le aconsejaba que sufriera y se encerrara en su dolor. Le escribía con el corazón. Y sabía muy bien que en estos casos “todo consuelo es infortunio”. Le pedía que confiara siempre en su afecto personal<sup>268</sup>.

La carta del 4 de marzo es muy importante. Alfonso estaba pensando salir de México y radicar en La Habana, porque podría ser un buen lugar para trabajar. Max se sorprendió, pero comprendió la determinación de su amigo. Lo conocía, sabía que ese arrojito no era producto de cualquier estado de ánimo sino que obedecía “a un largo encadenamiento de sucesos” que habían motivado “reflexiones y decisiones”. La vida para él, para un hombre como él, sin embargo, no sería fácil en La Habana. El ambiente estaba maleado. Para un “hombre de pluma” era aún más difícil. Los periódicos habaneros eran diarios de información y la literatura no les importaba. Nadie daba trabajo de planta y los artículos los pagaban mal. Se le podía querer “como elemento de cultura”. Tratarlo bien. Nada más.

En cuanto a que ejerciera la abogacía, era todavía más complicado. Había que revalidar el título, hacer examen para ello y estudiar las leyes cubanas. La Habana resultaba difícil. La provincia era mejor. La vida tanto en la capital como en la provincia podía costarle unos cien pesos americanos, que comprendían pago de casa, electricidad, alimentos, cocinera, transportes, gastos personales. Total no eran cien sino ciento cincuenta dólares mensuales los que tenía que gastar. En conclusión, era mejor que acabara su carrera y se pusiera a hacer su tesis. No quería decirle nada más; ni quería opinar; y mucho menos, exponerlo a dificultades. Sólo le decía, adiós<sup>269</sup>.

---

<sup>268</sup>Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, 27 de febrero de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1176.

<sup>269</sup> Carta de Max Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, 4 de marzo de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1176.

Por coincidencia en fechas, pero no en contenidos, el 4 de marzo de 1913, Martín Luis Guzmán le escribió a Reyes. Le escribió por la amistad que le tenía, y sobre todo por el desaire que le hizo al mostrarle “poca voluntad” de obsequiarle “algunos de los libros heredados” de su padre. Le dijo que con Pedro tuvo una “conversación, bastante complicada y dolorosa” sobre su conducta política de hacía cuatro años. Le explicó minuciosamente lo que pasó aquellos días de 1909 y justificaba su paso por el reeleccionismo, o mejor, por el corralismo. Fue sin querer. Él no sabía lo que otros estaban haciendo y sólo más tarde se dio cuenta que su nombre figuraba en las actividades políticas reeleccionistas. No podía rectificar las noticias porque eso le hubiera costado el empleo y su casamiento. Por eso calificaba su corralismo “tan inofensivo como estúpido” y que las líneas que escribía sinceramente “limpien nuestro horizonte de toda nube”<sup>270</sup>.

Por otra parte, Alfonso Pruneda, ahora como director de la *Revista Mexicana de Educación*, le pidió a Reyes, 14 de abril de 1913, que no olvidara el ofrecimiento que le hizo de escribir el artículo “Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos”, considerando los dos aspectos que le pidió destacar, el de educador y el de presidente de Universidad. Y por su parte, tampoco olvidaba el ofrecimiento que le hizo de buscarle documentos para ayudarlo a hacer el artículo. Pero no había tenido tiempo de buscarlos. Sólo le daba este dato. En la *Revista de Ambos Mundos*, de 15 de marzo último, había un artículo que le ayudaría muchísimo. Por lo que le preguntó: ¿entregaría su artículo en un plazo no muy largo? ¿La *Revista Mexicana de Educación* sería tan afortunada como la *Revista de Revistas* o *Nosotros* de contar con su colaboración? Esperaba su texto y le anticipaba las gracias<sup>271</sup>.

Reyes le contestó quince días después, diciéndole que no podía hacer ese artículo, pues estaba redactando su tesis de licenciatura. El 8 de mayo Pruneda le agradeció la respuesta lamentando su decisión y comprendía los motivos que le habían orillado. Sin embargo,

---

<sup>270</sup> Carta de Martín Luis Guzmán a Alfonso Reyes. México, 4 de marzo de 1913, en *Guzmán / Reyes. medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, cit., pp. 77-79.

<sup>271</sup> Carta de Alfonso Pruneda a Alfonso Reyes. México, 14 de abril de 1913, en archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2083.

aceptaba la propuesta que le hizo de escribir en exclusiva para la revista el artículo “La educación del político en las letras españolas”<sup>272</sup>.

Concluida su tesis, Alfonso Reyes le escribió a Adolfo Bonilla y San Martín, el 25 de abril de 1913. Bonilla era autor de *Concepto y teoría del derecho* (1897), que fue su tesis para obtener los grados de doctor en Derecho y Filosofía; *De la naturaleza y significación de los Concilios Toledanos* (1898); y traductor de la *Historia de la literatura española desde los orígenes hasta 1900*, de Jaime Fitzmaurice-Kelly, y anotada por el propio Bonilla. A él se dirigía gracias a Pedro González Blanco y por correo le enviaba su libro *Cuestiones estéticas*. Desde hacía mucho tiempo quería relacionarse con él y decirle que muy pocos en México se dedicaban al estudio de las letras españolas “y sin el socorro de los maestros de España” nada se podían hacer. La adquisición de libros fundamentales era tarea de romanos. Los libreros no sabían cómo pedir los libros a Europa. En las librerías de viejo era donde se podían encontrar cosas de interés. El mismo recogía libros que fueron de la librería de Vicente Riva Palacio, algunas con dedicatorias del Conde de Cheste; otros que pertenecieron al Conde de la Cortina y a Fermín de la Puente y Pezechea. “Los dueños de estas bibliotecas eran hombres que vivían, sin duda, en una época en que el espíritu literario era, en México, mucho menos ágil que ahora; pero en que se daba a la cultura clásica y *formativa* mucho mayor atención”. Sus amigos y él estaban reaccionando “en contra de ese descuido de las humanidades”, dentro de sus posibilidades, pues apenas comenzaban a hacerse oír. Le pedía su ayuda y le explicaba la situación

El nuevo director de la Escuela de Altos Estudios, Ezequiel A. Chávez, los llamó y crearon una Facultad de Humanidades. Sus aspiraciones eran “modestísimas”. Los cursos acababan de empezar. El 24 de abril dio su primera clase sobre historia de la lengua y la literatura castellanas. Para los estudios y trabajos del curso sólo se contaba con la biblioteca de Pedro Henríquez Ureña y la suya. Necesitaba su apoyo. ¿Le podría decir qué necesitaba para un curso como el que impartía, cuántas horas por semana tenía que dar clases, por dónde empezar? Todo lo que le aconsejara sería bien recibido; y quedaba a sus órdenes<sup>273</sup>.

---

<sup>272</sup> Carta de Alfonso Pruneda a Alfonso Reyes. México, 8 de mayo de 1913, en archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2083.

<sup>273</sup> Carta de Alfonso Reyes a Adolfo Bonilla y San Martín. México, 23 de abril de 1913, en Archivo particular de Alonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 324.

La actitud gallarda y varonil, la posición política y las actividades culturales que desarrollaba Alfonso Reyes no eran bien vistas por Victoriano Huerta. La opinión pública sabía cuál era su posición y la que sostuvo ante su padre. Esto era lo que a Huerta no le gustaba ni deseaba: que un Reyes se fuera volviendo símbolo de rechazo a su persona y a su régimen. Y así fue como Huerta tomó una decisión. Un día lo citó en una casa que tenía en Popotla.

Alfonso Reyes lo conocía, desde aquélla época cuando decía que amigo de su padre o cuando pasaba al despacho de su hermano Rodolfo que estaba en la calle de Isabel la Católica. Siempre lo rehuyó y huía de su “enojosa presencia”. Huerta, además, “tenía una manera deshecha, un titubeo, un no acabar ninguna frase –enfermedad de alcohólico-” que lo ponía nervioso cuando lo veía.

Reyes fue a la cita con temor. Para estas fechas eran muy conocidos sus métodos de trabajo y para él no iba haber una excepción. Le ofreció nombrarlo secretario particular de la Presidencia. Alfonso no aceptó. Le insistió Huerta y le advirtió: no le convenía que siguiera así; no le convenía, repitió. Pero encontró esta solución, que se fuera a dar un “paseíto al extranjero”. Lo iba a mandar a la Legación de México en París. Reyes aceptó irse de México después de su graduación.

El 16 de julio de 1913, Alfonso Reyes presentó su tesis *Teoría de la sanción*, para obtener su título de abogado. Con gran acierto Andrés Lira señaló, que: “Cuesta trabajo creer que tuviera calma para terminar y defender en la forma que lo hizo un trabajo tan pulcro, y desarrollar, además, con calma y acierto el problema planteado”, el *Caso práctico propuesto por el señor licenciado don Victoriano Pimentel y aprobado por la Dirección de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, para examen profesional de abogado del alumno don Alfonso Reyes*, que lleva fecha 16 de abril, y “que debió responder con ocasión de la defensa de la tesis”. La tesis, sigue señalando Lira, es una “visión del mundo y de su posibilidad –nada menos- a través de la características del derecho, en el mundo y como parte del mundo de lo normativo”<sup>274</sup>.

---

<sup>274</sup> Andrés Lira, “Rodolfo y Alfonso Reyes. Dos visiones del derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia”, en Leticia Pérez Puente y Enrique González González (coordinadores), *Permanencia y*

Efectivamente, la tesis de Reyes llama poderosamente la atención. Las fuentes que utilizó para realizar su trabajo son sumamente interesantes, desde lo clásico a lo moderno: Epitecto, Montesquieu, Euken, Zeller, Kant, Hegel, Korkounov, Jellinek, Savigny. Tampoco faltó la crítica al excesivo afrancesamiento en nuestro derecho mexicano y del imperdonable olvido de las originales fuentes españolas. Por eso, para ser consecuente con sus ideas, sus apoyos en las partes que se requerían fueron Joaquín Costa y Giner de los Ríos.

Reyes dividió su trabajo en cuatro partes, *I. El dilema de la conducta*, *II. La sanción y la confianza*, *III. Figuras de la sanción*, y *IV. Ficciones de la confianza*. En la primera parte hay un punto que vale la pena detenerse, pues es un asunto que hasta el presente se sigue debatiendo, *sancionar los errores políticos*. Reyes estaba en desacuerdo con lo que señalaba una figura importante de su época, el jurista ruso Korkounov, que decía que el “criterio moral no puede en este caso dar la menor indicación para resolver el conflicto de los intereses”. De lo que deduce el tesista, luego “no hay moral social, no hay bien social, sólo derecho social. Es decir (en el aspecto negativo de la cuestión), que todo lo que se juzga mal social debe tener sanción jurídica”. Y sin embargo, señalaba el regiomontano que, “por el contrario”, los *errores políticos*, “que son, en nuestras sociedades, la fuente por excelencia del mal social, no tienen necesariamente sanción jurídica, sino que suelen quedar reducidos al mero castigo de la opinión! Y eso que los *errores políticos* tienen mayor gravedad que los privados; como dicen Funck Bretano y Sorel, el hombre descarriado puede no tener vida suficiente para recibir las consecuencias de todos sus vicios, pero en el Estado, que vive siempre, la consecuencia de un error [no] tiene que llegar necesariamente”<sup>275</sup>.

Por otra parte, Reyes pedía que, una cosa que deberíamos aceptar fuera, desde luego, la íntima relación que hay entre moral y derecho. Y sin embargo, en los siglos XVIII y XIX, “el extremo individualismo llegó a negarlo”. Puso ejemplos de lo que los estudiosos dijeron al respecto como Thomasius, Kant y en un primer momento Fichte. Pero él creía, con

---

*cambio II. Universidades hispánicas. 1551-2001*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad / Facultad de Derecho / Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 351.

<sup>275</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XXVI. Vida de Goethe. Rumbo a Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 458. [Letras mexicanas].

Hegel, que el derecho y la moral “son momentos sucesivos en el desarrollo dialéctico de la libertad”. Asimismo creía, como Jellineck, “que el derecho es un mínimo ético indispensable para la existencia social”. Y reiteraba su creencia que la moral y el derecho “son dos instantes, o mejor aún, dos fases de un mismo desarrollo”<sup>276</sup>.

El autor de la *Teoría de la sanción* trataba de la misma manera temas como aquella de la “eficiencia de todas las doctrinas, de todos los hábitos morales y jurídicos” que ofrece la historia, “por opuestos” que parecieran. Como decía Chillingworth, “aunque en el campo de las contiendas veamos, ‘Papas contra Papas y Concilios contra Concilios’, no están en la forma transitoria que revisten, en el andar del tiempo, tales hábitos y doctrinas, sino en la aspiración interior que ellos nos descubren, en la verdad del anhelo de que son fugaces testimonios, anhelo, interrogación o esperanza que son la trama de nuestra vida y el fondo mismo de la historia humana”.

Por eso era importante esta propuesta de Reyes tan adelantada para su época y en muchos países del mundo. Cuando el “precepto jurídico se distiende y afloja, y vuelve al campo de la pura moral, cuando el legislador se convence de que la prohibición en él contenida se refiere a hechos cuya realización no dañaría la existencia social” entonces podía suceder lo siguiente. En México, por ejemplo, se podía tener un nuevo Código que estableciera el *divorcio absoluto*, “convencidos como lo estamos muchos de que esto no traería la ruina social”.

Y la crítica al estado del derecho en México tampoco faltó en la tesis del sustentante. Llamó de “corruptela” aquel “supuesto” que marca la ley de que hay “intérpretes profesionales de ella”. Y esto lo calificó como uno de los “grandes males de nuestras instituciones jurídicas”. Porque por “ello se complican los preceptos y las públicas administraciones; las leyes se multiplican, los trámites se fraccionan, y subfraccionan con pantanosa fecundidad. Y, consecuentemente, cunde, ante la multiplicación de los obstáculos, la correlativa morosidad para el logro de los derechos, que es una de las causas mayores en la decadencia de los pueblos”. Esta morosidad había invadido, inclusive, a los mismos profesionales de la ley.

---

<sup>276</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XXVI. Vida de Goethe. Rumbo a Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción, cit., p. 460.*

Era y es común escuchar a una persona que diga, que su caso ya se lo llevaron dos o tres abogados; y que habían pasado dos o tres años y no habían hecho nada. “Tal complicación en el Derecho Procesal, que los mismos abogados” hacían “perezosos”, venía, en *origen*, “de la institución de la abogacía –la cual se inclina a crear complicaciones técnicas, inútiles para la vida”. Problema, creía Reyes, que los legisladores deberían preocuparse. Sin estar de acuerdo con Dorado Montero, repitió el dicho: “el legislador que suprima la abogacía, prestará un servicio incalculable a su país”. Reyes tampoco pasó por alto que había otra circunstancia que explicaba la “corrupción del derecho” y que esta era su “hipertrofia o amoralismo parcial”<sup>277</sup>.

Ahora bien, encontramos también en esta tesis la siguiente hipótesis: que el sistema de sanciones, y del mismo derecho, sólo se justifica sobre un “postulado optimista”, a saber, de que “el hombre debe vivir”. Por eso la infracción al derecho era una agresión a la “existencia humana”. Y para impedirla, “en lo posible”, hacía falta la *sanción jurídica*. A continuación presentaba las síntesis de las sanciones denotativas o connotativas, de prohibición y de imperación, punitivas y lógicas, y el tesista propuso detenerse para discutir la responsabilidad del juez. Porque, ¿cómo “justificar, por ejemplo, que la nulidad provocada por la falta de notificación en un juicio perjudique a una de las partes y no al juez, que es el supremo vigilante del procedimiento? ¿No es, acaso el tribunal el que, por esencia, debe no ignorar el derecho?”. Al tesista le parecía que la *justicia* le pedía “responsabilidad del juez para ante las partes en todos los casos de lesión del procedimiento”. Si no se aceptaba este principio lo “más equitativo sería borrar las reglas procesales”. Y a continuación lanzó la siguiente filípica: “¿Qué gran remedio para las triquiñuelas y trampas que corrompen nuestra vida jurídica, si se exigiera al juez la responsabilidad, en forma de multa por ejemplo, ante cada descuido del procedimiento, y si esa multa se pagara, no al perjudicado por el descuido (porque entonces subsistiría, entre las partes, el interés de la triquiñuela) sino a ambos litigantes por mitad! Sí, ya se sabe: el juez no puede constituirse en abogado, ¡Ni sería necesario que se constituyera! Lo

---

<sup>277</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XXVI. Vida de Goethe. Rumbo a Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción, cit., p. 464.*

sustantivo del derecho está en los valores jurídicos; valores que las partes alegarían por su cuenta y según su ciencia o su sentido común”<sup>278</sup>.

La crítica subió de tono cuando Reyes disertó sobre las *ficciones*. Eran ficciones imposibles de cumplir por “todos los individuos el cumplimiento de la ley”, o que era ilícito ignorarla. “¡Como si los mismos profesionales del derecho pudieran gloriarse de tanto!”. Pero no sólo era imposible cumplir estas ficciones que resultaban *funestísimas*. ¿Por qué? El tesista daba el siguiente argumento: “nuestras leyes presuponen ya la existencia del jurisconsulto y del abogado, del intérprete profesional. Y si aun este intérprete oficial es humanamente imposible que las abarque todas y las haya asimilado al punto de poder ajustar a ellas todos sus actos, ¿cómo se ha de pedir tan imposible prodigio al último gañán de la sierra! Es inútil: no se vive conforme a reglas, sino conforme a costumbres. ¡Desdichado pueblo aquél que tuviera que consultar el código para cada grito de alegría o de dolor! Y eso suponiendo que todo el pueblo supiera leer. Más sabias eran las Leyes de Partidas que eximían de conocer la ley, en determinadas circunstancias”<sup>279</sup>.

¿A qué se debía esta situación? O, mejor, ¿por qué se había llegado a esta situación? Reyes creía que se debían a dos cosas. La primera, al “afrancesamiento excesivo de los estudios jurídicos”; y segundo, al olvido de “nuestras verdaderas tradiciones” que estaban en las tradiciones jurídicas españolas, que a veces se acercaban al sajón, en cuanto que “miran la verdadera vida popular, la costumbre”. Y de ello, sacaba estas conclusiones: el día que se volviera a la costumbre, el día que los liberales mexicanos no lo fueran a medias, el día en que, “aceptada la soberanía popular, convengamos, como es de sentido humano, en que la vida vale contra la ley, en que la costumbre lícita es la ley, en que sólo es ley la refrendada por la vida social, en que el pueblo no abandona definitivamente su soberanía en el legislador”, cuando llegue ese día, entonces y sólo entonces, no se necesitarían de tan “absurdos supuestos, porque cada precepto jurídico que brote de la costumbre y voluntad sociales no requerirá pregón que lo publique, ni ciencia que lo comente, ni jurisconsulto

---

<sup>278</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XXVI. Vida de Goethe. Rumbo a Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción*, cit., p. 480.

<sup>279</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XXVI. Vida de Goethe. Rumbo a Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción*, cit., p. 486.

con ínfulas que pedantee de saberlo: el precepto será una manera de vida. Y es así como deberíamos entender el derecho”<sup>280</sup>.

Reyes estaba feliz. Sus trabajos los defendió bien y con el plauso general del jurado aprobó sus exámenes. Fue así como la Universidad de México le otorgó el título de abogado. Ahora le quedaba un poco de tiempo para empacar sus cosas y emprender el viaje a Europa. A manera de despedida, once días después de su graduación, apareció “Alfonso Reyes”, de Rafael López. en *El mundo ilustrado. Seminario de actualidades, artes y literatura*. Momento oportuno para hacer un balance de la nueva generación que apareció con la revista *Savia Moderna*, y despedida del Benjamín del grupo.

Para empezar, un elogio para la revista *Savia Moderna*, “revista literaria que tuvo la breve duración de una rosa”. Y “a pesar de su breve existencia fue un radioso oriflama, a cuya sombra flotaron los airones de algunas cabelleras juveniles, perfumadas, como la de Fedón, de proverbiales aromas y ceñidas de pensamientos luminosos y puros. Fue el santo y seña que sirvió a unos cuantos muchachos de buena voluntad para identificarse y para sentirse con los codos juntos en ese camino lleno de asperezas, pero también de bellos espejismos, en cuyas lontananzas parece ondular el lirio de plata, conquista suprema de los felices y de los elegidos”<sup>281</sup>.

López continuaba sus recuerdos pasando por los talleres de la revista y pasando lista de sus miembros: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Manuel de la Parra, Argüelles Bringas, para llegar a Alfonso Reyes, el “más joven de todos por los años, pero el más viejo por la madurez y la cordura precoz. Era el Benjamín del grupo, y por su juventud y lozanía bien hubieran podido confundirlo las musas con un zagal que en sus bosquecillos claros, se ocupara en unir una siringa hecha de nueve cañas”. Reyes comenzó cantando a la naturaleza y a la vida. Mas el “dinamismo” de este hombre no estaba hecho “para el trabajo paciente y meticulado del verso”. Su pensamiento era “demasiado desbordante y fuerte” para sujetarlo “a esa cuadrícula incómoda y estrecha”. Y su prosa es “amplia y ondulante

---

<sup>280</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XXVI. Vida de Goethe. Rumbo a Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción*, cit., p. 487.

<sup>281</sup> El texto de Rafael López, “Alfonso Reyes”, ha sido recogido y que aquí seguimos, en Rafael López, *Crónicas escogidas*, recopilación y prólogo de Serge I. Zaitzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, p. 205. [Letras mexicanas, 101].

como un manto”. Es verdad que “la forma es lo de menos para quién posee el ritmo interior de las ideas y la fuerza de pensamiento. Y Alfonso ha probado de sobra ser dueño de estas cosas en los admirables trabajos que ha llevado su nombre más allá de nuestro suelo”. *Cuestiones estéticas* contenía artículos de sumo interés, algunos de ellos los conocía, como el que leyó en aquella velada en honor de Rafael Altamira.

Reyes estaba a punto de abandonar México y quería despedirlo cordialmente, evocando “aquél cuadro risueño y juvenil” en que se conocieron, “en dónde todos eran jóvenes, menor él, a pesar de sus años adolescentes”. Le deseaba buen viaje. Y sólo deseaba que la “Némesis de los dioses, que nada perdona, se olvide de ponerle en los labios el verso del poeta, cuando lo vea autor de una serie de libros bien pensados y bien escritos: ‘mi juventud... ¿fue juventud la mía?’”<sup>282</sup>.

El 10 de agosto de 1913, a las siete de la mañana, Alfonso Reyes; Manuela Mota, su esposa; y Alfonsito, su hijo, salieron en el Ferrocarril Mexicano hacia el puerto de Veracruz. Los carros del ferrocarril iniciaron su marcha hasta llegar a su destino. Los acompañaron en este viaje, hasta el puerto, su madre y el tío Nacho. Entre los muchos obsequios que Reyes recibió en la estación del ferrocarril estaba el “opulento racimo de rosas alejandrinas” que le entregó Francisco González Guerrero<sup>283</sup>. En la calurosa Veracruz pasaron la noche. Al día siguiente desayunaron en los portales de Diligencias. Por la tarde se instalaron en el *Spagne* y durmieron a bordo. El 12 de agosto de 1913 el trasatlántico se hacía a la mar. Los Reyes visitaron la 2ª., y 3ª., clase y al ver el espectáculo que se les presentaba, Alfonso exclamó: “¡Oh, América de mis abuelos! ¡Hay todavía criollos con loros!”. Bajaron a “las entrañas del buque” y advirtieron cómo a las máquinas se les

---

<sup>282</sup> Rafael López, *Crónicas escogidas*, cit., p. 208.

<sup>283</sup> Carta de Alfonso Reyes a Francisco González Guerrero. Río de Janeiro, 6 de febrero de 1931, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1065.

En esta carta de 6 de febrero de 1931, Reyes le recuerda a González Guerrero el obsequio que le hizo y que le correspondió con un poema, ¿Qué te diré?, que lleva la siguiente dedicatoria: *A un joven poeta*. Poema escrito en París, en octubre de 1913. Es decir a dos meses de su llegada. Estos son los primeros versos de ¿Qué te diré?: ¿Qué te diré que merezca tu verso, / hecho de luz y de olor de azahar, / si para el canto me siento perverso, / o de sufrir o de pensar? / ¿Qué te diré que no sea bronco / y que se acuerde a tu voz de cristal, / si para el canto me siento ronco, / despacible, desigual?” (*Obras completas de Alfonso Reyes. X. Constancia poética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 485. [Letras mexicanas]).

escurrían el “aceite negro” y observaron a los “marinos peludos, desnudos, sudorosos, dormidos”. Por fin llegaron a la carnicería y vieron cómo destazaban los bueyes.<sup>284</sup>

El 14 de agosto llegaron a La Habana. Reyes creyó que sus amigos lo iban a recibir. No llegó ninguno. Tomaron unos refrescos. Vieron la puesta del sol desde el Malecón. Al día siguiente, 15, muy temprano, José Santos Chocano llegó a saludarlo. Poco después entraron “en aquel mar saltón y transparente, ansioso de dejar ver su fondo, con coquetería rayana en impudor. Más tarde, el Atlántico de acero, el mar sólido, gris e igual. Ondas frías de Terranova, y vuelta al calor”. Diez días duró la travesía. El domingo 24 llegaron a La Coruña. El 25, a Santander, que los saludó “con fiestas de gaviotas”. Y los “prácticos españoles” eran “hombres ágiles y flacos, que dé un salto escalaban el barco. Al llegar al turbio St. Nazaire, el práctico resultó ser un señor sedentario y gordo, que por poco naufraga con su lanchita al acercarse” al *Spagne*<sup>285</sup>. La tarde de ese mismo día 25 de agosto de 1913, Reyes llegó con su familia a París. El París cubista y americano que tanto le enseñaría y que le daría tan grandes y desconcertantes sorpresas.

## 2.- *En París: ausencias y presencias*

Alfonso Reyes llegó a París la tarde del 25 de agosto de 1913. La ciudad que se había imaginado se le despedazaba “al choque de aquella realidad enorme y compleja”. En sus “ratos de mal humor” se sentía más lejos de la capital francesa que cuando en la Avenida Cinco de Mayo, de la Ciudad de México, visitaba la Librería Bouret<sup>286</sup>. Reyes extrañaba a sus amigos, el ambiente intelectual, los proyectos que había dejado por su oposición y repugnancia al dictador Huerta, la capital mexicana y su ciudad natal, Monterrey. Por eso al salir de la capital de la república mexicana, al pasar por el puerto de Veracruz, por La Habana, por La Coruña, hasta llegar a París, fue dejando recados, cartas, notas, saludos a sus amigos, con la esperanza de que alguno de ellos le contestara. Las cartas que escribía

---

<sup>284</sup> Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*, cit., p. 35.

<sup>285</sup> Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*, cit., p. 37.

<sup>286</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XXIV. Memorias. Oración del 9 de febrero. Memoria de la facultad. Tres cartas y dos sonetos. Berkeleyana. Cuando creí morir. Historia documental de mis libros. Parentalia. Albores. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1900, p. 163. [Letras mexicanas].

eran su consuelo ante la ausencia física de los queridos amigos con los que vivió aventuras y anhelos de emancipación intelectual.

Acaso la primera carta que Reyes escribió en París fue para su amigo Pedro Henríquez Ureña, 27 de agosto de 1913. Se quejó con él porque no encontró a su hermano Max en La Habana, sin embargo, le dijo, conoció algo por su cuenta. Le “tocó ver un deslumbrador crepúsculo” desde el malecón; conoció El Vedado y otros lugares. Mas la entrada a La Habana no le impresionó tanto como entrar a La Coruña y a Santander. No obstante, la costa española que vio era “región nebulosa y triste”. Después de permanecer en suelo español tomó el ferrocarril de Saint Nazaire a París. El viaje fue “ameno por los muchos castillos” que veía al paso y por la tierra que estaba “preciosamente cultivada”. A lo lejos vio la catedral de Orleans. Por fin llegó a su nuevo destino: París. Y lo primero que hizo fue buscar dónde pasar la primera noche. Porque al día siguiente buscaría casa, quería instalarse ya y hacer vida parisina. Al primero que conoció personalmente fue a Francisco García Calderón y tan sólo unas palabras se cruzaron, pues estaba muy ocupado. Sólo un día tenía en París, pero dentro de un mes, ya podría recibir a sus amigos, le dijo a Pedro y se despidió con un *Hasta pronto*<sup>287</sup>.

Pronto, Alfonso tuvo carta de Max Henríquez Ureña, fechada el 23 de agosto de 1913, en donde antes que nada se excusaba por no haber estado en La Habana para recibirlo. Desde los primeros días de agosto se encontraba en Santiago. ¿Cuánto tiempo pasaría para volverlo a ver? Le daba la dirección de un conocido suyo que vivía en la capital de Francia para que se sintiera un poco acompañado. Le solicitó ver a Francisco García Calderón y le pidió preguntar sobre el libro que le envió para su publicación. El escritor peruano quería colocarlo con Garnier. A él no le importaba que fuera con Michaud o con la casa hispanoamericana de Núñez Escámez. El libro, le recordaba a Alfonso, era de artículos, pero había “cierta armonía en el conjunto”, y llevaba por título, *Artistas y escritores de América* (Primera serie: México-Cuba—Santo Domingo). Y le daba una primicia: trabajaba

---

<sup>287</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 27 de agosto de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, en pp. 194 y 195. [Biblioteca Americana].

“despacio” en una novela. Una “novela cerebral” que sería su “primera obra seria”. Le suplicaba que no dejara de escribirle y le enviaba los saludos de rigor<sup>288</sup>.

Las cartas que recibía y escribía Reyes en estas tierras que le eran tan extrañas, eran su único consuelo. A Julio Torri precisamente le narró las primeras imágenes que tuvo de París. Lo que más le impresionó fueron los “aspecto de las casas y lo laberíntico de las calles. Casas de seis pisos, con *mansarde* y erizadas de chimeneas; calles en estrellas, manzanas en delta, callejones en curva, en subida, en bajada, en escalera, pasajes con puerta y reja, casas con fachada a un patio, palacios que acaban desvaneciéndose en especiería”. Casas en puente que dejaban “libre curso a la calle, merced a una perforación en arco” que les abría “la barriga; plazas absolutamente descubiertas, sin jardines; trozos de acera en mitad de las bocacalles amplias, etcétera”. Qué contraste con las casas mexicanas de la Ciudad de México o las de Monterrey. Casas amplias, soleadas, con patios y jardines. Calles bien trazadas, como las calles de la Puebla, que dicen que fueron trazadas por ángeles.

En París ciertamente se encontraba, pero por momentos era incapaz de impedir que le saliera, “a flor de espíritu”, lo peor de él. Se acordaba de México y de Monterrey. Los contrastes entre la Ciudad de México y París eran fuertes. La vida parisina, sin el humo y el transporte, no se podía entender, eran verdaderas entidades. Y luego aspectos de la vida cotidiana tan particulares, por ejemplo, la *cola*, que era una “verdadera institución”. Los parisinos hacían *cola* para todo. La red de tranvías eléctricos subterráneos, las entradas y salidas de los túneles y la excesiva velocidad hacían que cuando salía a la calle recitara este romance: *Mucho, París, te requiero, /poco te me quieres dar*. Cuánto extrañaba a sus amigos, cuánto daría porque estuvieran en París.

La soledad a veces se disipaba porque sabía de la presencia de pintores mexicanos en París, como Jorge Enciso, Roberto Montenegro, Ángel Zárraga y Diego Rivera que los fue a buscar al instante, pero no los encontró. Cuántas cosas se tenían que decir ahora que la fortuna los juntaba. Fue igualmente a ver a García Calderón que vivía “a dos pasos el uno del otro”, y por fin pudo platicar con él. La concesión más generosa que tuvo de él fue que

---

<sup>288</sup> Max Henríquez Ureña y su contribución a la cultura mexicana. Artículos. Conferencias. Poesías. Cartas, compilación, introducción y notas de Cándido Girón, Santo Domingo, Editora Centenario, 2008, p. 232.

lo visitara los domingos por la noche. Y un domingo por la noche llegó a casa del peruano y lo que más le sorprendió fue que no tuviera libros<sup>289</sup>.

Los días transcurrían y la ausencia de sus amigos hacía que su estancia en París fuera fastidiosa. ¿A quién podía decirle que estaba solo, en su soledad, sin poder contar sus penas? No podía ser otro, más que a su querido Pedro Henríquez Ureña, a quien le dijo: “He pasado mis ratos tristes pensando si seré yo del género de hombres a quien la soledad es provechosa. Después de vivir tantos años en medio de amigos extraordinarios, hasta respirar se me hace difícil por mi cuenta. Convengo en que la soledad me curará de este mal hábito, devolviéndome o desarrollándome mis fuerzas autonómicas. Pero ¿será esto lo mejor para el progreso de mi espíritu, aun cuando sea lo mejor desde el punto de vista de mi libertad vital? Rémy de Gourmont dice que el anhelo de libertad es una manera de enfermedad. Y, en todo caso, no es tanto la libertad cuanto el progreso lo que deseo para mí. Si te hablo de mi soledad es porque, como tú comprenderás, no es posible que os sustituya”<sup>290</sup>.

Esta soledad se acrecentaba porque los franceses no eran “gentes para recibir en su intimidad a ningún extranjero” y tampoco le interesaba conocer a personas de habla española en París. La experiencia que había tenido con García Calderón no era nada halagüeña. Para empezar, carecía de los hábitos de los jóvenes mexicanos, de tener amistades francas y, en consecuencia, su amistad, si así se podía llamar, la daba a cuenta gotas. La *Revista de América*, a diferencia de la *Revista Moderna* o *Savia Moderna*, no era un “centro literario”. Los colaboradores de la revista sólo se comunicaban con el director por carta. En su “cuarto de trabajo” tenía los retratos del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, del argentino Manuel Ugarte y del peruano José de la Riva Agüero y Osma.

En cuanto a qué cosas hacía, nada de provecho. Todas las tardes las perdía. El trabajo en la Legación de México era “soso y mecánico”. Y pensar que mientras hacía labores de oficina, en el Teatro Antoine se recitaba la *Hérodiade* de Mallarmé, con comentarios del

---

<sup>289</sup> Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri. París, 25 de septiembre de 1913, en Julio Torri, *Epistolarios*, edición de Serge I. Zaïtzeff, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 35-39. [Nueva Biblioteca Mexicana, 108].

<sup>290</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 28 de septiembre de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 196.

poeta belga, Émile Verhaeren. No había hecho ninguna visita que valiera la pena. Su casa todavía no la arreglaba. Las casas francesas no eran como las casas mexicanas. Aquí se vivía “en una de las celdas de un colmenar humano, custodiado por un conserje al que es menester agobiar a propinas”.

A París llegaban las querellas políticas, y los mexicanos estaban divididos. No se escapaban ni con la distancia “de las miserias del rencor”. Con estos mexicanos tampoco se sentía a gusto. Estaba pues, solo, en su soledad. París era una “ciudad bellísima, adorable”, pero “se le ama con las lágrimas en los ojos”. Necesitaba tener noticias de México, quería saber todo lo que ocurría y le ocurría a sus amigos Caso, Martínez del Río, Cravioto, Acevedo. En tanto que, su mujer, estaba “cansada y triste” del movimiento literario. Su hijo, creciendo. Deseaba tener buenas y nuevas noticias de México. Y en medio de estas tristezas conoció al gran poeta mexicano Amado Nervo.

Reyes terminó de escribir esta carta a Pedro el día 28 y la guardó dos días. Para esta nueva fecha le tenía a su amigo dominicano un ¡notición! Diego Rivera tenía una rusa. Zárraga, otra rusa. ¡Los dos hacían futurismo! Las rusas y el futurismo era una combinación que no asimilaba. Por lo que se preguntaba: ¿si los rusos habrían destacado “un ejército de amazonas para disolver la civilización de Occidente”? Lo que fuera. Al Dios de la Estética le imploraba que “por lo menos” no se hubieran equivocado estos “dos serios talentos”. Y ahora sí, sólo escribió, *Adiós*<sup>291</sup>.

Efectivamente, Reyes no asimilaba las nuevas manifestaciones artísticas que se estaban dando en París como todavía no se acostumbraba a la vida parisina. Estos eran los años locos, desaforados y de pobreza, de su amigo Diego y su rusa, Angelina Beloff.<sup>292</sup> Es muy probable que por estos amigos, Reyes haya conocidos otros rusos, porque muchos rusos estaban en París, como el escritor Ilya Ehreburg<sup>293</sup>. Si bien es cierto que Reyes estaba

---

<sup>291</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París 30 de septiembre de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., pp.99 y 200.

<sup>292</sup> Diego conoció a Angelina en Brujas, cuando ella era estudiante de grabado (Olivier Debroise, *Diego de Monparnasse*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 17.

<sup>293</sup> Olivier Debroise, *Diego de Monparnasse*, cit., p. 36. Por otra parte, Eheremburg, en una novela, cuenta cómo conoció una noche Diego Rivera: “Una memorable noche, estaba yo sentado en un rincón oscuro del café, sobrio y extraordinariamente apacible. A mi lado había un español grueso, que respiraba con mucha fuerza, totalmente desnudo. En sus rodillas chillaba una joven huesudas, con las líneas del pecho completamente recta, también desnuda, con pantunflas doradas, pero con un ancho sombrero que le acoltaba

desconcertado por estas manifestaciones artísticas y estéticas no por eso las menospreciaba. El trabajo de asimilación y comprensión fue lento aunque duro y rudo y el tiempo seguía su metódico, suave y exacto paso.

Reyes tenía más de mes y medio de radicar en la capital francesa, y seguía con esa soledad que lo hacía estar malhumorado. Sobre todo porque algunas cosas tan elementales no las podía tener, como instalar su casa. Nunca se imaginó que poner una casa en el extranjero le fuera a costar tanto dinero, y más lo sentía porque no lo tenía. Este era el costo de la libertad, de dejar de ser un señorito y abrirse paso por el mundo por el mérito y el esfuerzo. Por fin tuvo su casa que estaba situada en la rue Faraday 15, a dos pasos del mercado Torricelli, Barrio de Ternes. En medio de esta situación tan difícil en su vida, abonadas por enfermedades en la familia, una cosa decidió hacer más que nunca, estudiar. Le entró una fiebre por el estudio como en sus años de estudiante universitario y conocer personas de interés.

Una de las primeras personas que quiso conocer personalmente fue al peruano Riva Agüero, a quien le envió sus *Cuestiones estéticas* en 1911. Reyes se encontró con un hombre de “vastísima cultura histórica”, sin lugar a dudas, “más cultura fundamental” que la que tenía García Calderón. En la conversación brillaba “mucho más” y no era “un indigesto de historia” sino que la había “pensado por su cuenta”. Y lo más raro, no era “paradójico a pesar de ser bastante personal (y latinoamericano)”. Era “muy simpático y

---

completamente el rostro. En las mesas próximas bebían varios hombres, poco o nada vestidos: espectáculo frecuente en La Rotonda, que se explicaba por el hecho de celebrarse en esa noche una velada de trajes especiales, en una cierta academia neo-escandinava. Pero a mí se me antojaba aquello una decisiva movilización del ejército de Lucifer en contra mía. Realicé todos los movimientos posibles para defenderme del español sudoroso, y, especialmente, de las agudas caderas que junto a mí exhibía la joven modelo. Buscaba en vano a la panadera o quien la hubiese sustituido, es decir, al mariscal en jefe e inspirador de este maravillo espectáculo.

Se abrió la puerta, y, sin apresuramiento, entró un señor muy vulgar, con sombrero e impermeable grises. La Rotonda estaba frecuentada solamente por extranjeros, pintores, o sencillamente vagabundos, hombres de talento impúdico, obscuro. Por eso no exhibaban la curiosidad de los visitantes ni el indio con plumas de gallina en la cabeza ni mi amigo el timbalero de un musi-hall que gastaba un sombrero de copa color de arena, ni la joven modelo, una mulata con un brillante kepis de hombre. Pero, en cambio, el hombre vulgar del sombrero gris era allí una cosa insólita, que toda La Rotonda se estremió al punto en un murmullo de asombro y de expectación” (Elías Erenburg, *Aventuras extraordinarias del mexicano Julio Jurenito y sus discípulos Monsieur Delais, Karl Schmidt, Mister Cool, Alexis Tishin, Ercole Bambucci, Elías Erenburg y el Negro Aisha*, México, Ediciones Prisma, 1946, pp. 11 y 12).

fácil”, tenía “mucho aplomo” y estaba “mejor informado” de México y de América que García Calderón<sup>294</sup>. Sin la menor duda, quedó complacido con esta primera visita.

Siguiendo con la idea de conocer personas de interés, a mediados del mes de octubre, Reyes envió una cartita a uno de los hispanistas franceses más importante de ese tiempo, a Raymond Foulché-Delbosc, director de la *Revue Hispanique*. Profesor, dice la estudiosa Paulette Patout, “muy modesto, pero sabio coleccionista y bibliófilo, cuya biblioteca y erudición se apreciaban en el entonces extremadamente reducido mundo de los hispanistas internacionales”<sup>295</sup>. Pues bien, la cartita de Reyes iba acompañada con el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, donde Nicolás Rangel dio a conocer noticias sobre los estudios universitarios de Juan Ruiz de Alarcón. El editor del *Cancionero Castellano del siglo XV* recibió el envío, agradeció y le abrió las puertas de su casa. De inmediato se pusieron de acuerdo y se fijó la fecha para la primera entrevista, 25 de octubre, por la mañana, en el Boulevard Malesherbes, 156, cuarto piso<sup>296</sup>.

Reyes se encontró con un hombre alto y “bien proporcionado, aunque visto despacio y en actitudes familiares”. Se le notaba un “ligero abultamiento del vientre y depresión del pecho” que producían “una arruga en el chaleco”. Sin la menor duda era “un hombre sedentario”. Usaba toda la barba: una barba partida, pero no se abría “en abanico” sino que le caía “recta, a plomo”. Era pues, “una hermosa barba hueca que atravesaba el sol de su ventana”. El bigote que tenía era grande y se confundía con la barba. Cejas puras, “ojos expresivos y amorosos. Una nariz grande, pero no aguileña ni judía; pero nariz de borracho como la de Anatole France, no nariz de moco de guajolote, sino de un dibujo raramente concertado con el resto de sus facciones”. El cabello era regular, muy pocas canas, creía que andaba por los cuarenta años.

Foulché-Delbosc, a diferencia de García Calderón, sí tenía libros en su departamento. Libros en todas partes, en todos los cuartos. Libros y más libros por doquier, hasta en tablas

---

<sup>294</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 7 de octubre de 1915, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 200.

<sup>295</sup> Paulette Patout, “La cultura hispanoamericana en París entre 1910 y 1936”, en Miguel Ángel Asturias, *París. 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, edición crítica de Amos Segala, México, CONACULTA, 1989, p. 749. [Colección Archivos, 1].

<sup>296</sup> Carta de Raymond Foulché-Delbosc. [París], 21 de octubre de 1913, en *Ábside. Revista de cultura mexicana*, “Correspondencia entre Raymon Foulché-Delbosc y Alfonso Reyes”, México, XIX-1, enero-marzo, 1955, p. 47.

colgadas con cadenas y aseguradas en los estantes. Tenía gavetas con ficheros y mesas de trabajo. No tenía muebles lujosos sino sencillos. La puerta del “cuarto de trabajo” tenía una “inscripción árabe” procedente de Constantinopla que decía: *Dios es grande y su voluntad está por encima de todo*. Y como figura central de este ambiente “una hermosísima cabeza en bronce de Góngora vaciada sobre una de la época, que el mismo” hispanista francés descubrió en la tierra del cordobés.

Reyes se pasó dos horas platicando con el afamado gongorista. Platicaron de todo hasta llegar a quién éramos *nosotros*. En esta inicial conversación no faltó, obviamente, Góngora. El regiomontano le dijo que tenía la edición de 1634, *Todas las obras de Lvis de Góngora en varios poemas. Recogidos por don Gonzalo de Hozas y Cordona, natural de la ciudad de Cordona. Derigidas a don Francisco Antonio Fernández de Córdoba, Marqvéz de Gvadalcazar*. Foulché-Delbosc le dijo que la conocía, pero no la tenía. Entonces le enseñó las ediciones que poseía, entre ellas una hecha en Amberes, y le obsequió la *Bibliographhie de Góngora* que apareció en su *Revue Hispanique*.

La conversación ahora se centró en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Reyes le dijo que, por qué en esta Biblioteca publicaba sandeces. Y cuándo iba a publicar el Juan de Valdés. Le contestó que el editor era “librero de conventos y sacristías, que seguiría, por eso, publicando místicos insignificantes y que no publicaría Juan de Valdés jamás”. El hispanista francés cambió la conversación y pasó a otra cosa. Lo invitó a colaborar en su revista, pero no pagaba los artículos. Reyes lo sabía. En “ningún lar de la Tierra” se pagaba por escribir “por el sencillo motivo que es una necesidad semejante a la de respirar: ¿a quién le habían de pagar porque resuelle?”. Y antes de concluir su visita, Reyes le preguntó por Ernest Martinenche y por Arturo Farinelli. Le respondió que uno no lo había visto desde hacía unos cinco años, y al otro, quince. Y así terminaba esta agradable y larga conversación. Reyes salió con una sonrisa en la boca<sup>297</sup>. En Francia tenía dos revistas para difundir sus trabajos, y las de sus amigos, la *Revue Hispanic* y la *Revista de América*.

Y volvió a hacer lo que hacía en sus días mexicanos, compartir la noticia con sus amigos y los invitó a enviar sus trabajos o noticias para que se publicaran en una u otra revista. Entre

---

<sup>297</sup> Los datos señalados se encuentran, en la Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 25 de octubre de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 212 y ss.

los amigos que aceptaron esta invitación de Reyes, estaba un jovencito que andaba por los 17 años de edad, oriundo de San Luis Potosí, México, y se llamaba Antonio Castro Leal, que no sólo le envió el *Boletín de Biblioteca Nacional* para Foulché-Delbosc sino que le preguntó: ¿por qué el erudito francés era “tan duro escribiendo” si era “tan amable conversando”? Y aún hizo esta observación: “un error que Foulché encuentra en un libro es como un pisotón que recibe un caballero en un baile”<sup>298</sup>.

Después de conocer a Foulché-Delbosc, Reyes se entrevistó con el poeta modernista argentino Leopoldo Lugones, gracias a los buenos oficios de Ángel Zárraga. Lugones, con José Ingenieros, fundó el periódico socialista *La Montaña* (1897)<sup>299</sup>. Era el hombre “más llano y natural del mundo” y era un convencido que “todo amaneramiento” delataba “una carencia fundamental de cultura”. La ignorancia la odiaba, y desdeñaba a los poetas que no sabían “escribir *bien* en prosa”. Era muy culto. No era bizco, ni *poseur* ni inaccesible. “De cuerpo regular, más bien alto. Sólo bigotes. Espejuelos. Acento argentino. Contento, orgulloso de su patria como problema *étnico*”. Cuestión que asimiló, pues aprendió a sentirse orgulloso de no “tener problemas de raza”.

Reyes y Lugones sostuvieron cuatro conversaciones entre finales del mes de octubre y principios de noviembre. Las tres primeras fueron las de mayor interés. Hablaron sobre “asuntos jurídicos y pedagógicos”; porque hablar sobre poesía, no tenía “ningún valor”. En su turno, el poeta argentino dijo que estaba a favor del aborto siempre que se le concediera a la mujer por la “simple petición –sin oponerse ni justificar la causa-”; estaba de acuerdo que la herencia fuera obligatoria para los hijos, porque causaba “enormes bienes”; no era político, pero intervenía en todo; era pedagogo, y por eso le daba un libro sobre pedagogía y no sobre poesía; era “hombre de todos los instantes”, y tenía “cien mil aspectos, todos robustos y grandes”. Por lo que a Reyes le pareció que todo americano tenía la obligación de imitarlo en “su energía y fecundidad”, en “ser poeta y pedagogo”, “historiador y periodista, erudito e imaginativo y socio de la *Bourse* de París”<sup>300</sup>. Lugones tenía en la

---

<sup>298</sup> Carta de Antonio Castro Leal a Alfonso Reyes. México, 31 de octubre de 1913, en Serge I. Zaitzeff, *Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, México, El Colegio Nacional, 1987, p. 22.

<sup>299</sup> Antonio Requeni, “Poetas en el periodismo”, en *Boletín de la Academia Nacional de Periodismo*, Buenos Aires, año 6, número 16, 2004, p. 14.

<sup>300</sup> Cuando se conmemoró los cien años del nacimiento de Lugones, el ministro de Cultura de la Argentina, dijo las siguientes palabras que tanta recuerdan las de Reyes: “tres nombres enriquecen la poética cordobesa

mente crear una revista en francés, la *Revue Sudaméricaine*, en donde naturalmente entraba México. Porque por estos lares México estaba en Sudamérica<sup>301</sup>.

En una de estas tres conversaciones salió el tema de México y la Argentina. Lugones creía que los mexicanos eran *casi* como los europeos. Tradiciones tenían; también “cuentas históricas que liquidar”; podían *jouer à l’autochtone* con los indios; y había cierto retardo para concertar las “diferencias de razas y de castas”. En conclusión, México era un país de “pueblos vuelto de espaldas”. Argentina, en cambio, como los Estados Unidos y Australia, estaba de “cara al porvenir”. Su país era *pueblo sin historia*, y por eso, *pueblo de mañana*. “Estas palabras improvisadas en la conversación, a bulto y sin matices” describían bien “la postura del fenómeno” aunque tuviera la “exageración del epigrama”, palabras, después de todo, que Reyes nunca olvidó<sup>302</sup>.

---

finisecular: Carlos Romagosa, Martín de Goicochea Menéndez y Leopoldo Lugones. Sólo el primero quedaría en la ciudad mediterránea, de Goicochea Menéndez se consagra en el Paraguay y Lugones llega a Buenos Aires en 1896, con una carta ya histórica de Romagosa a Mariano de Vedia que termina con estas palabras definitorias de nuestro poeta: ‘No es un bohemio’. ‘Es un joven cóndor’. Estudió siempre, mientras trabajaba en el Municipio de Córdoba o cuando se enroló en la Guardia Nacional como auxiliar y luego como jefe del Archivo General de Correos o como inspector en la Dirección General de Enseñanza Media (1904). Incursionó en todos los senderos de la ciencia y el arte, fue periodista, ensayista, historiador, filólogo, traductor, estudió problemas pedagógicos, griego, español y árabe, botánica y filosofía. Se transformó en erudito” (*Discurso pronunciado por el Señor Ministro de Cultura y Educación doctor Jorge Alberto Taiana en el Centenario del Nacimiento de Leopoldo Lugones. 13 de junio de 1974*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, 1974, p. 3).

<sup>301</sup> El contenido de la *Revue Sudamericaine*, nos dice el investigador Carilla, “nos muestra de inmediato que aquí”, en Francia, *Sudamérica* “supera ostensiblemente el definido valor geográfico del término, y abarca todo el continente desde México hacia el sur. Es decir, pues, que reproduce una equivalencia social y lingüística (Sudamérica = América Hispánica) que tuvo bastante difusión durante el siglo pasado, si bien hoy se ha restringido notoriamente, salvo intenciones peyorativas (*como la particular South-América*)” (Emilio Carilla, “*La revista de Lugones. (La Revue Sud-Americaine)*”, en *Thesaurus*, tomo XXXIX, número 3, 174, p. 508).

Otra opinión sobre estos años, es de la doctora Patout, quien escribió: “En los primeros años de nuestro siglo [XX], el prestigio francés resplandecía más que nunca en las ‘repúblicas latinas’ de América. verdad es que Francia se dejaba dorar sin contestar a este cariño. Pocos eran los franceses que viajaban a América, pocos los centros de reunión en París para hablar de aquellas lejanas regiones del mundo. Los franceses ignoraban no sólo su geografía, sino también su población y su historia. Las letras francesas habían tratado poco de estas naciones exóticas, y la mayoría de nuestros compatriotas se figuraban que eran ‘unas islas minúsculas y soleadas, donde vivían negros’” (Paulette Patout, “La cultura latinoamericana en París entre 1910 y 1936”, en Miguel Ángel Asturias, *París 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, cit., p. 748).

<sup>302</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 263. [Letras mexicanas]; y *Obras completas de Alfonso Reyes. IX. Norte y Sur. Los trabajos y los días. Historia natural das Laranjerías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 29. [Letras mexicanas]

En este mismo mes de noviembre, Reyes tuvo la suerte de encontrarse con el hermano de Francisco García Calderón, Ventura, que contaba con 28 años de edad. Si bien era muy parecido a Francisco, aquél era más corpulento, usaba también espejuelos; y estaba “más contento de la vida y de sí mismo”. Por lo demás, tenía “un don para conversar en sociedad”; “aplomo” y *señorío en el decir y en el obrar*. Ventura era un “perfecto parisiense”. En el *Mundial Magazine* de Rubén Darío escribía sus crónicas sobre París. Todos los teatros y espectáculos los conocía. A todo el mundo trataba, y estaba “al tanto de cada nueva sala de té” que se inauguraba. Era el primer hombre que conocía “que, hablando con señoras, con *visitas*”, las divertía, “sin dejar de ser literato”; y sabía “mezclar admirablemente el tema literario” que se agitaba “en el fondo de todas sus conversaciones con los atractivos visuales objetivos de la vida real y actual. Rarísimo don” el que tenía este Ventura. Así como “una alegría intelectual tan constante” que se sentía “pobre representante de un pueblo triste, pobre analfabeta sin fe más que en el *procedimiento* y nunca en las *finalidades*”<sup>303</sup>.

A pesar de estas nuevas amistades, Reyes seguía sintiéndose solo, añorando a sus amigos, a su grupo, a *nosotros*<sup>304</sup>. La vida se le complicaba aún más porque el trabajo en la Legación lo aborrecía; no lo dejaba hacer lo que se había propuesto: escribir. Esta situación por la que atravesaba fue tan bien descrita a su amigo Pedro, en carta del 6 de noviembre de 1913. Nunca había “sufrido tanto ni con tanta crudeza”, le dijo. Su situación económica era inestable. Su trabajo en la Legación le robaba tiempo y estaba sumergido “en el mundo más raquítico, más vacío, más mezquino y repugnante que pudo nunca concebir, en su sed de fealdad y crudeza”. Nunca creyó “que la bajeza y la vaciedad humana llegaran a tanto”.

---

<sup>303</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 6 de noviembre de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 237.

<sup>304</sup> A mediados del mes de octubre pasó por París don Joaquín Casasús y quería saludar al joven Reyes. Se hospedaba en el Hotel Majestic. Pero al no poder cumplir sus deseos, le dejó esta carta: “Muy querido Alfonso; Mucho he sentido que no hubiéramos podido vernos para haber conversado largamente como era mi deseo; pero a última hora la familia me hizo muchos encargos y contra mi voluntad y mis costumbres me he tenido que pasar días enteros en los almacenes. Salgo para [palabra ilegible] y Nueva York mañana en la mañana y ya que no pude darle un abrazo se lo envió con esta carta que le lleva además mis mejores augurios para su porvenir. Es indudable que como muy pocos usted aprovechará su permanencia en París para estudiar y como éste es un campo incomparable y sin igual sabrá sacar de él los mejores frutos. Deseo para usted un éxito feliz y a ello contribuirá su vida de familia en la cual hallará dicha completa. Póngame a los pies de su señora y disponga como siempre del afecto de su viejo amigo y maestro” (Carta de Joaquín D. Casasús a Alfonso Reyes. [París]. 14 de octubre de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 482).

Temía “por la salud” de su espíritu. No podía “pintar con colores bastante vivos el género de hombres” que escribían a máquina junto a él. Nunca creyó “que a tanto se pudiera llegar”. Era “lo peor” que había visto en su vida. “¡Qué vaciedad! ¡Qué estupidez! ¡Qué solapado odio a la inteligencia y al espíritu! ¡Qué ánimo vigilante de venganza contra la superioridad nativa! ¡Qué sublevación del lodo y la mierda en cada palabra y ademán! Qué vidas sin objeto. ¡Qué asco! ¡Qué vergüenza y qué dolor tan irremediable ante tales aberraciones de la especie!”.

Los hombres que vivían en ese ambiente burocrático, se podrían. De ahí que le dijera a Pedro que no podía “menos de aplaudir, desde el punto de vista superior, y pensando en el mayor bien humano, esas intransigencias revolucionarias de nuestras tierras” que arrojaban “a la calle, con el cambio de gobiernos, a toda una generación de empleados”. De los “cesantes” surgían los “redimidos”. Nada constituía más al hombre “como esa seguridad del sueldo fijo, trabájese o no, del sueldo fijo y sin esperanza positiva de ascenso, del sueldo fijo recibido de las abstractas manos de una *persona moral*, que, por abstracta y moral”, ¡se parecía “tanto a una Providencia mantenedora de holgazanes y piojosos!”). Le pedía a Dios que lo librara de ese contagio. ¡Ojalá le sucediera “algo gordo” que lo obligara “a recomenzar por otro camino!”. Su “incursión en la carrera diplomática” no podía ser “sino un ligero paseo”. No concebía cambiar “de residencia al antojo de *otros*”. Tenía “demasiado claros” sus “fines *proprios*. ¿Qué hacer?”<sup>305</sup>.

Reyes no sabía qué hacer. No estaba acostumbrado a situaciones como las que estaba viviendo. Para bien o para mal tuvo una posición social, y hambre y frío no los había conocido. La fortuna le había sonreído, pero ahora, no le había hecho nuevamente guiño. Las quejas sobre su situación por eso eran continuas. Extrañaba la compañía de sus amigos. Los americanos que estaba conociendo eran tan diferentes a los de su grupo, a *nosotros*. Los pintores mexicanos que a veces frecuentaban estaban en otra frecuencia, con otros proyectos, y no era la compañía que necesitaba.

---

<sup>305</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 6 de noviembre de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p.238. (El subrayado es de AR).

¿Qué decía Pedro Henríquez Ureña de las soledades de su amigo Reyes? ¿Qué eran todo un tema!<sup>306</sup>. Mas en la carta de 7 de diciembre de 1913, la soledad de su amigo lo sacó de quicio. Le dijo que era “ya monstruoso ese sistema de quejas”. ¿Para qué te fuiste, si sabías que en París no estábamos *nosotros?*, le soltó Pedro. Era “demasiado mexicanismo”. En lugar de quejarse, lo que debería hacer era buscar amistades; y le dijo dónde las podía encontrar<sup>307</sup>.

Las quejas de Reyes eran sin la menor duda un estado de la situación por la que atravesaba, es decir, estaba en la *redefinición* de la vida. Por eso solicitaba a sus amigos que le dijeran qué pasaba en México, cuál era la situación de la vida cultural y política, que hacían en ese contexto sus amigos, qué publicaban. Con esos datos quería hacer un balance, un corte de caja, y de ahí en adelante, buscar, seguir buscando el rumbo que le diera la suficiente fortaleza para seguir y continuar con sus proyectos de vida. Al propio Pedro le dijo que quería escribir algo en torno a *nosotros* para la *Revista de América*. Y el maestro le recordó, “nuestra historia”<sup>308</sup>.

El año de 1913 estaba terminando e iniciaba su zozobra. ¿Hasta cuándo tendría empleo? Por sus amigos, sabía que la situación en México se complicaba. La lucha política entre la facción golpista (huertistas) y la constitucionalista (carrancistas) se agravaba y continuaban las detenciones de diputados y asesinatos de legisladores contrarios a la política del dictador Huerta. Su familia aparentaba calma. Su hermano Rodolfo se encontraba en “triste retiro”<sup>309</sup>. Sus amigos también definían sus rumbos, pues unos se iban a la revolución y

---

<sup>306</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. México, 20 de octubre de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 220.

<sup>307</sup> Henríquez Ureña no le decía otra cosa a Reyes que aprovechara su estancia en París. Por eso resulta importante señalar lo que la estudiosa Colombi dice de París de esos años de principios del siglo XX: “Entre el 1900 y la primera guerra mundial un contingente de escritores latinoamericanos convergió en París conformando una colonia con lazos estables. Si bien existían numerosos antecedentes de viajes y exilios letrados en la centuria precedente, esta migración constituyó el primer ingreso masivo de la inteligencia hispanoamericana en un concierto internacional. Desde esta plataforma exterior, estos intelectuales se proclamaron como una nueva élite representativa del continente americano. París era una verdadera meca cultural. Walter benjamín supo expresar esa condición en el sintético epíteto ‘París, ciudad capital del siglo XIX’ y, más recientemente, Pascale Casanova (2001) ha remarcado su calidad de epicentro de la República Mundial de las Letras” (Beatriz Colombi, “Una ciudad letrada extraterritorial: escritores hispanoamericanos en París en el fin-de-siglo”, en [www.iai.spk-berlin-de/fileadmin/](http://www.iai.spk-berlin-de/fileadmin/)).

<sup>308</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 29 de octubre de 1913, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 220 y ss.

<sup>309</sup> Carta de Juan B. Delgado a Alfonso Reyes. [México]. 11 de diciembre de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente

otros seguían impartiendo conferencias y cursillos como Henríquez Ureña. Caso fue nombrado director de la Escuela de Altos Estudios y Ezequiel Chávez rector de la Universidad Nacional de México. El Ateneo, como bien lo dijo Acevedo, “aunque disperso”, seguía obteniendo triunfos<sup>310</sup>. Era pues la hora de hacer un balance. El momento había llegado y nada mejor para ello que escribir sobre *nosotros*<sup>311</sup>.

Reyes recibió 1914 con buenas noticias, pues apareció “Nosotros” en la *Revista de América*, de Francisco García Calderón. Qué mejor oportunidad para señalar desde esta tribuna lo que sucedía en México y lo que estaba haciendo la nueva generación de mexicanos en medio del fragor de una revolución. Esta nueva generación era de “poetas verdaderos, -pero sumergidos en la superior tendencia ideológica, quiéranlo o no y así lo confiesen o lo nieguen”. Era el reflejo de lo que sucedía en todo el mundo. Es decir, que no era el día “del cuento maravilloso ni del poema excelso”. No era el día “de la invención, sino el de la crisis intelectual, el de la tormenta de los valores”<sup>312</sup>.

La historia de *nosotros* nació con la *Revista Moderna*, con sus provechosas lecciones, hasta llegar al año de 1906, cuando Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, ayudados por José María Sierra, “se arriesgaron en una empresa periodística que habría tenido éxito, si Cravioto no hubiera preferido sacrificarla” por un viaje a Europa. La revista se fundó para los jóvenes literatos. Se le pretendió llamar *Savia Nueva*. Sin embargo, la influencia de la *Revista Moderna*, era de tal magnitud, que se le puso “el desabrido nombre de *Savia Moderna*. La revista duró poco, mas lo bastante para dar conciencia de su ser a la naciente generación. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como una obsesión general, como un rasgo familiar de nuestro instante literario”.

El poeta Rafael López, miembro de la generación de *nosotros*, testigo y actor de este movimiento de renovación nacional, con acierto escribió: “La redacción [de la revista] era

---

<sup>310</sup> Carta de Jesús Acevedo a Alfonso Reyes. México, 10 de diciembre de 1913, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 10.

<sup>311</sup> Este mes de diciembre fue prolífico y la cosecha abundante. Reyes estaba escribiendo “ensayos de tres, seis y nueve páginas. que es un contento”. A su amigo Julio Torri precisamente le decía esto y, desde luego, le daba algunos títulos de lo que había escrito en este final de año de 1913: “Domingo siete, “Dos interiores (I. el egoísmo del alma, II. El caso doméstico)”, “Elogio de la moneda mínima y de la moneda invisible”, “pescadores de Siena”, “Amigo Palencia”, etcétera, etcétera. Y se guardaba lo mejor en el tintero (Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri. París, 19 de diciembre de 1913, en Julio Torri, *Epistolarios*, cit., p. 48).

<sup>312</sup> El artículo de Reyes, “Nosotros”, que aquí se cita, se encuentra en el Archivo particular de Alfonso Reyes, A.R. /A.H / A.1/38. Hasta no decir lo contrario, se sigue este texto.

pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar. Estaba colgada de la mansarda de un alto edificio de seis pisos, a muchos metros de la tierra. Tenía una amplia ventana en donde se escapaba la mirada libremente”. Y frente a “aquella ventana, añadió Reyes, Diego Rivera acostumbraba apostar su caballete. Desde aquella altura, cayó sobre la ciudad la palabra nueva”.

Los jóvenes intelectuales de *Savia Nueva*, como a Reyes le gustaba llamarla, levantaron por las calles de la Ciudad de México el estandarte del *arte libre*. “Por primera vez en México se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza y dispuestos si hubiera sido menester (¡oh, santas locuras!) a defenderla con los puños”. Estos mismos jóvenes fueron los que “más tarde convocaron a la patria para celebrar el aniversario de Gabino Barreda, el educador liberal, y dieron entonces, *paralelamente a la anunciación de una nueva era literaria, el signo de una nueva conciencia política*”. Estos mismos jóvenes fueron los que fundaron la *Sociedad de Conferencias*, y los mismos, más adelante, que se agruparon en el *Ateneo de la Juventud*, y ahora, “para dar al tiempo lo suyo”, se llamaba *Ateneo de México*. El *proteísmo* de la nueva generación no descansaba, y fundó la primera Universidad Popular y estaba por fundar escuelas. “Los literatos de los últimos barcos no aman ya la torre de marfil: sienten con la humanidad; y veneran, como lo quería Justo Sierra, a la Atenea Promakos: *a la Ciencia que defiende a la Patria*”<sup>313</sup>.

Este era el tiempo oportuno para decirle a Charles Leonard Moore, del *The Dial*, de Chicago, que esta nueva generación no procedía de Francia. No la renegaban, pero los jóvenes intelectuales mexicanos sabían que los filósofos y poetas de los Estados Unidos no habían “escrito en vano”. Y aún añadió Reyes: “La influencia de la literatura inglesa, caso tal vez único en la América española”, se descubría “fácilmente en los jóvenes”. Esta renovación no sólo se limitó a la literatura sino igualmente a la filosofía. Caso difundía desde las “aulas las nuevas verdades filosóficas”. Su cátedra era el “orgullo de nuestro mundo universitario”. Vasconcelos representaba la “filosofía *anti-occidental*”, la “*filosofía molesta*”, que mezclaba “ingeniosamente” otras corrientes con las “enseñanzas extraídas de

---

<sup>313</sup> En la versión que se conserva del artículo “Nosotros”, publicada en la *Revista de América*, en el Archivo particular de Alfonso Reyes, está corregido del puño y letra de su autor Atenas por *Atenea*. Esta corrección como otras que se observan en el artículo Reyes las hizo, sin la menor duda, al momento de salir la publicación. Por otra parte, los subrayados del texto son nuestros.

Bergson”. Y era probable que, de “sus dones de creación filosófica y estética, de sus sinceros arrestos de pensador, surgirá, si ha de surgir algún día, una corriente filosófica en el pensamiento mexicano, ¡Ojalá no lo arrebatan, por completo, las actividades extrañas a su vocación!”.

A Pedro Henríquez Ureña se le debía el desarrollo del humanismo clásico, el “cultivo de la buena tradición española” y la “formación del sentido crítico”. Porque como ningún otro era “Educador por temperamento” y sabía despertar “el espíritu de aquellos con quien dialoga. Enseña a oír, a ver y a pensar. Él ha suscitado una tendencia de cultura y anhelo de seriedad y trabajo” que era “el mejor premio” de quien lo seguía. Un pequeño grupo, casi infantil, estudiaba y se nutría a su lado.

Total, esta nueva generación se estaba abriendo paso; habían aprendido y comenzado a cumplir con “las dos superiores leyes del oficio: *conocer todos los libros, probar todas las emociones*”. No había que olvidar un hecho trascendental en la vida política de México, había una evolución, y los días no siempre eran alegres. Pero no importaba. A “su tiempo lucirá el sol, y al amanecer del día siguiente hallaréis que los panales estaban rebosantes de miel, porque las abejas habían trabajado toda la noche”.

Existe una carta de Alfonso Reyes a Francisco Alvarado, amigo de Rafael Altamira y compañero del alicantino en su viaje a México en 1910, que completa algunos datos que aparecieron en su artículo *nosotros*. La carta no tiene fecha, pero por su contenido se puede decir que fue redactada mucho tiempo después del artículo citado. Alvarado quería saber del grupo que conoció en 1910 y Reyes le respondió que sobre *nosotros* le tenía “que contar a la vez cosas alegres y tristes”. “Más de la mitad” había desertado “de las labores de la inteligencia” para hacerse revolucionarios, “revolucionarios teóricos”, se entendía; y el resto hacía “esfuerzos sobrehumanos de superación en medio de aquella ola negra” que los invadía.

Antonio Caso, “que dio la bienvenida al señor Altamira en nuestro Ateneo”, era ahora director de la Escuela de Altos Estudios; trabajaba “con celo”, pero “sin fe”. Pedro Henríquez Ureña, el dominicano que disertó sobre Pérez de Oliva, pronto estaría en Europa, pues su padre fue nombrado ministro de Santo Domingo en quién sabe qué capital europea.

Y con su salida de México a París, se disolvió “el antiguo núcleo de amigos, los mejores amigos” que había en el mundo, se lo podía asegurar. Quizá recordara a dos jóvenes. Uno, en el banquete que se ofreció a Altamira e hizo el brindis a nombre del Ateneo; el otro, “se ofreció a brindar espontáneamente diciendo que era diputado por la montaña”. Pues bien, éste era ahora Ministro, y creía que siempre lo pretendió; “pero ninguno de los dos estaban unidos a *nosotros* sino casualmente”<sup>314</sup>.

Por otra parte, tenía “la vaga esperanza que de alguna manera” se tenían que “acabar nuestros males”. Él, *decididamente, no era guerrero*. Su infortunado padre sí lo fue, pero el creía que no había heredado “ninguna de sus energías”. Así pues, se conformaba “con desear tiempos mejores. A la hora de la reconstrucción”. Y estaba seguro que algún día se reencontraría con sus amigos “para continuar la obra que un hado funesto” interrumpió.

Su carta se alargaba. Le quedaban “muchas cosas en el corazón”. Y decía muy bien, “en el corazón”, porque al pedirle “noticias de aquellos insustituibles compañeros” de su vida, le provocaba desahogos que su “discreción sabrá perdonar”. Pronto tendría el gusto de enviarle un ejemplar de la *Revista de América* donde se refiere precisamente a este grupo literario, donde era abordado “desde un punto de vista mucho más exterior que el que se”

---

<sup>314</sup> Hay un dato en esta carta que vale la pena desentrañar: ¿quiénes eran esos dos jóvenes amigos que no eran del grupo de *nosotros* sino “unidos casualmente”? Uno era ministro, ¿quién? Sin la menor duda, José María Lozano; y el otro era, Rafael López, que fungía como secretario particular del ministro Lozano. Justamente cuando escribía Reyes su carta a Alvarado recibió carta de López, 2 de enero de 1914, con papel membretado, y en la parte superior izquierda se lee: *Correspondencia Particular /de la Secretaría de Comunicaciones /y Obras Públicas*. Esta carta de López, como todas sus cartas, es dirigida a su *querido Alfonsito*. Las novedades que trajo esta carta eran que el ministro Lozano pasó de Instrucción a Comunicaciones, y que nuevamente iba a ocupar la secretaría particular. Pero lo cosa no paraba en este cambio sino en que Lozano lo hizo diputado. Situación complicada, lo reconocía, pues de triunfar los constitucionalistas se ponía derecho a la horca. Por eso no hacía versos ni podía aceptar la invitación que le hizo de publicar algo suyo en alguna de las revistas de Francia. Por el momento era posible, y si situación en estos momentos era de un infeliz. Lo sostenía la esperanza de “reanudar más tarde” su “tranquila e inofensiva” labor de poeta. Y no podía faltar en esta carta los mejores deseos a su amigo para este año nuevo de 1914 (Carta de Rafael López a Alfonso Reyes. México, 2 de enero de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1473). A Reyes no le gustaba para nada que sus amigos trabajaran y colaboraran con el régimen de Huerta. Lo conocía muy bien y sabía perfectamente de lo que era capaz de hacer. Pedro Henríquez Ureña incluso ya le había dado noticias, 20 de octubre de 1913, quién del grupo de *nosotros* y qué amigos estaban en la cárcel, como los diputados Alfonso Cravioto, Alfonso G. Alarcón, Marcelino Dávalos y Jesús Urueta; y a él le quitaron sus clases de la Escuela Nacional Preparatoria (Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 20 de octubre de 1912, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 212 y ss.). Así pues, había razones en Reyes para sentirse mal por esa toma de posiciones pero, ¿podían hacer otra cosa en tales circunstancias? Sí, el exilio, como lo hizo su hermano Rodolfo, Martín Luis Guzmán, Jesús Acevedo, entre otros.

había “tolerado en esta carta dirigida al amigo”. Además, le preguntaba, si recibió sus *Cuestiones estéticas* que le envió a Oviedo, y le señaló igualmente que ya había cumplido con “las sugerencias del refrán oriental: *sembrar un árbol, engendrar un hijo y escribir un libro*”. Sin embargo, tenía 25 años, deseaba sacar adelante a su hijo, “publicar muchos libros más”, y le pedía que recibiera los más afectuosos saludos de Alfonso Reyes<sup>315</sup>.

Los comentarios al artículo “Nosotros”, en lo general, fueron generosos<sup>316</sup>. La excepción fue naturalmente, Pedro Henríquez Ureña. En su carta de 4 de febrero de 1914, a Reyes le aseguró que el tema era bueno, pero el estilo era descuidado. Era necesario “releer, corregir y rehacer. Ningún trabajo queda bueno de primera intención. La facilidad es peligrosa”. En el artículo encontró errores en los nombres y citas triviales, había olvidos y omisiones, pues citaba a los conocidos, Caso, Vasconcelos, Gómez Robelo, etcétera, pero omitía a Diego Rivera, Abel Salazar, Eduardo Colín, Rafael Cabrera. Pero el punto central de su disgusto era que no sabía lo que había dicho de él. Para Alfonso Reyes, ¿quién era Pedro Henríquez Ureña? ¿Era sólo un escritor? ¿Era sólo un mexicano? ¿Sólo ensañaba a los niños? ¿El artículo sólo era de *nosotros*? Si era así entonces debió salir “más concentrado”<sup>317</sup>. En conclusión, el artículo tendría éxito, pues tenía frases buenas y ya lo reproducía la revista mexicana *Nosotros*<sup>318</sup>.

Reyes naturalmente le respondió el 7 de marzo de 1914, diciéndole que estaba de acuerdo con sus críticas, que todas eran “exactísimas”. Pero no quería que se reprodujera su

---

<sup>315</sup> Carta de Alfonso Reyes a Francisco Alvarado. s.f., en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 77.

<sup>316</sup> Torri sólo dijo: “me ha gustado en extremo”. Y también le llamó la atención al decirle que a Caso lo elogiaba “muy ambiguamente, muy inteligentemente”; y que Gómez Robelo no conocía sino un solo soneto de Elizabeth Barret Browning (Julio Torri, *Epistolarios*, cit., p. 60). Acevedo: “Tu artículo de la *Revista de América* me gustó particularmente. Eres el más generoso de todos, y el más inteligente” (Carta de Jesús Acevedo a Alfonso Reyes. México, 17 de febrero de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 10).

<sup>317</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. México, 4 de febrero de 1914, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 268 y ss.

<sup>318</sup> La revista mexicana *Nosotros* tuvo como director a Francisco González Guerrero. “El primer número apareció en diciembre de 1912 y el último en junio de 1914. En ella un reducido número de estudiantes de la Escuela Nacional para Maestros sacó a luz sus primeros ejercicios de literatura.”, nos señala el mismo director de *Nosotros*. Además, colaboraron Reyes, Henríquez Ureña, Caso, Guzmán, González Peña, González Martínez. Y desde España Amado Nervo enviaba sus colaboraciones, y desde Honduras, Rafael Heliodoro Valle. Sus mecenas y protectores fueron Alfonso Pruneda, Joaquín D. Casasús, Rodolfo Reyes, José María Lozano (Francisco González Guerrero, *En torno a la literatura mexicana. Recensiones y ensayos*, prólogo y recopilación de Pedro F. de Andrea, México, Secretaría de Educación Pública//Dirección General de Divulgación, 1976, pp. 140 y 141. [SepSetentas, 286]).

“Nosotros” en *Nosotros*, porque no era “un artículo de buena fe”. Y le dio a Pedro una pista, por si no lo notó. Del Procurador General de la Republica, Ricardo Gómez Robelo, sólo habló, en “tiempo pasado”. Y le pidió que no le diera más importancia a su “Nosotros” de la que no tenía. Su artículo, en París, tuvo éxito. La *Nouvelle Revue Française*, número de marzo, copió “el párrafo relativo a la decadencia de la influencia francesa”. Y le avisaba que su hermano Rodolfo ya estaba París, pero llegaba desilusionado. Y tú, Pedro, ¿cuándo llegas?, le preguntó?<sup>319</sup>.

### 3.- En París: faltaba Pedro

Alfonso Reyes recibió el año de 1914 con los mejores augurios de parte de sus amigos mexicanos<sup>320</sup>. Tal parecía que así iba a ocurrir, pues el pequeño mundo parisino y americano lo tenía casi a la mano. En las primeras semanas de este año se encontró con los mexicanos Carlos Lozano, pianista; Carlos Barrera, con vocación que vacilaba entre “la poesía y la novela”<sup>321</sup>; y con el hijo de don Justo Sierra, Manuel; conoció a un joven filósofo español, Diego Ruiz, que pronto iba a publicar un libro en alemán, edición Leipzig, que lo deslumbró por su inteligencia y sencillez, y discutió con él su teoría sobre el Impulso Lírico. En estas mismas semanas del año que iniciaba se relacionó con Filippo Tomasso Marinetti y el escritor italiano le enviaba sus manifiestos a su domicilio. Por todo ello,

---

<sup>319</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 7 de marzo de 1914, en *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., pp. 285 y 286.

<sup>320</sup> El poeta Rafael López le escribió estas palabras: “le deseo todo género de satisfacciones para este nuevo año. Que pueda usted, en ese medio tan propio, dar amplio desarrollo a sus estudios para que su hermoso talento cuaje sus mejores frutos. Mientras tanto lo saludo con mi viejo cariño y le deseo muchas felicidades. Cuando aparezca algún bello libro no se olvide de este desterrado en su propio solar” (Carta de Rafael López a Alfonso Reyes. [México]. 2 de enero de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/ Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1473).

<sup>321</sup> Precisamente en la *Revista de América*, Reyes escribió sobre Barrera: “es un muchacho mexicano de veinticinco años, que vive en París. Su vocación vacila entre la poesía y la novela. Quizá desahoga en forma poética la parte más juvenil de sí mismo, y por medio de la novela, lo que hay en él de más maduro. Su cualidad saliente, a la vez que su mayor peligro, consiste en cierto don de soledad, cierta orgullosa afirmación de su vida; pero el castigo del estudio y la aspiración superior del arte son los dos mejores consejeros. En esta psicología juvenil –y, por algunos fugitivos aspectos, de adolescente todavía-, junto a las horas de concentración meditativa que representa la labor en prosa, los versos vienen a ser como una explosión del temperamento. En sus estrofas se advierten momentos de una musicalidad seductora, constantemente sofocados por un aleteo de dolor. Así es también es su vida” (*Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances a Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 459. [Letras mexicanas]).

como Reyes le dijo en cierta ocasión a Torri: “Solo en París vale la pena morir de hambre”<sup>322</sup>.

Las actividades de Reyes se multiplicaron en estas primeras semanas de 1914: examinó toda la Biblioteca de Bibliófilos Españoles, los catálogos de Salvá y de la Hispanic Society of America, la Bibliografía anexa a la nueva edición de la *Historia de la literatura española*, del hispanista inglés, James Fitzmaurice Kelly, que correspondía aproximadamente a una cuarta parte del libro. Con Francisco García Calderón hizo planes para crear ediciones o Bibliotecas Americanas, y juntos descubrieron los *Manuales de Cambridge*. Y en cuestión de libros, ¿qué libros encontró en París? Principalmente los que había en la casa Brentanno, 37, Avenue de l’Opera<sup>323</sup>. Al mismo tiempo preparaba su *Paisaje en la poesía mexicana*, sin contar sus habituales labores burocráticas en la Legación de México en Francia<sup>324</sup>..

Por las mañanas seguía con la misma rutina, tomaba una taza de café con leche, y a veces, ni eso; y por la tarde, empezaba con una sopa o con un plato de *agua caliente*. Pero eso sí, ya podía presumir de las primeras compras de *Manuales* como el *Goethe and the Twentieth Century*, de W. Lewis Jones; la *Greek Tragedy*, de Sheppard; el *Mysticism in English Literature*, de J. G. Robertson. Y para darle más alegría a su nueva vida parisina y americana, Diego Rivera y su rusa, Angelina Beloff, estaban empeñados en cambiarse junto a él. Así pues, junto a él, Rivera y Beloff; a García Calderón, a un paso; a Foulché-Delbosc, a dos; y, a Martinenche, a tres<sup>325</sup>.

El joven funcionario de la Legación de México en Francia no descuidaba las relaciones intelectuales y, en estos dos primeros meses de 1914, inició una relación epistolar con dos escritores cubanos, Carlos de Velasco, director de la revista *Cuba Contemporánea*; y José María Chacón y Calvo, joven doctor en Derecho, estudiante de letras, con 21 años cumplidos. El primero de los corresponsales le escribió a Reyes, 5 de enero de 1914, para

---

<sup>322</sup> Todos estos datos se encuentran en la Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri. París, 25 de enero de 1914; y en la Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri. París, 9 de febrero de 1914, en Julio Torri, *Epistolarios*, cit., pp. 56-59.

<sup>323</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 13 février, 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, cit., p. 275.

<sup>324</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 3 de febrero de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, cit., pp. 267 y 268.

<sup>325</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 16 de febrero de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, cit., pp. 272.

decirle que Max Henríquez Ureña, redactor de esta revista, lo propuso como redactor corresponsal de París para *Cuba Contemporánea*. Sólo le pedía un trabajo cada dos o tres meses, “según las circunstancias”. Su compañero en la redacción podría ser el escritor chileno Francisco Contreras, que a su vez era redactor del *Mercure de France*. Y a partir de este mes recibiría la revista que tenía “un carácter netamente americano”. Y con este envío se le pagaba su apoyo a la causa. Le deseaba que este año que iniciaba fuera “pródigo en bienandanzas”<sup>326</sup>. En cuanto a Chacón y Calvo, no hacía mucho tiempo que a Reyes le envió su estudio sobre los *Orígenes de la poesía en Cuba*. Razón por la cual, le agradeció el 4 de abril de 1914<sup>327</sup>.

Desde México, Carlos González Peña le pidió a Alfonso Reyes, 2 de febrero de 1914, que sabiendo de su amistad con Foulché-Delbosc', le entregara personalmente a nombre del Museo Nacional de México, la obra intitulada *La arquitectura en México*, pues antes se le envió, pero se la devolvió el correo, pues la dirección que tenían estaba equivocada<sup>328</sup>. Unos quince días después, González Peña le volvió a escribirle a Alfonso Reyes para invitarlo a participar en una nueva publicación, *México. Revista ilustrada*, a cargo de Luis González Obregón y González Peña. Como jefe de redacción figuraba Salvador Cordero; y el director artístico era el pintor regiomontano Alfredo Ramos Martínez. Los directores querían “crear una revista como nunca” había “existido en México”. Sería mensual e ilustrada. Los textos serían inéditos y los colaboradores sólo serían mexicanos.

El objetivo de la revista era claro. Ante la “grave situación” por la que atravesaba México, “un grupo de hombres de buena voluntad” intentaba realizar, “con generoso esfuerzo, una labor civilizadora” que se opusiera victoriosamente a la obra devastadora que estaba viviendo el país. Este grupo de hombres pretendía “contrastar con la obra de la guerra la de la más amplia y noble cultura” y por eso la aparición de esta revista llamaba *México*. La revista divulgaría temas literarios y científicos<sup>329</sup>. Por lo que le propusieron a Alfonso

---

<sup>326</sup> Carta de Carlos de Velasco a Alfonso Reyes. [La] Habana, 5 de enero de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/ Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2634.

<sup>327</sup> Carta de Alfonso Reyes a José María Chacón y Calvo. París, 4 de abril de 1914, en Zenaida Gutiérrez-Vega, *Epistolario. Alfonso Reyes-José Ma. Chacón*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976, p. 19.

<sup>328</sup> Carta de Carlos González Peña a Alfonso Reyes. México, 2 de febrero de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/ Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1078.

<sup>329</sup> En esta misma carta también hay otras ideas que debemos destacar. Los directores de la revista, suscribieron que: “Cierto que los días que corren no son, en verdad, los más propicios, desde el punto de vista

Reyes escribir cada dos meses un pequeño ensayo, que podía ir acompañado de ilustraciones y le pagarían 25 pesos mexicanos por cada colaboración. González Peña le sugirió escribir sobre Foulché-Delbosc, que su ensayo fuera acompañado por una fotografía del hispanista, con autógrafo. Por supuesto que estaba en la completa libertad de enviarle lo que gustara. Y en la posdata le anunciaba que en la revista colaboraría el Ateneo “en masa” y Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña *debutarían* “en el primer número”<sup>330</sup>.

De la calma que Reyes mantenía en esos momentos pasó al sobresalto. ¿Qué fue lo que pasó que lo puso angustiado? Pedro Henríquez Ureña salió de México para La Habana, y desde esta ciudad, 20 de abril de 1914, le informó a su amigo de los graves acontecimientos mexicanos<sup>331</sup>. Ni el propio Henríquez Ureña lo podía creer. Pero así se lo dijo a Reyes, en un estilo que él mismo hubiera criticado. Pero las circunstancias no eran para pensar en estilos literarios. Así en cuanto pudo le informó a Reyes que hacía poco tiempo “que se publicaron las noticias de la declaración del bloqueo de México por los Estados Unidos”. Sufrió “una impresión espantosa”. El presidente Wilson prometió no hacerle la guerra a México sino limitarse a un bloqueo. Sólo en “caso de necesidad”, intervendría y daría a esta intervención el “carácter exclusivo contra Huerta”. *Sabía que*

---

económico, para realizar hazañas de esta índole. Mas, aunque de idealistas se nos tache, el encargarnos de la dirección de la susodicha revista una fe ardiente y un no menos fogoso optimismo nos hacen pensar que, si no es un negocio brillante, a lo menos ella constituirá un ensayo loable para mostrar a propios y extraños, que si en nuestra patria sobran manos para empuñar las armas, por dicha no faltan, empero, seres pensantes que luchan y que triunfen.

*MÉXICO* no tendrá carácter político. En el aluvión de pasiones que nos sacuden, será tan sólo la revista donde converja el movimiento intelectual. En sus páginas encontrarán representación genuina la literatura, las ciencias, las artes, y la vida social. Irá tan interesante texto acompañado de artísticos grabados y tricomías; y estamos seguros de que la hermosa vestidura exterior ha de corresponder al espíritu interno que la anime.

Para lograr esto, recurriremos a los escritores y artistas más insignes del país, entre los cuales usted dignamente figura, a fin de que desde luego nos permitan consignar sus nombres en la lista de colaboradores, si es que participan del noble ideal que perseguimos y se hallan dispuestos a prestarnos en momento oportuno su concurso” (Carta de Carlos González Peña y Luis González Obregón a Alfonso Reyes. México, 21 de febrero de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina /Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1078).

<sup>330</sup> Carta de Carlos González Peña a Alfonso Reyes. México, 18 de febrero de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina /Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1078.

<sup>331</sup> Esta es sin la menor duda una de las cartas más interesantes de Pedro Henríquez Ureña, sobre todo, por análisis político que hizo de la situación mexicana y la todavía probable intervención norteamericana. No cabe la menor duda que en estas reflexiones también se encuentra la experiencia que vivió su patria, la República Dominicana, en 1904, y la declaración del presidente Teodoro Roosevelt un año después del desembarco de los marines a esa nación, que los Estados Unidos sería el *gendarme de Caribe*. Seguramente que por su mente aparecieron Nicaragua y Rubén Darío, y las fiestas mexicanas del Centenario de 1910.

*esas eran las intenciones.* “Pero con toda la buena fe del Ejecutivo de Washington, ¿podrán evitarse los actos de guerra?”, le preguntaba a Reyes. Le parecía muy difícil, y daba por seguro “actos de guerra”. Cosa que complicaba la vida de México, ya de por sí, maltrecha. Y sin embargo, pensaba, que si la “revolución, odiando a Huerta, y separada de él”, atacaba las fuerzas intervencionistas, la situación sería espantosa. En su análisis, la revolución parecía prometer esa actitud. “Si no la asumiera, y tolerara la intervención norteamericana, y gracias a ésta triunfara, ¿qué reputación podría tener en el país un gobierno fundado en esa base?”, se preguntaba Henríquez Ureña.

Henríquez Ureña sentía una gran repugnancia por el usurpador Huerta, pero anteponía el razonamiento político. Por eso le decía a su amigo Reyes: “El ideal sería el bloqueo simple, que acabara con Huerta. A desearlo me entregaré en todos estos días. Entre tanto, no hay execración suficiente para Huerta. Fríamente considerado, sí creo que puede tenerse por el más estúpido e infame gobernante de la historia de América. Su propósito fue siempre – desde hace meses se sabe- provocar la guerra para apoyarse en la simpatía que creyó había de despertar en el pueblo su actitud *antiyankee*. Pero lo más significativo es que, hasta el medio día de hoy, no hubo una sola manifestación en la ciudad de México. La simpatía por Huerta se limitaba, cuando yo salí de allí, a una minoría de empleados públicos. Se ve que la caída de Torreón y San Pedro, [por las tropas villistas], y la amenaza sobre Monterrey y Tampico, hicieron que Huerta considerara llegado el momento de apelar el último recurso, la ofensa a los Estados Unidos. Ya éstos habían tolerado mucho: [el encargado de negocios] O’Shaughnessy –lo sé por Acevedo- había sufrido violaciones y pérdidas de correspondencia”<sup>332</sup>.

Pedro por lo tanto le aconsejó a Reyes algo que lo pondrá todavía más inquieto. No debería regresar por ningún motivo a México, quizá hasta 1916. Lo mejor sería que se quedara en París. Tampoco él podía salir de La Habana a Europa, por el bloqueo o guerra de intervención norteamericana a México. Por otra parte, le confesaba que La Habana le ha encantado. Su mar, “eso sí es maravilloso”. En cuanto a sus intelectuales, habían

---

<sup>332</sup>Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, Cuba. 20 de abril de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 299.

“mejorado mucho”. Chacón y Calvo<sup>333</sup>, Luis Baralt y Gustavo Sánchez Galarraga formaban parte de una “generación digna de las antiguas tradiciones cubanas”<sup>334</sup>.

La respuesta de Reyes a los acontecimientos narrados y explicados por Henríquez Ureña fue, por supuesto, dura y terrible. Pocas ocasiones escribió palabras tan estruendosas y llenas de ira: “Odio aquél país miserable y sólo me acuerdo de él para temblar ante el quizá ineludible regreso”, dijo. Los mexicanos de París lo creían huertista o felicista. Quiso aclarar su situación, pero no lo comprendían porque no lo conocían. La llegada de su hermano Rodolfo, ex ministro de Huerta, recrudenció el odio. Juan Sánchez Azcona, viejo amigo suyo, que estaba en París, no lo saludaba cuando se encontraban en la calle. Pedro González Blanco, agente carrancista, estuvo en la capital francesa y pasó a España, y no quiso visitarlo ni hacerle saber que estaba aquí<sup>335</sup>. Luis Cabrera hizo lo mismo, ni siquiera le dejó noticias de su estancia. El pintor Gerardo Murillo, se sentía “deshonrado por su contacto”. Sólo le quedaba Diego Rivera, “el más grande de todos” y por eso cada día que pasaba lo estimaba más. Y con García Calderón, finalmente hizo “migas”, gracias a “la influencia de su adorable esposa, Rosa Amalia”.

A los trabajadores de la Legación les decía que sólo era un empleado, que vendía sus horas de trabajo por unos cuantos francos. Mas había dos Legaciones, la de los constitucionalistas y la de los huertistas, y por supuesto, ni una ni otra se hablaban. No estaba dispuesto pues, “a pagar culpas ajenas”. Era “un apestado” a pesar suyo y “con la perspectiva” de que se le enterrara “vivo con el montón de apestados”. Todo era preferible, menos “vivir entre ellos y ser tenido por uno de ellos”. Comprendía que en México los “odios políticos se reflejarían” en su “vida por más de cinco años, y por más de cinco años” se proponía “vivir por acá, con

---

<sup>333</sup> Para Henríquez Ureña, Chacón y Calvo era un *erudito* en “literatura española y cubana. Muchacho excelente; grueso y desgarbado; tímido y con apariencia de apacible, pero apasionado hasta por la ira de don Marcelino [Menéndez y Pelayo], por la seriedad, y por cosas así, y con el gracioso defecto de ser muy puntilloso en materia social: es cuatro veces Conde, y no tiene dinero (apenas comienza a ejercer de abogado); de ahí, tal vez, sus temores sobre la conducta que los demás observan con él, en el sentido de que pudieran hacerle el menor desdén. Chacón es el que, con más facilidad, con un poco de más barnices clásicos y sajones y un mucho más de modernismo, podría sumarse a nosotros. También necesitaría adaptarse a nuestra perpetua gimnasia intelectual y humorística” (Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana. 8 de mayo de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 313).

<sup>334</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. La Habana, Cuba. 20 de abril de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., pp.299 y 300.

<sup>335</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 8 de junio de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 349.

un sueldo de unos quinientos francos”, que esperaba no le fuera a ser inaccesible. Era “una desgracia que, habiendo logrado” darse un lugar en México, lo perdiera “de nuevo ante esta gentuza desdeñable”.

Estaba nuevamente solo. Se le había “trastornado el mundo” y había retrocedido “diez años en la realización de sus *ideales prácticos*”. Comenzaba, sin embargo, “a paladear los frutos de estas interrogaciones” a que lo obligó “la distancia y la melancolía, y el profundo sentimiento de la injusticia”. Le parecía, a pesar de su *inteligencia brillante*, que ésta estaba “ligeramente embotada por falta de diálogo”. Creía que ahora era más digno de Pedro. Sino no contara con él, “como un motivo espiritual” de su vida, “estaría profundamente triste”. Le pedía que lo perdonara por hablarle de esta manera, pero estaba “bajo la influencia de tanta atrocidad” que le sucedía. Y no era por “aquellas insignificantes desazones” de las “incómodas primeras horas” en esta ciudad sino porque extrañaba a *nosotros*, al grupo. Y creía que eran los *mejores, desde lejos...*

Le daba frío acordarse de México. La “cuestión internacional” sólo había logrado entristecerlo “sin despertar” sus “exaltaciones patrióticas”. Percibía “claramente las arterias y mañas de Huerta provocando el conflicto [con los Estados Unidos] como la única salida que le quedaba”. A él no lo iba a engañar. ¿Qué sería de México? Creía que todos estaban manchados y que irremediamente se curarían matándose. Pedía a su “espíritu la fuerza suficiente para resistir a todas las tentaciones”. Le horrorizaba “la idea de ser juguete de nadie y de morir por cosas ajenas”<sup>336</sup>, le dijo, finalmente, a Pedro.

La situación política en México era efectivamente delicada, por eso no fue extraño que el 27 de abril de 1914, Reyes recibiera una misiva de Salvador Diego Fernández, secretario de la Legación de México en Viena. El diplomático le dijo que los secretarios de esa Legación iban a regresar a “la patria para tomar las armas” y creían que entre los compatriotas que vivían en Europa su idea seguramente ya había surgido. Por lo que le pedía informes sobre qué preparativos hacían los mexicanos en París. Su propósito era

---

<sup>336</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 25 de abril de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., pp. 301-305.

dirigirse a De la Barra para orientarse, partir hacia Centroamérica e ingresar a México, en cuya frontera creía encontrar elementos favorables<sup>337</sup>.

Este mismo día Reyes le informó a Salvador Diego Fernández que acababa de recibir su carta del 24 de los corrientes y se “apresuraba a manifestarle, en respuesta, que, efectivamente, entre los compatriotas de aquí residentes” ya había cundido la “idea de partir para México, aunque nadie” sabía “ponerse de acuerdo sobre el itinerario que habría que seguir”. El señor De la Barra citó a los “mexicanos de todos los partidos” para que actuaran de “común acuerdo” y se desarrollara “cualquier género de actividad útil a la causa nacional”. Sin embargo, las divisiones políticas interiores impedían que toda la colonia se uniera. Mientras unos se mantenían a la “expectativa”; otros nombraron “una junta” que celebraba “su segunda sesión” en estos momentos y que parecía “resuelta a arbitrar recursos” para los que desearan embarcarse, así como auxilios para la Cruz Roja. Creía, finalmente, que todo dependería de cómo giraran las cosas, pues notaba “suma indecisión hasta en los más decididos, sin duda”, porque ignoraban “el verdadero carácter de los acontecimientos”. Cuando hubiera algo importante que decirle, le escribiría nuevamente<sup>338</sup>.

Esta era pues la situación no sólo en México sino también del cuerpo diplomático mexicano en Europa: prepararse para una eventual guerra de intervención norteamericana en México y sobre el asunto del usurpador Huerta. Para salir adelante de este ambiente y su secuela, Reyes continuó su vida parisina y americana y sacó fuerzas suficientes para resistir el naufragio. Así pues, siguió comprando libros y completando sus colecciones de clásicos españoles. El Flaubert que tenía lo cambió por otro mejor; y su Stendhal, por la edición definitiva de Champion, en 35 volúmenes. Escribía, traducía e investigaba. La Biblioteca Nacional de París la frecuentaba, y encontró en su sala de manuscritos, la censura del Arzobispo de México al discurso guadalupano de Fray Servando Teresa de Mier<sup>339</sup>. Y como si nada pasara, una nueva criada tuvo, la bretona, Anna Queau.

---

<sup>337</sup>Carta de Salvador Diego Fernández a Alfonso Reyes. Viena, 24 de abril de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 838.

<sup>338</sup> Carta de Alfonso Reyes a Salvador Diego Fernández. París, 27 de abril de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 838

<sup>339</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 14 de julio de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 399.

Seguía adelante con los proyectos de hacer nuevos libros de ensayos y seguía enviando sus artículos a la *Revista de América* y a la *Revue Hispanique*, a las nuevas revistas que le habían solicitado su colaboración, como la cubana, *Cuba contemporánea*, y las mexicanas *Nosotros* y *México. Revista ilustrada*. Y entre los artículos que recientemente habían aparecido, dos estaban haciendo opinión entre los estudiosos, los que se refieren a Amado Nervo y a El periquillo sarniento y la crítica mexicana<sup>340</sup>. A pesar de tanto trabajo y tanto esfuerzo seguía pobre, esperando la llegada de Pedro, esperando el infernal calor del verano que se aproximaba y ahorrando los pocos centavos en vista de la catástrofe que se anunciaba.

En el verano de 1914, Reyes salió a pasear por primera vez con Foulché-Delbosc, que ya se encontraba veraneando en Montigny, a hora y media de París, por ferrocarril. Lo citó en este pueblo porque se comía mejor que en donde vivía, en Bourron. Pero antes de la comida, Raymond le enseñó lo más importante de este pueblo, como su iglesia, “sin estilo, admirablemente colocada entre ramos de árboles y frente a un río arroyo”. Y desde el puente se tenía “uno de esos paisajes hechos con todas las reglas preceptivas, que tanto aburren en los pintores pero que siempre gustan en la naturaleza”. Terminado el paseo se fueron a comer. Y una hermosa mujer les sirvió, hija del dueño, de la que Reyes se enamoró. Pero no se quedó para poder cortejarla, porque en París lo esperaba su mujer.

Terminada la comida, pasearon por el bosque de Fontainebleau y llegaron a Marlotte, pueblo en donde vivió Murger y murió el hispanista León Rouanet que editó en la Biblioteca Hispánica el llamado *Códice de autos viejos* perteneciente a la Biblioteca Nacional de Madrid. En este pueblo encontró cosas curiosas, como el grabado que tenía una puerta: *Satis Morituro*; o la exhibición de todos los libros publicados por el *Murcure de France* en un taller de bicicletas. Finalmente llegaron a Bourron, pueblo en donde vivió Robert Louis Stevenson, y a lo lejos estaba la casita de Foulché-Delbosc, que no la visitó porque tenía que

---

<sup>340</sup> Un buen resumen de estos días y de sus aspiraciones se encuentra en la carta que Reyes le envió a Martínez Luis Guzmán. Si podía, le dijo, “algún día” escribiría “una historia de la idea nacional en México”, en donde señalaría sus “más profundas y escondidas verdades sobre la situación de México en el mundo”. Trabajaba también en un libro de *Utopías* o *Repúblicas Ideales* así como la *Educación del político en la literatura española*. Tenía un ensayo sobre el misticismo “como condición de la vida activa” (Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán. París, 12 de marzo de 1914, en *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia. 1913-1959*, edición, prólogo (epistolar), notas y apéndice documental de Fernando Curiel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, p. 84. [Nueva Biblioteca Mexicana, 104].

regresar a París. Sólo supo que ahí tenía muchos libros y su cuarto de trabajo era de 2x3 metros. Muy cerca el Castillo de Montesquieu.

En este paseo hubo *revelaciones*. Entre ellas, la más importante, por qué se hizo hispanista. Esta fue su historia. A los quince años deseaba ser cónsul en Oriente y aprendió lenguas orientales para ser intérprete. Se dio cuenta muy pronto que a la carrera sólo entraban los hijos de diplomáticos. A los diecisiete presentó examen de lengua alemana, que no sabía, y obviamente, reprobó. “El joven extravagante, por extravagancia, por orientalismo, por bohemia espiritual, por lujuria del espíritu, decidió entonces estudiar otro año y presentar un nuevo examen, con la lengua española [...]. Estudió sólo la lengua española durante diez horas diarias. Para poder estudiarla fue escribiendo una gramática [...] que después le sirvió de texto en escuelitas en que fue profesor. Se presentó a examen: fue su examinador el profesor de la lengua, el viejo *feu* M. Émile Ghébart (¡), que no sabía español. Gran éxito y aprobación ruidosa. Tradujo entonces, *El estudiante de Salamanca* y *El licenciado vidriera* (¡*tour de force* horrible!) de que vendió catorce ejemplares en tres años. Pero mucho más difícil fue encontrar editor. Shopenhauer no lo halló en varios años para sus traducciones de Gracián. Y así nació la afición” por España<sup>341</sup>.

Por supuesto que en esta conversación, Foulché-Delbosc tocó el asunto de qué haría y a dónde se iría cuando lo despidieran del servicio diplomático. Reyes, por eso le preguntó a Raymond, si creía conveniente que se fuera a vivir a Madrid, pues en Francia no pagaban las colaboraciones. Con Huntington a la Hispanic, le respondió; pero Huntington quería puro yanqui. ¡Qué problema! Reyes entonces le planteó la cuestión de la *Revue Hispanique* y sus deficiencias. Tenía razón, le contestó, pero no tenía quién lo ayudara, pero si lo encontraba... E hizo un largo silencio. El estudioso de la lengua y literatura española lo invitó a consagrarse al hispanismo. “¿No le convendrá a usted”, le dijo, “escoger un asunto especial de la literatura española y estudiarlo varios años para darnos después el resultado de sus trabajos?”. Este estudio no lo distraería de sus quehaceres, le señaló, y le ofreció su ayuda y su biblioteca<sup>342</sup>. Nada más, pero nada despreciable ayuda.

---

<sup>341</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 10 de julio de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 395.

<sup>342</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 10 de julio de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., pp. 396 y 397.

Reyes no andaba mal en sus cálculos políticos. En agosto ya sabía a qué atenerse, pues le habían dado la noticia de la renuncia del dictador Huerta. La situación económica se agravaba para él y para su familia porque no habían recibido el sueldo del mes de julio y dudaba que recibieran el de agosto<sup>343</sup>. Y un asunto más, que lo puso más preocupado, la guerra europea. Los socialistas franceses estaban tomando una decisión que, en opinión de Reyes, era terrible. Decidieron que para “evitar la guerra a todo trance” iban a “declarar la huelga general en caso de guerra. Pero con una condición: que la huelga” fuera simultánea “en los países interesados (entiéndase: también Alemania)”<sup>344</sup>. París empezó a vivir en pánico. La *Revue Sudaméricaine* editaba su último número, *La Revista de América* tenía déficit. Ventura García Calderón estaba en España como secretario de la Legación de Perú. Por todo ello, Reyes escribió: “Todas las naciones se arman. Estamos en vísperas de la toma de Bizancio. Seguramente que vemos el fin de una era histórica: la de las Grandes Potencias)”<sup>345</sup>. Con el preludio de guerra, Reyes buscó otra vez nueva casa, y el destino quiso que su nueva morada fuera España.

#### 4.- *En Madrid: está nuestro grupo*

En el verano de 1914 se escucharon de nuevo los tambores de guerra. La llamada gran guerra europea estaba por empezar y el ciclo de las Grandes Potencias llegaba a su fin. El ambiente bélico trastocó aún más la vida de Alfonso Reyes, la de los franceses y la de muchos otros extranjeros, como la de Giorgio de Chirico<sup>346</sup>. Las personas salían a las calles

---

<sup>343</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 17 de julio de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., pp. 402 y 403.

<sup>344</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 22 de julio de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., pp. 410 y 411.

<sup>345</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 1º, de agosto de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 420.

<sup>346</sup> En sus *Memorias*, Chirico comenta sus días en París, cuando empezaban las hostilidades y preludio de la llamada primera guerra mundial. Su testimonio escrito muchos años después de esa ‘primera guerra vale la pena contrastarlo con la opinión de Reyes que escribió sobre estos días precisamente en el momento que caían las primeras bombas sobre París. Chirico de esos días veraniegos y parisinos de 1914, escribió: “Era verano, hacía un calor sofocante. Un buen día todo empezó a confundirse y a vacilar, la gente se reunía en las calles, los periódicos se vendían rápidamente. El delito de Sarajevo: la guerra.

Nos quedamos en París asistiendo a aquella gran tensión de los primeros días del conflicto. Los alemanes avanzaban sobre la capital. Cada tarde, al ponerse el sol, aeroplanos alemanes aislados sobrevolaban París lanzando manifiestos y octavillas que incitaban a la rendición. Una mañana, volviendo a casa como hacia las once, oí un tiro. Pensé que sería el cañón del mediodía y saqué el reloj para ver la hora, pero enseguida vi

a buscar provisiones, pero los comerciantes no querían recibir billetes. El único que tenía monedas era el Banco de Francia. Para tener tan codiciado metal había que hacer grandes colas que abarcaban varias calles. La situación se tensó aún más por el asesinato del socialista Jean Jaurès<sup>347</sup> y por penetración de las naves aéreas enemigas en el cielo galo. Las plazas empezaban a ser abandonadas y todos se preparaban para la guerra.

Las calles estaban desiertas por el estado de sitio y por la movilización. “Ni un *alma* en los Campos Elíseos”. Las grandes fortunas depositadas en los bancos menguaban o desaparecían. Todos estaban pobres. Algunos se iban a España con dinero prestado y los más se iban a la guerra. Las noches en París ya no fueron las mismas. Los cafés, teatros y cabarets cerraron sus puertas. El bullicio desapareció. Para “evitar la posible sorpresa de un aeronave alemán” pusieron “dos reflectores”. Cuando la noche estaba despejada se veían “dos enormes aspas de luz girar y conjugarse en el cielo”. Cuando había nubes sólo se veía algo así “como dos barquitos de luz” que flotaban y cuando se acercaban tanto parecían “los lentes de unos enormes antiparras celestes”. Este era pues “el único espectáculo nocturno de París”, y uno que otro *cinema* por los bulevares<sup>348</sup>.

La Legación de México en Francia se hizo cargo de atender a todos los latinoamericanos que querían salir de París, hacia el único posible destino, España, por petición de la misma Francia y por las representaciones diplomáticas hispanoamericanas<sup>349</sup>. El trabajo pues, fue arduo. Diariamente despechaba cincuenta solicitudes, lo que suponía “arreglar” cincuenta

---

mucha gente que corría hacia un lugar cercano y me uní al gentío: un aeroplano había lanzado una pequeña bomba que, estallando sobre la acera, había matado a un señor anciano y le había destrozado la pierna a una jovencita. Llegó a gran velocidad una ambulancia, oí las voces de la gente imprecando contra los *boches*. Por el suelo había manchas de sangre. Decidimos alejarnos de París, y con mi madre y mi hermano partimos hacia una pequeña playa de Normandía llamada Ouistreham. El tren estaba lleno de fugitivos, con nosotros viajaba también Paul Guillaume, que habiendo sido declarado inútil, no tenía obligaciones militares” (Giorgio de Chirico, *Memorias de mi vida*, traducción de Sofía Calvo, Madrid, Editorial Síntesis, 2004, pp. 93 y 94. Las cursivas son del autor).

<sup>347</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 1º, de agosto de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 420. [Biblioteca Americana].

<sup>348</sup> Cartas de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 19 y 24 de agosto de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 440 y ss.

<sup>349</sup> Rufino Blanco-Fombona fue el testigo de la situación que se vivía en París en el verano de 1914, y de que la Legación de México en París, estaba encargada por Francia y todo Hispanoamérica para el “transporte, a la frontera española, de los hispanoamericanos” (Carta de Rufino Blanco-Fombona a Alfonso Reyes. París, s.f., en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 309).

mil “documentos en otras tantas oficinas”<sup>350</sup>. Y las noticias que los diplomáticos recibían desde México eran alarmantes y contradictorias. A Reyes le anunciaron su cese, aunque todavía no era oficial. ¿Qué hacer ante esta situación? Por lo menos sabía a qué atenerse.

Reyes empezó a cavilar. Trabajo literario no había en Europa y sólo tenía su sueldo de funcionario para vivir. Y sus libros, ¿dónde los dejaría en caso de salir de Francia? ¿Regresar a México? Ni pensarlo. Las cosas estaban muy revueltas y había quién sólo pensaba en venganzas. Quizá tendría que ir a España, en donde no había “estado de guerra”<sup>351</sup>. Mientras llegaba el momento tomar una decisión, siguió pensando en qué hacer cuando llegara el cese anunciado.

En los últimos días de agosto, Reyes recibió dos cartas de sus amigos mexicanos. Jesús Acevedo le decía que se encontraba en Madrid, desde el día 22 de agosto, que estaba recién casado, y le pedía ayuda y orientación pues no sabía qué hacer en Madrid<sup>352</sup>. Castro Leal, desde la capital de la república mexicana le escribía para decirle que “la conflagración europea” era “más interesante, que la revolución mexicana”. Nuestra revolución era “la persecución de lo imposible a través de lo inútil”. Todos los valores estaban cambiando, desde los económicos hasta los morales. “País divertido México”. ¿Debería desear que México desapareciera? Cuando menos. Porque México estaba “inundado de naturales. La repetición de la guerra de Conquista; la revancha de los tarahumaras sobre los descendientes de los españoles. Desconocimiento sistemático de todo gobierno por el inmediato en grado militar del gobernante, desprestigio de todo revolucionario al subir a la presidencia, falta de vergüenza, de dinero, de todo”. ¿Cuándo saldría el sol? Algún día, pero cuando saliera, iba a estar manchado.

En Europa la guerra era “ilógica y canalla”, aseguraba Castro Leal. Si la guerra fuera entre Francia y Alemania, aquélla debería ser derrotada. Y sin embargo, Francia era un país literario; y París era “una ciudad levantada para todos, por eso no debía morir”. Alemania era “la sabiduría, lo mejor de lo bueno en nuestro espíritu recto, nuestra fuerza sería

---

<sup>350</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París 13 de agosto de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 429.

<sup>351</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 14 de agosto de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 435.

<sup>352</sup> Carta de Jesús Acevedo a Alfonso Reyes. Madrid, 23 de agosto [de 1914], en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 10.

creadora, el microscopio que llevamos al lado del corazón; pero Francia el error cercano a la sabiduría (¡qué delicia!), lo malo de lo mejor, la sociabilidad por la sociabilidad; alas de nuestro corazón y ¡miel de nuestro espíritu! Francia en el mapa geográfico y en el espiritual y en el moral está al lado de Inglaterra, un canal las divide; al lado de Alemania, una muralla artillada las separa”. Y ya no siguió porque no sabía por dónde iba la cosa. Antes de terminar de escribir su carta sólo le pidió que le escribiera<sup>353</sup> y que hiciera un esanyo sobre París.

Un ensayo merecía París pues la vida en la ciudad se volvía cada día más difícil. Las bombas empezaron a caer. Tres días llevaban los aeroplanos y zeppelines bombardeando la capital de la República francesa. Y en medio de esos bombardeos, Reyes descubrió que en el patio de la Embajada de España había “un campamento de maletas”. No había que pensar más y había que hacer lo conducente, pues su “vago instinto militar, provocado por la electricidad ambiente” le decía que debería hacer lo mismo. Y así lo hizo. Tan pronto llegó a su casa, preparó su equipaje. La parte administrativa la había cumplido, al proporcionarles la documentación a los hispanoamericanos que querían salir de París, por lo que pidió su “licencia anual reglamentaria”. Todo estaba arreglado para que a la salida del gobierno francés, saliera con él. El dos de septiembre de 1914, a las diez de la noche, partió en el tren diplomático especial para Burdeos. A esta ciudad llegó al día siguiente, a las tres de la tarde, con su esposa, su pequeño hijo y la nana bretona, Anna Queau<sup>354</sup>.

¡A buscar dónde hospedarse! Y su sorpresa fue mayúscula: nadie los aceptaba. La luz del sol arrojaba sus últimos destellos y, por fin, encontró algo para descansar. “Durante quince minutos” tuvo “la ilusión de encontrar posada”. Apenas estaban acomodándose cuando un grito los fulminó. La sirvienta les pidió que salieran inmediatamente porque la dueña no admitía niños. No tenía más que uno, y aún no había tenido “tiempo de enseñarlo a llorar”, le respondió Reyes. Fue inútil. Otra vez a la calle, “posada de todos, donde es pecado de las repúblicas el no consentir que los hombres no duerman en el suelo”. Al Consulado

---

<sup>353</sup> Carta de Antonio Castro Leal a Alfonso Reyes. México, 24 de agosto de 1914, Serge I. Zaitzeff, *Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, cit., en pp. 35 y 36.

<sup>354</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. San Sebastián, septiembre 19 de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 474; *Obras completas de Alfonso Reyes. II. Visión de Anahuac. Las vísperas de España. Calendario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 143. [Letras mexicanas].

mexicano fue a pedir ayuda, pero el Cónsul estaba muriéndose de neumonía. El Vicecónsul le tendió la mano y “no se dio punto de reposo hasta lograr la gran merced de que su hospedera –ocultamente y a precios criminales” le dio “habitación en las buhardillas de su casa”<sup>355</sup>, “desde cuyas ventanas” veía “el disco rojizo de la luna saliendo de la mano de una estatua de la República que está en el Parque”<sup>356</sup>.

Tres noches durmieron en esa buhardilla de Burdeos, y otra vez, con su mujer, su hijo y la nana bretona abordaron el tren, cruzaron la frontera franco española y llegaron a San Sebastián, a las cuatro de la tarde, del seis de septiembre. El mar, el paisaje, los “pueblecitos encantadores derramados por las colinas con una ingenuidad de casitas de ‘nacimiento’, les dio tranquilidad a sus cuerpos y a sus espíritus”. Era la *tregua* que necesitaba antes de continuar el camino. En esta ciudad vivía su hermano Rodolfo, y en la casa de su hermano no le costaría el alojamiento<sup>357</sup>. Sólo pagaría sus alimentos y los de su familia.

En San Sebastián se encontró con varios mexicanos en iguales o parecidas condiciones. La revolución en México echaba de su suelo o devoraba a sus hijos. Algunos esperaban que la situación terminara o que algún grupo revolucionario triunfara para sumarse a sus filas. Este no era el caso de Reyes, que quería seguir adelante. Valerse por sí mismo. En México

---

<sup>355</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. II. Visión de Anahuác. Las vísperas de España. Calendario*, cit., p. 145.

<sup>356</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. San Sebastián, septiembre 19 de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 475. Cinco años después, Reyes recordó esas “noches irónicas”. Más reposado, pero sin olvidar esos momentos que lo obligaron de una vez por todas a seguir adelante, hacia el sur, hacia España. Por eso describió ese lugar desde donde contempló aquella luna: “Mi desván, antiguo granero, estaba lleno de cachivaches donde, con dos o tres pases de escoba, conquistamos, contra los insectos y los fantasmas, un rincón bastante para tender al suelo unos colchones. No había puerta, y la ventana se resistía a cerrarse, y se pasaba la noche bostezando hacia el cielo claro. En la ventana, y sobre la cabeza de la estatua de la Libertad que se columbraba desde lejos, se instala una luna roja, de vino tinto, vieja cepa Burdeos. Una luna inmóvil y enorme que nos emborrachaba, e imantándonos el alma, nos dejaba sin sueño a lo largo de las cálidas noches. Nos revolvíamos sin pegar los ojos, chupado el espíritu por la luna glotona, envueltos en un vapor de oro. Pero aquel alimento inefable, aquella emanación de luna, nos hacía veces de sueño” (*Obras completas de Alfonso Reyes, II. Visión de Anahuác. Las vísperas de España. Calendario*, cit., p. 146).

<sup>357</sup> Vilar, en su disertación sobre *El exilio en la España contemporánea*, nos dice que a comienzos del siglo XX la voz que más se utilizó fue la de exiliado, “del latín *exilium*, de significación todavía más contundente” porque se abandona “el país de forma voluntaria o forzada, tal salida conlleva prohibición expresa de regreso, es decir, expulsión, exclusión y destierro. Se entiende que el exiliado o expatriado es excluido de su país de origen por considerársele un delincuente político, de acuerdo con la normativa legal vigente en el respetivo país de origen y en cada circunstancia histórica concreta” (Juan B. Vilar, *El exilio en la España contemporánea. Lección inaugural del curso académico 2006-2007*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006, p. 9).

se había formado y educado, pero no quería regresar. Era pues la hora de enfrentarse a su propio destino. Su destino era España. Y era aquí en donde acaso lograría desvincularse de México, *por una era*<sup>358</sup>. Tenía fe. Mientras llegaba ese día quería seguir en San Sebastián, descansar unos días, tomar alientos, y después continuar la búsqueda de su destino.

La suerte le empezó a sonreír. En San Sebastián vivió uno de esos momentos fundacionales de su vida. Se encontró con Azorín, periodista, político conservador y diputado a Cortes, quien le resultó un “hombre de aspecto humilde, casi vulgar, de difícil palabra, vergonzoso, callado. De mirada penetrante”<sup>359</sup>. Reyes le envió una tarjetita pidiéndole conversar con él. El alicantino, desconfiando, solicitó la opinión del Ministro de México, Francisco A. de Icaza, que también se encontraba veraneando. ¿Quién era ese mexicano?, preguntó. Icaza lo tranquilizó. Le dio pormenores. En consecuencia, Azorín decidió que el domingo, a las doce del día, estuviera en su casa, San Martín, 40, 1º., para conversar. El 13 de septiembre, Reyes se presentó en ese domicilio. Por primera vez se encontraban, cuando el “cielo estaba azul con nubecitas blancas”<sup>360</sup>. Charlaron y divagaron. Después, salieron juntos por el Paseo de los Faros.

El poeta nayarita Amado Nervo también se encontraba en San Sebastián, de veraneo. Se enteró que estaba Alfonso y lo invitó a su casa, en Easo, 6, pues le daría mucho gusto saludarlo y charlar sobre la guerra. Estaba “aprendiendo la mar de tácticas francesas y alemanas”. Se sabía todo Van der Goltz, Blücher, Sauer, Moltke... “¿Cuándo devolverán

---

<sup>358</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. San Sebastián, septiembre 19 de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 478.

<sup>359</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. San Sebastián, septiembre 19 de 1914, en *Alfonso Reyes/ Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. I. 1907-1914*, cit., p. 477.

El 3 de julio de 1914 Reyes le escribió a Henríquez Ureña, y entre otras cosas de interés de esta carta, está la primera opinión y juicio sobre Azorín. Y quién se iba a imaginar, que a escasas semanas, tuvieran su primer encuentro. Tan veleidosa es la fortuna. Reyes dijo que el alicantino era “grande en lo pequeño, y pequeño en lo grande. Es lamentable la facilidad con que niega elogios, buen ratón de libros, descubre genio en meras curiosidades. En cambio se pone algo envidioso ante las obras serias, conscientes. ¿Leíste su artículo sobre Fray candil? Me parece que no entiende a fondo, sino la literatura española del siglo XIX (le falta la cuarta dimensión: el *sentimiento* de lo no contemporáneo). Es romancón. Sus procedimientos narrativos lo son aún. No sólo se ha aprovechado de la idea de Valera sin darle las gracias, sino de una de Ramón y Cajal. Lee en *Valores literarios* el artículo que le dedica, páginas 75-80, párrafo final sobre todo, y luego, en el libro anterior, *Clásicos y modernos*, lee el llamado ‘La decadencia de España’; notarás que todo éste surge de Ramón y Cajal. A veces es un mero gacetillero que da noticias de un libro resumiendo su introducción” (Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 3 de julio de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, cit., pp. 381 y 382. Los subrayados son nuestros).

<sup>360</sup> Carta de Azorín a Alfonso Reyes. Madrid, 18 de junio de 1928, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 181.

París al mundo?” le preguntó. Pues empezaba a sentir nostalgia de la Place du Théâtre Français<sup>361</sup>.

Reyes también fue a visitar a su paisano, pero no olvidaba cuál era su destino final. Es decir, que en San Sebastián estaba de paso; en Madrid tendría que hacer el asalto. Así pues, empezó a escribir a los conocidos, para que lo ayudaran y recomendaran con cuanta gente fuera posible. El trabajo lo necesitaba. Una de esas cartas que escribió en este pueblecito vasco, fue a don Rafael Altamira, el 20 de septiembre de 1914<sup>362</sup>. Le escribía, le dijo, recordando “los días de México –de aquel otro México que ha de volver alguna vez- y pensando en la comunidad fundamental de labor” que los unía, “labor grande en su caso y modestísimo”, en el suyo. Se tomaba la libertad de pedirle una entrevista cuando llegara a Madrid, a donde le expondría su situación y escucharía su consejo.

Sin embargo, le hizo un breve recuento de su vida, de su amistad con Fulché-Delbosc, de sus colaboraciones en la *Revista de América*, *Revue Hispanique*, *Cuba contemporánea* y de algunas publicaciones mexicanas. No deseaba volver a México porque hombres como él no hacían falta “y adonde sería víctima de pasiones políticas” que no había desencadenado. No le perdonaban ser hijo de Bernardo Reyes y hermano de Rodolfo. Sus “estudios y las tradiciones” de su espíritu lo llevaban a Madrid, donde quería trabajar. Pero temía “ser confundido con la bohemia literaria y ser tenido por un aventurero vulgar”. Por eso le solicitaba la entrevista y sus consejos.

---

<sup>361</sup> Carta de Amado Nervo a Alfonso Reyes. San Sebastián, 12 de septiembre, 1914, en Amado Nervo, *Obras completas. Tomo II. Prosas-Poesías*, edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero (prosas), y Alfonso Méndez Plancarte (poesías), Madrid, Aguilar, S.A., Ediciones, 1952, p. 1175.

<sup>362</sup> Don Silvio Zavala recordó de esta manera los años que su maestro y director de tesis doctoral, don Rafael Altamira, hizo su viaje por América, entre 1909 y 1910: “Al proyectarse el viaje a América, se incluyó en el programa patrocinado por la Universidad de Oviedo, el dar conferencias de ‘Historia de América y de sus grandes hombres, de ‘Historia de España’, de los ‘Problemas morales y políticos de España y sus antiguos Virreinos y capitanías Generales en ese nuevo Continente’, etcétera. Es claro que sólo un estudioso preparado a fondo en la historia peninsular y en la americana podía cumplir satisfactoriamente esa amplia misión. Es sabido que entre junio de 1909 y marzo de 1910, Altamira visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y los Estados Unidos, no pudo tocar otros países americanos, contra su deseo, debido a diversas circunstancias. Dio unas 300 conferencias, con tal éxito, que según documento de la época, ‘se hizo necesario, en Buenos Aires, el empleo de la fuerza pública para evitar las violencias de los que se empeñaban en entrar en el aula cuando ya no cabía más gente’.

Al regresar a España, Altamira fundó el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, en el Centro de Estudios Históricos, habiendo funcionado entre 1911 y 1913.

Desde 1914 ocupó en la Universidad de Madrid su famosa cátedra de ‘Historia de las Instituciones políticas y civiles de América’, común a los doctorados de Derecho y Filosofía y Letras. A ellas asistió hasta su jubilación en el año 36” (*Silvio Zavala en la Memoria de El Colegio Nacional. I. (1947-1974)*, compilación y prólogo de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2009, p. 331).

Sus ambiciones eran humildes. Sus necesidades eran las indispensables. Consideraba “como la primera deuda” con su alma era “salvarse de este mal hado” que lo perseguía. Sabía que abdicando de los “fines” de su vida podría encontrar acomodo en donde fuera. Era joven y sabía que “la fuerza material, por ejemplo, en todas partes” se cotizaba. Pero lo que no soportaría era tener “una vida contraria a los fines” que había escogido, o que lo escogieron a él, aunque eso no lo sabía. Tenía una “prudente fe” en sí mismo “y le seguridad completa” de que Altamira no le cerraría los oídos. Le agradecía de antemano la atención a su solicitud<sup>363</sup>.

Los consejos que pronto le llegaron fueron los de Foulché-Delbosc, quien le encareció no ir a Madrid en septiembre, por las lluvias y las pocas gentes, sino hasta octubre. Le pidió que cuando llegara a la capital, le enviara sus señas y le dijera qué “clase de cartas de presentación” quería. “¿A amigos con quienes hablar (y perder el tiempo, aunque de un modo agradable?), ¿a librerías y editores?”. Era una lástima que no estuviera en Madrid para “ahorrarle ciertas dificultades imprescindibles de todo *debut*”, pero se haría lo posible<sup>364</sup>. En cuanto a París, reinaba la tranquilidad. Los alemanes no los visitaron muy a pesar de sus deseos. Las calles estaban desanimadas, les quitaron los autobuses “infernales” y no sabía si vivía en un París de 1880 o en uno “casi casi silencioso”<sup>365</sup>.

Así pues, el plan para salir a Madrid estaba listo. Sin embargo, poco antes de salir de San Sebastián, le llegó una nueva carta de Acevedo. Éste estaba realmente angustiado porque la prensa española era antifrancesa y creía que los malos iban a ganar. París estaba “asolado y ardiendo sin que su gracia grave” lo salvara. Y luego le contó cosas de su vida, que los testigos de su boda fueron Antonio Caso y Federico Mariscal, que tan pronto terminó el casamiento salieron de la Ciudad de México. Los esposos llegaron al Puerto de Veracruz y se encontraron con las tropas estadounidenses. Siempre se consideró profundamente mexicano. Pero el ambiente que vio y vivió lo hizo sufrir. Por fin se embarcaron. Muchos generales venían así como cuarenta frailes, sesenta monjas, políticos conocidos como

---

<sup>363</sup> Carta de Alfonso Reyes a Rafael Altamira. San Sebastián, 20 de septiembre de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 73.

<sup>364</sup> Carta de Raymond Foulché-Delbosc a Alfonso Reyes. París, 30 de septiembre de 1914, en *Ábside. Revista de cultura mexicana*, México, XIX (1), enero-marzo, 1955, p. 50.

<sup>365</sup> Carta de Raymond Foulché-Delbosc a Alfonso Reyes. París, 11 de septiembre de 1914, en *Ábside. Revista de cultura mexicana*, México, XIX (1), enero-marzo, 1955, pp. 48 y 49.

Lozano, Valenzuela, el obispo de Potosí. Al fin llegó a Madrid. No sabía qué hacer. No se atrevía a “formular planes”. El destino era su dueño. Sufría por su México y sabía que no volvería jamás. Echaba de menos su “modesta vivienda”, sus queridos libro, su calle, su barrio. En Madrid estaban Amado Nervo y Eduardo Colín, quienes le mandaban saludos así como su mujer. Le pedía que se cuidara<sup>366</sup>.

En septiembre el pintor mexicano Ángel Zárraga llegó a Fuenterrabía y fue a ver a Reyes. Pasaron tres días juntos. Tiempo para planear su viaje a Madrid. Reyes decidió que su familia se quedara en San Sebastián y salió con Zárraga para la villa y corte. El 2 de octubre se encontraban en Madrid. Su amigo Acevedo, los esperaba. Ángel se comportó con Alfonso como un gran amigo e hizo lo mismo que en Francia. Allá, lo presentó con Leopoldo Lugones; aquí, con Enrique Díez-Canedo, uno de los escritores más brillantes y un gran americanista. Reyes ya estaba en Madrid. Ahora a buscar trabajo, pues el dinero que traía era escaso, y lo tenía que multiplicar para no pasar hambres.

El 6 de octubre, Nervo le dio a Reyes una carta de presentación para Gregorio Martínez Sierra, fundador de la Editorial Renacimiento. Abogaba por su amigo mexicano y le decía que Reyes era “el primer escritor sin duda alguna, de los jóvenes de México”. En todas las revistas americanas colaboraba, y también las que había en París. Autor era de “un bello libro” publicado por la casa Ollendorf, *Cuestiones estéticas*. Lo apoyaba para que Renacimiento le publicara algún libro de su autoría y le aseguraba “con toda sinceridad” que sería uno de “los más serios y concienzudos que edite la casa<sup>367</sup>”.

En tanto que encontraba empleo, Reyes le dio a Foulché-Delbosc las primeras impresiones de Madrid, que no eran muchas, pero sí significativas, como la de estar desacostumbrado a la comida española y estar espantado de las horrendas posadas. El francés lamentaba no acordarse de dos o tres casas que eran “amigas de la limpieza y del aseo” para darle las señas. En cambio, sí le recomendaba pasar por la casa editora que dirigía Martínez Sierra, que era la casa que mejor pagaba a sus colaboradores, y ojalá tuviera algo para él. Igualmente lo invitaba a publicar “algún estudio de su investigación o de crítica”, en la

---

<sup>366</sup> Carta de Jesús Acevedo a Alfonso Reyes. Madrid, 2 de septiembre de 1914, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expedite 10.

<sup>367</sup> Carta de Amado Nervo a Gregorio Martínez Sierra, 6 de octubre de 1914, en Amado Nervo, *Obras completas. Tomo II. Prosas-Poesías*, cit., p. 1175.

revista que dirigía, la *Revue Hispanique*. Por cada página firmada por él le pagaría cinco pesetas. Esperaba sus propuestas y de inmediato le diría si el “asunto” convenía o no<sup>368</sup>.

Alfonso Reyes así empezó su vida madrileña, tocando puertas, buscando trabajo, frecuentando y compartiendo sus experiencias de vida con mexicanos, saltando de posada en posada, y conociendo día con día a los intelectuales españoles que siempre los encontraban en los cafés o en el Ateneo. La lista de los conocidos se fue haciendo larga y sus nombres eran los que estaban haciendo toda una época en España: Además de Azorín y Díez Canedo, estaban José Ortega y Gasset, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Cipriano Rivas Cherif, Enrique de Meza, Antonio Solalinde, Ramón del Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, José María Salaverría.

Con casi todos ellos empezó a relacionarse, y para sorpresa suya, algunas de estas personalidades españolas conocían algún trabajo suyo. Reyes se sintió alagado. Y todavía más cuando le abrieron las puertas de las instituciones en donde trabajaban como el Centro de Estudios Históricos de Madrid; Centro que, como bien lo señala López-Ocón, era “una escuela de pensamiento y [de] trabajo colectivo, sobre todo en el campo de la filología” y actuaba como una “plataforma de acción cultural de una de las corrientes de pensamiento influyentes de la España contemporánea, como fue la krausista-institucionista, creadora de un patrimonio español abierto a corrientes europeístas y cosmopolitas”<sup>369</sup>.

Asimismo, lo invitaron a participar en los proyectos editoriales que estaban desarrollando en ese Centro, como la *Revista de Filología Española*; así como a colaborar en *El Sol*, o en la revista de próxima aparición, *España*. Las casas editoriales también lo invitaron a formar parte de su catálogo, Renacimiento, Biblioteca Corona, Lectura, entre otras<sup>370</sup>. Tal fue la

---

<sup>368</sup> Carta de Raymond Foluché-Delbosc a Alfonso Reyes. 7 de noviembre de 1914, en *Ábside. Revista de cultura mexicana*, México, XIX (1), enero-marzo, 1955, p. 54.

<sup>369</sup> Leoncio López-Ocón Cabrera, “El Centro de Estudios Históricos: un lugar de la memoria”, en *Boletín. Institución Libre de Enseñanza*, II época, Madrid, números 34 y 35, mayo de 1999, pp. 30 y 31.

<sup>370</sup> Chacón y Calvo, quien fue uno de sus compañeros cubanos en Madrid, a partir de 1918, cuenta que, con la diaria jornada que Reyes pasaba en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, se iba formando “el escritor en los métodos severos de la escuela de Menéndez Pidal”, “continuabadespués con los trabajos encargados por las grandes editoriales, los Clásicos de la Lectura, los de Calleja, la página de El Sol, hasta la dirección, en fin, de una revista, órgano de una academia hispanoamericana que presidía un gran historiógrafo, el hoy Duque de Maura y todo esto no menoscaba en nada el imuslo poético, ese impulso lírtico al que se refiere uno de los grandes ensayos ‘conversados’, pues creo que nunca llegó a escribirlo Reyes. me parece recordar aún la

recepción que Reyes recibió de los intelectuales españoles que pronto lo consideraron como uno de los suyos. A tal grado que le confiaron una idea que ellos tenían, la de crear la República; y más adelante, no solo le manifestaron sino que lo invitaron a formar parte de ese proyecto político.

El último tercio del año de 1914 fue pues, para Reyes, de trabajo, de relaciones y de presentaciones personales. Y poco a poco este esfuerzo fue dando sus frutos al encargarle que hiciera ediciones de clásicos de la lengua, traducciones, artículos, y con ello fue reuniendo un modesto patrimonio para que su mujer, su hijo y la nana bretona llegaran a Madrid. Y con esas pesetas que le iban cayendo consiguió muebles de segunda mano para su casa. El tiempo también lo administraba para no dejaba de ir a los museos. Quedó admirado ante la obra grandiosa y admirable de Goya, Velázquez y El Greco. El mundo fascinante de la gran pintura la tenía a la mano, y también a la mano tenía a los movimientos vanguardistas. En París tuvo cerca, muy cerca de él, a Rivera, Zárraga y Beloff. Esta tercia había llegado a Madrid y junto a ellos estaba el escultor ruso Lipchitz y el ingeniero ruso Landau.<sup>371</sup> Otra vez los rusos que no se conformaban con invadir París sino que ahora lo hacían con Madrid. Y entre París y Madrid estaba otra mujer admirable, amiga de la Beloff, pero poco apreciada y valorada por sus contemporáneos españoles, María Blanchard.

En París no iba muy seguido a los teatros, porque no tenía dinero, pero cómo gozó el Louvre. Los museos los frecuentaba con su esposa Manuela, nunca con sus amigos pintores, Zárraga y Rivera, porque el “dogmatismo futurista del uno, y cubista del otro”, se lo impedía<sup>372</sup>. En Madrid, casi le sucedía lo mismo, pero como gozaba ahora la pintura que

---

dedicatoria que iba a llevar: *A mi padre, coronel de caballería en 1877*” (José María Chacón y Calvo, “Alfonso Reyes en Madrid”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen II, segunda parte, compilación de Alfonso Rangel Guerra, México, El Colegio Nacional, 1996, p. 428. [El subrayado es de AR]).

<sup>371</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. [Madrid]. 8 de noviembre de 1914, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., pp. 90 y 91.

<sup>372</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 10 de julio de 1914, en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 387.

Entre las exposiciones que Reyes conoció de pintores mexicanos se encuentra la Murillo, Galería Joubert et Richebourg, del 1º, al 15 de mayo, y Guillaume Apollinaire, la comentó. Para el joven escritor y diplomático le interesaba sólo “su vida en el Popocatepetl, su seudónimo Atl, su barba y melena, y los colores” que inventó, pues a las telas les daba “brillo de esmalte y que, por su inalterabilidad” podría tener excelentes “aplicaciones para decoraciones al aire libre”. Pero lo que pintaba no era más que “charlatanería”. También por estos días Diego Rivera no pudo exponer sus cuadros porque la dueña de la galería publicó en catálogo e

iba descubriendo y de las vanguardias que empezaban a manifestarse en Madrid, aunque, a decir verdad, los (críticos) españoles no la entendieran.

Tres meses fueron suficientes para que Alfonso Reyes conociera tres grandes instituciones de esta época, el Ateneo, el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Residencia de Estudiantes. Tres meses fueron suficientes para ver, finalmente, un futuro promisorio. Ahora podía dedicarse a lo que él quería, a las letras. Ya través de los medios que le estaban ofreciendo sus amigos españoles podía seguir creando su mundo americano, interrumpido muchas veces por los avatares de la política, pero nunca olvidado. Esta era la mejor oportunidad que España le estaba dando a Reyes, a través de sus intelectuales. En estos últimos tres meses de 1914 la nostalgia por *nosotros* iba languideciendo, pues en Madrid se encontró con los *nuestros*. Ya no sentía nostalgia por *nosotros*, ahora se había encontrado con los *nuestros*. Y los *nuestros* lo sumaron a sus proyectos de emancipación política y creación intelectual.

El invierno llegaba, y el primer invierno madrileño dejó a Reyes titiritando. El primer frío terrible que pasó en su vida de pobreza<sup>373</sup>. Él que había vivido entre comodidades, con casa puesta, ahora andaba rodando de posada en posadas, buscando un piso confortable para toda la familia, pues vivía en una casa sin calefacción. En la Biblioteca Nacional, uno de los primeros lugares que frecuentó para hacer sus investigaciones históricas y literarias, era una hielera. Su esposa, Manuela Mota, lo acompaña en sus labores y de vez en cuando le acercaba a sus manos una vela, para que sintiera calor y pudiera seguir copiando los manuscritos que tanto necesitaba. Pero esta era la vida que había escogido y valía la pena luchar por ella.

Porque después de la muerte de su padre, el 9 de febrero de 1913, su vida no fue la misma. Empezó a trazar su camino. Por la educación y la cultura apostó, y no por la lucha armada.

---

hizo el prólogo atacando a Picasso. Rivera prefirió cerrar la exposición a enemistarse con su gran amigo español (Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. París, 8 de mayo de 1914, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 319).

<sup>373</sup> El 28 de enero de 1915, le decía Reyes a Henríquez Ureña: “Nieve. Frío terrible. Casa nueva helada. Pobreza, no calefacción. Pino no-de-de-madera. Calambre de frío en los pies. Imposible escribir, sino en la cocina y junto al fogón. Traducciones de a peseta, para poder comprar una estufa y calentarme. Enojos y gastos de mudanza” (Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Madrid, 28 de enero de 1915, en *Alfonso Reyes /Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia. 1907-1914*, cit., p. 147).

Con otros compañeros de su generación crearon instituciones que fueran aprovechadas cuando la revolución terminó. Pero ese camino no fue bien visto por los que asesinaron la incipiente democracia mexicana. Le ofrecieron sumarse a ese proyecto; pero él lo rechazó. Le dieron unos días para que saliera del país, y como a su padre, lo mandaron a Francia. Los días que tuvo de gracia fueron para empacar sus cosas y recibirse de abogado.

Con su familia salió rumbo a mundo desconocido. El tiempo que pasó en París, tiempo de incertidumbre, de nostalgia y soledad, sólo se compensó por sus nuevas amistades como las Foulché-Delbosc y Lugones; por sus trabajos publicados en las revistas americanas parisinas, mexicanas y cubanas; por las cartas que recibía de *nosotros*, especialmente de Henríquez Ureña; por la inquietud siempre permanente por el estudio y el trabajo; por el reencuentro con Rivera y su rusa Angelina, y Zárraga, y sin embargo, siempre se sentía solo, siempre se encontraba en la soledad extrañando, a pesar de todo, México.

La frialdad que sintió de París, las gratuitas enemistades políticas, los aburridos días burocráticos, la caída de Huerta, la lucha intestina entre mexicanos que nunca acababa y el inicio de la primera guerra mundial hicieron que todo apuntara como la nueva morada de Alfonso Reyes, fuera Madrid. Y aquí llegó para fortuna suya. Aquí hizo lo que tanto había deseado. Y entre tantas cosas continuó con la creación de su mundo americano.

## CAPÍTULO IV. DIFUSIÓN DE LA OBRA AMERICANA

### 1.- *Las primeras reseñas*

Alfonso Reyes empezó a colaborar en las revistas y en los diarios españoles a los pocos meses de haber llegado a Madrid. Su nombre empezó a estar ligado a esa joven intelectualidad española, a la que con toda justicia él la llamó, *nuestra*. Intelectualidad que, por otra parte, quería una *España nueva*. Reyes creía que a través de esos medios se podía conocer mejor América, la obra que estaban haciendo los americanos y la de los americanistas españoles. Los elementos los tenía a la mano, libros no le faltaban, ni el deseo de hacer una gran labor en un ambiente que si bien la literatura americana no era desconocida tampoco era suficientemente difundida. De un medio se valió para hacer esta tarea, la *reseña* y el *artículo*. Medios para acercar al lector, a la inteligencia americana. Y de la misma manera para que conociera obras americanas y de paso aclarar dudas y acabar con los prejuicios que había sobre lo que un día se llamó el Nuevo Mundo.

Alfonso Reyes empezó a escribir sobre temas americanos en la revista que fundó Ramón Menéndez Pidal, la *Revista de Filología Española* (1914). En el número cuatro, correspondiente al tomo I, año de 1914, hizo una nota rigurosa, tal el carácter, el estilo y la marca de la publicación trimestral<sup>374</sup>, del libro de la profesora en Lenguas romances del Colorado College, Elijah Clarence Hills, y de la doctora en filosofía de la University of Colorado, S. Griswold Morley, intitulado *Modern Spanish Lyrics*. Edición que lleva una introducción, notas y vocabulario, publicado en Nueva York, por Hanry Holt and Company, en año de 1913. El libro tiene 435 páginas, más LXXXVII de introducción.

Reyes entendía muy bien que al hacer una antología el gusto del autor era un factor determinante. Sin embargo, no se justificaba ni se disculpaba que en una antología como esta se dejara fuera a poetas de primer orden. En este libro no podía faltar ni más ni menos

---

<sup>374</sup> En la carta de Reyes a Torri, de 15 de noviembre de 1916, le hizo un resumen de lo que venía haciendo desde su llegada a Madrid, a finales de 1914. Entre los trabajos que estaba haciendo, uno era para la *Revista de Filología Española* en donde aparecieron más de los que firmaba. Sólo que le pedía que no los buscara en esta revista, pues no era más que “una máquina de técnica literario-histórica”. Y agregó que, esta revista tenía una “severidad brutal. Justificada como reacción contra” lo que él sabía, “pero terrible en sí” (Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri. Madrid, 15 de noviembre de 1916, en Julio Torri, *Epistolarios*, edición de Serge I. Zaitzeff, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 75. [Nueva Biblioteca Mexicana, 108]).

que Luis de Góngora. La selección que hicieron de las obras de Lope de Vega y Espronceda no fue la mejor. La parte correspondiente a los poetas hispanoamericanos era insatisfactoria. ¿Cómo se quería dar a conocer a Rubén Darío, “el más grande poeta americano y uno de los más importantes de la lengua española, por su *Oda a Roosevelt*”? El poeta nicaragüense que vivió en España durante muchos años, merecía más páginas, y una “selección más literaria y desinteresada” porque su obra revelaba una “nueva forma de sensibilidad”. En este trabajo se echaba de menos la poesía de Leopoldo Lugones.

En cuanto a los poetas muertos, José Asunción Silva, Julián del Casal y Manuel Gutiérrez Nájera, ausentes estaban, pero sin los cuales era imposible explicar el movimiento post-romántico en América que era, “por ventura, lo más importante que esta literatura ha producido”. Y ya que las antologadoras citaban a un mexicano, deploraba la mala suerte que le tocó a México en esta recopilación al seleccionar a José Joaquín Pesado y a Fernando Calderón que no caracterizaban el “lirismo mexicano”. Si algo había que citar de Pesado era, “al menos, dos sonetos descriptivos del paisaje veracruzano”; y sobre el segundo, más valía borrarlo. Por lo que respecta a Manuel Acuña “y sus versos de estudiante”, no tenían “más que cierto mérito episódico, por la breve novela romántica que fue su vida”. Sobre Juan de Dios Peza, no fueron bien escogidos sus poemas; como muestra, uno hubiera sido más que suficiente.

Reyes reiteró que era imperdonable que a Gutiérrez Nájera se le hubiera excluido. Además, preguntaba, ¿por qué las antologadoras no buscaron otros poetas, como Rodríguez Galván y su “nota de pesimismo”; a Guillermo Prieto y su “nota de color”, o, a Ignacio Ramírez, “El Nigromante”, con su nota de estoicismo? Y más lamentable era que no se dijera nada de la obra y de la personalidad de Manuel José Othón, el “bucólico mexicano”, a quien apenas la juventud mexicana le estaba haciendo justicia y en la lira americana era “una de las voces más puras”<sup>375</sup>.

La obra que comentaba no merecía que se le aplicara aquella “despectiva calificación” de que era una antología, más decía Reyes. Cosas buenas tenía, como la buena información de la literatura americana. Pero, ¿no acababa de señalar los desaciertos de esta antología? ¿No

---

<sup>375</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, pp. 269 y 270. [Letras mexicanas].

había puesto los puntos sobre las íes sobre las más notables omisiones en la poesía mexicana seleccionada y las ausencias imperdonables en cuanto a los autores mexicanos y americanos? Es verdad que era justo señalar que esta antología no era una más, y razonable decir que en América, en lo general; y en lo particular, México, había tenido y tenía grandes poetas, y se hizo y se estaba haciendo gran poesía. Pero puso atención en las ausencias porque esas eran justamente las que le hubieran dado mayor sentido y gran valor a la antología. Era un esfuerzo, y eso había que apreciarlo, como bien lo hizo.

En París, Reyes había observado que cuando entre conocedores hablaban de América era suficiente con decir Sudamérica. Tamaña confusión era producto de la ignorancia. Centroamérica, las Grandes Antillas, las Pequeñas Antillas y México no existían para esas personas. Y esto mismo también escuchaba decir en España, a pesar de los esfuerzos que hacían algunos americanistas españoles. Era pues labor del que hacía las notas y reseñas de libros y folletos que mentaban América, de precisar, aclarar y ofrecer un panorama completo del acontecer americano, del cual México formaba parte. En las propias palabras de Reyes, de la América mexicana. Y nada mejor que hacerlo desde la *Revista de Filología Española*.

Ejemplo de la situación mencionada fue el trabajo de Segundo de Ispizua, *Bibliografía histórica sudamericana. Ensayo*, publicado en Bilbao, bajo los tipos de la imprenta Eléxpura, que apareció en este año de 1915. El historiador español tenía en mente una *Historia de los vascos en América*, y una de las primeras cosas que hizo fue recoger la bibliografía para el mencionado libro. Ispizua recogió 367 papeletas, de las cuales 97 se podían encontrar en Bilbao; y el resto, inaccesible. El trabajo, en conjunto, era importante. Pero, “¿cómo justificar una bibliografía histórica sudamericana en la que necesariamente se hace abstracción de la Nueva España?”, preguntó Reyes.

Y había otro pero, de acuerdo con el exigente miembro del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Y este pero era en cuanto a la forma de presentar la bibliografía. El método que escogió Ispizua le pareció dudoso, empezando por la clasificación de obras que existían o no, en Bilbao. Luego, era “incompleta en lo esencial y copiosa en lo innecesario”. Las fichas estaban mal puestas. Los títulos alterados y había confusión en los temas. Un libro de Suárez Figueroa, por ejemplo, lo citaba dos veces, las dos ocasiones “con un título falso”, y

en una de esas citas decía que la obra era del siglo XIX, porque de ese siglo era la edición que consultó. Libros puestos en los países que no les correspondía y mezclas de noticias bibliográficas con “informes personales”. Total que, justo era decir, “en abono del autor”, que era más “afortunado como historiador que como técnico de la bibliografía”<sup>376</sup>.

Sin embargo, había que señalar que, cuando Ispizua llegó al cuarto tomo de *Los vascos en América*, y se ocupó de los viajes de Juan de la Cosa, descubridor de Venezuela, cartógrafo y navegante vizcaíno, cambió su método de investigación y su manera de enfocar sus estudios. Para Reyes, esto fue un importante avance, no obstante que no le gustó la forma de cómo abordó su estudio. Decía que la obra hubiera ganado aún más méritos si los datos los hubiera puesto en un apéndice y hubiera “dejando en primer término el agua clara de las conclusiones”. Echaba “de menos una distribución mayor en los materiales y los asuntos”. Y sin la menor duda que “la reproducción de cartas antiguas” aumentaba “considerablemente el atractivo y la utilidad del volumen”<sup>377</sup>.

Reyes, además, puso atención en los datos que daba el historiador, pero que no coincidían con los que él tenía, llamando a este asunto, “maliciosas vaguedades”. Después de todo, eso era lo que menos le interesaba al autor de este libro. Lo importante para Ispazua era su paisano, el descubridor de Venezuela, y no más. De la Cosa hizo varios viajes al Nuevo Mundo. El primero, en 1492, en su carabela la *Santa María*, donde se encontraba Colón. El segundo, igualmente con Colón. El tercero, en 1499, fue como piloto del capitán Alonso de Ojeda, y en este viaje iba Vesputio. Este fue uno de los viajes más importantes y Reyes dijo por qué: “A Juan de la Cosa, como piloto, corresponde la responsabilidad y la gloria del viaje, del cual levanta un mapa, publicado en 1500, que es el primero del Nuevo Mundo. Pedro Mártir de Angleria consideraba los mapas de Juan de la Cosa como los más recomendables. En este primer mapa del Nuevo Mundo figura por primera vez Venezuela, y se establece el carácter insular de Cuba, que sólo ocho años más tarde se había de reconocer oficialmente; pero la verdad es que desde algunos años antes sonaba el ruido de que Cuba era una isla”.

---

<sup>376</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 274 y 275.

<sup>377</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 147. [Letras mexicanas].

El cuarto viaje de De la Cosa fue en 1501, ahora bajo el mando de Bastidas. De este viaje también hizo una “carta que representa la costa colombiana y panameña”. Es probable que haya hecho otros dos o tres viajes, entre 1505 y 1506, poco tiempo antes de morir. Pero lo más paradójico de la vida de Juan de la Cosa fue lo que continuación escribió Reyes: “Parece que tenía la costumbre de representar por medio de gráficos todos sus paseos por la tierra; en cambio, se olvidó de contarlos. De modo que, aun para atribuir al vizcaíno los viajes que pasan por de Vespucio, hay que acudir a las narraciones de éste”. Por lo que no hay que olvidar que, “Nadie sabe para quién trabaja”<sup>378</sup>.

Entre los libros reseñados por Reyes en el año de 1915, para la *Revista de Filología Española*, se encuentra el que tiene que ver con una de las figuras más emblemáticas de la literatura novohispana, la de Juan Ruiz de Alarcón. Gracias a la invitación que Enrique Díez Canedo le hizo desde su llegada a Madrid, de preparar una edición del teatro alarconiano, se puso a recoger fuentes bibliográficas, a frecuentar y examinar los manuscritos alojados en la Biblioteca Nacional, y a consultar y solicitar opiniones como la de su nuevo amigo, Raymond Foulché-Delbosc<sup>379</sup>; y la del viejo amigo y compañero, Pedro Henríquez Ureña, para hacer algo digno de un escritor de la talla del oriundo de Taxco, Guerrero.

Además, había otra cosa muy importante que tomar en cuenta. Reyes siempre creyó que su situación era parecida a la de su paisano, *venía a pretender en Corte*. Pero como lo ha dicho muy bien Hernández Reyes, entre estos dos mexicanos había grandes diferencias, a pesar de los años de miseria que vivieron en España. Por eso es justo decir, como lo hizo la citada

---

<sup>378</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 149.

<sup>379</sup> A cierta pregunta que Reyes le hizo a Foulché-Delbosc, éste le contestó: “¿Qué cuál comedia, me parece, se habría de publicar junto a *La verdad sospechosa*? No. Más vale que usted la escoja libremente, después de leerlas todas; y, además, tengo un motivo (que le diré cuando nos veamos) para no influir en su elección. ¿El libro de [Luis] Fernández-Guerra y Orbe [sobre Alarcón]? Sí, señor, tiene usted razón de sobra; lo único que se puede añadir es que no es el único en su género. Por regla general son poco de fiar los trabajos publicados por los ‘merimeones’ (perdone el neologismo); por lo tanto, utilice la edición de que me habla usted con mucha prudencia. Vea usted los apéndices de la Bibliografía madrileña de Pérez Pastor; son tres tomos, y creo recordar que indica bastantes documentos relativos a Alarcón. Del testamento no sé nada; quizá lo descubriría Pérez pastor en el Archivo de Protocolos, pero me parece que actualmente se trabaja con bastante dificultad en aquel Archivo y, aun en caso de entrada libre, costaría años de indagaciones dar otra vez con él. Recorrí tres años de los Lunes de El Imparcial que tengo (1907-1910) y no encontré el artículo que usted busca” (Carta de Raymond Foulché-Delbosc a Alfonso Reyes. París, 7 de noviembre de 1914, en “Correspondencia entre Raymond Foulché-Delbosc y Alfonso Reyes. I. (1911-1914)”, en *Ábside. Revista de cultura mexicana*, XIX-1, enero-marzo de 1955, pp. 56 y 57).

investigadora, para Reyes, en todo caso, Ruiz de Alarcón fue “una especie de *espíritu bienhechor*”<sup>380</sup>. Y también, parafraseando a Josa, desde estas tierras españolas el autor de *Cuestiones estéticas* iba a ser y a convertirse en el “mayor difusor de la modernidad de la dramaturgia alarconiana”<sup>381</sup>. Y esto es lo más importante, porque ni duda cabe que mientras Reyes vivió en España tiempo se dio para difundir esa modernidad que hay en las obras de Juan Ruiz de Alarcón.

Pues bien, mientras llegaba la oportunidad de hacer algo de mayor aliento, Reyes hizo la reseña de *Las paredes oyen*, edición, introducción y notas de Caroline Brown Bourland, con el sello de la neoyorquina casa Henry Holt and Company, que salió al público en 1914. Edición que Henríquez Ureña se la envió desde Washington con una carta llena de observaciones sobre la misma obra, y que Reyes aprovechó muy bien para hacer su reseña<sup>382</sup>.

La edición alarconiana de Bourland era importante porque fue una transcripción de la edición princeps (1628), cotejada con las conocidas de 1826 (Madrid, Imprenta de Ortega y Compañía), Eugenio Ochoa (París, En la Librería Europea de Baudry, 1838), Juan Eugenio Hartzenbusch (Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1852), Real Academia (prólogo y juicio crítico por Isaac Núñez de Arenas. Madrid, Imprenta Nacional, 1867) y García Ramón. Esta labor de transcripción y cotejo hizo que la edición neoyorkina fuera superior a las anteriores. Y sin embargo, había cosas que decir sobre la edición como, que

---

<sup>380</sup> Hernández Reyes escribió, que a diferencia de Ruiz de Alarcón, Reyes “no tuvo los escollos que encontró el criollo novohispano en los albores del siglo XVII español. Muy al contrario, su trabajo encontraría buena acogida gracias a ediciones, traducciones y colaboraciones en revistas y periódicos, e iniciaría entrañables amistades con Azorín, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, Pedro Salinas, Enrique Díez-Canedo, entre otros. Y, al parecer, su coterráneo Juan Ruiz de Alarcón se convertiría en una especie de espíritu bienhechor, pues a poco tiempo de su llegada a Madrid, Enrique Díez-Canedo le encomendó la preparación de una edición del teatro de Juan Ruiz de Alarcón para la editorial “La lectura” (Dalia Hernández Reyes, “Alfonso Reyes y Juan Ruiz de Alarcón”, en Pol Popovic Karic y Fidel Chávez Pérez (coordinadores), *Alfonso Reyes: perspectivas críticas. Ensayos inéditos*, México, Tecnológico de Monterrey/Plaza y Valdés Editores, 2004, pp. 157 y 158).

<sup>381</sup> Lola Josa, “Juan Ruiz de Alarcón y su nuevo arte de entender la comedia”, en [www.biblioteca.org.ar/libros/200324.pdf](http://www.biblioteca.org.ar/libros/200324.pdf)

Asimismo, véase, Alberto Paredes, “También con discusiones literarias se hacen países. Alfonso Reyes y la mexicanidad de Ruiz de Alarcón”, en *Literatura mexicana*, vol., 21, núm., 1, 2010, 101-121. [Bicentenario de la Independencia Mexicana].

<sup>382</sup> Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Washington, 1 de febrero de 1915, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, recopilación de Juan Jacobo Lara, Santo Domingo, 1981, pp. 153-159; Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Madrid, 21 de febrero de 1915, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, cit., p. 162.

la autora no quiso entrar a resolver problemas (“hipótesis de la colaboración de Alarcón y Tirso en *La villana de Vallecas*”), que hizo muchas suposiciones, que no dio las referencias completas ni exactas, que desaprovechó los datos que proporciona el testamento de Alarcón, descubierto por Pérez Pastor, y publicado por Jacinto Octavio Picón, en *Los lunes del Imparcial*, y que él no creía que el “estilo florido” de Alarcón fuera gongorino ni tampoco que fuera el que mejor hacía “retratos de carácter” en la literatura española.

Mucho menos le pareció acertado tomar en cuenta el trabajo de Nicolás Rangel, “Estudios universitarios de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza”, publicado en el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, marzo-abril de 1913, por el desorden que presentaba sus datos y por las suposiciones que había en su estudio<sup>383</sup>. Además, por las lecturas que estaba haciendo de la bibliografía alarconiana y por los datos que le proporcionaba Henríquez Ureña, tenía elementos suficientes para hacer esta observación a la estudiosa estadounidense: que no era “muy seguro que *en todo caso* Alarcón”<sup>384</sup> se encontrara en Madrid en 1611. Sólo había que leer la parte relativa que escribió el biógrafo de Alarcón, Luis Fernández Guerra, y se verá que no había “indicio positivo” ni tampoco que el dramaturgo novohispano “viniera a la corte en el séquito del marqués de Salinas, Don Luis de Velasco”<sup>385</sup>.

Reyes nuevamente volvió a comentar no una edición de Alarcón sino un estudio sobre el mexicano, y en esta ocasión con la colaboración de Américo Castro, filólogo y ensayista español y miembro del Centro de Estudios Históricos. Le oportunidad se la brindó la aparición del folleto de Henríquez Ureña intitulado, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, que se publicó en La Habana, en la Imprenta “El Siglo XIX”, en 1915, y que era la conferencia que sustentó en México en 1913. Reyes ni la menor duda tuvo al señalar que en este texto

---

<sup>383</sup> Reyes tuvo siempre sus dudas sobre el proceder intelectual de Rangel. Este es un testimonio de lo que le dijo a Henríquez Ureña: “¿dónde diablos se han publicado los descubrimientos de Rangel sobre que Alarcón no fue teniente de Corregidor en México y no salió de allá en 1611 sino en 1613). En el número del *Boletín de la Biblioteca Nacional* que tengo [...] no se habla de eso. ¿Es cierto que hizo tales descubrimientos? ¿Se puede hablar de ellos como de noticia privada? ¿No serán patraña de Rangel? En lo publicado en dicho *Boletín* achaca a Fernández Guerra más errores de los que cometió” (Tarjeta Postal de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Madrid, 12 de diciembre de 1914, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, cit., p. 108.

<sup>384</sup> El subrayado es de Alfonso Reyes.

<sup>385</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., p. 273.

estaba lo “más exacto y lo más sugestivo” que se hubiera escrito sobre Alarcón<sup>386</sup>. Y había algunos puntos que hacía a un más importante el trabajo de Henríquez Ureña sobre Alarcón. ¿Por qué esta rotunda afirmación? Porque no “es frecuente el intento de ahondar en la sensibilidad de un escritor, iluminando aquellos momentos esenciales de su actividad que más tenuemente percibimos. A la vez que una obra de belleza, el presente opúsculo es una obra de orientación al combinar prudentemente los métodos históricos con las interpretaciones psicológicas fundadas en la observación y en el testimonio de las letras de un pueblo”<sup>387</sup>.

Reyes recordaba que en los tiempos del oriundo de Taxco, el estudioso Montalván se dio cuenta que la *singularidad* de las comedias alarconiana estaban en la “novedad, ingenio y extrañeza”. Juan Cárdenas, por su parte, en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* (1591), estableció “la más clara distinción entre el español peninsular y el indiano”, mostrando en éste, “cierta delicadeza retórica y una urbanidad algo alambicada, como la que puede notarse en pasajes alarconianos consagrados a fórmulas de cortesía”. Y sin embargo, la nacionalidad no lo era todo, sentenció Henríquez Ureña. Entonces, ¿cuál era la principal cualidad de las obras de Alarcón? Según Henríquez Ureña era la “trasmutación de elementos morales en elementos estéticos”. Y un elemento que se debería tomar en cuenta era su deformidad. A lo que añadió Reyes una circunstancia, y con esto terminó su reseña:

---

<sup>386</sup> Henríquez Ureña iniciaba e la siguiente manera su conferencia sobre Alarcón: “Dentro de la unidad de la América española, hay en la literatura caracteres propios e cada país. Y no únicamente en las obras donde se procura el carácter criollo o el carácter indígena, la descripción e la vida y las cosas locales. No; cualquier lector avezado discierne sin grande esfuerzo la nacionalidad, por ejemplo, de los poetas. Los grandes artistas, como Martí o Darío, forman excepción muchas veces. Pero observando por conjuntos, ¿quién no distingue entre la *fecundia*, la *difícil facilidad*, la elegancia venezolana, a ratos superficiales, y el lirismo metafísico, la orientación trascendental de Colombia? ¿Quién no distingue, junto a la marcha lenta y mesurada de la poesía chilena, los ímpetus brillantes y las audacias de la argentina? ¿Quién no distingue la poesía cubana, rotunda, más razonadora que imaginativa, de la dominicana, semejante a ella, pero más sobria y más libre en sus movimientos? ¿Y quién por fin, no distingue, entre las manifestaciones de esos y los demás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento velado, el tono discreto, el matiz crepuscular de la poesía mexicana?”

Como los países de la altiplanicie de la Nueva España, recortados y aguzados por la tenuidad del aire, aridecidos por la sequedad y el frío, se cubren, bajo los cielos de azul pálido, de tonos grises y amarillentos, así la poesía mexicana parece pedirles su tonalidad. La discreción, la sobria medida, el sentimiento melancólico, crepuscular y otoñal, van concordes con este otoño perpetuo de las alturas, bien distinto de la eterna primavera fecunda de las tierras tórridas, otoño de temperaturas discretas, que jamás ofenden, de crepúsculos suaves y de noches serenas” (Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos*, edición crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, Madrid, ALLCA/Fondo de Cultura Económica, 1998, pp. 235 y 236. [Colección Archivos, 35]. El subrayado es del texto).

<sup>387</sup> La reseña de Reyes, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., p. 282.

el “forzado aislamiento en que vivió Alarcón”. Aislamiento que “pudo suscitar en él reacciones –trasmutadas de lo moral a lo estético- contra el inmenso favor de que disfrutaba Lope”<sup>388</sup>.

Siguiendo con la tarea de reseñar cuanto folleto o libro aparecía en España o fuera de ella sobre asuntos americanos, Reyes desde las mismas páginas de la *Revista de Filología Española*, dio a conocer los trabajos de Carlos Manuel Trelles y Govín (1866-1951), el padre de la bibliografía cubana. Los siguientes títulos son una muestra de la erudición y el amor por los libros y la dedicación que puso en cada uno de ellos. *Bibliografía cubana del siglo XIX*, tomo VII, 1886-1893, edición de la Imprenta Quirós y Estrada, que se publicó en Matanzas, en 1914; *Los cientos cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*, La Habana, 1914, bajo el sello de la Imprenta “El Siglo XX”, de Aurelio Miranda; y finalmente, *Bibliografía cubana del siglo XIX*, tomo VIII, 1894-1899, de la misma Imprenta de Quirós y Estrada, en 1915. A estos libros, Reyes les hizo sus reseñas que se encuentran en los números dos y cuatro, del tomo II, correspondientes al año de 1915, y en el número tres, del tomo III, de 1916, respectivamente.

Sobre estos tres libros, de uno de los bibliógrafos más notables de Cuba, patriota y luchador por la independencia de su país, ¿qué rescató Reyes? Que el séptimo tomo daba a conocer uno de los “periodos más interesantes de las letras cubanas”. En el prólogo, destacó Reyes, el bibliógrafo daba los nombres de los hombres sobresalientes entre 1886 a 1893 y no olvidó incluir los que estaban en el extranjero. Trelles y Govín también daba el contexto de este periodo para mejor comprensión de lo que se producía en Cuba y fuera de la isla, e igualmente recordaba “la fundación de instituciones y partidos políticos; todo de manera muy sucinta y más como inventario que como un cuadro elaborado de aquel periodo. La bibliografía ordenada por años y alfabéticamente” contenía “algunos extractos de la crítica contemporánea sobre la obra descrita y algunas indicaciones acerca de la nacionalidad y biografía del autor”. Algunas cuestiones planteadas quedaban sin resolver, pero se

---

<sup>388</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 282-284.

observaba que los libros mencionados fueron examinados “directamente” por el también autor del *Índice de la bibliografía médico-farmacéutica cubana* (1907)<sup>389</sup>.

Cuando apareció el octavo tomo, Reyes saludaba el final de esta magna tarea, que se inició en 1910. En total, en los ocho tomos, el patriota cubano dio cuenta de 3600 folletos y libros que abarcaban la época que llamó “la segunda y terrible guerra de Independencia”. Y por ser la guerra terrible y destructiva no florecieron las ciencias y las artes tal como correspondería a una época de paz. Pero en estos ocho tomos estaban los datos para su comprensión y estudio. Reyes, sugirió, que a esos ocho volúmenes se deberían sumar los dos del *Ensayo de bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII*, y con ello se tendría una de las obras más importantes que toda biblioteca americana y de los americanistas deberían poseer. El reseñista orgullosamente señalaba que la *bibliografía americana* contaba “ya con libros fundamentales”<sup>390</sup>.

En cuanto a *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*, Reyes destacaba la forma que Trelles y Govín concebía su trabajo. Es decir, que era “como un mero índice para un estudio no realizado sobre el movimiento científico y literario de Cuba”<sup>391</sup>. El método que seguía era el acostumbrado en otras obras suyas, hacer una breve

---

<sup>389</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 273 y 274.

<sup>390</sup> La reseña, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., 288.

<sup>391</sup> Trelles, en la primera página de su *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*, señala: “Como hasta ahora, desgraciadamente, no se ha publicado un libro completo sobre el movimiento científico y literario de Cuba, pues el notable *Estudio* de Mitjans quedó a medias, y el valioso trabajo de Meza *La obra póstuma de Mitjans*; la monografía de Manuel de la Cruz *Reseña histórica del movimiento literario de Cuba*; y el artículo del doctor Fernando Ortiz sobre *La literatura cubana*, se concretan casi exclusivamente a los cultivadores de las bellas letras y de las ciencias históricas en la Gran Antilla, he pensado que sería de algún provecho dar a conocer, aunque sea someramente, las principales producciones de los cubanos en todos los ramos del saber humano, fijándome para ello en los más importantes libros que han escrito”.

Y en el siguiente párrafo, una declaración de su amor a Cuba: “No creo que el patriotismo me ofusque al afirmar que es sorprendente la labor intelectual de Cuba, teniendo en cuenta su escasa población, y que estuvo sujeta hasta hace poco a una dominación asaz dura y recelosa, preocupada apenas de la difusión de las luces, como lo demuestra el hecho de que a los 400 años de estar gobernada por España, el 75 por 100 de los cubanos no supieran leer ni escribir, mientras que a los 200 años de dominación inglesa el 75 por 100 de los canadienses saben ambas cosas. Y si a esto se agrega que el despotismo imperante en Cuba (a excepción de los diez últimos años de la dominación española), ahogaba, con su previa censura, la mayor parte de las manifestaciones realizadas por los hijos de este país por medio de la imprenta, se comprenderá entonces que la labor de los cubanos ha sido extraordinaria, luchando en condiciones tan desventajosas, y que, no obstante circunstancias tan adversas, podemos figurar y figurarnos hoy, entre las naciones más adelantadas de la América latina, o sea la Argentina, Chile, México y el Brasil” (Carlos M. Trelles, *Los ciento cincuenta libros*

exposición de las obras “que a su parecer” conservaban “algún mérito sobresaliente en todos los ramos de la actividad intelectual”. Por ejemplo, en el capítulo de la *Poesía*, dijo: “Se puede decir, sin temor a ser desmentidos, que la isla de Cuba es el país de la América Latina que ha producido mejores poetas líricos”. Expresión tan tajante no era posible que la aprobaran la mayoría de los países americanos, señaló Reyes. Sin embargo, este trabajo se debería considerar, acaso, y “sin negar la seriedad de su propósito- como una invasión discreta y modesta de la bibliografía en el campo de la crítica superior”<sup>392</sup>.

La reseña ciertamente tiene sus reglas. Pero acaso en esta última que hizo, Reyes pecó de conciso. El interés de destacar una parte de la obra es manifiesto, pero también dejó otras cosas, bien porque no le llamaron la atención, porque no quiso hacerlo o porque seguía siendo tajante en sus afirmaciones y con ese ejemplo era suficiente. Empero, en *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito* hay otras cuestiones que acaso debieron ser señaladas, por una razón: no sólo las letras fueron del interés de Reyes sino también la filosofía, la historia, la política. Este libro ofrece ejemplos notables en esos rubros como en el de la *Filosofía*. Véase lo que escribió Trelles y Govín al respecto: “El primero de los cubanos que se dedicó a estudiar profundamente las ciencias filosóficas, fue el presbítero *D. Félix Varela* (1788-1853), notable por su elevada inteligencia, sus preclaras virtudes y su patriotismo ferviente. Escribió unas *Lecciones de filosofía* (Habana, 1818-1820. Cuatro volúmenes en 12º., con 111-221-330 y 400 páginas), que alcanzaron cinco ediciones y es la mejor de sus obras, por medio de la cual se proclamaron por primera vez en Cuba los principios de la Filosofía moderna y se enseñaron las ciencias físicas y naturales. Se puede asegurar que en los países de habla castellana no había en aquella época otro texto de Filosofía que lo igualase, y menos, lo superase”<sup>393</sup>.

En el rubro de *Sociología*, señala la mencionada publicación, en 1905 apareció en Madrid el libro de Enrique Lluria, *Evolución superorgánica. La naturaleza y el problema social*. Ramón y Cajal, Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1906, consideró que este libro tenía “muchas ideas y conceptos sugestivos, que aun separados de la tesis fundamental”, y

---

*más notables que los cubanos han escrito*, Habana, Imprenta “El Siglo XX”, de Aurelio Miranda, 1914, pp. 5 y 6).

<sup>392</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 276 y 277.

<sup>393</sup> Carlos M. Trelles, *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*, cit., pp. 6 y 7.

“valor y brillo propios cual joyas engarzadas en artística corona”. Esta obra la calificó de “hermoso trabajo escrito con una valentía de pensamiento y serenidad de juicio que ya quisieran para sí muchos flamantes tratadistas filosóficos y sociológicos”<sup>394</sup>.

Y otro rubro no ajeno a Reyes, el de la *Jurisprudencia*, el maestro cubano citaba la obra de Antonio Bachiller y Morales (1812-1889), *Elementos de la filosofía del derecho o Curso de Derecho natural* (Habana, en 4º., 164 páginas, 1857) y reprodujo las palabras del profesor Tiberghn, de la Universidad de Bruselas: estaba admirado que en Cuba “se cultivasen las ciencias morales con la profundidad filosófica con que se cultivaban en Europa”. El libro de Ricardo Dolz, *El juicio ejecutivo* (Habana, 314 páginas. Primera edición en 1891, y segunda en 1910), era libro de texto en la Universidad Central de Madrid. Y dos cubanos que residieron la mayor parte de su vida en la capital española, Francisco Lastres y Salvador Viada, publicaron dos obras notables, *Procedimientos civiles y criminales* (Madrid, en 8º. M., 332 páginas, 1873), que servía de texto en casi todas las universidades españolas; y el *Código penal reformado de 1870. Concordado y comentado* (Barcelona, en 4º. M., 1,040 páginas, 1974), era el libro en boga en España y Cuba y que la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid lo declaró “obra de mérito extraordinario”<sup>395</sup>.

Pues bien, dejando al padre de la bibliografía cubana, Reyes ahora destacaba el libro de M. Segundo Sánchez, intitulado, *Bibliografía venezolana. Contribución al conocimiento de los libros extranjeros relativos a Venezuela y sus grandes hombres, publicados o reimpresos desde el Siglo XIX*, Caracas, Empresa “El Cojo”, 1914, que daba a conocer 1439 referencias<sup>396</sup>. De la misma manera, el del padre Mariano Cuevas, *Documentos inéditos del siglo XVI, para la historia de México*, México, Talleres del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1914, que daba a conocer “papeles y cartas” del obispo Juan de Zumárraga, que se completaban con los publicadas por Icazbalceta. Y no escaseaban en esta obra de Cuevas, los que le correspondían a Motolinía, Mendieta, del Marqués de Villamanrique, Luis de Velasco, y del Conde de Monterrey. A tan valiosa

---

<sup>394</sup> Carlos M. Trelles, *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*, cit., pp. 8 y 9.

<sup>395</sup> Carlos M. Trelles, *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*, cit., pp. 13 y 15.

<sup>396</sup> La reseña, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 275 y 276.

colección de documentos le faltó, según Reyes, “un estudio que le diera sentido y apreciara el valor histórico de cada documento o grupo de documentos”<sup>397</sup>.

Una interesante reseña de Reyes, que apareció ahora en *Cultura Hispanoamericana*, fue sobre las Bibliotecas Americanas, colecciones de libros que se publicaron en España y Francia. La reseña fue posible gracias a los datos que proporcionó el artículo del cubano Arturo R. de Carricarte, que se llama “Las bibliotecas Americanas”. Reyes pues, dijo que en el último cuarto del siglo XIX, salió a la luz pública una de las primeras Bibliotecas, la *Biblioteca Hispanoamericana*, que dirigió Gaspar y Homdedeu, en Barcelona, y que inició con *Plácido*; y Garnier, en París, fundó otra, y era la única que “por su cuenta publicaba libros hispanoamericanos”.

En la primera década del siglo XX, en Barcelona, se conoció la *Biblioteca de Escritores Hispanoamericanos*, y entre las pocas obras que tenía se destacaba *Azul*, de Rubén Darío. En París, Garnier formó la *Biblioteca de Grandes Autores Americanos*, la Casa Ollendorff comenzaba su colección *Escritores españoles y sudamericanos*. (Y nótese, pidió Reyes, que aquí en París, “irremediamente” Sudamérica quería decir Hispanoamérica) y el venezolano Rufino Blanco-Fombona inició sus *Clásicos Americanos*, con obras de Bello, Alberdi, Vicente González, Juan Montalvo, entre otras, pero suspendió su labor por la guerra europea de 1914. Y en Madrid, a través de la Editorial-América, Blanco-Fombona tenía a su cargo tres colecciones, *Biblioteca Andrés Bello*, *Biblioteca Ayacucho* y *Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales*. Sobre este esfuerzo del político y editor caraqueño, un crítico dijo, y Reyes lo reprodujo con sus propias palabras: “después de haber voceado en Europa cuanto había de bueno en América, completa hoy su obra, mostrando a Europa las obras mismas de los americanos”<sup>398</sup>.

En contados países americanos también se habían fundado Bibliotecas locales, como en Cuba, a través de la *Revista de La Habana*; la de Armas, y su *Biblioteca habanera*; Jesús Montero, y su *Popular y Autores Cubanos*; y la de Néstor Carbonell, *Biblioteca de Cuba*. En México, Victoriano Agüeros empezó a publicar en 1896 la *Biblioteca de Autores*

---

<sup>397</sup> Reseña, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., p. 280.

<sup>398</sup> El texto, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 462 y 463.

*Mexicanos*, que para Reyes “la erudición y la historia” estaban bien representadas a través de García Icazbalceta, José Fernando Ramírez, José de Jesús Cueva y Lucas Alamán. Y sin embargo esta colección no merecía “el nombre de sabia”, pues la ausencia de una mano sabia se notaba. “La edición de fray Manuel de Navarrete –copia de las anteriores, imperfectas- lleva una biografía defectuosísima, y las obras de Altamirano fueron mutiladas bárbaramente. Es, en rigor, una desairada colección de autores católicos. Sólo por motivos personales o de pública oportunidad, el editor pudo mostrarse algo más hospitalario: en esos instantes de tolerancia, se deslizaron en la colección los tomos del ministro Baranda y de Altamirano –este último, acaso a la sombra de una sombra amiga, la de Casasús, y no sin sufrir antes los destrozos que digo. En cuanto a selección literaria, no hay que buscarla: el mal gusto de Agüeros se refleja en la colección. Junto a Gorostiza, junto a los libros estimables de López Portillo y de Delgado, abundan los escritores de ínfima categoría o de ninguna”.

Después de este recorrido por varios países americanos y europeos, Reyes concluía que no era nada “edificante el espectáculo de nuestras Bibliotecas Americanas”, si se exceptuaban las que estaban a cargo del venezolano. El ímpetu de Blanco-Fombona se necesitaba para propagar y “representar un nuevo valor económico en la vida de nuestros pueblos”<sup>399</sup>.

Esta reseña tuvo suerte, pues Blanco Fombona, que llegó a Madrid poco después que inició la guerra de 1914, le escribió a Reyes para agradecerle sus palabras en la revista *Cultura Hispanoamericana*. Así como sus elogios por su esfuerzo y aplausos por sus Bibliotecas ante el señor Jiménez, de la Residencia de Estudiantes. Pero también el motivo de escribirle era corregir unos datos que tomó de Carricante y le añadía nueva información sobre sus Bibliotecas y un punto que tenía que ver con México. La colección de *Clásicos Americanos* que se iba a publicar en París, más de veinte volúmenes y en manos de los editores, no iba a salir bajo el sello de Garnier sino por la *Casa Editorial Hispano-americana*, “casa fundada en París con dinero de México”<sup>400</sup>. En Garnier, también publicaba una Biblioteca, la

---

<sup>399</sup>El texto, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varía. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., p. 464.

<sup>400</sup> Tal parece que esta Casa Editorial Hispano-América se fundó en 1911, y su director gerente fue José Muñoz Escámez (Carta de José Muñoz Escámez a Marcelino Menéndez Pelayo, París, 15 de noviembre de 1911, en *Epistolario de Marcelino Menéndez Pelayo*, volumen 21, carta 818. Fundación Ignacio Larramendi. Biblioteca Virtual Menéndez Pelayo).

*Biblioteca de grandes autores australianos*. En resumen, en la primera de las Bibliotecas, como bien lo señala su nombre, sólo se editaban clásicos australianos; en la segunda, clásicos, románticos, modernos; vivos y muertos<sup>401</sup>.

Para tener una idea de lo que Blanco-Fombona estaba haciendo en Madrid, es suficiente citar algunos de los títulos más importantes de estas colecciones mencionadas. De la *Biblioteca Ayacucho*, *Memorias del general O’Leary, Bolívar y la emancipación de Sur-América*, en dos tomos; *Memorias de Fray Servando Teresa de Mier*; M. L., Amunátegui y B. Viculla Mackenna, *La dictadura de O’Higgins*; Sabino Pinilla, *La creación de Bolivia*. Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales: Emilio Rabasa, *La organización política de México. La Constitución y la dictadura*, prólogo de Rodolfo Reyes. Una Biblioteca que no mencionaron ni Reyes ni Blanco-Fombona, a cargo de éste, *Biblioteca de la juventud hispano-americana*. Sus primeros cuatro tomos fueron los libros del mexicano que vivía en Madrid, Carlos Pereyra: *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, *Humboldt en América* y *El general Sucre*.

Pues bien, Reyes siguió con su notable tarea de difundir la obra americana a través de estas reseñas y, por otra parte, no dejaba de estar al tanto de lo que pasaba en México en el orden intelectual y en el político. De ahí que la revista madrileña *Cultura hispanoamericana* fuera la más adecuada para escribir sobre estos temas. Reyes dedicó tres artículos, 15 de noviembre y 15 de diciembre de 1916 y 15 de enero de 1917 a analizar una cuestión que desde hacía mucho tiempo la venía señalando, pero que ahora resultaba de lo más pertinente por lo que estaba pasando en su tierra: la actividad literaria de su generación en medio de la revolución. Por las fechas de publicación de estos tres artículos México estaba en uno de los periodos más importantes de su historia. La de los trabajos del Congreso Constituyente que estaba reunido en Querétaro, cuyas sesiones se abrieron el 1º, de diciembre de 1916, y se cerraron, al promulgarse la Carta de Querétaro, el 5 de febrero de 1917.

Así pues, en el primero, “La Arquilla de Mariano”, Reyes iniciaba su artículo con estas palabras: “Las revoluciones mexicanas no han impedido el desarrollo de la literatura”. Y

---

<sup>401</sup> Carta de Rufino Blanco-Fombona a Alfonso Reyes. s.f., en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 309.

para explicar de alguna manera esta idea, dio los siguientes datos. En 1906 en México apareció una generación de hombres por la causa de las letras y una década más tarde sus frutos se estaban conociendo. En 1910 inició la revolución encabezada por don Francisco I. Madero, en 1911 salió el hombre que gobernó a México con mano de hierro y se creyó, aunque no todos, que con su salida una nueva era se instauraría. Así pues, se convocó a nuevas elecciones, se iniciaron las campañas electorales y ganó la fórmula Madero-Pino Suárez. No cabía la menor duda, México inauguraba una era de paz, de justicia y de vida democrática. Sin embargo, quince meses después del triunfo del presidente y vicepresidente constitucionales, en febrero de 1913, llegó la traición, el cuartelazo y los asesinatos de los hombres que fueron elegidos democráticamente.

Entre 1913 y 1914, *en pleno desastre*, seguía narrando Reyes, estos “jóvenes se reunían a dar conferencias públicas en las librerías” de la Ciudad de México. Acevedo “disertaba sobre la arquitectura del Virreinato”. Manuel M. Ponce, “sobre la música popular mexicana”. Pedro Henríquez Ureña sobre el mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón. Antonio Caso, “sobre la filosofía intuicionista”. Federico Gamboa, sobre la novela nacional, a pesar de que era hombre de otros tiempo, y Luis G. Urbina, que siempre había sido “aliado de los jóvenes”, “sobre aspectos generales de las letras patrias”, entre los más importantes. Sin dejar de señalar los que estaban haciendo actividades periodísticas como Antonio Castro Leal, el marqués de san Francisco y Julio Torri.

Cuando el huracán arreció, unos se quedaron en México; y otros tomaron su tabla de salvación y salieron de México hacia La Habana, Nueva York, París, Madrid, Lima y Buenos Aires. En la capital del Perú, Vasconcelos hizo en el Ateneo “una presentación de esta nueva pléyade mexicana”. En los párrafos dedicados a estos jóvenes, desfilaron, entre otros, Mariano Silva y Aceves, que lo definió como “el latinista que por culto a la perfección apenas osa escribir”.

Precisamente Mariano “sólo se había manifestado como elegante traductor de viejos poemas latinos, si prescindimos de cierto *Entremés de las esquilas*, en que imagina un diálogo entre los venerables bronce de la vetusta catedral mexicana”. Y sin embargo, “trabajaba pacientemente, y el libro de cuentos que ha formado marca una fecha en nuestros anales literarios: libro consagrado a la ciudad, en cuyas páginas hasta el mismo

nombre de México cobra una elegancia singular, y que es –con todas las excelencias- ‘para ser leído en un instante y recordado siempre’. En este libro, objeto de la primera nota, *Arquilla de marfil*, no había erudición sino algo muy importante. El “esfuerzo por descubrir el alma mexicana”, a pesar de que el autor era un anticuado. Y para mejor comprender esta calificación, Reyes la explicó: “cuando toda la era contemporánea, prefiere esos tipos atrasados en ideas y en costumbres que tanto se prestan a ser descritos con una sonrisa. Y como siempre es un peligro que las letras se atrasen respecto a los ideales de un pueblo, tras esta nota tenue, afinada, sutil, quisiéramos oír sonar la nota bronca y dolorida, plenamente acorde con las inquietudes de la hora”<sup>402</sup>.

En la segunda entrega para *Cultura hispanoamericana*, Reyes calificó la labor de la nueva generación de literatos como *labor de paz*. Porque en esta hora de los “guerrilleros y de los políticos”, hora que aportaban “soluciones provisionales”, faltaba precisamente la obra de creación de “equilibrios duraderos”. Este *equilibrio duradero* sólo lo podía dar la cultura, “construyendo lentamente un ideal nacional y descubriendo los caracteres propios de una tradición, [que] puede lograr el bien definitivo de un pueblo”. Y para ventura de México esta obra se estaba haciendo. “La actividad editorial de México” resultaba “desconcertante” para quienes desconocían “la agilidad de la vida americana”. No era extraño pues que los teatros estuvieran abiertos “al tiempo de los primeros cañonazos” y los jóvenes hablaran de filosofía como en los tiempos de Plutarco. Desde su mirador madrileño, observaba que en México estaba madurando el “anhelo de continuidad que edifica las murallas y alza las torres”.

Entre los nuevos valores de la literatura mexicana estaba Efrén Rebolledo, con sus siguientes obras, *Libro de loco amor* (poesía) y *El desencanto de Dulcinea* (prosa), editados por Ballezá, en 1916; *El águila que cae* (tragedia), edición de Bouret, también en ese año y la traducción de la obra de Wilde, *Intenciones*, la primera que se conocía en español. Enrique González Martínez, “nombre ya célebre en la poesía americana, poeta de inspiración íntima y de intenciones simbólicas, siempre romántico en el fondo, siempre puro en la forma”. Este poeta reimprimió “todas sus obras anteriores” en la Colección Porrúa, en 1915, que fueron, *Los senderos ocultos*, *La muerte del cisne*, *Jardines de*

---

<sup>402</sup> El texto, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit, pp. 465 y 466.

Francia, más varias traducciones de poetas franceses. Se encontraban también José de Jesús Núñez y Domínguez, y su *Holocaustos*, Ramón López Velarde, con su *Sangre devota*; y Guillermo Jiménez, *Almas inquietas*<sup>403</sup>.

Finalmente, en la tercera y última entrega, escribió que un “joven, casi niño, Pablo Martínez del Río, fruto aristocrático de la cultura inglesa” reunió a los jóvenes literatos que andaban dispersos y se comprometió a un “bello sueño”, editó *La nave*, que sólo un número llegó a salir (mayo de 1916). *La nave* “penosamente alcanzó las playas de Europa. En la portada de la revista se ve una carabela, como en los últimos números de la *Revista de América*, que publicaban en París los García Calderón”. Este hombre rico de México compró una enorme cantidad de papel para la revista. El primer número costó más de cinco mil pesos y apenas recuperó ochenta. A esta situación añádase la interminable desvalorización de la moneda mexicana. Del papel que se salvó se hizo el libro de Mariano Silva. Con el naufragio de *La Nave* se cerraba un ciclo en la literatura contemporánea mexicana, que se inició con *Revista Azul*, y se prosiguió con la *Revista moderna* y *Savia Moderna*.

Si en los dos artículos anteriores, por falta de tiempo o de espacio de la revista, Reyes no hizo una descripción, un retrato a lápiz de los hombres de la nueva generación de intelectuales mexicanos, ahora lo hizo, tal su añeja costumbre así como enumerar alguna de sus obras recientemente publicadas. Antonio Caso era para el colaborador de *Cultura hispanoamericana* una “naturaleza elocuente”. Justo Sierra lo llamó en “un momento el director de la juventud”. En el terreno de las ideas su experiencia era “incalculable”. “Tras algunas bruscas sacudidas” se replegaba en algo así como al misticismo “que siempre apuntó en él”. Le faltó “ambiente propicio” y “acaso también el calor de los últimos amigos” que quedaban en México. “Un tanto aislado” estudiaba a los “moralistas franceses y a los individualistas alemanes, aunque en verdad” recurría “más cómodamente [a] la filosofía” por los capítulos de Francia. Asimismo atacaba las cuestiones del momento, como “el conflicto interno de nuestra democracia, el jacobinismo y el positivismo, las

---

<sup>403</sup> El texto, en *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 466-468.

doctrinas de Wilson, con libre sentido espiritual”. Todo lo entendía y sabía “expresarlo todo” y no era “fácil prever” lo que pudiera alcanzar aún.

José Vasconcelos era “una inquietud estética” que se desbordaba del “libro a la vida”. En las páginas que dio a conocer recientemente en *Cuba contemporánea*, septiembre y octubre de 1916, las doctrinas pitagóricas las interpretaba de una manera original. Y preparaba, “entre sus aventurados viajes, que él mismo compara a los de Ulises”, un ensayo sobre *La sinfonía como género literario*. Con esto, dice Reyes, Vasconcelos volvía a la tesis de Mallarmé, “en los días en que la ‘confusión de las artes’ ha hecho crisis, y Babbit ha podido escribir su *Nuevo Laocoonte*. No importa, si hace pensar y vivir intensamente”.

El marqués de san Francisco, que era Manuel Romero de los Terreros, tenía en sus apuntes sobre *Arte colonial* (1916), un libro “de curiosa y nueva erudición, amable por todos conceptos, donde se habla de muebles coloniales, plateros mexicanos, cerámica de la Puebla de los Ángeles, obras de bronce, casas y jardines virreinales, sillas y jaeces, bordados y joyas de antaño, la iluminación y la miniatura en México”. Ensayo que debería ser considerado “como promesa de una hermosa síntesis futura, donde el dato se desarrolle en teoría”.

Federico Mariscal era uno de los grandes historiadores y arquitectos mexicanos, y escribió *La patria y la arquitectura colonial* (1916). Este libro, recordaba Reyes, surgió de un ciclo de conferencias que impartió en la célebre Universidad Popular que fundó con sus amigos de la nueva generación de intelectuales, *nosotros*, en 1912, y que se sostenía y mantenía hasta la fecha “merced a la increíble constancia de Alfonso Pruneda”. Pues bien, este libro era una “obra técnica”, “y con todo, accesible al lector corriente”. *La patria y la arquitectura colonial* era un estudio de “sabia organización de noticias y reglas de arte, estudia las casas de habitación, los mesones o posadas, colegios, hospitales y hospicios, conventos, edificios públicos y religiosos, plazas y mercados, jardines y parques, acueductos y fuentes, cementerios, monumentos, nichos, placas, relieves y detalles artísticos, y su acabadísimo plan se destaca en los índices finales”. Por ello, Reyes creía que esta era una obra “definitiva en su género, cualesquiera fueren las rectificaciones que el tiempo traiga, y llamamos sobre ella la atención del especialista. Ya se apreciará con esto lo que vale el esfuerzo de divulgación de que ha nacido”.

Alberto María Carreño era “un laborioso escritor de estudios económicos, sociales y biográficos”. En esta última disciplina dio a conocer su fray Miguel de Guevara y su célebre soneto *No me mueve mi Dios para quererte* (1915). En opinión de Reyes era un “libro de buena fe, excesivo para el asunto que trata, candoroso por su entusiasmo y hasta para algunos rasgos curiosos, como la publicación del retrato del autor. No es concluyente, ni tiene el definitivo sello de pericia científica; pero no por eso hará menos bien, llamando la atención en América sobre esos cartapacios del siglo de oro, que, allá como aquí, nos reservan tantas sorpresas”.

El público español quedaba enterado que Alfonso Teja Zabre escribió su *Vida de Morelos* (1916), Manuel G. Revilla, *Los fundamentos del arte literario* (1915), y *Lo que ensaya la vida de Cervantes* (1916), y en colaboración con Alejandro Quijano, *Un dictamen sobre la ortografía fonética* (1916). Sobre este último trabajo se ocupó Tomás Navarro Tomás, uno de los grandes fonetistas españoles en una “reseña anónima” que apareció en la *Revista de Filología Española*. Asimismo, Reyes anunciaba la próxima aparición de los libros de Alfonso Cravioto sobre el pintor Carrière y el de Julio Torri<sup>404</sup>.

En otro artículo, también para la revista madrileña *Cultura hispanoamericana*, de 15 de febrero de 1917, Reyes informó de la antología que realizó Genaro Estrada y que publicó con el título de *Poetas nuevos de México*. Antología que abarcaba desde Manuel Gutiérrez Nájera hasta nuestros días. Advertía, que la “crítica mexicana” señaló que la obra era mejor en cuanto a información que a la selección. Ya lo había dicho en otro momento al hacer reseñas de antologías, era difícil complacer a todos. Lo que se exigía en todo caso era la veracidad de la información. En este sentido, la antología de Estrada era un modelo. Tampoco temía equivocarse al afirmar que hasta esta fecha era la antología “más seriamente elaborada” de cuantas se habían hecho en México.

*Poetas nuevos de México* consta de dos partes. La primera para los poetas consagrados; y la segunda, para los que estaban comenzando. La forma cómo Estrada organizó la antología fue la siguiente: “A una breve noticia bibliográfico-crítica que copia o resume las más autorizadas opiniones emitidas sobre cada uno, sigue una noticia bibliográfica, que

---

<sup>404</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., p. 472..

contiene, en primer lugar, las obras del poeta en cuestión, y después una referencia de todos los juicios sobre el poeta; una noticia iconográfica y, finalmente, una selección de sus poesías”<sup>405</sup>.

Y en otra parte de este artículo dio otra buena noticia. En Costa Rica se estaba publicando la “*Colección Ariel*”, dirigida por Joaquín García Monge. ¿Cómo Reyes se había enterado de la existencia de esta colección y de este singular personaje de la vida cultural costarricense? Por ese afán de estar interesado y enterado de cuanto existía en América y de cuanto se estaba haciendo en España por españoles y americanos. Así pues, desde esta región de Centro América, Reyes recibió un sobre que en su portada se leía “*Colección Ariel*” y adentro, llevaba un folleto. Y esto propició que preguntara a los lectores españoles si en alguna parte habían tenido noticias de esta Colección y de este personaje. Si eran cuidadosos, les dijo, era posible que entre sus libros se encontraran guardados uno que otro folleto de esa Colección, que habían recogido “quién sabe de dónde”, y que seguramente les llamó la atención “porque figuraban en ellos algunos artículos de vuestros amigos perdidos en el montón de la prensa americana”. Pero, ¿qué mano amiga se encargaba de recortarlos, reunirlos y editarlos? ¿“Qué misteriosa mirada” vigilaba los pasos de los hombres por el mundo que donde que se encontraran les llegaban los folletos de la “*Colección Ariel*”?

Reyes daba este dato que aparecía en esos folletos: “*Colección Ariel, repertorio americano, publicado en cuadernos quincenales por J. García Monge*”- y ¿quién era este señor que vivía en Costa Rica, que coleccionaba “con delicado gusto, los mejores artículos aparecidos en las revistas y periódicos de España y América”, y que descubría siempre, “por recóndito” que fuera, el sitio donde se encontraran americanos en España y en la propia América? “Necesariamente”, dijo Reyes, era un literato; pero, ¿un literato que se limitaba a “seleccionar la obra ajena” y no daba “señales de la propia? ¿Quién podía ser? “¿Quién es usted, señor García Monge?”, le preguntó Reyes a quien pronto sería su nuevo amigo costarricense y editor de una de sus obras más emblemáticas, *Visión de Anáhuac*.

---

<sup>405</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales, cit., p. 474.*

En un diálogo nada imaginario, García Monge le contestó a Reyes que era un profesor de Lengua y literatura castellana en la Escuela Normal de Costa Rica. Solo andaba y “sin sentir el eco” de sus pasos. A lo que le respondió Reyes, que se equivocaba. Solo no andaba y menos quien andaba en tan buena compañía. Su nombre iba a quedar “asociado por fuerza al recuerdo de toda una fase de la literatura hispanoamericana”. La colección que dirigía, la “*Colección Ariel*”, nadie la podrá prescindir, pues en ella, los críticos de mañana, encontrarán “páginas que los escritores” olvidaban “al coleccionar sus obras completas” y que podrán tener “un inestimable valor”.

Reyes igualmente le dijo a García Monge, que desde tiempo atrás lo admiraba por la “sagacidad” y la “presteza” con que caía “sobre toda presa codiciable, extrayéndola del caos periodístico, donde muchas veces ni luce ni se puede apreciar”. Ahora que estaba de moda el vocabulario militar, quería decirle que su obra era “una obra de movilización y concentración de las fuerzas literarias”.

La “*Colección Ariel*” había tenido sus etapas, pues no siempre había aparecido como la que estaba adoptando recientemente, como una revista. “Comenzó por ser una selección de trozos, de fragmentos entresacados de los libros; uno de esos índices del gusto personal que, a costar menos el papel y la imprenta, a todos nos gustaría formar: la *Homilía* de San Basilio a los jóvenes, páginas de Maragall, de Horódotos y de Rubén Darío, todo en un desorden encantador. Dentro del carácter uniforme, cada cuaderno” ofrecía “ciertos rasgos inesperados, ciertas modificaciones en la distribución de la portada y hasta en la calidad del papel, como para recordarnos objetivamente” que no se trataba de una “colección sistemática”. En esta etapa definitiva de creación no podía ser de otra manera que cerrar una etapa y abrir otra. Es decir, que la “*Colección Ariel*” pasó a ser el “*Convivio*”, para “continuar la antigua función” de aquélla, con un patrón diferente, quería ser una “pequeña colección clásica, de antiguos y modernos” y *Ariel*, aspiraba “a ser la revista ideal de actualidades literarias”<sup>406</sup>. Bienvenido loable esfuerzo americano. Desde este país centroamericano se encendía un nuevo faro hispanoamericano, gracias al esfuerzo del benemérito don Joaquín García Monge.

---

<sup>406</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances de Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, cit., pp. 472-474.

En la *Revista de Filología Española* Reyes empezó a difundir la obra americana, la continuó en la *Cultura hispanoamericana*, y ahora la prosiguió en *Nuestro tiempo*, y en otras revistas más que se encontraría en su camino. A esta difusión de la obra americana se sumaría la de ediciones de obras de americanos, aprovechando los esfuerzos de los americanistas, como Blanco-Fombona y sus colecciones y bibliotecas americanas, tan bien ponderadas por Reyes. Precisamente en la Biblioteca de Ayacucho, Reyes publicó las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier, con un prólogo, en 1917. Sobre este paisano suyo, también hizo otras notas como a continuación se verá.

## 2.- *Fray Servando: entre dos continentes*

Alfonso Reyes desde sus años de estudiante preparatoriano tuvo la intención de editar una de las obras más importantes de su paisano más ilustre, *Historia de la Revolución en la Nueva España*. En 1907, cuando cursaba *Historia patria*, con el maestro Carlos Pereyra, del que sin lugar a dudas influyó en el conocimiento e importancia de la historia, presentó en “la clase una iniciativa para la reimpresión y difusión de esta obra, ofreciendo que los alumnos del curso” se encargarían de los “materiales editoriales, si el Ministerio de Instrucción Pública autorizaba y costeaba la edición”. En respuesta a esta iniciativa el Ministerio dijo que ya estaba haciendo la obra, pero nunca cumplió la promesa.

Reyes no conocía la *Historia de la Revolución de la Nueva España*, edición londinense, que apareció en 1813, pero sí sabía de su importancia en la historiografía nacional. Y “presumía además que, siendo de quien es, estaría llena de vitalidad y razones, de elocuencia y temblor”. Sobre esta obra se sabía que casi todos los ejemplares de la primera edición se perdieron. Y a su memoria llegaba cierta frase de un elocuente discurso de Juan Mateos, quien al referirse a este suceso dijo: “¡Y el estúpido del mar no supo lo que se tragó!”<sup>407</sup>.

Una década después, al visitar la Biblioteca Nacional de París, se encontró con un folleto contra el discurso guadalupano que pronunció Mier, y ahora en Madrid, se estaba ocupando

---

<sup>407</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV.*, pp. 469 y 470.

de su paisano al preparar el prólogo para las *Memorias*, bajo el sello de la editorial del venezolano Rufino Blanco-Fombona, así como notas sueltas de ciertas noticias sobre la vida y la obra del *otro regiomontano universal*. Como es sabido el fraile dominico nació en Monterrey, Nuevo León, en 1765, aunque Reyes creía que la fecha correcta era de 1763; y murió en la Ciudad de México, el 3 de diciembre de 1827. Sus estudios primarios los inició en su ciudad natal y el hábito de santo Domingo lo recibió en la capital de la Nueva España. Sacerdote, lector de Filosofía en el Convento de Santo Domingo, doctor en Teología con ganada fama de orador. Fray Servando perduraba “sobre todo en el recuerdo de sus compatriotas por esa ráfaga de fantasía que anima toda su existencia. Vivió más de sesenta años, y la mitad de su vida la pasó perseguido. Bien es cierto que parece haber sufrido las persecuciones casi con alegría. Algo como una alegría profética lo acompaña en sus infortunios, y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir por sus ideales”, de acuerdo con la descripción de Reyes.

Y como fue costumbre de Reyes, en medio de sus opiniones personales fue haciendo el retrato de su paisano. Es una larga descripción, síntesis de una larga vida, con buen estilo, como el estilo de vida que llevó este dominico que vivió entre dos continentes. Y un final como de novela rosa, o en lenguaje de nuestros días, de telenovela: “Es ligero y frágil como un pájaro, y posee esa fuerza de ‘levitación’ que creen encontrar en los santos los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desesperación, con una maestría de fantasma: cien veces es aprisionado y otras tantas logra escapar. Son sus aventuras tan extraordinarias, que a veces parecen imaginadas. El P. Mier hubiera sido un extravagante, a no haberlo engrandecido los sufrimientos y la fe de los destinos de la nación. Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su voz de plata de que nos hablan sus contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servidos –en Palacio- por la tolerancia y el amor de todos, padrino de la libertad y amigo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sentirse cautivo en la residencia presidencial y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo, por si se volvía a dar el caso de tener que

fugarse. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas y con sus recuerdos amenísimos”<sup>408</sup>.

La vida de fray Servando Teresa de Mier, de acuerdo con Reyes, tiene tres etapas. La primera, como precursor de la independencia de México<sup>409</sup>; segundo, su destierro en Europa; y tercera, su vuelta a México. Veamos aunque sea sucintamente estas tres etapas porque si bien tienen que ver con la historia de México, también la tiene con la historia de América y de España.

Reyes hizo suya la idea del doctor José María Luis Mora, cuando dijo, que Mier “salió desterrado de su patria por haber procurado destruir, aunque no por el camino más acertado, el título más fuerte que en aquella época tenían los españoles para la posesión de estos países, a saber: la predicación del Evangelio”. En efecto, como tan bien lo explicó Reyes, en su “ansia de independencia”, el fraile dominico hizo unas “traslaciones de conceptos que son tan frecuentes en la génesis de los ideales nacionales”. En su célebre discurso sobre la imagen de la Virgen de Guadalupe, señaló que el culto que a ella se le profesa en el cerro del Tepeyac se hacía desde antes de la conquista española, cuando santo Tomás apóstol, “bajo el nombre de Quetzalcóatl, predicó en México el Evangelio”. Además, dijo, que la Virgen “no está pintada en la capa del indio Juan Diego, sino en la de santo Tomás”.

No había que olvidar el contexto en que se dieron esas ideas. Primero, que al “conquistador español se le alistaba para la conquista de América como un soldado de Cristo. La razón teórica de la conquista –cualquiera que fuese la razón práctica- era para él la misma razón de las cruzadas. El más alto título espiritual de España a la posesión de sus colonias había sido la predicación del Evangelio”<sup>410</sup>. Y segundo, que después de la conquista, y durante el primer siglo de su dominación, corría por la Nueva España “la voz que se había realizado un milagro; un milagro que Nuestra Señora de Guadalupe había querido hacer sólo para

---

<sup>408</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 4334 y 435. [Letras mexicanas].

<sup>409</sup> En otras páginas dedicadas a Mier, Reyes escribió sobre esta primera etapa de la vida del fraile dominicano: “Durante el periodo primero, que llega hasta el año 1795, Fray Servando es un precursor de la independencia. Representa el momento en que la idea revolucionaria ha cundido ya por todas las clases sociales, y el clero de México la prohija” (*Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios, cit.*, p. 433).

<sup>410</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios, cit.*, p. 435.

México, y no para ninguna otra nación. La Virgen de Guadalupe se había aparecido al indio Juan Diego, y su imagen había quedado estampada en el manto del indio. La Virgen, morena como los indios, iba a ser en adelante la patrona de México”.

Reyes, por su parte, dio la siguiente explicación no sin antes advertir que este sermón que pronunció el cura dominico hoy en día causaría risa. Y, sin embargo, no para la época de Mier, que el sermón dicho fue calificado de herejía, y su autor desterrado de la Nueva España. Esta es la explicación de Reyes: “Hay derecho a creer que esta tradición, donde se confunden muchas creencias y esperanzas, no era más una manera de catequismo, y tendía a dar sentido nacional a las creencias importadas del Viejo Mundo. En todo caso, la tradición reposa sobre el suelo más vivo de la sensibilidad mexicana, y ha crecido en él vigorosamente. Es una de aquellas hermosas leyendas del catolicismo florido, en que la Virgen cultiva un jardín para un hombre humilde, y se le aparece como una señora morena y luminosa”. En la obra de Mariano Silva y Aceves, *La arquilla de marfil*, esta leyenda guadalupana, advirtió Reyes, adquiriría “una inefable sutileza poética: Juan Diego, en su dulzura animal, viene a ser el símbolo de una raza”<sup>411</sup>.

Y en otro párrafo, Reyes siguió dando sus explicaciones sobre ese hecho único en país católico alguno, ni en la propia Roma pues, hubo y ha habido semejante milagro: “Pero desde el fondo de las cosmogonías indígenas, mucho antes de la llegada de los hombres blancos, se sabía que un sacerdote blanco y barbado, de nombre Quetzalcóatl, había aparecido un día entre los indios y les había enseñado las costumbres de la labranza y dos o tres reglas de virtud. Es uno de esos mitos solares más o menos claramente explicados, que en la mentalidad primitiva gusta de representar el primer esfuerzo civilizador: es un Oanes, un Cadmo de América. Entrar en todas las significaciones y consecuencias –no sólo espirituales, sino también externas y prácticas- que tuvo esta creencia en la historia de las civilizaciones precortesianas, sería aquí imposible. Baste decir que en todo tiempo Quetzalcóatl ha ejercido una misteriosa seducción”<sup>412</sup>.

---

<sup>32</sup> *Obras Completas de Alfonso Reyes. III., El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 436.

<sup>412</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III.. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 436.

Esta explicación laica no cabía en el tiempo del dominico. Su sermón fue una *asonada* y sobre todo, dicho un 12 de diciembre. El arzobispo Núñez de Haro entendió el mensaje y en respuesta lo mandó a encarcelar. Y de aquí en adelante iniciaba esa historia fantástica de Mier, labrada por él y por sus seguidores; aunque no tan fue tan fantástica en los hechos al sufrir hambre, destierro y persecuciones. En efecto, el dominico enterado de la situación en que se colocó, se fugó, lo cogieron y se volvió a escapar. En 1795, llegó a Cádiz, desterrado, “por un delito sin delito, por una herejía sin herejía”, señaló Reyes. Y a su llegada a estas tierras españolas, Mier que era un criollo descendiente de nobles, hizo lo que Alarcón en su tiempo, reclamó que se le tratara de *don* “y sus preeminencias sociales, advirtiendo que los religiosos no por serlo renuncian a sus fueros ni a su nobleza nativa, y que el apóstol san Pablo alegaba a cada paso la suya, contra las prisiones y atropellamientos de que era víctima”. Con su llegada a estas tierras españolas daba inicio a la segunda etapa de su vida.

En España, Mier fue de una cárcel a otra, y sufrió persecuciones sin cuento. De este país se fugó hacia Francia. Aquí hizo amistad con Simón Rodríguez, maestro de Simón Bolívar, con quien abrió una escuela para enseñar español; hizo la traducción de *Atala*, de Chateaubriand<sup>413</sup>, y aquí conoció a Lucas Alamán. En este mismo país tuvo una discusión

---

<sup>413</sup> Alfonso Reyes, en un artículo intitulado “Chateaubriand y América”, explica la importancia de *Atala* y lo que los estudiosos han dicho al respecto. “Al principio de su carrera literaria, escribió Alfonso Reyes, Chateaubriand parece referir todos sus recuerdos a un modesto y posible viaje de Baltimore al Niágara (*Ensayo sobre las revoluciones*). Más tarde, en el *Genio*, el *Itinerario* y otras partes, habla ya de las lagunas de Florida, el país de los Natchez y los seminolas. Es que, en el intervalo, ha publicado *Atala* y le ha venido el capricho de declarar que sus cuadros naturales estaban pintados en la más escrupulosa exactitud. En cien partes de su obra, y en artículos de periódicos, ha novelado sobre sus viajes al Nuevo Mundo, sin prever que un día, al escribir sus memorias, se hallaría comprometido por sus anteriores declaraciones y obligado a alargar su viaje desmesuradamente.

¿Qué conclusiones sacar de esta investigación? ¿Declarar plagario a Chateaubriand, como la hace Dick, con poso sentido de humanista? No; Bédier, al apreciar el valor de su trabajo, da un ejemplo de probidad. Desde luego, hemos adquirido unas enseñanzas, aunque secundarias: el *Viaje a América* de Chateaubriand no puede ni debe ser empleado a su vez como fuente histórica. Por hacer lo contrario en algunos capítulos de su monumental *Historia de América*, se ha equivocado Bancroft.

Segunda conclusión: Chateaubriand se inspira en pasajes ajenos, los refunde y los aprovecha por una serie de procedimientos de estilo curiosísimos de notar. Hecho esto, hace servir su propio producto, así obtenido, como nuevo modelo, que a su turno refunde y aprovecha en un nuevo libro. Parece, pues, que para crear necesita de la sugestión de una página escrita, y que, al contrario de Rousseau, no puede componer (aun cuando él afirme otra cosa) sino rodeado de sus libros, en su mesa de trabajo y con la pluma en la mano. Entre los modernos escritores franceses, solamente en André Chénier podría hallarse una disposición análoga; este poeta 8el menos ‘libresco’ si se quiere), por rara condición psicológica, sólo crea trasponiendo fragmentos ajenos. Pero mientras Chénier nunca traduce más de diez líneas seguidas de sus clásicos, Chateaubriand puede seguir sus modelos desde la primera hasta la última página.

con un rabino. El fraile dominico no solo lo venció sino lo aplastó. Los rabinos se entusiasmaron y lo llamaron el más sabio, y en compensación le mandaron a hacer un vestido nuevo, y le ofrecieron a “una joven rica y hermosa en matrimonio”. Mier no aceptó tan sugestivo presente. Mejor se puso a escribir “sobre los cafés de París, las espléndidas bibliotecas, los paseos, el Palais Royal, los almanaques de cortesanas, los cabarets y las modas, que entonces –según él- consistían en que cada mujer llevara el vestido y el peinado que más convenía a su tipo y a su carácter”<sup>414</sup>.

Mier partió a Roma, donde el Papa le concedió la secularización. A España volvió y fue reaprehendido porque escribió “una sátira que, en defensa de México, escribió contra el autor del *Viajero Universal*”. A la cárcel otra vez, donde se escapó, para volver nuevamente a la cárcel, en Cádiz. Se fugó por enésima vez y ahora salía para Portugal donde vivió “tres años al lado del Cónsul de España”. La guerra de la Independencia en España lo hizo aparecer como cura castrense de los voluntarios de Valencia. Los franceses lo hicieron prisionero en Belchite, pero se fugó, como de costumbre. En recompensa por sus méritos civiles recibió los honores de la Junta de Sevilla. En 1811 la Regencia de Cádiz le concedió “una pensión anual de 3,000 pesos sobre la Mitra de México” que no le fue posible aceptar “por ciertas incompatibilidades”.

En Londres fue “a propagar la idea de la independencia de México”. Esta era la época de Blanco White. Mier vivió entre los desterrados españoles, y como, “a pesar de su agilidad algo inquietadora”, era hombre de peso y de persuasión, fue él quien convenció a Francisco Javier Mina el Mozo “para que armara la célebre expedición en defensa de la independencia mexicana”.

La tercera y última parte de su vida fue cuando desembarcó en México, con Mina, en 1817. La historia de su vida nuevamente se repitió: aprehensión y fuga que tuvo este itinerario

---

En tercer lugar, hay derecho –después de la investigación anterior- a suponer que Chateaubriand trabajó con procedimientos análogos algunas otras de sus obras, y a preguntarse sobre las innumerables fuentes que habrá aprovechado en la formación de todos sus libros. Así en el Itinerario a Tierra Santa no es más que ‘un viaje hecho con ajenos viajes’, según la autorizada opinión de Titus Tobler; y podemos considerar este sistema de refundación y de transcripción como un verdadero método de invención poética de Chateaubriand” (*Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., pp. 430 y 431).

<sup>414</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 442.

Cuba-Estados Unidos-México. En la Ciudad de México fue a parar a la cárcel de la Inquisición y fue el “primer religioso dominico que las habitó”. El 20 de mayo de 1820, “al disolverse la Inquisición, no había dado fin al proceso de Mier, quien, señalado como enemigo peligroso, fue enviado a España en el mes de julio y embarcado en diciembre. Pero no podía faltar a su hado, y en La Habana logró fugarse, pasando a los Estados Unidos, donde permaneció hasta el mes de febrero de 1822”. Mier, cuando llegó a México, México había logrado su independencia nacional. Y sin embargo, todavía fue a parar a la cárcel, de donde salió por orden del primer Congreso Constituyente.

Mier fue diputado por su estado natal. Cuando en junio logró llegar a la Ciudad de México, Iturbide era emperador de México. Mier, “en audiencia personal”, censuró su conducta. Tamaña osadía hizo que el 28 de agosto fuera hecho prisionero con otros diputados, “sospechosos de conspiración contra el imperio”. El 11 de febrero de 1823 salió libre por la sublevación republicana. El 13 de diciembre de ese año pronunció en el Congreso su discurso *de las profecías*, “en que mantiene la necesidad de un gobierno republicano central, o al menos de federalismo templado”. El primer presidente de la República, Guadalupe Victoria, la dio alojamiento en el Palacio Nacional, y vivió de ese día “en delante de la pensión del Estado. El presidente Victoria –cuenta Tornel- escuchaba con mucha paciencia sus impertinencias”.

Si su vida se ha dicho fue fantástica no se diga su muerte. El 15 de noviembre de 1827, cuando estaba bien seguro que se aproximaba el fin de su vida, invitó a sus amigos para recibir el Viático, pero al día siguiente. “El Viático le fue llevado entre honores militares, colegios y comunidades y multitudes de pueblo. Ofició el Ministro de Justicia Ramos Arizpe, y Mier tuvo todavía tiempo de hacer un discurso, en defensa de su vida”. En conclusión, señaló Reyes con acierto, “Estos hombres simbólicos, como Mier, como Blanco White, como Newman, en quienes –en una u otra forma- se opera la crisis de las nuevas ideas, escriben siempre apologías de su vida, y mueren con la implacable angustia de no haber sido bien comprendidos. Mier falleció el 3 de diciembre, a las cinco y media de la tarde. El general Bravo, vicepresidente de la república, presidió su duelo”<sup>415</sup>.

---

<sup>415</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 548.*

¿Qué otra información dio Reyes sobre fray Servando? Como es de suponerse siendo un miembro del Centro de Estudios Históricos de Madrid y periodista, buscó para el público las noticias más importantes para que supieran qué había hecho este dominico en uno y en otro lado del Atlántico. La bibliografía que dio a conocer era hasta ese momento la más completa, 12 obras incluyendo la que se editaba, así como lo que se refiere a la *Iconografía*. En primer lugar estaba el *Sermón* sobre la Virgen de Guadalupe, pronunciado el 12 de diciembre de 1794. Lo publicó J. E. Hernández y Dávalos en su *Colección de documentos para la historia de la guerra de la independencia de México*, tomo III, México, 1879. Al mismo tiempo, Reyes avisaba que en la Biblioteca Nacional de París existía un manuscrito que era la censura al famoso sermón de Mier, *Critique d'un sermon sur Notre Dame de Guadalupe et divers autres sujets*, 1794-1785, que se encontraba en la *Collec. Goupil-Aubin*, núm. 72, II, pág., 434, núm. 270.

Le seguía la *Proclama de los valencianos del ejército de Cataluña a los ejércitos de Valencia*, Valencia, Monfort, 1811, que citaba José María Beristáin y Souza en su *Biblioteca hispano-americana septentrional*, México, 1816-1821; *Cartas al Dr. Juan Bautista Muñoz sobre la tradición de Nuestra Señora de Guadalupe*, escritas desde Burgos, año de 1797, México, Imprenta de *El Porvenir*, 1875, edición reimpresa en la Colección de Hernández y Dávalos, en el mismo tomo IV, y en la primera parte de las *Obras completas* del Dr. J. E. González, Monterrey, edición del “Periódico Oficial”, 1887.

*Cartas a El Español*, que se publicó en el *Semanario Patriótico*, y en los *Documentos para la historia del Imperio Mexicano*, de Bustamante, número 6. “Esta y otra carta a *El Español* fueron reimpresas” en las *Obras completas* de González, tomo IV, segunda parte, Monterrey, 1888. Estas epístolas Mier las firmaba con el seudónimo “Un Americano”. “La primera va seguida de catorce notas y la segunda de doce notas, todas de la manos de Mier. De estas cartas existe además una edición londinense”, pero no dijo cuál ni la fecha de edición.

*Historia de la revolución en la Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen o causa de ella, con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813...* Escribiola D. José Guerra, doctor, desde la Universidad de México, Londres, Guillermo Glindon, 1813, dos volúmenes. La edición se perdió, como ya Reyes lo dejó dicho, y según

sus investigaciones un ejemplar se encontraba en la Biblioteca Nacional de México y otro en Biblioteca de Guadalajara. Esta es también la obra que, según Mier, se la robó Walton en sus *Dissentions of Spanish America*.

*Memoria política-instructiva, enviada desde Filadelfia, en agosto de 1821, a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*, Filadelfia, Juan F. Hurtel, 1821. Reimpresión en México al año siguiente, en México, por Mariano Ontiveros. *Breve relación de la destrucción de las Indias occidentales presentada a Felipe II, siendo príncipe de Asturias, por don fray Bartolomé de las Casas, de la Orden de Predicadores*, Obispo de Chiapa, Filadelfia, Juan F. Hurtal, 1821. *Discurso que el día 13 de diciembre del presente año de 1823 pronunció el Dr. D. Servando Teresa de Mier, diputado por Nuevo León, sobre el art- 5º., del Acta Constitutiva*, México, Martín Rivera, 1823. *Discurso sobre la Encíclica del papa León XII*, por Servando Teresa de Mier, quinta edición, revisada y corregida por el autor, México, Imprenta de la Federación, año de 1825. *La Apología*, que estaba reimprimiendo la editorial de Blanco-Fombona, y una traducción al español que hizo Mier, *Atala*. Hasta el año de 1917, Reyes no pudo encontrar esta obra ni en México ni en París donde se publicó<sup>416</sup>.

En cuanto a la *Iconografía*, Reyes reprodujo la noticia que dio Rangel en la *Antología del Centenario*, tomo I, segunda parte, que en la página 424, señaló: “La familia de don José María del Río posee un retrato al óleo del Dr. Mier. Este retrato ha sido reproducido varias veces: puede verse en el *Álbum Mexicano* publicado por el C. L. Prudhomme, México, 1843 (Litografía de Thierry Frères, París), en la galería de oradores de Castillo Negrete, tomo I, y en *México a través de los siglos*, tomo IV. En el Paseo de la Reforma, de esta capital, se colocó en 1894 una estatua de Mier, en bronce, modelada por el escultor Jesús Contreras. En el folleto *Apuntes biográficos de los trece religiosos dominicanos*, aparece una estampa litografiada de la momia del Dr. Mier<sup>417</sup>.

Reyes se volvió a ocupar nuevamente de fray Servando Teresa de Mier cuando reaparecieron dos de sus obras. La primera, la rarísima *Historia de la Revolución de la*

---

<sup>416</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., pp. 548-550.

<sup>417</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 551.

*Nueva España*, México, a cargo de la Cámara de Diputados, 1921. Obra que al decir de Bustamante influyó en Iturbide, al pasar de realista a insurgente. Y la segunda, la traducción que hizo, bajo el seudónimo de S. Robinsón, de la obra de Chateaubriand, *Atala*. Jean Sarrailh, del Instituto Francés de Madrid, la encontró en la Biblioteca Nacional de Madrid. Y fue él mismo quién le compartió el hallazgo al enseñarle el manuscrito intitulado *las Fortunas de Atala en España*, que fue su contribución al *Homenaje a Menéndez Pidal*, que prepararon los “amigos y discípulos del sabio y querido maestro”<sup>418</sup>, *Homenaje* en el que también participó el mismísimo Reyes.

No se volvió a ocupar más Alfonso Reyes del *otro regiomontano ilustre*. Eso sí, siguió recogiendo materiales y algunas opúsculos de Mier. Materiales que fueron aprovechados por Miquel i Vergés cuando en México localizó varios inéditos de Fray Servando que se encontraban en la Biblioteca de Hacienda. Pero el propósito de dar a conocer a Mier en una Biblioteca de autores americanos, dirigida por un americanista e impresa en España, se cumplió. Cerraba esta página e iniciaba otra, sobre la divulgación de los autores y las obras de los maestros americanos.

### 3.- *Maestros americanos*

En junio de 1917 murió José Enrique Rodó. Su descenso fue sentido en las comunidades americanas residentes en Europa<sup>419</sup>. Y para Alfonso Reyes motivo para redactar unas

---

<sup>418</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., pp. 471 y 472

<sup>419</sup> El día que murió Rodó, un “grupo de escritores latinos, residentes en París, Londres, Madrid y Roma ha enviado a la viuda de José Enrique Rodó la carta que en seguida transcribimos:

Señora nuestra:

Venimos de París, de Londres, de Madrid, de Roma, a poner a los pies de su dolor el nuestro, por la muerte del Maestro insuperable.

Ha caído sobre el mundo de las letras españolas y sobre la civilización de Occidente una repentina sombra. Nos sentimos disminuidos de vida y esperanza, porque el profesor de optimismo desaparece. Pero en nuestra desencantada soledad nos quedan, como estímulo, la claridad ejemplar de su vida patria y el eco de aquella ‘suave palabra’ que en el epílogo de *Ariel* despierta infinitas resonancias en almas jóvenes cuando la voz de Próspero se extingue.

Y como en esa maravillosa página, nosotros, la familia espiritual de José Enrique Rodó, nos reunimos hoy también, pero en enlutado grupo, con la esperanza de que nuestra fidelidad a tan ilustre memoria sea un consuelo para la gloriosa ancianidad de usted.

Junio de 1917.

cuartillas sobre lo que significó el autor de *Ariel* para su generación, en la generación de *nosotros*. Y por eso Reyes inició sus páginas narrando la génesis de su grupo, los años de estudiantes de Preparatoria y de Jurisprudencia, de aquéllos días en que no se movía nada sino era por la voluntad de un hombre, en esa atmósfera en donde México era una isla de la abundancia. Y en el fondo del escenario, sus amigos cubanos.

Por eso, Reyes iniciaba su primera página con esta remembranza: “En vuestra isla, cruzada por las inquietudes de los cuatro puntos cardinales, nunca habéis perdido el sentimiento del contacto con vuestros hermanos de raza. No sé si os asombrará lo que os digo; pero hubo un día en que mi México pareció –para las conciencias de los jóvenes- un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos: sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas ‘pequeñas repúblicas revolucionarias’. ¡Y teníamos un concepto estático de la patria, y desconocíamos los horrores que nos amenazaban, sólo para que gimiéramos más el día del llanto! Y creíamos –o se nos quería hacer creer- que hay hombres inmortales, en cuyas generosas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo”<sup>420</sup>

Entonces fue cuando se hizo la primera lectura de Rodó, y los “hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana. ¡Y hasta por estar a mil leguas de las mecánicas

---

f. García Calderón, E. Matinence, Graca Aranha, Julio Piquet, Luis Quintanilla, J. C. Blanco, C. Silva Vidósola, Gonzalo Zaldumbide, V. García Calderón, Hugo D. Barbagelata, Enrique Pérez, Francisco Orozco Muñoz, J. M. Quijano.

Wallis, F. L. de la Barra, E. Montarrayos, R. L. Lomba, R. Blanco Fombona, Enrique Lizarralde, R. Borrás, Augusto d’Halmar, B. Sanín Cano, Alejandro Sux, Leonardo Pena, Carlos E. MacLennan, Juan Gadea, E. Blanco Acevedo, Francisco Contreras, Jules Supervielle, *Alfonso Reyes*, Pedro Emilio Coli, A. Vaeza Ocampo, Diego Doble Urrutia, Carlos A. Villanueva, Enrique Deschamps, P. Mané, Bernabé Michelena, Salustio González Rincones, Alfredo de Bengoechea, A. Herosa, Jorge Corredor La Torre, Alberto Gómez Folle, Antonio María Gorri, Joaquín Eulalio, trineu machado, F. Michaelsson, Lucas T. Gibbs, José P. Otero, Joaquín Edwards bello, Vicente Lapido, Pedro Cosío, Albertpo Ghirardo, B. Fernández medina, Pedro César Dominici, José Cuneo, D. Larralde, Gómez Carrillo, A. Zérega Fombona, Adolfo Sienra” (Carpeta de recortes de Alfonso Reyes, II. 234-237. El subrayado es de AR).

<sup>420</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, p. 134.

preocupaciones políticas era más exacta esa noción! Hasta por desentenderse de toda esa andamiada jurídica del panamericanismo, y fundarse sólo en un impulso de colaboración superior que dicta el sentimiento y que la razón corrobora. Porque son una gran mentira todos esos centros de propaganda, todos esos congresos parlantes, todas esas tramas diplomáticas. Porque la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como una *alma*”<sup>421</sup>.

Cuando cayeron los libros de Rodó en las manos de esta nueva generación de mexicanos, “ya los maestros escépticos de Europa nos habían hecho oír su voz”. El nuevo siglo iniciaba también con la “negación de los valores, de la duda de la razón, y –en fin- de ese vago misticismo sin Dios que vanamente quería sustituir la robusta fe de otros tiempos”. Sólo les quedaba “aquél frío regocijo técnico del arte por el arte; y vivir para escribir, sin amar la vida...”. Cuantos de sus compañeros hicieron “el pacto de aceptar la vida, solamente para ver cumplidas las promesas de su arte. Y en esa hora tan frágil –tan temerosa que pudo romperla al menor flaqueo, cualquier fracaso, o aquella acidez incurable de la primera pasión-, en esa hora que es la más solemne de toda una mitad de la vida, porque en ella volvemos a nacer voluntariamente; cuando todavía los dulces cuidados de los años no nos han revelado el verdadero sabor del mundo, Rodó nos trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la concepción de la *conducta*”.

Y fue entonces cuando un *nuevo entusiasmo* nació en esta joven generación de mexicanos. Entusiasmo “semejante al chorro de la fuente que se recobra al tiempo que cae. Un optimismo sin complacencias pueriles. Porque todos esos rodeos del razonamiento con que se nos quiere hacer aceptar el mal de la vida no son más que un gran pecado. *No importa*: un optimismo vital; parte mínima, pero preciosa del optimismo; la única en que la dignidad de la mente podía consentir, mientras la razón se restablecía de sus heridas”.

Las palabras de Rodó fueron siempre bien escuchadas y su generación se congratulaba por la fe que nunca dejó de tener en los hombres, en la naturaleza y en la educación incesante. Todavía recordaba aquellas palabras del maestro uruguayo: “No desmayéis, no desmayéis

---

<sup>421</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios, cit., p. 135.*

en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios”. Y por eso, con palabras exactas, Reyes dijo: “Aquí, como en todo, [Rodó] sabía que *el problema está en el espíritu, y que el espíritu tiene que engendrar de por sí sus formas adecuadas*”<sup>422</sup>.

Y para concluir esta síntesis de la conducta de Rodó que fue también conducta para muchos de su generación, escribió: “Ignoró las guerras literarias, el escándalo editorial y la propaganda de librería. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante combinaciones de infinita malicia. Era el que escribía mejor y era el más bueno. Su obra se desenvuelve sobre aquella zona feliz en que se confunden el bien y la belleza. Y hoy que nos volvemos hacia él como en busca de una arquitectura sagrada que resiste al fuego de la barbarie, mientras enviamos, arrobados, el vuelo de nuestras más altas promesas, y a Palermo, que recogió sus despojos, nuestras bendiciones”<sup>423</sup>.

Con la aparición de la obra de Montalvo, *Sus mejores prosas (seguidas de algunos inéditos)* (1919), quedaba inaugurada una nueva Biblioteca americana, la *Biblioteca de Escritores de la Raza*, a cargo de la Editorial Hispánica. Biblioteca que fue saludada por Alfonso Reyes. El volumen contiene 10 textos, ocho conocidos y los dos últimos eran inéditos, a saber: “Los héroes de la emancipación americana”, “Bolívar y Napoleón”, “Bolívar y Washington”, “Viajes; Poesía de los moros; Córdoba, la gran mezquita”; México”, “Capítulo que se le olvidó a cervantes”; “De la risa” y “Diario íntimo (París, 1870)”. Y no hacía mucho tiempo, unos dos años antes, aproximadamente, en la Colección Cervantes apareció otro libro de Montalvo, *Geometría moral*, acaso por sugerencia del mexicano Luis G. Urbina.

Sin embargo, la aparición de estos libros de Montalvo en la propia España no despertó la curiosidad y mucho menos la atención a la *nueva literatura española*. ¿Por qué? Acaso porque la *joven España* apenas comenzaba a conocer a la *joven América*. Y esta aseveración, Reyes lo podía demostrar cuando la revista argentina *Nosotros* preguntó a los escritores españoles cuál de los maestros de América preferían. Y esta pregunta los puso en

---

<sup>422</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>423</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquellos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 137.

un verdadero aprieto. La labor de Blanco Fombona en París, primero; y ahora en España, con sus colecciones de clásicos, estaba contribuyendo a disipar la niebla. Ahora se hablaba de Sarmiento cuando hace apenas unos cinco años se ignoraba. “Pero la abundancia misma de libros americanos ha desconcertado un poco a este público, que no peca de muy aficionado a leer ni muy afecto a poner la conciencia a prueba de nuevos conocimientos”, señaló Reyes<sup>424</sup>.

Y ahora era él mismo quien quería decirle a la *nueva literatura española* que se fijaran y se interesaran por este americano, por Montalvo. “En su mentalidad se notan, dice Reyes, sin duda, los defectos del liberalismo pueril de la época; pero tan agigantados al toque de su magno poder artístico, que ya no parecen errores, sino creaciones fantásticas con derecho a una vida superior, en el puro mundo de la estética. En su estilo hay los consabidos defectos de la oratoria grandilocuente; pero si en la mayoría de los escritores solemos notar, a título de excepción, los aciertos verbales que nos parecen definitivos, en Montalvo nos encontramos con que hay que marcar, a título de excepción –una vez cada cinco o seis páginas- los momentos de descuido verbal. Es que Montalvo, como decía Rodó, ponía en el arte literario el celo amor y los cuidados de un culto religioso”<sup>425</sup>.

En la prosa de Montalvo, escribió Reyes, todas las letras están *vivas, palpitan y centellean*. “Su oído era finísimo. Leerlo en voz alta es dar una fiesta a los sentimientos naturales del ritmo”. Con Montalvo y con Martí, aseguró el periodista mexicano, América “descubrió” a Gracián “antes que España”. Porque la “música de timbrazos de Gracián y los redobles y el tamborileo de Quevedo parecen sonar en la prosa de Montalvo. Algunos pasajes, sin exageración ninguna, pueden soportar la comparación con los de los maestros clásicos”.

Reyes nuevamente se valió de Rodó para decir que Montalvo como Quevedo fue uno de los grandes artífices de la lengua española y de los hombres que en América profesaron como nadie “el amor a la libertad”. Es decir, no solo España había tenido y tenía grandes *artífices* que hacían de la lengua española una grande lengua, sino también los había tenido y tenía América. Y tanto los escritores de España como los de América igualmente lucharon,

---

<sup>424</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit.p. 78.

<sup>425</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes, IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit. p. 79.

combatieron y defendieron su amor por la *libertad*. Sin embargo, Menéndez y Pelayo hablaba de Montalvo “con unas reservas” elocuentes. Cuando se refirió a otros escritores ecuatorianos, el erudito español escribió: “hay que añadir *ya*, con las necesarias reservas de ortodoxia y de gusto, el del sofista agudo e inteligente, y brillante y castizo, *aunque* abigarrado y algo pedantesco prosista Juan Montalvo”<sup>426</sup>.

Y Reyes nuevamente se valió de Rodó para decir que Montalvo era un antecedente necesario”, un “fruto de la armonía entre la inspiración y el arte, entre el don y el saber”. Sarmiento “era genial, pero no muy culto, y de gusto semibárbaro”. Bello era todo lo contrario a Sarmiento aunque le faltaba “aliento creador”. Y Montalvo, escritor con “gran conciencia del estilo”, “lleno de gran saber erudito en su arte de hacer prosa –saber que, desbordándose, lo llevó a veces a juguetes y restauraciones como *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, hacía con los sentidos y para los sentidos lo que Rodó hace con la razón, la ecuanimidad y el sentimiento poético. Montalvo es gigantesco, y Rodó es perfecto”, concluyó Reyes no sin antes sugerir a los editores españoles que cuánta falta hacía una gran antología de la prosa americana y de tenerla cuánto disfrutarían los españoles de la prosa americana<sup>427</sup>.

El padre Reyes fue otro buen ejemplo de lo que han hecho los maestros americanos por su pueblo, en este caso concreto, del pueblo hondureño. Para dar a conocer la vida y la obra de este singular sacerdote, el mexicano Alfonso Reyes entresacó los datos de mayor interés de la revista de la Universidad de Tegucigalpa, que los estaba dando a conocer desde su fundación en 1909. El padre Reyes nació a finales del siglo XVIII, de padres humildes, y murió en la capital de la república de Honduras a la edad de 58 años. Aprendió como pudo latín, música y pintura. Estudió en Nicaragua y la revolución lo llevó a Guatemala y de aquí regresó a su tierra natal. En 1829 una nueva revolución estalló y secularizó la vida nacional. En consecuencia, sólo se “dedicó a las obras públicas, a reconstruir templos y capillas. Hasta entonces, había estado ‘oculto bajo el celémín’. Quisieron nombrarlo párroco, pero él nunca admitió mayor puesto que el de Sinodal del clero hondureño. Fundó la Academia

---

<sup>426</sup> El subrayado es de AR.

<sup>427</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit. p. 80.

Literaria (el primer centro de educación superior) que regentó él mismo; y al fin obtuvo que el Gobierno hiciera de ella el núcleo de la primera Universidad, cuyos estatutos dictó”.

El padre Reyes no sólo puso los cimientos de la universidad, sino que introdujo la primera imprenta, “y ya se sabe que por falta de imprenta la literatura colonial” hondureña no floreció, llevó el primer piano y puso “música a sus villancicos y a su misa, *El Tancredo*”. Fue catedrático, y de su cátedra “surgió, entre otras cosas, cierto compendio de física, en que estudiaron los contemporáneos del doctor Ramón Rosas. Los informes anuales del P. Reyes sobre la nueva institución son conmovedores: háblase allí de clases gratuitas o mezquinamente remuneradas, de cursos de gramática española que se suspenden por falta de texto, de lecciones de cirugía que nunca pudieron empezar por falta de una pieza adecuada para colocar el esqueleto; además, el P. Reyes culpa al vecindario, culpa a los padres de no interesarse suficientemente en la educación de sus hijos”<sup>428</sup>.

El P. Reyes hizo política, fue diputado al Congreso de 1852 que decretó el Estatuto Provisional de la República en Centro América. Aún es motivo de investigación si fue o no nombrado obispo de Honduras por Gregorio XVI. Aunque tal parece que no porque el presidente de República, el general Ferrara, frustró su elección, metiéndole a la cárcel y dando falsa noticia a Roma, “de que había muerto. Por buenas razones el P. Reyes prefirió resignarse”. Por eso, cada vez que triunfaba una revolución y le pedían que celebrara la victoria del caudillo, accedía. Y sin embargo, así como encomiaba, vituperaba. El P. Reyes se defendió de esta situación cuando dijo: “que él como vate popular tiene que contentar a todos y hacer lo que las campanas de la iglesia, que no acaban de repicar a júbilo cuando ya le piden doblar a muerto”.

El P. Reyes fue hombre de letras, aunque como poeta fue “poco feliz”. Pero Reyes no quería tampoco cometer ese absurdo de un crítico hondureño al compararlo con Dante. Sin embargo, en su “labor literaria” se encontraba “una nota de curiosidad: las ‘pastorelas’”<sup>429</sup>.

---

<sup>428</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquellos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 126.

<sup>429</sup> “Los eruditos, dice Alfonso Reyes, discuten sobre el nombre de ‘pastorelas’; nombre que, desde tiempo inmemorial, se aplica entre nuestra gente de campo a las de ‘Bato’, ‘Bartolo’ y ‘La Gila’. A mí me tocó todavía verlas en alguna feria de mi tierra. Origen de ellas fueron sin duda las que nuestros indios acostumbraron a mediados del siglo XVI, y entre las que fue famosa aquella que representaron los tlaxcaltecas el día de Corpus en 1588. A ella se refiere Motolinía en su *Historia de los indios de Nueva*

Y esto es de importancia capital pues el P. Reyes hizo estas pastorelas como una forma de retener a sus estudiantes, que acabado el curso, se iban a sus hogares. Y cuando retornaban a la escuela todo se les había olvidado. Algo tenía qué hacer para retenerlos en las vacaciones de Pascua. Y así surgieron estas pastorelas, que las compuso para los “faunillos amansados. Ellos las representaban a orillas de la laguna del Pedregal, en improvisados teatros”.

Las pastorelas del P. Reyes eran “pequeñas representaciones de asunto bíblico, donde no faltaban las casuales sátiras políticas”. Sólo se conocían, hasta esta fecha, nueve pastorelas: *Noemí, Nicol, Neftalia, Zelfa, Rubenia, Elisa, Albano, Olimpia, Flora* o *Pastorela del Diablo*. Y aún se podían añadir las *Posadas de José y María* y la *Adoración de los Reyes Magos*, “aunque algunos consideran las Posadas como un acto de la *Rubenia*. Del *Albano* dicen que no llegó a representarse, porque los pastores de la representación fueron amenazados de pública pedrea si llevaban a la escena sus picantes chistes de actualidad”<sup>430</sup>.

Por otra parte, en sus artículos periodísticos se observa al P. Reyes como un adelantado de su época y a su siglo: es feminista. En las “Ideas de Sofía Seyers”, “Sofía no reclama, como las socialistas inglesas, la participación de la mujer en el gobierno del mundo, aunque piensa que las sociedades humanas, puras en el seno del creador –según dijera Juan Jacobo

---

*España*. Y consta por la *Historia eclesiástica indiana* de Mendieta que en casi todas se representaba pasajes de la Escritura, sin mayor arte que una tosca escenificación del texto sagrado. Sobre lo cual puede consultarse el prólogo de García Icazbalceta a los *Coloquios espirituales y sacramentales* de González de Eslava, manifestación, excéntrica en algún modo, del teatro religioso español, y reliquia del florecimiento literario de la Nueva España en el primer siglo colonial.

El género es rancio y de abolengo. Desde el siglo XII se le conoce en Castilla con el nombre de ‘Autos de Navidad’ y hay ejemplos de él en nuestra lengua anteriores a Juan del Encina. El género perdura oscurecido por el apogeo de los ‘Autos Sacramentales’, a través del periodo clásico, y brilla centralmente en Los pastores de Belén de Lope de Vega (M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*, Madrid, 1911, págs., 206 y siguientes).

Confiérase las anteriores noticias con las que ha publicado don Francisco A. de Icaza en el Boletín de la Real Academia de la Lengua: “Orígenes del teatro en México”. Y adviértase la bien intencionada malicia con que el autor de representaciones bíblicas se apartaba del texto de la Escritura para hacerlo servir mejor a sus fines educativos o de catequismo religioso,

Curiosísimo vestigio del más inocente de los teatros; verdadera reliquia familiar para la gente de América; huella de un esfuerzo tan laudable por la cultura, las pastorelas hondureñas del P. Reyes, ¿quién intentaría ya borrarlas de nuestros anales literarios bajo pretexto de buen gusto o de estética refinada? Buenas o malas, ¿no se nos antojan ya poéticas, cuando imaginamos al sencillo pedagogo musicándolas y enseñándolas a recitar a los niños?” (*Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., pp. 130 y 131).

<sup>430</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 129.

[Rousseau]-, degeneran en las manos del hombre. Pues, entonces, ‘¿por qué en Honduras no se toman otros cuidados para formar a la mujer que los que se ponen en la educación de un pájaro?’”

El P. Reyes, se lo imagina Alfonso Reyes, como un Andrés Bello “en miniatura, como una reencarnación del mito del Alfabeto (Cadmio para los antiguos y Quetzalcóatl en las confusas teogonías de los valles de Anáhuac) que se ha venido manifestando por toda la América española: Bello, Hostos, Barreda...”. Pero los que sí conocieron al maestro hondureño lo recordaban como “un hombre de mediana estatura, cabeza inclinada, frente llena de protuberancias, parecían formar una línea recta: ojos saltones y no hermosos, nariz irregular de mestizo, labios salientes. El doctor Rosas, extremando la fantasía, cree ver en sus rasgos algo de Voltaire y algo de san Juan Evangelista. Evócalo el poeta entre melodías de flautas angélicas y profundos truenos de órgano. A todos los labios acude la misma palabra para ponderar su caridad: -El otro *Monseñor Bienvenido*”<sup>431</sup>.

Y en estas tareas de divulgación de los maestros americanos tampoco podían faltar las correspondencias. El mismo Reyes para estos años ya era un consumado maestro del estilo epistolar. Sabía muy bien de su importancia como documento literario y cultural, y por eso buscaba alguna oportunidad para presentar las cartas de los maestros americanos. En la primera oportunidad que tuvo dio a conocer una carta de Rubén Darío. Pero antes, en una carta a su amigo Enrique Díez Canedo, gran amaericanista español, le explicó lo que fue para su generación el autor de *Azul*, carta que se publicó originalmente en la revista madrileña *Nuestro Tiempo*, en junio de 1916.

Reyes iniciaba su carta a Díez Canedo de esta manera: “Querido Canedo: he arrancado a mi libro de memorias las páginas que doy a la estampa. A usted le han parecido agradables. ¿Qué podía yo hacer sino dedicárselas? Usted amigo mío, me ha consentido muchas veces la manifestación de ese placer de los emigrados que suele resultar importuno: el recuerdo de la tierra y los amigos ausentes. Usted, con una paciencia gustosa, me ha dejado hablar horas enteras de Fernández, de González y de Martínez como si usted mismo los conociera o le importaran como a mí aquellas cosas. En verdad, a usted le importan mis recuerdos,

---

<sup>431</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano obliucuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 128.

puesto que nunca ha desdeñado el conocimiento preciso de los libros y de los hombres. Su curiosidad siempre animada ha acabado por aficionarle a los asuntos de América. A usted le gusta hojear las viejas revistas, y ver cómo reviven las pléyades literarias de hace cien o de hace cien años. Su ecuanimidad le permite apreciar con ojos serenos la hora que apenas ha cesado: lo que todavía es pasión para muchos es ya para usted conocimiento. De esta manera, usted es uno de aquellos privilegiados que contemplan la vida con verdadero desinterés histórico. Mientras la mayoría de los hombres cultos responde con un mohín de disgusto a todo lo que ya no es nuevo y que todavía no es antiguo, a usted le he visto comprar por esas ferias y examinar con ese deleite tranquilo que sabe poner en todos sus actos- este o el otro libro modesto publicado por los años de 1840. No acabaría. Permítame, sin más explicaciones, dedicarle estas anécdotas fugitivas”<sup>432</sup>.

Lo que le dijo a Díez Canedo de su generación es en síntesis lo que publicó para la *Revista de América*, “Nosotros”. Recuento de los días que se manifestaban por Barreda, la creación del Ateneo de la Juventud, las disertaciones de José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, las fiestas del Centenario, las luchas políticas de su padre, los preludios de la revolución y la llegada de Rubén a Darío a México. Pero Darío no pudo llegar a la Ciudad de México. En el Puerto de Veracruz le dijeron lo que tenía que hacer, y sólo hasta Jalapa llegó, para regresar nuevamente al Puerto y de ahí rumbo a La Habana. Entre los emisarios que le dieron la bienvenida estaba Alfonso Cravioto, joven representante de esa nueva intelectualidad.

Entre los documentos que dejó Darío sobre ese acontecimiento, se encuentra la carta dirigida a Emilio Valenzuela, presidente de la “Sociedad Rubén Darío”, Sociedad que se fundó con el único fin de recibir al poeta nicaragüense. En la parte sustancial del documento, el vate escribió: “Si no hubiera sido ya grandísimo mi deseo de ir a México, la vibrante misión, que la intelectualidad mexicana confió en ustedes me hubiera infundido el más ardiente empeño por encontrarme en la capital de esta noble y hospitalario país”.

---

<sup>432</sup> La carta de Alfonso Reyes a Enrique Díez-Canedo, en *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., pp. 301 y 302.

Y luego dijo una de esas frases tan suyas: “La juventud es vida, entusiasmo, esperanza”. Para que a continuación enviara su saludo a la juventud mexicana que amaba “el Ideal desde la Belleza hasta el Heroísmo. Díganlo, si no, los *aiglons* del águila mexicana que se llevó la Muerte a la Inmortalidad, desde el nido de piedra de Chapultepec”. Darío dio las gracias por todas las atenciones recibidas no sin antes añadir que entendía el momento que pasaba, y que no lo podía alterar en nada, pero pasará. Y entonces, quizá no en tan lejano día, tendría el “placer y el altísimo orgullo de saludar, con el afecto” a la “noble, a la entusiasta, a la gentil juventud mexicana”. Darío escribió esta carta, en Xalapa, Veracruz, el 8 de septiembre de 1910<sup>433</sup>, a siete días de conmemorar el Centenario de la Independencia Nacional, y a setenta y dos días del inicio de la revolución maderista.

Pero este no fue el único documento que dio a conocer Reyes de Rubén Darío. Se encuentra otro, que el propio Darío le entregó. Es un documento oficial de cierta comisión que le encargó el gobierno de México. La comisión data de 1910, en los tiempos del ministro de Instrucción, Justo Sierra. Y de acuerdo con lo que le informó Luis G. Urbina, en 1911 sólo se ratificó ese acuerdo: “Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. México. Libramiento núm. 992. Sección de Administración. Mesa 2ª. Núm, 2.475. Hoy digo al Secretario de Hacienda lo que sigue: *Por acuerdo del Presidente de la República, he de merecer de usted se sirva librar sus órdenes a la Tesorería general de la Federación, para que con cargo a la partida 8.415 del Presupuesto de Ingresos vigente, se pague al Sr. Rubén Darío, por conducto del Cónsul General de México en París, la cantidad de 500 –quinientos francos- mensuales, durante el presente año fiscal, para que continúe estudiando en Europa cómo se hace la enseñanza literaria en los países de origen latino, y escriba una obra como resultado de ese estudio. Lo que transcribo a usted para su conocimiento. México, 4 de noviembre de 1911. El subsecretario encargado del despacho, José López Portillo y Rojas. Al Sr. Rubén Darío. París*”<sup>434</sup>. Comisión de la que nunca se hizo cargo por los sucesos revolucionarios de México.

---

<sup>433</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 308.*

<sup>434</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 314. El subrayado es de AEP.*

Este mismo ejercicio lo hizo en una de las revistas más importantes de la época, *La pluma*, dirigida por Cipriano Rivas Cherif. En esta revista dio a conocer la correspondencia sostenida entre Jorge Isaacs y Justo Sierra (1888-1889). Y Reyes procedió de la misma forma, enviando una carta al director de la revista. En principio, le dijo, qué significaba en la literatura americana, Isaacs: “Mi querido amigo: Pocas figuras más representativas en la literatura americana que el autor de *María*. Jorge Isaacs toma la pluma –y al punto se le saltan las lágrimas. Y cunde por América y España el dulce contagio sensitivo, el gran consuelo de llorar”. Porque el “romántico caballero judío, hijo de un judío inglés establecido en Cauca, está hecho –afortunadamente- para despistar cierta tendencia a sustituir la crítica literaria con artimañas sociológicas. Tendencia según la cual este creador de la novela de lágrimas debiera ser indio por los cuatro costados”.

Como buena costumbre que Reyes tenía, hizo este trazo a lápiz del autor de *María*: “Caudillo liberal, escritor doliente, hombre de aventura y de ensueño, vive peligrosamente y muere en la pobreza –como muere la gente honrada- buscando unas utópicas minas en unas tierras inexploradas y salvajes, con la ambición de dejar cierto bienestar a los suyos. Los editores lo han robado. Sus enemigos políticos lo persiguen. Pero él tiene fe en la bondad humana, porque le rebasa el corazón”.

Y no podían faltar en estos trazos, algunas líneas dedicadas a las tierras americanas que a veces eran tan incomprendidas en tierras europeas. Imágenes que se envolvían con los recuerdos familiares, siempre dolorosos. De ahí que diga el colaborador de esta revista a su director: “En nuestras combatidas tierras de generales y poetas ¡gozan y sufren tanto los hombres! A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida. ¡Qué espectáculo el de América, amigo mío! Aquéllos caen de muerte violenta, y éstos se matan a sí mismos en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo. ‘Poetas y generales’, decía Rubén Darío. Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fue, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla”.

En esta carta de Reyes a Rivas Cherif no faltó la descripción, el retrato de don Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, fundador de la Universidad Nacional de México en 1910, a quien fueron dirigidas las cartas de Isaacs. ¿Quién era, pues Sierra? Los lectores españoles lo sabrán: “Justo Sierra fue toda su vida un consejero y un maestro. Protegió a los poetas y educó a tres generaciones. Gran prosista, historiador elocuente, hombre de además apostólico, pero contenido en la medida académica, escribió sobre nuestra historia páginas tan sinceras y valientes, que todavía nos asombran, como nos asombra que se hayan podido escribir –y sin escándalo ni falsas actitudes heroicas, sino llenas de serenidad, de inteligencia- en aquella época de *pax augusta* cuyo secreto parece haber sido poner nunca el dedo en la llaga. Justo Sierra ponía el dedo en la llaga y, como en el consejo de Kipling, siendo muy bueno y muy sabio, ni hacía aspavientos de muy bueno ni hablaba a lo muy sabio. Junto a la naturaleza ardiente y solitaria de Jorge Issacs, contrasta la vida del gran mexicano, recortada en el perfil impecable, a gusto de una sociedad elegante y exigente. Justo Sierra es ese hombre prudente de Vauvenargues que no necesita abandonar el bullicio de la corte para ser bueno y superior, y tal vez por sólo eso lo es más que quien se aísla en la Tebaida egoísta, donde no hay tentaciones ni conflictos de la conducta”<sup>435</sup>.

Pues bien, las cartas que el público de *La pluma* iba a conocer, se publicaban por primera vez. Reyes le agradecía a Luis G. Urbina, que se las facilitó. No podía leerlas, sin conmoverse, decía. Veía a través de ellas, “-al trasluz- todos los dolores” de su América; “y algo muy mío” que no acertaba a formular, pero algo se agitaba y despertaba en él: “algo entre el recuerdo y la amenaza”. Tal vez, “el contagio de las lágrimas”. ¿Qué decían, pues las tres cartas? Para empezar, hay que decir, que las tres cartas son de Isaacs. La primera, enviada a Sierra desde Bogotá, el 15 de marzo de 1888; la segunda, Ibagué, 4 de mayo de 1888; y la última, desde esta última localidad, el 19 de marzo de 1889.

La primera carta de Isaacs a Sierra es una recomendación para que se acoja a su compatriota Juan de Dios Uribe, escritor, de “talento admirable”. Formaba parte de una familia “llena de merecimientos por los servicios que sus ilustres varones” prestaron a Colombia desde 1810: “sangre de buenos, de altivos tribunos y de sabios demócratas corre

---

<sup>435</sup> Carta de Alfonso Reyes a Cipriano Rivas Cherif. Madrid, mayo, 1921, en *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., pp. 327 y 328.

en sus venas; ama lo que ellos amaron; muy joven todavía”, sabía hacer lo que estaba obligado a ser. Uribe estaba proscrito y tenía “necesidad de ganarse la vida con su pluma en alguna nación de la América española, siendo casi seguro que prefiera ir a México”. Por lo que le rogaba, igual que a don Francisco Sosa, ayudaran a Uribe como si fuera un hermano suyo<sup>436</sup>.

En la segunda carta, Isaacs le informaba a Sierra que terminó los estudios sobre las hulleras que descubrió en el Golfo de Urabá, que eran de una “riqueza fabulosa” y ya tenía listos socios, contrataciones, socios estadounidenses y europeos. Faltaba poco. Sólo un último esfuerzo. Tan pronto terminara estos asuntos iría a los Estados Unidos, sin dejar de pasar por México. Estaba cansado, pero todo por la felicidad de su familia.

En esta carta le decía una vez más que recomendaba al escritor Uribe, que salió de Colombia desterrado. Sabía que tanto él, como Sosa y “muchos amigos liberales” harían cuanto pudieran por ayudar a su compatriota. A Uribe le gustaba beber. Él lo aconsejó como su madre a que dejara ese maldito vicio. Cuando dejaba de tomar “entonces su cerebro” era un “foco inagotable de luz, y las tinieblas, los búhos y los vampiros” estaban de pésame. Pudiera ser que en México, estando solo, “teniendo que hacerse a las consideraciones, cariño y admiración de hombres como usted”, “se domine y se cure para siempre. ¡Cuánto ganaría con ello Colombia!”. No sabía cómo le debería insinuar o decir algo a Uribe, al respecto. Pero lo rogaba que lo hiciera. Y ya vería “qué manera de escribir, qué fuerza intelectual de muchacho, qué alma tan grande”, de este Uribe.

Por otra parte, con esta carta iba adjunta la de sus tipógrafos señores Aguilar e Hijos, de la Ciudad de México, porque convenía que la viera. Estos señores le dijeron que el 15 de octubre de 1887 le entregaron una caja con 100 ejemplares de la última edición de *María*. A Isaacs no le gustó que le hubieran dado, de obsequio, ese número de ejemplares. Qué les costaba entregarle unos 250 o 300 ejemplares, y entonces sí que hubiera sido justo y hasta se pudo aprovechar para “presentarse a la prensa mexicana, como ejemplo aprovechable en toda América Latina, el procedimiento caballeroso y justo de los Señores Aguilar”. Y le

---

<sup>436</sup> Carta de Jorge Isaacs a Justo Sierra. Bogotá, 15 de marzo de 1888, en *Obras completas de Alfonso Reyes, IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 329.

rogaba que los libros los remitiera a Cartagena al señor Amaranto Jaspe, “muy bien aforrados y recomendados”<sup>437</sup>.

Finalmente, la tercera y larguísima carta, que tuvo como primer tema los 100 ejemplares de la edición mexicana de *María*<sup>438</sup>. Edición, le decían sus amigos que la conocían, que era muy bonita; y donde le pidió a Sierra cómo debería enviar y llegar la caja, con los ejemplares, a Colombia, y en apretado resumen la cuestión de las hulleras que en 1887 las descubrió en el Golfo de Urabá o Darién del Norte. Sin embargo, no todo iba bien, a pesar de la confianza que tenía en su explotación. La zona era riquísima y estaba seguro que le daría lo que siempre había querido para su familia: dinero para salir de la pobreza.

---

<sup>437</sup> Carta de Jorge Isaacs a Justo Sierra. Ibagué (Colombia), 4 de mayo de 1888, en *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., pp. 329 y 330.

<sup>438</sup> La edición mexicana de *María* lleva un prólogo de Justo Sierra, intitolado, “*María*. Impresiones de un libro de Jorge Isaacs”, prólogo que se lo dedicó a Ignacio Manuel Altamirano. En la edición parisina que poseo, de la Casa Editorial Garnier Hermanos, reproduce esa presentación de Sierra y conserva la dedicatoria a Altamirano. Además, incluye, la de Ignacio M. Altamirano, intitolada, “*María*. Novela americana por Jorge Isaacs”; la de Guillermo Prieto, “*María*. Novela americana por Jorge Isaacs”; y el “Juicio crítico”, de J. M. Vergara y Vergara, fechado en Bogotá, junio de 1867.

¿Qué dijeron los mexicanos sobre la obra de Isaacs? Para Sierra: “Quizá la impresión que ha hecho en el mundo hispano-americano el libro admirable de Jorge Isaacs, proviene de los recuerdos que hemos sentido de mejores días: hay en el desierto de nuestros corazones, perdidos allá en la sombra, las ruinas sagradas de un templo, del santuario inmaculado de nuestras ilusiones, en donde ardía, lámpara purísima, el culto del sentimiento. La lámpara purísima, el culto del sentimiento. La lámpara se apagó con el aleteo de ave nocturna que se cernió sobre nosotros en nuestros días felices; de la lechuza agorera que cortaba el gorjeo amoroso de María y Efraín con su graznido fúnebre”.

“¿*María* es un idilio o una alegría?”, se preguntaba Altamirano. Y contestó: “A tal pregunta no puede responderse con la clasificación literaria. Es todo, como Pablo y Virginia, y como Atala, y como la Tumba de Hierro de Conciense, ese otro poeta del infortunio amoroso.

Como idilio, *María* es la poesía americana con sus cuadros pintorescos de riqueza exuberante, con sus inmensos rumores de bosques vírgenes, con sus ríos como mares, con su cielo diáfano y sus montañas gigantescas y azules, con sus hombres fieros y sencillos, y sus amores inocentes y apasionados, casi religiosos.

No: no hay en *María* páginas que producen sacudimiento como en las escenas desnudas de Zola, ni el acre realismo de Daudet, ni la sombría desolación que produce Balzac. Todo esto es fruto de la vida de Europa; es el detritus de aquella civilización y de aquel sensualismo que gangrena una organización gastada y vieja”.

Y para Prieto, el libro de Isaacs “no se lee, ni es posible que se analice; se siente, se llora; es una fruición, una evocación a nuestra misma alma, que asiste enamorada al drama de su desenvolvimiento por el amor.

Yo, al inclinarme sobre este libro, que así le llamaré porque mi lengua torpe no alcanza epíteto más expresivo, he sentido la magia de una aparición, y como venció el retraimiento del tiempo: allí estaba yo, ese es el libro mío; ¿por qué no me es dado escribir así?” (Jorge Isaacs, *María. Novela americana*, nueva edición, con un prólogo de J. M. Vergara y Vergara, y juicios de Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto y Justo Sierra, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, s.f., pp. 423, 417 y 418, y 419).

Y a continuación está lo más íntimo de Jorge Issacs. Es la parte más conmovedora, y al mismo tiempo, lo más dramático de cuanto le haya pasado a un maestro americano. Mucho esfuerzo de los hombres y mujeres americanas que han luchado con denuedo, pero no siempre entendidos ni recompensados. Y muchas veces han dejado sus familias para servir a nuestros pueblos, y han servido y salido de los cargos públicos como entraron: con la cabeza en alto, los bolsillos vacíos y, sin embargo, pareciera ser que la honradez es un pecado. Por eso le dijo Issacs a Sierra: “A veces me figuro que son inútiles mis esfuerzos para adquirir esa fortuna modesta; que debo resignarme a que no tenga mi familia, mientras exista yo, más de lo que puramente indispensable para no caer en horrible miseria. Así luchamos desde 1862. No se espante usted de esa fecha: somos valientes, y habiendo yo tenido ocasión de enriquecerme en altos puestos públicos que ocupé desde 1876, si no hubiera preferido a todo mi honra, *mi pobreza es hoy mi orgullo*”.

Más adelante, el escritor colombiano, con toda la confianza, le dijo: “Temo también que, gobernando hoy a este país los hombres que usted sabe –conservadores ultramontanos-, se estorbe de algún modo, al fin, que yo obtenga resultado definitivo de las arriesgadas labores de que antes hablé. Mucho valen para el país, realmente, aquellos yacimientos de hulla, tan inmediatos a Colón; mucho lo valen por su grande riqueza que el comercio del mundo aprovechará; pero, ¿qué quiere usted? No he trabajado en un país que sepa y pueda recompensar tales esfuerzos afortunados: hecha en México, la Argentina o Chile tal obra, hoy sería yo rico. Aquí es diferente: aun no poseo ni una casa humilde para hogar de mi familia, y todavía batallo para vivir en pobreza. Si mi espíritu fuera capaz de míseras fatuidades, ya me habría imaginado que tantos dolores y agonías de años y años son la gloriosa tortura de que en vano han querido librarse en vida otros infelices conquistadores de la honra y bienestar que hoy disfrutan sus compatriotas. Pero no: todavía no he podido yo hacer nada que me haga merecedor de los tormentos de aquellas almas excelsas”.

Y ya entrado en confianza, con franqueza, no había de otra, le hablaba previendo ciertas cosas y quería que le ayudara. Primero, aclaró una cuestión. En 1886 se escribió en diarios mexicanos sobre su situación económica. Era verdad, pero no era la única ocasión que sufría la desgracia económica. Eso le pasó en 1882 a 1884, en 1885, “concluida la campaña desastrosa en que nos comprometieron los mentores del liberalismo en ese año”. Mas él

negó lo que se escribía de su pobreza en México. Lo negó por el honor de Colombia. En *El promotor*, de Barranquillo, escribió algo al respecto. ¿Cómo respondieron sus compatriotas? Con burlas. Y otros se imaginaron que estaba en México y no en su país haciendo tareas de exploración, buscando la hulla. Creía y estaba confiado en el buen éxito de sus trabajos, arriesgando su vida, y “dejando las tumbas” de sus compañeros “en playas de los desiertos”.

Si esos trabajos se llagaran a retardar o frustraran su esfuerzo, padecería mucho. Se encontraría nuevamente en una situación desesperada, endeudado y con su familia en este lugar de donde casi no saldrían. Por supuesto que no se iba a quedar con los brazos cruzados, se ausentaría y buscaría trabajo, y su mujer la dejaría triste “y abandonada, como otras veces”. Lo que le ocurría era “demasiado para sus fuerzas”. Y frente a esta situación de miseria en que se encontraba, por un lado; y por la otra, en la indiferencia ‘respetuosa’ de los payos ricos” que había en la región; y en la indiferencia cruel de los hombres que gobernaban su país, algo tenía qué hacer. En su tierra natal, Cauca, tampoco había posibilidades de hacer nada. No lo “dejarían vivir, por temores y celo del partido conservador”. En su tierra era “amado de los mozos liberales” que habían combatido sus “órdenes victoriosamente”.

¿Cómo lo podría ayudar el ministro Sierra? ¿Cómo le tenderían las manos sus amigos mexicanos como Sierra y Sosa? Una cosa le podía decir: todavía estaba “hacedero y soportable”; todavía estaba “vigoroso”, aún podía hacer mucho. Como bien lo sabía, en México se habían hecho catorce ediciones de su novela, más las que se habían hecho en los demás países hispanoamericanos, en total, sumaban más de veinticinco. ¿Se podría hacer un fondo por parte de los editores mexicanos para recompensar su trabajo, como pago de derechos de autor? ¿Esta iniciativa la podían hacer y extender a los escritores mexicanos y a todo el orbe hispanoamericano? Otra forma de ayudarlo era si el presidente de la República Mexicana, general Porfirio Díaz, lo honraba al nombrarlo Cónsul General de México en Colombia. ¿Esto era posible? ¿Lo permitían las leyes mexicanas?

Cuánto le habrá costado a Jorge Isaacs escribir estas palabras, pero las escribió, no tenía de otra y le dijo a Sierra: “Aunque escritos con el alma, trazar esos últimos renglones ha sido más difícil para mí que escribir muchos capítulos de aquel libro –poema de mi corazón– que

usted admira. Prosa de la existencia... ¡Cuánto cuesta el vulgar vivir! ¡Lo que uno es capaz de hacer por amor a estos niños adorables que han sido mi único consuelo y alegría! ¡Cuán espantoso y cruel es pensar que los dejaré en el mundo desvalidos!”.

No quería que esta carta la relejera sino que procediera como hermano. “No olvide, al proceder en un sentido u otro, que está de por medio mi nombre; que no pido limosna a los editores que en América han especulado con mi trabajo; que si es digno de admiración y todo acatamiento el presidente de México, yo... yo soy, por carta de naturaleza, ciudadano de toda la América Latina, hermano de todas las almas que en ella laboran bendecidas y hechas gloriosas, complementando la obra de nuestros libertadores”, le dijo Jorge Isaacs a Justo Sierra.

La labor de Reyes de reseñar las obras americanas que iba apareciendo en el orbe hispano e inglés la empezó en la *Revista de Filología Española*, en el mismo año de su llegada, en 1914. La continuó en otras publicaciones como *Cultura Hispanoamericana* y en *La Pluma*. Pero de la reseña pasó al análisis, y jamás olvidó a su América mexicana, dando al público español cabal cuenta de lo que pasaba en nuestras tierras. Especialmente quería señalar que en el terro de la cultura su generación nunca se desligó a pesar del estallido de la revolución. O quizá fuera mejor decir que los intengrantes de su generación no dejaron de trabajar por el *espíritu*, que la violencia no los amedrantó, y que mientras unos estaban con la revolución otros estaban del lado del campo de la educación y la cultura. Y él estaba haciendo lo mismo, pues era miembro de esa generación, aunque estuviera al otro lado del mar océano.

Reyes no se conformó con hacer reseñas y análisis, pues le gustaba trabajar en las bibliotecas y repositorios de México, París y Madrid, tanto públicos como privados. De esos fondos extrajo documentos de primer orden y los dio a conocer con sus presentaciones. En España tuvo una oportunidad para difundir esos documentos que daban cuenta del trabajo creador de los hombres americanos. Y así lo hizo mientras la ocasión se lo permitió.

Pero en estas tierras españolas se encontró con españoles que estaban interesados en el mundo americano, y con una especial interpetación, con la que no siempre compartía esas

opiniones. Y con su buena pluma en esos mismos diarios y revistas de la nueva generación de intelectuales españoles dio a conocer sus diferencias. Y este aspecto bien vale un capítulo en la creación del mundo americano de Alfonso Reyes.

## CAPÍTULO V. SIMPATÍAS, DIFERENCIAS Y CONCORDIA AMERICANA

### 1.- *Ortega el Americano*

Alfonso Reyes, desde su llegada a Madrid en octubre de 1914, siguió con mucho interés la figura de José Ortega y Gasset. Lo consideró como una “estrella radiante” en el “nuevo firmamento de España”. Sobre todo, porque la generación del noventa y ocho estaba quedando atrás, así como los “desengaños de la grandeza colonial”<sup>439</sup>, y daba paso a una nueva generación, la de 1914<sup>440</sup>, a la que pertenecía el escritor madrileño. Estos albores de la España nueva anunciaban el nacimiento de nuevas ideas. Un ejemplo notable de esta nueva forma de ver la vida política española fue planteada por Ortega en la conferencia que intituló, *Nueva y vieja política*<sup>441</sup>, que dictó en el Teatro de la Comedia, el 23 de marzo de 1914.

---

<sup>439</sup> Alfonso Reyes, “Treno para José Ortega y Gasset”, en *Cuadernos Americanos*, año VI, vol., LXXXV, núm., 1, enero-febrero, 1956, p. 65.

<sup>440</sup> Cerezo Galán escribió, que los .hombres de1914 tenían “una nueva mentalidad y proyecto a la vida pública” y una “sensibilidad muy diferente de los que les han precedido. Los del 98 proceden de la crisis finisecular de la conciencia europea, motivada por la quiebra de la ideología tradicional, de fondo metafísico/religioso, ante el embate de la ciencia positiva. El 98 representa así en España, en el orden de las ideas, la consumación de las tendencias encontradas del XIX, el idealismo y el positivismo, que en el fin del siglo se afrontan de modo irreconciliable. Testimonio de este conflicto entre las exigencias de sentido de la vida y el cerco positivista es el romanticismo. Es verdad que este conflicto se vive ya la crisis del progresismo y del científicismo, característicos del alma modernas, pero sin trascender la crisis misma y sin apuntar a un nuevo horizonte”. Otra característica fue lo que este investigador llamó “en el orden de la expresión”. O seas que la generación del 98 era “una generación literaria”. Y explica así su dicho: “Por literatura entiendo aquí un ejercicio de ensayo y pensamiento libre, no vinculado a ninguna disciplina particular, y sin otro crédito que la fe en el poder activo de la palabra. En cuanto testigos de la gran crisis finisecular, [...], y exploradores de sus caminos, los del 98 tenían que ser literatos, una generación de pensadores/sentidores, a los que interesa más la experiencia vivida que la reflexión. Probablemente no podían hacer otra cosa. En la tragedia no cabe ciencia, sino aquel conocer padeciendo, que es conjuntamente *catharsis* y compasión” (Pedro Cerezo Galán, “Ortega y la generación de 1914: un proyecto de ilustración”, en *Revista de Occidente*, Madrid, número 156, mayo, 1994, pp. 6, 15 y 16).

<sup>441</sup> Creé, Justino de Azcárate, que es importante destacar la conferencia, *Vieja y nueva política*, y la creación de la Liga, como “el resultado” de la propia meditación de Ortega, “sobre la situación de España –situación política social- que un propósito de recoger un estado de opinión más o menos generalizado que sentía una apetencia urgente de renovación y de progreso, de ejercicio garantizado de las libertades, de eliminación de las corrupciones generalizadas que venía padeciendo el país” (Justino de Azcárate, “Sobre la actividad política de Ortega”, en *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1983, p. 24. [Extraordinario VI].

Cacho Viú, por su parte, hizo este recordatorio. Que las “primeras campañas políticas de Ortega se extienden desde los comienzos de 1908 hasta el verano de 1917, esto es, entre el regreso de una etapa formativa en Alemania y su intento fracasado de renovar el viejo periódico familiar El Imparcial, en torno a la aparición de las Juntas de Defensa Militar y de la Asamblea de Parlamentarios; o, lo que es lo mismo, cuando el mecanismo civil de la Restauración canovista entra por primera vez en pérdida. En su conjunto, se trata de una misma y única campaña política, que culmina con su resonante conferencia en el madrileño teatro de la Comedia, sobre Vieja y nueva política, en marzo de 1914, aun cuando las circunstancias en las que fueron

Reyes, cuando dijo que Ortega era una “estrella radiante”, estaba en lo cierto, como se verá a continuación. Con la conferencia que dio en marzo del 14, estaba haciendo política nacional y marcando un rumbo hacia la construcción de una España nueva. Lo que expresó Ortega en esa fecha fue sin la menor duda un hecho histórico, definitivo, tanto en su vida como en la vida de España. No se esperaba más ni mucho menos de Ortega. Ese 23 de marzo de 1914, habló sobre la Liga de Educación Política Española, organización formada por hombres como él, que se encontraban en “medio del camino” de la vida. Y estos hombres veían y querían hacer política de otra manera. Para Ortega, la política, “es tanto como obra del pensamiento, obra de voluntad”; pero insuficiente, “que unas ideas pasen galopando por unas cabezas”. Para realizar esa política, “socialmente”, se necesitaba para su consumación, que se “pusieran a su servicio las energías más decididas de anchos grupos sociales”<sup>442</sup>.

Ortega, en su conferencia, habló de su generación, de la nueva generación de españoles y de los deberes que debería asumir para la realización de esa gran tarea, que no era otra que la de construir una España nueva. Y sin embargo, su generación parecía “poco remisa a acudir a una brecha” donde era menester que pusiera su cuerpo. Y esto no sería tan absolutamente grave sino significara el fracaso de su generación; y este fracaso tenía también una grave consecuencia: el “posible anuncio del fracaso definitivo de nuestro pueblo”.

Muy al estilo del maestro español explicó sus palabras anteriormente dichas con una filosofía de la vida, y por qué no decirlo, *fenomenológicamente*, como en el ya concluido estudio sobre las *Meditaciones del Quijote*<sup>443</sup>. Porque para Ortega, en “historia, vivir no es

---

escritos todos y cada uno de sus artículos, y el ánimo de Ortega de redactarlos, variase bastante a lo largo de esos años, en los que transcurrió la mocedad de su autor, de los 24 a los 33 años” (Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, prólogo de José Varela Ortega, introducción y edición al cuidado de Octavio Ruiz-Manjón, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 87. [Ensayos].

<sup>442</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo I. (1902-1915)*, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004, p. 711.

<sup>443</sup> De Salas, cuando estudia la génesis de las *Meditaciones del Quijote*, asegura que es cierto que esas *Meditaciones* “es fiel a la intuición permanente de Ortega ya presente en la ‘Anatomía de un alma dispersa’: la realidad posee un sentido interno que la reflexión ha de extraer. Pero en la obra tardía —e incluso, como decimos en la primera—, esta latencia del significado del mundo se atribuye primordialmente al mundo de lo creencial. Las *Meditaciones del Quijote* ocupan un lugar particular en la compleja relación de Ortega con la fenomenología.

Por tanto 1914 fue para Ortega un momento de madurez sostenida en la confianza en la filosofía que refleja las *Meditaciones del Quijote*- no sólo porque concibe la posibilidad de una actuación pública desde ella, como

dejarse vivir; en historia, vivir es ocuparse muy seriamente, muy conscientemente del vivir, como si fuera un oficio”. Y si vivir era precisamente eso, la generación presente, su generación, debería ocuparse de vivir en esos términos y preocuparse “con toda conciencia, positivamente, premeditadamente, orgánicamente, del porvenir nacional”. Esta era pues la responsabilidad de su generación, a la que le hacía un llamado enérgico para sumarse a esta gran tarea, y la llamaba no cualquiera, sino él, Ortega, que tenía los “positivos títulos” para hacerlo.

En su opinión, había dos Españas, dos Españas que no se entendían. La España *oficial* y la España *vital*. Y cómo se iban a entender si aquélla España estaba formada por partidos fantasmas, que defendían “los fantasmas de unas ideas” y que estaban apoyados por los hombres de los periódicos que hacían “marchar unos ministerios de alucinación”. Los partidos políticos caminaban por el rumbo que les marcaba la España *oficial*, le seguía el parlamento, los políticos, las instituciones, y no se daban cuenta que no respondían a las exigencias de estos tiempos, los tiempos que pedían atención, los tiempos de la España *vital*. Cómo iba a ver entendimiento si una España no veía a la otra España.

Ortega tampoco estaba de acuerdo con Joaquín Costa que dijo que la mengua de España se debía a los pecados de las clases gobernantes y, por lo tanto, a los “errores puramente políticos”. Los políticos siempre han gobernado mal desde hace siglos, y sólo por excepción, lo han hecho bien, dijo Ortega. No, no era problema del Estado, sino problema de la raza, y esta es la razón porque estuviera mal España. Por eso llamaba a hacer una *nueva política* que tenía que ser tomada como una *actitud histórica*. Entonces, también dijo, que en España, “señores, mientras no hubo republicanos hubo revolución; desde que hay republicanos no hay revoluciones”<sup>444</sup>, estas fueron las palabras dichas por Ortega.

Palabras provocadoras en un país monárquico, pero su entusiasmo fue más lejos y arrebatado por el momento pidió a esta nueva generación española que tenía a la Liga de

---

refleja claramente *Vieja y nueva política*, sino porque con la lectura y asimilación de la fenomenología se logra una superación categórica en algunos aspectos de la obra de Nietzsche. De nuevo, el concepto de superación debe entenderse dialécticamente. Retiene la exigencia del autor de *Así habló Zaratrusta* de ‘ser’ o ‘estar en’ la verdad, de hablar en primera persona y encontrar la salvación personal a través del ‘pensamiento, si bien al mismo tiempo consigue la objetividad que para él era imprescindible” (Jaime de Salas, “Sobre la génesis de las *Meditaciones del Quijote*”, en *Revista de Occidente*, Madrid, número 156, mayo, 1994, p. 86).

<sup>444</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo I. (1902-1915)*, cit., p. 729.

Educación Política Española para encauzarla, y así hacer lo que su tiempo exigía: la nacionalización del ejército, la nacionalización de la monarquía, la nacionalización del clero y hasta la nacionalización de las damas que de cuando en cuando ponían sus “firmas detrás de unas peticiones cuya importancia y trascendencia” ignoraban<sup>445</sup>.

Por eso, y esto explica que, cuando Reyes llegó a Madrid en octubre de 1914, no sólo resonaban estas palabras de Ortega sino que la España *vital* estaba en pleno debate político por las ideas ortegueanas. Por eso Reyes escuchaba la palabra *república*, y encendidos debates en torno de las *ideas republicanas*, y sobre todo, de *La República*. ¡*La República en lugar de Monarquía!* El “entusiasmo cundía”, como bien lo constató Reyes<sup>446</sup>, y ese entusiasmo también lo envolvió y fue invitado a participar en las deliberaciones republicanas y formar parte de los proyectos de esta nueva generación de intelectuales y políticos españoles que hablaban, querían y deseaban *La República*.

Reyes, para fortuna suya, estuvo cerca de Ortega; y en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, compartió la misma sala. Más tarde, el autor de las *Meditaciones del Quijote* lo reclutó para los periódicos y revistas en donde intervenía<sup>447</sup>, como *El Imparcial*, *El Sol*, el semanario *España* y, más adelante, en la *Revista de Occidente*. Esta cercanía, esta familiaridad y confianza en el entorno que se movía Ortega le permitió a Reyes conocerlo, tratarlo, platicar largo tiempo con el filósofo, y en ocasiones manifestarle y señalarle sus desacuerdos, privada y públicamente, por sus opiniones y posturas. Por parte de Ortega, su confianza se la dio desde el primer día que lo conoció y fue un personaje cercano a él por los conocimientos que tenía en asuntos políticos y culturales americanos. Esta fue una gran coincidencia, sin la menor duda. Pero, ¿qué había escrito Ortega sobre *América*? ¿Por qué Ortega le confesó a Reyes que le agradecería ser apodado *Ortega el Americano*, como se dijo en la antigüedad, *Escipión el Africano*?<sup>448</sup>

---

<sup>445</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo I. (1902-1915)*, cit., p. 736.

<sup>446</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 258. [Letras mexicanas].

<sup>447</sup> Carta de José Ortega y Gasset a Alfonso Reyes. s.f., en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina / Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1887; Alfonso Reyes, “Treno para José Ortega y Gasset”, en *Cuadernos Americanos*, año VI, vol., LXXXV, núm., 1, enero-febrero, 1956, p. 65.

<sup>448</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. XI. Norte y sur. Los trabajos y los días. Histórica natural das Laranjeiras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 148. [Letras mexicanas].

El semanario *España*<sup>449</sup> apareció el 29 de enero de 1915<sup>450</sup>, con un tiraje de 50 mil ejemplares<sup>451</sup>, y bajo la dirección de Ortega. Fue uno de los medios en donde su director expresó sus ideas sobre América. Y precisamente con fecha de 19 de febrero de 1915, escribió “Nueva España contra vieja España”. Este es un artículo de Ortega escrito airadamente por la forma como el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, echó al representante español del territorio de la “Nueva España”, “como se echa a un perro de una iglesia”<sup>452</sup>. Y que lo sepan todos, gritó el director del semanario *España*, pero sobre todo los de su nueva generación a quienes a más de un año les dijo que habías dos Españas que no se entendía y por qué no se entendían. Por eso Ortega, en consecuencia, exclamó: “¡Hasta de la Nueva España quieren ahuyentar la sombra de la vieja España!”.

Y sin embargo, el artículo de Ortega tiene un noble propósito. No disculpaba ni explicaba la conducta de Carranza. Lo que encontraba inexplicable e indisciplinable era la actitud de España hacia América. Estas fueron sus palabras: “Esta bocanada de desprecio que nos llega del golfo mejicano conviene que nos llegue bien adentro para ver si da tensión a nuestras almas, para ver si nos recuerda que es *América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida*.- ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una

---

<sup>449</sup> Ocho meses después de haber salido el primer número de España, Henríquez Ureña opinaba que este semanario era de “desilusión moral”. Era “gachupín y plebeyo. Destruirá –si es que en España se necesita lo que el mundo destrozó ya en los cafés, pero no construirá. Ortega me resulta una decepción” (Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Nueva York, 31 de agosto de 1915, en Correspondencia, p. 185).

<sup>450</sup> En un artículo sin firma, pero que es de Ortega, “España saluda al lector y dice” las razones por las cuales sale al público. “Nacida del enojo y la esperanza, pareja española, sale al mundo este semanario: España. - Los que hemos de escribir en sus columnas –gente ni del todo moza, ni del todo vieja- asistimos desde 1898 al desenvolvimiento de la vida española. Durante esos diecisiete años de experiencia nacional, raro fue el día en que la realidad pública nos trajo otra cosa que impresiones ingratas. Cuanto más patriota éramos, mayor enojo sentíamos.- Conforme el tiempo corría nos íbamos conociendo que no era ese estado de ánimo una viciosidad de nuestro temperamento, algo así como una acedia de intelectuales, sino que, por el contrario, teníamos el honor de coincidir en él con el más humilde de nuestros labriegos y el más sencillo de nuestros artesanos.- Y esta experiencia de que existe una vasta comunidad de gentes gravemente enojadas –toda una España nueva que siente encono contra otra España fermentada, podrida- ha hecho surgir en nosotros la esperanza” (El artículo, en José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo I. (1902-1915)*, cit., p. 829).

<sup>451</sup> El proyecto de creación de *España* fue posible gracias a la aportación económica del poeta Luis García Bilbao que empleó las 50 mil pesetas que recibió de herencia. Asimismo del propietario de Renacimiento, Ruiz Castillo, puso la estructura y asesoramiento técnico (María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza/Universidad/Textos, 1996, pp. 237-240).

<sup>452</sup> Cf., sobre las relaciones diplomáticas entre México y España en este periodo de lucha armada, Josefina Mac Gregor, *Revolución y diplomacia: México y España. 1913-1917*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2002. [Colección premio Salvador Azuela].

política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida, por el camino real de la historia sino es América. La organización de nuestro influjo moral en el Nuevo Mundo es la sola política de altura en que podemos pensar. Se dice que nos odian los americanos, se dice que nos desdeñan. Bien, ¡qué importa! He ahí una empresa digna de encender los corazones nobles: hacer una España que aniquile ese odio y ese desdén y los convierta en respeto.- La política no es una labor de magia encargada de crear cosas de la nada. Toda alta política ha consistido en dar un sesgo tal a las fuerzas aparentemente perniciosas que los torne en benéficas. La dolorosa emigración de españoles a América es el enorme salto de agua donde hay que poner la turbina nacional. En vez de lamentarla, hacerla fecundas. América es una inmensa factoría: necesitan brazos que laboren y cabezas que dirijan la producción. No enviamos más que brazos y hemos hecho de España una fábrica de siervos para América. Y, sin embargo, bastaría con un fuerte querer para que pudiéramos dentro de pocos años enviar directores: el libro y el técnico debería ser la industria iberoamericana. ¿Se ha intentado alguna vez?”<sup>453</sup>.

Las palabras de Ortega tuvieron como consecuencia una charla y una respuesta. La charla, una “larga charla”, fue con Alfonso Reyes. Y no versó tanto en el contenido del artículo, porque jamás olvidó los propósitos manifestados, sino sobre el *incidente* México-España. Ortega seguramente quería saber sobre Venustiano Carranza o Reyes le informó quién era este jefe revolucionario<sup>454</sup>. Por otra parte, la respuesta la dio Melquiades Álvarez, reputado jurista, gran orador, y por ese don llamado el “Pico de Oro”. Pues bien, este político fundador del Partido Reformista (1912), vio de otra manera el asunto planteado por Ortega. Consideraba que la política que debería tener España para lograr la “hermandad e igualdad” con América era obra de la misma España y de la misma América, sin faltar Portugal. De aquí que, como Ortega, hizo el siguiente llamado: “Porque España y Portugal y las Repúblicas del Sur y del Centro de América no llegarán a realizar su labor en la Historia sin que todas sientan al unísono esta misión como una misión redentora de hermandad e igualdad”. Y para que se diera y se concretara esa “labor en la historia” señaló que en América vivían tres millones de españoles que sentían “un amor inmenso a España; amor

---

<sup>453</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo I. (1902-1915)*, cit., p. 234.

<sup>454</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Madrid, 21 de febrero de 1915, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, cit., p. 161.

probado en todos los momentos de aflicción histórica, de penuria y de angustia”. Ayudando a esas fuerzas bien se podría “realizar nuestra obra de aproximación con los Estados de América”<sup>455</sup>.

La respuesta de Álvarez no tuvo mayor repercusión; pero se observan dos cosas. Una, la que el propio Reyes había advertido en París y en Madrid, que para muchos Sudamérica era América. Aquí, claro está, hay una excepción, pues incluyó a Centro América. Y México, ¿dónde quedaba? ¿Los intelectuales españoles tenían alguna remota idea de lo que era México? Seguramente que no. O por lo menos no era el México que Reyes deseaba que conocieran y por eso Reyes se estaba convirtiendo desde su llegada a España en un puente, en ese puente que faltaba, para decirles a los intelectuales y políticos españoles que así como en este país se deseaba una España nueva en su país también estaba naciendo un México nuevo. Y segunda, que a Álvarez no le interesaba que España tuviera una política hacia América, como lo planteaba Ortega, sino una política de España hacia los españoles que estuvieran en ese continente. Y sólo así se podría realizar esa obra de aproximación.

El trabajo de Reyes en las empresas culturales de Ortega fue dando sus frutos. En el semanario *España* empezó a escribir, alternando con otro mexicano que tenía poco tiempo de llegar a España, Martín Luis Guzmán, unas crónicas cinematográficas que firmaban tanto él como Guzmán, indistintamente, con el seudónimo de “Fósforo”<sup>456</sup>. Las crónicas tuvieron éxito<sup>457</sup>, y así se lo hizo saber Reyes a su amigo Henríquez Ureña, el día de los

---

<sup>455</sup> Las palabras de Álvarez citadas por Ortega, en José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo I. (1902-1915)*, cit., pp. 872 y 873.

<sup>456</sup> Cf., sobre la las crónicas cinematográficas de Reyes, véase, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y Federico de Onís, *Frente a la pantalla*, México, Dirección General de Difusión Cultural / Universidad Nacional Autónoma de México, 1963. [Cuadernos de Cine, 6]; José Woldenberg, “Alfonso Reyes y el cine”, en Alberto Enríquez Perea (coord.), *Alfonso Reyes y las ciencias sociales. Homenaje a 120 años de su nacimiento y a 50 años de su muerte. Memoria*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales / Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 71-77; Manuel González Casanova, “... Y entonces nació la crítica de cine...”, en Alberto Enríquez Perea (coord.), *Alfonso Reyes y las ciencias sociales. Homenaje a 120 años de su nacimiento y a 50 años de su muerte. Memoria*, cit., pp. 79-91.

<sup>457</sup> Alfonso Reyes cuenta que por aquellos años de 1915, Martín Luis Guzmán y él, bajo el seudónimo de “Fósforo” que usaban indistintamente, se divertían al escribir “unas notas sobre el cinematógrafo que se publicaban en el semanario *España*, y que tuvieron cierto éxito de curiosidad entre los amigos”. Les precedió Federico de Onís, en cuatro artículos firmados por “El Espectador”. Reyes creía que esa “pequeña sección cinematográfica ‘Frente a la pantalla’ inauguró prácticamente la crítica del género en lengua española, y acaso fue uno de los primeros ensayos en el camino que hoy está abierto a todos –abierto aun cuando no sea, claro está, merced a nosotros: muchos pudieron también descubrirlo por cuenta propia” (*Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 199).

Santos Inocentes, del año de 1915: “A esa crítica de cine que hemos inventado ha respondido un eco de entusiasmo en los centros intelectuales: nos hemos impuesto con dos o tres paradojas amables. Tenemos magnetizado al propio Ortega Gasset, que ha ordenado se consagre –en la nueva forma del periódico [*España*, cambiaba de formato]-, una página entera, una sección fija, al cine”. Esperaba que ahora sí le pagaran, pues de estar en Nueva York, ya se hubiera vuelto rico con una columna como la que hacía aquí<sup>458</sup>.

Reyes y Ortega iniciaban el año de 1916 con planes nuevos, y entre ellos estaba la que hizo Ortega a Reyes. Una cosa que le pidió al mexicano fue que le informara sobre América, todos los días. Reyes aceptó y creía que si él debería llenar ese “puesto vacante de representación intelectual de América”, su deber era seguir publicando, difundiendo y atraerse “relaciones americanas”. Para realizar ese encargo Ortega le ofreció ayudarlo con “alguna cosa” que le consiguiera en el Ministerio de Instrucción Pública. Ortega creía que de obtener esa ayuda sería un gran precedente para las relaciones entre España y América: “sería una conquista”. Lo sería aún más si se lograra, decía en sus adentros Reyes; pero la sola propuesta era una conquista aunque fracasara<sup>459</sup>.

Algo ocurrió en las últimas semanas de diciembre en el semanario *España*, pues el 1 de enero de 1916, Ortega dio a conocer a la opinión pública su nuevo proyecto, *El Espectador*. Acaso una de las claves está en la propaganda que hizo para su nueva aventura. En una pequeña hoja de papel se informaba que *El Espectador* aparecería cada dos meses, en tomos de formato pequeño, sobre las 200 páginas. Y en esa misma hoja apareció un texto de Ortega que explicaba por qué esta nueva publicación: “Hoy, como al comienzo de mis afanes literarios, pienso que es forzoso a España atravesar una época de ilimitada curiosidad intelectual. Contagiar a las generaciones más jóvenes de puro, desinteresado amor a las ideas, impulsándolas más allá de los prejuicios de partido, invitándolas a la participación en la conciencia universal es, como entonces, hoy mi único empeño. Si yo consiguiera poner en circulación vital unos cuantos puñados de pensamientos sobre arte,

---

<sup>458</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. [Madrid,], 28 de diciembre de 1915, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, cit., p. 206.

<sup>459</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. [Madrid], 4 de enero de 1916, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, cit., p. 215.

sobre moral, sobre ciencia, sobre política, habríase logrado la integridad de mis aspiraciones”.

La carencia de revistas, se quejaba Ortega, donde pudiera escribir sobre esos temas “que por su mayor elevación y compleja estructura trascienden de la prensa popular”, le habían “impedido realizar” su trabajo “que acaso tuviera más cierta utilidad”. Para poder “subsananar” el problema se le ocurrió crear la mencionada publicación en donde estaría reflejada toda su labor, “en todos sus aspectos”. Y sería aquí donde escriba de “sentimientos y pensamientos, de arte y filosofía, de política y de historia, de los viajes” que hacía y de los libros que leía. No hablaría como un maestro, pero sí con entusiasmo. No pretendía otra cosa con la publicación de *El Espectador* que la de “arder ante las cosas”<sup>460</sup>.

*El Espectador* apareció y llevaba esta advertencia de Ortega. Lo primero que deberían hacer los lectores era “entrar en la lectura sin altas esperanzas”; no sabía “hasta cuándo ni en qué grado de plenitud” podría “llevar adelante el empeño”. El tiempo era el que sin lugar a dudas se encargaría de decirlo tanto a sus lectores como a él mismo. Como escribió Montaigne, *allons conformément, et tout d’un trait mon libre et moi*. Y volvía a advertir que habría números que padecieran aridez mental, porque el escritor pasaba, “a lo mejor, por zonas espirituales” donde no brotaba ni una idea. Este estado de ánimo podía durar meses. Así que durante ese tiempo el lector tendría que contentarse con un *espectador* “que lee, extracta y copia” y en otros números encontrará “trozos de su alma”<sup>461</sup>.

Reyes leyó a “picotones” *El Espectador* y advirtió ciertos cambios de actitud en Ortega, como su vanidad y su actitud de mentor, cambios que lo iban a echar a perder. Para Reyes era mejor no hacerle caso a Ortega ni de lo que decía ni de lo que hacía. En cuanto a este primer tomo hay “páginas superiores a las del pedante y artificial y declamatorio” libro de las *Meditaciones del Quijote*. Y luego se preguntaba que, cómo se le ocurrió insertar en estas *Meditaciones* un capítulo sobre el “concepto” si le parecía que de conceptos no entendía. Pero *El Espectador* tiene “páginas excelentes”. Aunque aquí Ortega tomaba una actitud de mentor, (aunque había dicho que no lo haría, que le asentaba mal), y peor

---

<sup>460</sup> La invitación a suscribirse en *El Espectador*, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/ Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 1887.

<sup>461</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II. (1916)*, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004, p. 155.

todavía, esa pose, esa “adoración a sí mismo” que lo arrojaba, que lo alejaba de todos. “En la vida, su altanería”, lo estaba “perjudicando extraordinariamente”, advirtió Reyes.

Reyes sentía mucho esa actitud de Ortega, porque era con el único con quien podía tratar “del asesinato como unas de las bellas artes, por ejemplo”. El único con quien sentía que, “entre palabras, se guiña” su alma, a pesar de que abusaba de la palabra *corazón* como Chateaubriand. Y no se engañaba para nada: para Ortega, él no era más que “un buen sujeto en quien desarrollar política americana”. Ortega era amable con él, sin embargo, en más de una ocasión, cuando estaba con otras personas, José buscaba sus ojos. ¡Dioses! Pero ya sabía de una noticia que le agradaba, que se iba a la Argentina “con indecible temor”<sup>462</sup>.

Pero esto no fue todo lo que dijo Reyes sobre este primer tomo de *El Espectador*. En lo que llamó sus apuntes, Reyes escribió que en este nuevo proyecto había un gran abismo con respecto a sus obras como *Vieja y nueva política*, *Meditaciones del Quijote* y con sus ideas expresadas en el semanario *España*. Es decir, que “desde cierto punto de vista, este libro parece vuelto de espaldas con relación a ciertos propósitos anteriores. Como en el joven Descartes después de sus viajes, Ortega y Gasset, al regreso de sus primeras excursiones por la vida pública”, volvía a “sus afanes estudiosos y a la investigación de sí mismo”. ¿Qué pretendía hacer ahora Ortega? Para Reyes estaba clarísimo, Ortega quería *emanciparse de la política*.

Tal propósito no lo estaba inventando Reyes, Ortega le dejó por escrito en *El Espectado*: “Yo he buscado en torno –escribe-, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la verdad pura, lo que las cosas son en sí mismas, y apenas he hallado alguno... ¡Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo!... No he hallado en derredor mío sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestas sólo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje. Muy especialmente se hace política en los laboratorios: el químico y el histólogo llevan a sus experimentos un secreto interés electoral...”.

---

<sup>462</sup> Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña. Madrid, 10 de junio de 1916, en *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, cit., pp. 262 y 263.

¿Ortega estaba desilusionado de la política? ¿No sabía que la política también es fierina y no sólo humana? ¿Por qué este cambio? Para Reyes esta postura de Ortega era en sí misma, su emancipación y su salvación. No logró ni pudo imponer una forma de hacer política. La política que él quería, en interpretación de Reyes, era “un ideal puro”. Por eso se alejaba, acaso no definitivamente, y se refugiaba en lo que hacía mejor, pensar, escribir sus libros. Y sin temor a equivocarse, ya volvería a lo política, porque era un hombre que los problemas de España los sentía y los llevaba en carne propia<sup>463</sup>.

Mientras Ortega se preparaba para el viaje a Argentina, en su refugio de El Escorial, se preguntaba cómo sería ese país, qué era la Pampa. Más o menos sabía lo que era geográficamente, pero ¿cómo sería la Pampa *sentimentalmente*? 30 años tenía “y el corazón de un hombre melancólico” se desinteresaba por la geografía, y si era sincero consigo mismo advertiría que, ante todo le preocupaban “las cosas como entidades sentimentales”. Y en estas meditaciones estaba cuando llegó a su refugio un nuevo libro de Azorín, *Un pueblecito*<sup>464</sup>, y no le quedó de otra que escribir estas palabras: “nada más opuesto a América que el libro de Azorín. La palabra América, repercutiendo en las cavidades de nuestra alma, suena a promesas de innovación, de futuro, de más allá. Para los que amamos la obra de Azorín, oír su nombre equivale, en cambio, a recibir una invitación para deslizar la mano una vez más sobre el lomo del *pasado*, como sobre un terciopelo milenario.- Entretanto pues, que mi alma oriente su proa hacia América, que es el porvenir, meditemos un poco a este poeta del pasado. ¡Pasado, porvenir! Ya he dicho que para mí la vida no tiene sentido si no es como una aspiración de no renunciar a nada”<sup>465</sup>.

---

<sup>463</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 258-260.

<sup>464</sup> Ortega ni duda cabe que amaba la obra de Azorín, pero era un “poeta del pasado”. En *Un pueblecito. Riofrío de Ávila*, tiene como tantas cosas de interés como una preocupación siempre permanente en el de Mónovar: el estilo. En la IV parte del libro mencionado, que se intitula “Teoría del estilo. La nieve y el agua”, se señala: “el estilo *no es nada*. El estilo es escribir de tal modo que quien lea piense: ‘Esto no es nada’. Que piense: ‘Esto lo hago yo’. Y que, sin embargo, no ueda hacer eso tan sencillo –quien así lo crea-; y que eso que no es nada, sea lo más difícil, lo más trabajoso, lo más complicado”. Y en la misma tercera parte, subtitulada “Estilo oscuro, pensamiento oscuro”, nos dice: “¿Qué es la sencillez en el estilo? He aquí el gran problema. Vamos a dar una fórmula de la sencillez. La sencillez, la difícilísima sencillez, es una cuestión de método. Haced lo siguiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: colocad una cosa después de la otra. Nada más; esto es todo” (Azorín, *Un pueblecito. Riofrío de Ávila*, en Azorín, *Obras completas*, tomo III, introducción, notas preliminares, bibliografía y ordenación por Ángel Cruz Rueda, Madrid, M. Aguilar Editor, 1947, pp. 543, 545 y 546).

<sup>465</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II. (1916)*, cit., p. 292.

Ortega salió el 7 de julio de 1916, de Cádiz hacia Buenos Aires, a bordo del vapor *Reina Victoria Eugenia*. En este viaje iba la actriz María Guerrero, su esposo Fernando Díaz de Mendoza, y el dramaturgo Eduardo Marquina. Quince días duró la travesía y al arribar a tierras bonaerenses Ortega dijo que llegar a estas tierras tenía para él “la misma virginidad que tuvieron para Colón”. Este viaje al Nuevo Mundo, señalaron los estudiosos ortegueanos Ajenjo y Gabaráin, lo reconfortó ante “la doble decepción de una Europa en guerra y una España en la que su primera etapa de dedicación política no había dado los frutos deseados”<sup>466</sup>. Luis de Llera, por su parte, añade que la Argentina que Ortega estaba por conocer fue la de Hipólito Irigoyen, pujante, democrática, con un grado de desarrollo económico muy alto en comunicaciones, ganadería, ferrocarriles, puertos. En este viaje conoció a la que iba a ser una de sus grandes amistades, Victoria Ocampo, y a su círculo cercano. Y este mismo viaje le permitió conocer Uruguay<sup>467</sup>.

El joven profesor de la Universidad Central de Madrid empezó a dar sus conferencias sobre aquellos filósofos con los que en ese momento “dialogaba”: Hartman, Scheler y Husserl. Sus conferencias a tal grado impactaron, como Llera señaló, apoyándose en el testimonio del filósofo argentino Alejandro Korn, porque fueron en “clave antipositivista”<sup>468</sup>.

El viaje de Ortega a la Argentina pues, lo estremeció. Le dio ciertos ánimos para decir otras cosas, para escribir sobre sus sentimientos renovados. A tal grado llegó esta ilusión que estando en proceso de edición el segundo tomo de *El Espectador* pidió que se detuviera la impresión para que llevara sus comentarios argentinos. Así lo hizo, no sin antes disculparse con sus lectores por el atraso de la publicación. La presentación de Ortega al segundo tomo iniciaba precisamente con sus palabras para sus suscriptores. Les explicaba que desde hacía mucho tiempo “sentía latir dentro” de él “un afán hacia América, una como inquietud orientada, de índole pareja al ni sus migratorio” que empujaba “periódicamente las aves de Norte a Sur”.

---

<sup>466</sup> Carmen Ajenjo e Iñaki Gabaráin, “Viaje a la Argentina, 1916. Primera parte”, en *Revista de Estudios Ortigueanos*, Madrid, 1, 2000, p. 36.

<sup>467</sup> Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 15.

<sup>468</sup> Luis de Llera, “Ortega en Argentina”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2006, pp. 73 y 74. [Biblioteca del Exilio. Anejos IX].

Ortega veía la crisis europea, aún antes de la guerra, como un *pretérito*, y cómo esta crisis no era atractiva para una sensibilidad como la suya. (Acaso porque eso fue lo que hizo la generación del 98, y con la que no compartía ninguna afinidad). La cuestión era que ese ambiente europeo y español hacía que buscara otros horizontes en donde su temperamento, su sensibilidad y su inteligencia lo llevaran por nuevos derroteros. Y ya desde aquel verano del 16 preveía que su viaje a América iba a ser una gran experiencia para un español como él, para *un español espiritual*.

Algunas veces se resistió embarcarse al otro lado del Atlántico. Pero la situación europea, y no se diga la que le correspondía a la española, hicieron que emprendiera ese viaje. Y sobre todo, porque tenía “una noción demasiado clara” de lo que los españoles habían dejado de hacer “en la América española durante el último siglo para mirar frívolamente las responsabilidades de un meditador peninsular” que cruzaba al otro lado del mar océano. Personas también hubo que lo indujeron a realizar este viaje pero esas personas supieron de sus repugnancias a emprenderlo. Se sentía forzado “por razonamientos patrióticos” que no valía la pena señalar en estos momentos y durante cuatro meses de “existencia vertiginosa” tuvo “que improvisar, día a día, y aun hora por hora, un cupo profesional y una campaña ideológica muy inferiores a lo que merecían la sensibilidad y el entusiasmo del público argentino y uruguayo”<sup>469</sup>.

Pero he aquí que su entusiasmo lo llevó a decir que de ahora en adelante *El Espectador* sería argentino como español y que *El Espectador* era y tal vez lo fuera “mejor entendido - mejor sentido- en la Argentina que en España”. Palabras que podrían “herir nuestra nacional presunción”. Pero el caso era que Argentina era un hijo de España, y Argentina le “parecía más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano”. Y no era lo único había en Argentina. Una “cualidad” tenía que su estimación fuera decisiva: “la de distinguir finamente de valores”. Podría aceptar cosas que en rigor no eran aceptables como “su lujo de vitalidad moftimismo de abundancia y juventud lo lleva a derramar admiración incluso donde huelga. Pero dentro de lo que atiende y acepta establece una exquisita jerarquía”<sup>470</sup>.

---

<sup>469</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II. (1916)*, cit., pp. 265 y 266.

<sup>470</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II. (1916)*, cit., p. 266.

Ortega era ahora el que invitaba a los espíritus cultos de España a que hicieran la travesía, como la que él hizo, y llegaran como él, reconfortados. Asimismo les decía que estuvieran “seguros que allende el mar” no serían “confundidos” y cobraría “fe en el sentido de su esfuerzo”. La experiencia les iba a resultar inigualable, iba a ser sin la menor duda, la experiencia más importante de sus vidas. Y en su estilo inconfundible dijo que para “un escritor, para un poeta u hombre científico, las aspiraciones políticas de los Estados son inexistentes cuando el aire trémulo que hace la voz conmoverá indistintamente los nervios de hombres que pertenecen a Estados muy diversos. Un escritor español no debiera, pues, sentirse a más distancia de Buenos Aires que de Madrid”.

Y el maestro, entusiasmado con su viaje y con los resultados de esta experiencia que lo hicieron un hombre vital y entusiasta, exhortaba a los intelectuales españoles que vieran el Nuevo Mundo y vieran lo que les ofrecía; a diferencia de la misma España y Europa. En la Argentina se vislumbraba una “edad nueva, que relegará a segundo plano todas las diferencias políticas, inclusive las que delimitan los Estados”. Y atendería “preferentemente a esas comunidades de modulaciones espirituales que llamamos raza”. Y luego entonces verían que “en el último siglo, y gracias a la independencia de los pueblos centro y sudamericanos” se preparó “un nuevo ingrediente puesto a actuar en la historia del planeta: la raza española, una España mayor, de quien es nuestra península sólo una provincia”<sup>471</sup>.

Ortega recomendaba a los escritores de España y América que se “liberten del gesto provinciano” para que “guste toda elegancia de su obra”, para que no sufran sus trabajos el entumecimiento de sus ideas ni tampoco trivialicen su sensibilidad. En conclusión, el escritor debería corregir ese provincianismo que vio en Buenos Aires y estaba viendo en Madrid. Y esto lo decía y por eso recomendaba acabar con el provincialismo de los escritores madrileños y bonaerenses porque el “habla castellana ha adquirido una influencia mundial”. A todos convenía que se hiciera “el ensayo de henchir ese volumen con otra que emociones y pensamientos de aldea”. No se preocupen, la cosa era muy sencilla y no “tan inmodesta” como parecía a simple vista. Y les dice que dentro “del reducido círculo de atención a que” su obra aspiraba, podía afirmar que se encontró con que buena parte de los lectores de su obra estaban en Buenos Aires. Su viaje había retardado la publicación como

---

<sup>471</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II. (1916)*, cit., p. 267.

lo había dicho ya, pero en cambio y a cambio, le era “lícito decir al sacarlo a la luz, hinchando un tanto la voz: -En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol”<sup>472</sup>.

Entre los lectores de Ortega, por supuesto, estaba Reyes. Y para Reyes, el viaje que Ortega hizo a América le provocó una “honda y fecunda crisis”. Ya había visto una, aquella que señaló en sus apuntes, que dejaba hasta cierto punto la política, y quería emanciparse, salvarse, a través de la elaboración de sus libros, como *El Espectador*. En el segundo tomo que estaba circulando, sin embargo, notaba que Ortega se estaba amargando. En sus “reacciones contra los males o peligros ambientes” de España se sentía esa crisis. Y además quería decirlo, este tomo fue recibido con ciertas protestas que se hacían en “voz baja”. Para estas voces Ortega había “rebasado un tanto los límites de la piedad”. A lo que sumó Reyes su comentario, con una justificación: “yo no puedo ser juez. Aparte de que, desde 1898, oigo a los nuevos escritores protestas con ira contra los males de España”.

Por otra parte, Reyes creía que este viaje de Ortega a América hizo el prodigio de hacer que el escritor buscara nuevos rumbos en sus investigaciones, que en esa búsqueda quería encontrarse así mismo, “sin cesar, con una inquietud de adolescente”. Su viaje a América no fue pues, un viaje de recreo. “Creyó descubrir en aquellas sociedades, que comienzan, con efervescencia, una nueva historia, el antídoto contra las dolencias de las sociedades caducas; creyó descubrir nuevas alegrías posibles, una existencia más amplia y digna, una mejor acogida para la obra del pensador; una posible rectificación total de las viejas equivocaciones; la probabilidad de recomenzar una vida más conforme a nuestra idea. En suma: podemos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió a América. La descubrió, en efecto, para sí mismo. América ha logrado así una envidiable conquista, y ha sellado un pacto de alianza con una de las voluntades más limpias y claras de que se honra la España joven. Agradecemos esa frase de cordial humorismo con que [Ortega] acaba el prólogo: -En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol”<sup>473</sup>.

Reyes saludaba y le daba gusto que en *El Espectador*, o sea Ortega, no se pusiera el sol. Ni tampoco deseaba que oscureciera “toda la alegría de tamaña inteligencia, a fuerza de

---

<sup>472</sup> José Ortega y Gasset, *Obras completas. Tomo II. (1916)*, cit., p. 267.

<sup>473</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 262.

protestar contra los males ambientes”. Le gustaba y se deleitó cómo Ortega recordaba su viaje a Argentina. Pero ese recuerdo vehemente y placentero hacia que, al ver su vieja España, se desesperara. A veces, observó igualmente Reyes, perdía la paciencia, y hasta se podría decir, que escribía con dolor. Y esto no era lo querían sus amigos cuando se fue a América. Querían que se salvara el poeta con este viaje, “pero nunca a costa de su paz interior”.

Este viaje de Ortega, decía Reyes, fue como con el que hizo Ulises y su retorno a Ítaca, así lo estuviera esperando “la fiel Penélope de la patria”. Mas Reyes agregó estas palabras que pegaron en el objetivo deseado: “mal podemos ser dichosos de vuelta a Ítaca [...] si hemos escuchado en otros mares el canto arrebatado de las sirenas. Y el símil tiene muy larga explicación; pero yo me temo –y no lo quisiera- que las sirenas que han seducido a nuestro Ulises sean, por mucho, verdaderas sirenas y, por lo tanto, engañosas. Es decir: yo temería que su entusiasmo por América estuviese también llamado a desvanecerse, como se ha desvanecido aquel hermoso sueño de reconstrucción de la patria, que inspiraba en otro tiempo las páginas de las *Meditaciones*”.

El golpe lo suavizó Reyes desde luego, pero no dejó de decir lo que quería que Ortega escuchara. El viaje de Ortega a América, siguió diciendo Reyes, sólo había sido a la Argentina, y entonces su “visión de América” era “más bien gozosa”, pero era “más bien limitada”<sup>474</sup>. Argentina era la “morada de las Gracias Americanas. De las Gracias, como las definen los modernos mitólogos: el espíritu de los deseos realizados”. Argentina era pues la “tierra de la felicidad gratuita: una gracia son todas sus virtudes y sus riquezas” y en esas tierras la felicidad se repartía gratis.

Y, ¿México? ¿Dónde quedaba México, el México “turbulento” pero “embarazado de porvenir”? Ortega, ¿alguna idea tenía de México? ¿No acaso Reyes le había dicho qué era México y sus luchas políticas que no acababan de terminar desde hacía más de un lustro?

---

<sup>474</sup> Llera hizo este resumen sobre el viaje de Ortega a Argentina que contrasta, evidentemente, con el de Reyes: “Argentina de convertía para Ortega en la España nueva, moderna, la que consiguió paz y desarrollo mientras la Península caía en la agitación social y en la incapacidad de coger el tren de la nación europea. Argentina compensaba así el fatigoso progreso de la España de Alfonso XIII y al mismo tiempo -jno se olvide!- se erigía en punto álgido de comparación en la entonces vivaz disputa entre el mundo anglosajón y el hispano (léase latino, según los cuando y los cómo)” (Luis Llera, “Ortega en Argentina”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, cit., p. 79).

¿Para qué servían entonces esas conversaciones que tenían frecuentemente? Y por todo ello Reyes se preguntaba: “si a nuestro escritor ha podido seducirle la América que ríe y que juega, ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaria de la línea que se recrea en su quietud robusta. ¿Admiraría igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias!”.

América es una, diversa y plural, y no una que se encuentra en el Norte y otra en el Sur. América tiene cuatro puntos cardinales. América es una rosa de los vientos. Pero a los españoles y a los europeos les parecía que América estaba en el Sur del Continente, y ese Sur era con el que se sentían próximos. Se sentían, porque quién sabe, orteguenamente, si su sensibilidad y altas miras efectivamente lo quisieran. En América pues, estaba la que disfrutaba “en pujante y gustoso regocijo vital, los beneficios de su juventud y su riqueza”. Y estaba también esa América que resistía “el empuje de ambiciones y poderes oscuros, manteniendo con estoicismo, y casi en completa soledad, la afirmación de su derecho a la vida”<sup>475</sup>.

Reyes dejó aquí el asunto de América; y solicitó que se dejara al filósofo “entregado al halago de un espectáculo risueño”. No quería verlo triste. “Porque, conscientemente o no, este segundo volumen de *El Espectador* está preñado de amargura. Y escribir a fuerza de dolor es el peor método de arte. El *Pelícano* de Musset, es una gran equivocación simbólica. Aúlla la literatura española largamente, arrancándose los escritores sus propias entrañas”. España estaba presenciando una “crisis necesaria y benéfica” en Ortega, pero Ortega “crecerá, porque es español. Dará de sí, más o menos pronto, un estallido de alegría superior, como viento matinal que ahuyente los últimos fantasmas de la pesadilla largamente rumiante. No importa: hasta el Creador conoció el cansancio”<sup>476</sup>.

Ortega leyó los apuntes de Reyes, platicaron al respecto, y nunca olvidó algunas expresiones, sobre todo, la de *sirena*. Cuando Alfonso Reyes era ministro de México en

---

<sup>475</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 263.*

<sup>476</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 264.*

Francia, recibió una carta de Ortega, 11 de enero de 1926. En la parte sustancial de la carta, señaló: “Recordará usted que cuando tuvo usted la amabilidad de escribir algo sobre mí después de mi viaje a la Argentina yo me atreví a hacerle algunas observaciones. Han pasado algunos años y sigo hoy creyendo que estas eran justas. Sigo pensando que habría que decir sobre mí muchas, muchas cosas favorables y adversas antes de conquistarse el derecho de mentar, por ejemplo, **las sirenas de Buenos Aires**. Digo a usted todo esto sin otro ánimo que el de tranquilizarle haciendo ver *de facto* la continuidad de mi afecto e intimidad”<sup>477</sup>.

El afecto que Ortega le tenía a Reyes, como el de Reyes a Ortega, fue y siguió siendo incuestionable. Ejemplo de esta relación fue cómo las diferencias se expresaron y no afectó para nada la amistad. Una prueba de ello fue la constante colaboración de Reyes en los proyectos ortegueanos, como en la *Revista de Occidente*. Aquí escribió<sup>478</sup>, cuando estuvo en España y fuera de ella, y aquí también se reseñó su libro, *Los dos caminos*, (Cuarta serie de sus *Simpatías y diferencias*), Madrid, 1923, en donde están incluidos los apuntes sobre Ortega. Por supuesto que no fue el único libro de Reyes reseñado en esta publicación ortegueana, hubo otra<sup>479</sup>, sobre su *Visión de Anáhuac*.

---

<sup>477</sup> Carta de José Ortega y Gasset a Alfonso Reyes. 11 de enero de 1926, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente. Las negritas son mías.

<sup>478</sup> Entre las colaboraciones de Reyes en la *Revista de Occidente* se destacan “El silencio por Mallarmé. Encuesta sin trascendencia”, publicada en el volumen 2, número 5, noviembre de 1923, pp. 238-243; y “Mallarmé en castellano”, volumen 37, número 110, agosto de 1932, pp. 190-219. Precisamente en el primer artículo hay una referencia de Reyes muy interesante sobre Ortega, a propósito de los cinco minutos de silencio que convocó el mismo Reyes a la que asistieron además del mencionado Ortega, Díez—Canedo, José Moreno Villa, Eugenio d’Ors, José María Chacón, Antonio Marichalar, José Bergamín, Mauricio Bacarisse.

<sup>479</sup> Una reseña que vale la pena señalar es la que hizo Corpus Barga a *Visión de Anáhuac*, segunda edición de este trabajo alfonsino, en la Biblioteca Índice, que dirigió Juan Ramón Jiménez. Barga inició su reseña citando a Reyes: “la emoción histórica es parte de la vida actual, y sin su fulgor nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz”. Y a partir de estas palabras, el escritor español dijo: Queda planteado el problema de la existencia literaria del paisaje. A la memoria de Loti. Nuestro convenio no es para poner bambalinas al campo ni para explotar ese negocio feo que se llama el teatro de la naturaleza. Tengamos horror al vacío y amor al desnudo. Alfonso Reyes sabe amar a una Castilla más alta que castilla: el valle de México, ‘donde el aire brilla como espejo’. Hay, pues, también en los valles y las montañas el fulgor, mejor dicho, el reflejo de la emoción personal. Alfonso Reyes es un transmutador de emoción histórica en emoción geográfica. El geografismo está ocupando en cierta literatura moderna el fondo que antes ocupara el cuadro de la historia. Es una variedad del cuadro de costumbre. Alfonso Reyes ha tallado con su visión, con la piedra de Anáhuac, el camafeo mexicano –cosas y hombres- que descubrieron los centauros extremeños. En su mesa tenía la cartografía veneciana del Ramusio, el relato de Bernal Díaz y unos poemas indígenas, entre otros instrumentos de trabajo. La visión de Anáhuac es una visión topográfica de la conquista. Editada por primera vez en *El Convivio* (San José Costa Rica, 1917), ha sido reeditada en un volumen -70 páginas- de la

Adolfo Salazar, musicólogo, hizo la reseña de *Los dos caminos*, y la publicó en la *Revista de Occidente*, correspondiente al número 13, de julio de 1924. A Salazar le gustaba el subtítulo del libro, *Simpatías y diferencias*, y le gustaba porque en la galería que hizo de retratos estaba ese trazo “tan suave, justo y mesurado, en una hechura mental donde la fibra únese a la gracia que, cualesquiera sean las diferencias para sus opiniones” quedaban todas las simpatías “junto al cómo están expresadas”. Salazar además adivina que *Los dos caminos* son España y América. “Y, caminante de corazón ligero, Reyes no recoge en su deambular aún las flores más vivas, y respira su perfume bajo la sombra grata de algún prestigio tradicional”<sup>480</sup>.

En este cuarto volumen de *Simpatías y diferencias*, Reyes escribió sobre cinco hombres y los buscaba “en cada una de las cuatro cardinales, mas uno en el centro de la rosa. Pero mejor que los términos de la cruz”, los cambió “por los de aspa, prefiriendo orientarse en las direcciones que apunta su *x* minúscula de México. Noroeste, sudoeste, sureste y nordeste, que son: Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Azorín y, en equilibrio un poco precario, Mariano de Cavia. Más, en la soledad carpetovetónica pone a Ortega y Gasset”.

El asunto con estos hombres era el asunto de América y lo que significaba para cada uno de ellos, incluido el propio Reyes, que sin lugar a dudas, era un asunto que apasionaba. Esa América que gozaba y trabajaba, en Ortega; o la América con olor y sabor a chocolate y marihuana, en Valle-Inclán; o la América de Reyes que era la América que veía desde España. Muchas otras cosas tenía este libro, pero lo más importante eran esos trazos que hizo de los hombres de España, que también se interesaban por América<sup>481</sup>.

Salazar tenía toda razón al decir que Reyes hizo sus juicios, manifestó sus simpatías y diferencias, de cada uno de los escritores españoles que veía de una u otra forma a América. Sobre Ortega ya había dicho lo que tenía que decir, privada y públicamente. Ahora faltaba

---

Biblioteca de índice, bajo la visión tipográfica del mágico editorial Juan Ramón Jiménez, atento a convertir la revista fundada por él con ese nombre en una Biblioteca, que ha publicado también, además de *El cohete y la estrella*, bonito título de un nuevo –José Bargamín, la edición de Reyes del *Polifemo*: ‘éstas que le dictó rima sonoras’ a don Luis de Góngora, ‘oculta, sí, aunque bucólica Talía’” (Corpus Barga, “*Visión de Anáhuac*”, por Alfonso Reyes. (Biblioteca de Índice. Rivadeneira, Madrid)”, en *Revista de Occidente*, volumen 1, número 2, agosto de 1923, p. 252).

<sup>480</sup> Adolfo Salazar, “Alfonso Reyes: *Los dos caminos*. (Cuarta serie de *Simpatías y diferencias*). Madrid, 1923”, en *Revista de Occidente*, Madrid, volumen 5, número 13, julio de 1924, p. 139.

<sup>481</sup> Adolfo Salazar, “Alfonso Reyes: *Los dos caminos*. (Cuarta serie de *Simpatías y diferencias*). Madrid, 1923”, en *Revista de Occidente*, Madrid, volumen 5, número 13, julio de 1924, p. 141.

saber sobre dos destacados intelectuales españoles que no formaban parte de la generación de 1914 sino anterior a ella: Unamuno y Valle Inclán. Con el primero se acercó muy pronto; con el otro, después. La cercanía estaba también en relación directa con lo que pensaban y decían de México. Y lo que decían y pensaban estos intelectuales españoles era precisamente lo que hacía falta en España, que América no era sólo el Sur del continente sino también el Norte. Y estos dos hombres precisamente miraban hacia el Norte, hacia México. La parte de América que también deberían conocer las élites intelectuales de España, pues sólo así la mirada hacia América sería total y completa.

## 2.- Unamuno y Valle Inclán, con la x de México.

La fidelidad y el cariño que Miguel de Unamuno mostró por México tienen raíces muy profundas<sup>482</sup>. Su padre, don Félix, llegó a tierras mexicanas, vivió y fundó una industria en Tepic, Nayarit. Años más tarde, cuando volvió a Bilbao, hizo lo mismo que en México, poner una industria. Pero de México no sólo se trajo esa experiencia industrial sino que llegó con una pequeña biblioteca de unos quinientos libros bien escogidos. Entre las obras que había en su librería se destacaban la *Historia antigua de México*, de Clavijero, y la *España pintoresca*, edición mexicana. Y el niño Miguel en esa biblioteca empezó a leer y a interesarse por México. Tanta fue su pasión mexicana que soñaba con hacerse mexicano y,

---

<sup>482</sup> Un estudioso de Unamuno, señalaba que la “información con la que construye su imagen de América proviene de las lecturas y correspondencias; si caben los términos, el suyo es un sabor estético, apoyados en la historia, o en la historiografía a la que tuvo acceso. Un saber, sino directo en lo espacial, sí en lo interpersonal, de hombre a hombre, como lo demuestra la correspondencia epistolar. Conocía, entonces, más del hombre que de su circunstancia o, en todo caso, tuvo acceso a la circunstancia que el tal hombre le animaba. En suma, un sabor estético pero también interhistórico. Podría decirse que existe un macrotexto, compuesto por todos aquellos textos que aluden a América; artículos periodísticos, epistolarios, *ensayos breves*, etcétera. Si hablamos de texto, al referirnos a este conjunto, lo es en virtud de que no enfrentamos un *opus*, una obra ropiamente dicha sobre el tema (la intención de realizarla existió, pero nunca llegó a concretarse” (Claudio Maíz, “Unamuno e Hispanoamérica: escribir desde la periferia”, en Cirilo Flórez Miguel (coord.), *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2000, p. 301. [Biblioteca Unamuno, 22].

Otro estudioso de la obra de Unamuno se preguntaba: “¿Qué encontró Unamuno en la cultura y literatura latinoamericana? Pues, prncialmente, una enorme dependencia de los modelos culturales europeos, que lo llevarían a declarar en 1911 que los escritores de allende los mares eran, como sus compatriotas, ‘demasiado europeizantes’” (Stephen G. H. Roberts, “El nacimiento de un prejuicio: 1898, América Latina y la galofobia de Unamuno”, en en Cirilo Flórez Miguel (coord.), *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*, cit., p. 419).

hacer lo que hizo su padre, ir algún día a México<sup>483</sup>. En cierta ocasión don Miguel, recordando esa parte de su vida, escribió: “Y Méjico, ese Méjico lejano, se pierde para mí, y así perdérseme, se me agiganta en las brumas del alba de mi vida, cuando era sol de mi conciencia un sol de recién nacido... Así es como mi padre me trajo de esa tierra en que aprendió a trabajar y a vivir, una fuente de extraña poesía, y así es como las raíces de mi visión de Méjico se entrelazan con las raíces de mis primeros sueños”<sup>484</sup>. Así empezó su afición por Méjico, con *j*. Y sin embargo, cuánto le irritaba, o acaso por ese cariño, que México se escribiera con *x*.

Uno de sus estudiosos nos indica que su primer artículo con tema mexicano fue sobre “La equis intrusa”, publicado en *El Nervión*, Bilbao, noviembre de 1892. Artículo en el cual se preguntaba: “¿Qué encanto tiene la equis? ¿Cuál es la razón del cariño que le profesan tantos escritores?”. Su propia respuesta fue que este gusto no podía explicarse sino era por la ignorancia de la ortografía. Y a tanto llegaba esa ignorancia que ahora se daba por escribir ¡México con *x* y Xerez con *x*! Pero no sabía luego entonces por qué no se escribía Guadalajara y Nájera, sustituyendo la *j* por la *x*, si era que la ignorancia había llegado a tal grado. Volvió al asunto de México con *x*. En su opinión la *x* de México “representa un sonido análogo a la *che* francesa, que ha desaparecido del castellano al transformarse en nuestra *j*, y de ningún modo el sonido actual de nuestra *x*, y puesto que se dice Méjico, y la *x* de México ya no se lee como se leía en su tiempo, y jamás ha ganado en esa palabra como la actual *x*, el escribir México por Méjico es una americanada y un disparate ortográfico a la vez”<sup>485</sup>.

En otra ocasión, en *Madrid cómico* (1898), escribió que era una “pedantasca manía mejicana” escribir México con *x*, y que no había quien la evitara (ni el mismo la evitó). Pero si había esta objeción o incompreensión de la forma de escribir México con *x*, fue tan contundente como esta oposición, al decir que Juárez era un verdadero hombre de acción y cuyas armas fueron la palabra y la pluma<sup>486</sup>. Y dada su fidelidad a ese país que acogió a su padre, años más tarde sostuvo una correspondencia copiosa con el escritor Amado Nervo,

---

<sup>483</sup> Julio César Chávez, *Unamuno y América*, 2ª., edición, prólogo de Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1970, p. 3 y ss.

<sup>484</sup> Citada por Julio César Chávez, *Unamuno y América*, 2ª., cit., p. 83.

<sup>485</sup> Citada por Julio César Chávez, *Unamuno y América*, 2ª., cit., p. 84.

<sup>486</sup> Julio César Chávez, *Unamuno y América*, 2ª., cit., p. 84 y ss.

que nació en Nayarit<sup>487</sup>. Cuando Reyes llegó a España en octubre de 1914, Unamuno estaba en otras batallas, la de los problemas españoles. ¿Cómo se acercó a este hombre?

La forma como Reyes inició su acercamiento con el autor de *La agonía del cristianismo* fue a través del envío de una carta, el 22 de mayo de 1917, dándole sus señas, y diciéndole que los “azares” de su tierra lo arrojaron a Europa, y ahora vivía en Madrid. Además, le recordaba, que en 1911 le envió su primer libro, *Cuestiones estéticas*, con esta dedicatoria, *A don Miguel de Unamuno, / Alfonso Reyes/ México 1911*, pero no le contestó. Ahora le enviaba su nuevo libro, salido de las imprentas madrileñas, *El suicida. Libro de ensayos*, también con la siguiente dedicatoria, *A don Miguel de Unamuno, con la admiración y /la simpatía de Alfonso Reyes. /General Pardiñas, 32. /Madrid*<sup>488</sup>. Y más adelante, con cierta intención le dijo que, el “escepticismo de la corte quiere hacerme creer que don Miguel de Unamuno ya no lee, pero ni yo lo creo, ni estimo en tan poco la aprobación de usted para no mencionarla”. Y si en esta parte de su carta había jiribilla, en esta otra, véase cómo le dijo Reyes a Unamuno: “¿Por qué no había de interesarle hojear este libro feamente impreso? A lo mejor vive del otro lado del mar quien más nos merece y nos entiende mejor. En todo caso, envíe lo que tengo: reciba usted como prenda de una admiración severa y consciente”<sup>489</sup>.

El dos de junio de ese mismo año, Unamuno en respuesta le dijo a Reyes que en su registro estaba el libro que le envió en 1911 y que lo catalogó en su librería. Por ese entonces le era desconocido “del todo” y le faltaba como hasta la fecha “tiempo de leer a los conocidos” y a los que le recomendaban por “persona solvente en gusto y criterio”. *El Suicida*, sin embargo, lo leyó y “con provecho”, pues incluso quiso escribir algo, en relación al culto a la Vida. Sí, a la Vida, con V, mayúscula. Por *El Suicida* se dio cuenta que los dos tenían “muchas lecturas comunes y aficiones parecidas”. Le gustaba el género, el ensayo, y cómo lo trataba, “acaso haya demasiada literatura. Algo más de misticismo activo estaría mejor”,

---

<sup>487</sup> Cf., *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno. Epistolario*, introducción, edición y notas de José Ignacio Tellechea Idígoras, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000. [Cátedra de poética Fray Luis de León].

<sup>488</sup> Un estudioso de Reyes y Unamuno decía que en la biblioteca del ex rector de la Universidad de Salamanca, la colección más completa de libros de escritores hispanoamericanos, era la de Reyes (Manuel García Blanco, *América y Unamuno*, Madrid, Editorial Gredos, 1964, p. 161. [Biblioteca Románica Hispánica. II. Estudios y ensayos].

<sup>489</sup> Carta de Alfonso Reyes a Miguel de Unamuno, Madrid, 22 de mayo de 1917, en Universidad de Salamanca. Archivo. Fondo “Miguel de Unamuno”. Correspondencia.

le sugirió. También conocía la traducción que hizo de Chesterton, *Ortodoxia*<sup>490</sup>. La obra la leyó, pero no le gustó. “Sobra ingeniosidad y sus paradojas son frías, sin pasión. No palpita aquello”.

Y por supuesto que Unamuno no se quedó callado sobre aquello que decían que ya no leía. ¿En qué se habían fundado? Leía, por supuesto que leía, pero lo que buscaba; y no lo que lo venía a buscar. Y a esto esas personas llamaban que no leía. *Ars longa, vita brevis*, “y no me quedaría tiempo para conversar con los grandes, con los de siempre, si me pusiese a escuchar a todos esos que porque no tengo tiempo de oírles me acusan ya de sordo”. Leía mejor que nunca si no era más que nunca. Seguía en “busca de un alma”, de la suya, que se le escapaba, y no vislumbraba los caminos de su emancipación. “Y menos mal mientras” siguiera siendo su “conciencia un campo de guerra civil”<sup>491</sup>.

Pasaron cerca de veinte meses sin enviarse una carta. A finales del mes de octubre de 1918, Reyes le pidió a Unamuno que le indicara cuáles eran los libros esenciales dónde podía estudiar los orígenes y desarrollo hasta 1918, del nacionalismo vasco. Unamuno le respondió que apenas había *libros esenciales* en este asunto, y agregó que el estudio debería hacerse en seminarios, libros y folletos. Los libros que había hasta 1918 eran anticuados. Y, sin embargo, le daba algunos nombres pero no eran de lo más recomendable. Cuando volviera otra vez por su casa, hablarían, y “de palabra” podría “darle muchos informes” que no encontraría por ningún otro lado, ya que él estaba implicado en ese movimiento, “aunque anti-nacionalista”; y por ser vasco era un unionista. Había influido en el nacionalismo, y en esas filas se le respetaba. Su conferencia sobre la agonía del vascuence fue capital e influyó en la obra de Sabino de Arana Goyri<sup>492</sup>.

Reyes, ¿cuándo fue a Salamanca, qué fecha, de qué hablaron? No se sabe. De lo que sí hay seguridad fue que Reyes lo volvió a visitar para tratar lo del nacionalismo vasco, de *viva voz*, según el estimonio que hay en una carta de Reyes a Unamuno del 2 de noviembre de

---

<sup>490</sup> La primera edición de *Ortodoxia*, traducción de Alfonso Reyes, es de 1917, y la publicó en Madrid, la Biblioteca Calleja. La última edición de esta traducción se encuentra en G. K. Chesterton, *Obras esenciales. I*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011, pp. 251-458.

<sup>491</sup> Carta de Miguel de Unamuno a Alfonso Reyes. Salamanca, 2 de junio de 1917, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2565.

<sup>492</sup> Carta de Miguel de Unamuno a Alfonso Reyes. 1 de noviembre de 1918, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2565.

1918<sup>493</sup>. E igualmente cierto fue que Reyes en este mismo año de 1920 escribió sobre *Fedra*, de Unamuno, cuya presentación se realizó en el Ateneo de Madrid, el 25 de marzo del año mencionado. Esta nueva obra del residente salamantino era la adaptación moderna del *Hipólito*, de Eurípides.

Reyes hizo una explicación muy amplia sobre lo que significó el *Hipólito*, y lo único que vale la pena tener en cuenta para los fines del estudio es que esta obra ha sido considerada en todos los tiempos como “uno de los asuntos más ‘modernos’ del teatro griego” (la lucha de Fedra entre la pasión y la castidad), y que “aún se ha dicho que tal asunto es ya cristiano por el espíritu”. Por lo que Unamuno caminaba, pues, “por terreno bien explorado”<sup>494</sup>. Y la obra la aplaudía y la admiraba, y por ello mismo le puso unos reparos. “Lo que él ha intentado con este asunto acaso se debiera intentar con otros asuntos antiguos. No hicieron otra cosa los creadores del teatro clásico francés. Pero España fue siempre reacia al beso de Grecia. Los ensayos de los humanistas del siglo XVI para trasplantar a la Península la tragedia antigua fracasaron; y a poco se impuso Lope de Vega, y el teatro español declinó por la línea del menor esfuerzo: la corriente popular”<sup>495</sup>. ¡Qué crítica!

¿Qué dijo Unamuno al respecto? Tampoco lo sabemos. Pero el año de 1920 fue uno de los más importantes en la relación Reyes/Unamuno. Primero, Reyes hizo varios viajes a ciudades españolas, entre estas, la que hicieron juntos a Extremadura. Segundo, Reyes le compartió su preocupación por lo que ocurría en México, pues estaba informado de la revuelta del general Álvaro Obregón contra el presidente de la República, Venustiano Carranza, por la imposición del candidato a la presidencia de la República. Lo que ocasionó más tarde, su muerte, la llegada al poder del grupo sonoreense (Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles), el gobierno provisional de De la Huerta, y la llegada al poder de Obregón. Y tercero, el prólogo que le pidió para el tomo séptimo<sup>496</sup>, de las *Obras*

---

<sup>493</sup> Carta de Alfonso Reyes a Miguel de Unamuno. Madrid, 2 de noviembre de 1918, en Universidad de Salamanca. Archivo. Fondo “Miguel de Unamuno”. Correspondencia.

<sup>494</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 117.

<sup>495</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., pp. 118-121.

<sup>496</sup> El prólogo que pidió Reyes está formado por dos artículos de Unamuno que fueron los que se publicaron en el diario bonaerense, *La Nación*, “Amado Nervo en voz baja” (1909); “A la memoria de Amado Nervo” (1919) (Manuel García Blanco, *América y Unamuno*, cit., p. 137). Para el tomo séptimo de las *Obras completas* de Nervo, el prólogo de Unamuno se llama “*La voz baja*, de Amado Nervo”. En los dos primeros

*completas de Amado Nervo*, que estaban al cuidado del propio Reyes, publicadas por la Biblioteca Nueva, de Ruiz Castillo.

Reyes no quería hablar sobre México, y sin embargo en menos de una semana cambió de parecer. El 13 de mayo de 1920, sólo le dijo: “Absurdo lo de México, y por segunda vez me tocará padecer las consecuencias. ¡Pobre tierra mía!”<sup>497</sup>. Y el 20 de mayo hizo la siguiente observación: “Mal lo de México: me parece que se sienta la revolución, temo, en consecuencia, el desquite de mañana ¡Ay, el rencor! ¡El rencor! ¿Se acuerda usted de lo que le dije, casi en confidencia, por aquellas inolvidables calles de Salamanca?”<sup>498</sup>. La respuesta de Unamuno fue sobre la preocupación de Reyes y la rebelión de los sonorenses: “Sí, lo de Méjico es absurdo. Pero el mejor día nos llega rectificación. Apenas sabemos, creo, lo que allí pasa”<sup>499</sup>.

Y sin embargo, fue por la llegada de los sonorenses al poder y por la influencia de amigos, como José Vasconcelos, que Reyes volvió a reintegrarse al servicio exterior de México<sup>500</sup>. Un paso notable en su vida, pues a partir de este año iniciaba una entrega total y ejemplar en la diplomacia mexicana. El paso que estaba dando fue muy bien recibido por sus amigos españoles. Y por esta razón, Unamuno, al enviarle a Reyes una tarjeta postal, ya no se la dirigió a su domicilio particular sino a la Legación de México, en Madrid. Tarjeta postal

---

párrafos nos encontramos que, “En voz baja, al oído y en recato. En voz baja, de uno en otro, dejándolo caer del oído al corazón; en voz baja. La voz alta, la voz pública, es ara hablar a las muchedumbres, en el mercado o en la asamblea, pregonando géneros de comercio o pregonando ideas, ideas de comercio también. Pero lo lírico, lo verdaderamente lírico, lo íntimo, lo personal, lo que es de cada uno y no de todos, esto, en voz baja. En voz baja, como nos da Amado Nervo el alma de su lama.

Este volumen de versos de Amado Nervo, En voz baja, es, en efecto, para decírselo uno así mismo en voz baja y a solas, en horas de cansancio de la lucha terrena, que son las horas de anhelo de la lucha celestial” (*Obras completas de Amado Nervo. Tomo VII. Los jardines interiores. En voz baja*, prólogo de Miguel de Unamuno, texto al cuidado de Alfonso Reyes, ilustraciones de Marco, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920, p. 9).

<sup>497</sup> Carta de Alfonso Reyes a Miguel de Unamuno. Madrid, 13 de mayo de 1920, en Universidad de Salamanca. Archivo. Fondo “Miguel de Unamuno”. Correspondencia.

<sup>498</sup> Carta de Alfonso Reyes a Miguel de Unamuno. Madrid, 20 de mayo de 1920, en Universidad de Salamanca. Archivo. Fondo “Miguel de Unamuno”. Correspondencia

<sup>499</sup> Carta de Miguel de Unamuno a Alfonso Reyes. Salamanca, 25 de mayo de 1920, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2565.

<sup>500</sup> Véase los estudios que Garcíadiego ha hecho al respecto “Alfonso Reyes en España”, en los *Refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 1994, p. 66 y ss; “Alfonso Reyes. diplomático en España. Años cómodos, pero insatisfactorios”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, el Colegio de México, 1996, p. 343 y ss; “Alfonso Reyes. Cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, t. I, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, p. 191 y ss.

que le anunció y le agradeció la llegada de los primeros ocho tomos de la obra de Neruo. Y de estos tomos, el dedicado a sor Juana Inés de la Cruz fue el que más le sorprendió. No conocía la obra hecha por el poeta nayarita dedicado a la décima musa ni tampoco sabía sobre la monja. Fue todo un descubrimiento; y quería “glosar aquello de *si es para vivir tampoco, ¿de qué sirve saber tanto?*”. Y de paso le pidió que confiera lo de Neruo cuando expresó aquello, “*que el hombre no va tras de la dicha, solo tras de lo nuevo*”<sup>501</sup>.

En este mismo año de 1920, Reyes se interesó en escribir sobre otro escritor español, que lo tuvo de vecino cuando vivía en General Pardiñas, por Ramón de Valle Inclán<sup>502</sup>, a propósito de la aparición de las *Divinas palabras*<sup>503</sup> y por la conferencia que dio en el Ateneo madrileño donde la mayor parte de los asistentes fueron mujeres. Como era costumbre en Reyes, cuando escribía sobre un personaje que le causaba admiración, hacía estupendos retratos de su personalidad. Eran sólo dos o tres trazos. Este fue el que hizo el mexicano a don Ramón: “es una figura rudimental, de fácil contorno: al mirarlo incita dibujarlo: con dos circulitos y unas cuantas rayas verticales queda hecha su cara (quevedos y barbas); y con cuatro rectas y una curva, su mano derecha (índice, cordial, anular, meñique y pulgar). Cara y mano: lo demás no existe, o es sólo un ligero sustentáculo para esa cara y esa mano. De hecho, nada más necesita el maestro definidor: la cara es el dogma, y la mano es el comentario”.

---

<sup>501</sup> Tarjeta Postal de Miguel de Unamuno a Alfonso Reyes. Salamanca, 7 de julio de 1920, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2565.

<sup>502</sup> Cf., Hugo Rodríguez Urruty, “Sobre Valle-Inclán, México y Alfonso Reyes”, en *Boletín Capilla Alfonsina*, México, número 5, 30 de septiembre de 1967, pp. 24-26.

<sup>503</sup> Sobre las *Divinas palabras*, de Valle Inclán, Reyes señaló que esta tragicomedia, “está gobernada, hasta cierto punto, por la estética del ‘esperpento’. Por eso es tragicomedia. Y el ‘esperpento’ resulta del choque entre la realidad del dolor y la actitud de parodia de los personajes que lo padecen. El dolor es una gran verdad, pero los héroes son unos farsantes.

Sin embargo, es menester entenderlo con delicadeza. Los farsantes de valle-Inclán lo son sólo por un vago aroma de farsa. Todos, ante los sucesos que les afectan, no obran de un modo natural; pero tampoco de un modo groseramente artificial. El chalán, el ladrón de feria que roba con el perro sabio y con el canario que dice la suerte, la mujer que se muere de hambre, la que llora su muerte, la adúltera y el sacristán, todos obras de acuerdo con las tradiciones literarias del ‘tema’ (tema culto o tema popular) que representan. He dicho antes que, a veces, los temas de este escritor huelen a refrán, y puede verse una exageración de este arte en *La visita de los chistes*, de Quevedo, donde Pero Grullo alterna con Agrajes y Mari-Zápalos. Pero las figuras de Valle-Inclán no son abstracciones, y, además, recuerdan los lugares retóricos del tema a que corresponden con tal levedad y finura, que sólo se percatan de la reminiscencia los que llegan al libro de Valle-Inclán con veinte siglos de literatura en el alma, como ‘Fredique Mendes’” (*Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 105).

Reyes se fijó también en algo singular de Valle-Inclán, la elocuencia: “Habla bien, conoce la nigromancia española. Es galante. Ofrece la teología en bombonera. Pero no sólo hace de abate florido, no: una vez transpuesto el preámbulo, sus ojos empiezan a centellear, su voz se torna cálida, y su mano de cera, más elocuente aún que sus palabras, dibuja y discorre continuamente una curva rítmica, isócrona, trascendental. La mano va y viene. Por momentos, el índice parece alargarse, para apoyar un corolario que se quiere escapar. Otras veces, se despliega aquella larga aleta de pez y azota el aire, o bien se ostenta como un plano de proyección para las ideas-. Lanzadera metafísica, la mano va y viene. La cara es fecunda como una cifra, y la mano desenmadeja las infinitas connotaciones de la cara”.

No cabe la menor duda que por los trazos que hizo el autor de *Visión de Anáhuac*, Valle Inclán era un gran maestro de la palabra, un gran conferencista. Era un mago. Mágico. Tan mágico que al concluir su conferencia dejaba “a la vez que una emoción de linda y preciosa finura”, al sabor “algo áspero, bronco y hasta salvaje. ¿Qué ha sido ello? Lo diré: ¡la manga vacía!”. ¿Y qué es la manga vacía? De acuerdo con Reyes, era como “esos despertadores que vibran y brincan el disparo de una potente maquinaria, aquel frágil ropaje humano ha vibrado y ha brincado también sacudido por una idea más grande que él. Entonces, al abrirse la mano derecha como un ala, al desarrollarse el brazo derecho como un remo en una tempestad, el muñón izquierdo se ha erguido, tremolando el aire –con una elegancia ya sangrienta- una manga vacía”<sup>504</sup>.

En 1921, a propósito del Centenario de la consumación de la Independencia de México, las autoridades mexicanas le pidieron a Reyes que fuera a ver a don Ramón para invitarlo a estas fiestas, como huésped de honor de la República. De inmediato cumplió el encargo. Le mandó un telegrama a la Puebla del Caramiñal y llegó tan esperada respuesta. Reyes creía que iba a ser por la negativa. Y sin embargo, para su sorpresa, Valle-Inclán dijo que aceptaba<sup>505</sup>.

---

<sup>504</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. II. Visión de Anahuac. Las vísperas de España. Calendario*, cit., p. 87. Luis Araquistáin le dijo un día a Reyes que don Ramón debería tener, como Goethe, un Eckermann, para recoger sus conversaciones “¡Cuántas lecciones de estéticas perdidas! No hay otro como él en España”, sentenció Reyes (*Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 277).

<sup>505</sup> Sobre la primera visita de Valle Inclán a México, cf., Nicolás Fernández Medina, “El joven Valle-Inclán en México (1892-93), en *El Pasajero. Revista de estudios sobre Ramón del Valle-Inclán*, estío 2004

Estos eran los años en la vida de Valle-Inclán, de reposo, “lo más entregado a su familia y a los placeres de aldeano, rústico por la pintoresca Galicia”. Y sin embargo, movido por ese instinto la aventura, de los años juveniles, no resistió la tentadora invitación. ¿Por qué aceptó don Ramón esta invitación? ¡Por México! Porque México “le abrió los ojos y lo hizo poeta”. No sabía hasta entonces, cuando pasaba más de un cuarto de siglo, “qué rumbo tomar”, le dijo un día el mismo don Ramón a Reyes. Y un día, el mismo Valle-Inclán, en el Ateneo de Madrid explicó “sus primeros años en Santiago de Compostela, su vida de larva; su aburrimiento de muchacho, entre la Universidad y la casa de juego: toda esa angustia de la provincia, que clama al cielo por las torres de todas las cátedras de España”. Y después de hacer esta síntesis de sus años juveniles, le salió un grito del corazón, “que sólo resulta una paradoja para los que nunca han escuchado de cerca la voz de sus profundos estímulos. -¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con x!”.

Qué diferencia con Unamuno, que decía que él prefería escribir Méjico, con j, porque escribirla con x era símbolo de la pedantería americana. Y este México con x “tuvo la virtud de atraer a Valle-Inclán y hacerlo poeta”. Gran proeza que nación alguna no hizo nunca. El de enseñarles a los hombres el camino para que no se perdieran. Por lo que, Reyes, conmovido, se acordó de su México, de ese México que había dejado hace muchos años, pero que lo llevaba muy adentro de su corazón. Y conmovido por esa hazaña, escribió: “¡Oh, x mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!”.

La x de México llevó a al joven gallego a tierras desconocidas. Y su superstición, abonó en ello. Tentadora era la idea de lo desconocido. De lo que había más allá del mar océano. De los largos, sufribles y venturosos días de navegación. Era tentadora esta aventuorsa, y sobre todo, por misteriosa. Valle Inclán era como todos los hombres de Galicia: supersticioso y por ello mismo aventurero. Pues bien, esta x era “la incógnita que la inquietud juvenil e

---

([www.elpasajero.com/vallemexico.html](http://www.elpasajero.com/vallemexico.html)); y sobre su segunda visita, María Fernanda Sánchez-Colomer, “Las conferencias de Valle-Inclán en México (1921): algunas reseñas olvidadas”, en *El Pasajero. Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán*, otoño 2002. ([www.elpasajero.com/confe1921.html](http://www.elpasajero.com/confe1921.html)). Asimismo, un libro que, con sus omisiones, sigue siendo indispensable, *Todo Valle-Inclán en México*, prólogo, notas, iconografía y bibliografía por Luis Mario Schenider, México, Dirección General de Difusión Cultural / Dirección de Literatura / Universidad Nacional Autónoma de México, 1992; y también las páginas consagradas por Héctor Perea, *La rueda del tiempo, México. Mexicanos en España*, Cal y Arena, 1996, p. 260 y ss. [Los libros de la Condesa].

ilusionada de don Ramón importaba despejar”, y muy pronto la despejó, al marcharse a México, como muy bien lo vio su estudioso Fernández Almagro<sup>506</sup>.

Valle-Inclán se fue a México en 1892, en un gran acto de rebeldía interior, porque México se escribía con *x*. El joven Ramón recorrió el país y se hizo adicto al chocolate y a la marihuana. Y fue tanta su afición por el cannabis que fue el primer escritor peninsular que hizo popular aquella palabra aún antes que escritores americanos como Martí o Darío. La difusión del vocablo *marihuana*, según Batiste Moreno, empezó cuando escribió el poema dedicado a Villaespesa, y recogido por Gómez de la Serna, que dice:

Y no existe paleta

ni existirá tan rica y soberana como su ardiente fantasía

de alucianado y de poeta

ebria de sol y *marihuana*<sup>507</sup>.

A su regreso a España, aseguraba Reyes, en toda su obra había mexicanismos y americanismos. En la *Sonata de estío* “encontramos a la Niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Tuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el huipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. Preciosa miniatura, apenas enturbiada por cierta frase de la Niña Chole sobre ‘el flete de Carón’, que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo”.

Aquí fue donde don Ramón inauguraba “la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando levemente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un

---

<sup>506</sup> Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, prólogo de F. García Pavón, Madrid, Taurus, 1966, p. 20.

<sup>507</sup> José Francisco Batiste Moreno, “Valle-Inclán y el cannabis. Historia de un amor intelectual”, en *El Pasajero. Revista de estudios sobre Ramón del Valle Inclán*, otoño de 2002 ([www.elpasajero.com/cannabis.htm](http://www.elpasajero.com/cannabis.htm)).

momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo de los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugerencias de los primitivos cronistas y soldados, que usaron la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazañas; o tal cual fugitiva evocación de la América de Chateaubriand –este verdadero creador de la ‘selva virgen’ donde los árboles gritan como en Dante-; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó*, sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémulas de lágrimas y palpitante de insaciables anhelos. ‘Es la noche americana de los poetas’, suspira el ‘Marqués’, doblado en la borda de la ‘Dalila’ –y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto”.

En la *Lámpara maravillosa* igualmente se encuentran recuerdos americanos y en *La pipa de Kif* está la “tienda del herbolario que es la tienda con aromáticos olores americanos; con especial predilección por el rasgo exótico y –si es posible- grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, esa Campeche, esa Tlaxcala entrevistas a través del humo de la marihuana, como lindos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más”. Además, en la memoria de don Ramón siempre se acordaba de aquél del general Sostenes Rocha que salía a caballo por las calles en cuanto había *mitote*. En definitiva, Valle-Inclán prefería la *América mexicana* porque era “la más misteriosa y la más honda”<sup>508</sup>.

Entre las contadas cartas cruzadas entre Valle-Inclán a Reyes no hay otro tema exclusivo que México y América. Eran los días que estaba terminando de escribir su *Tirano Banderas*, y época de dolor y sufrimiento por su vejiga, orinando sangre, recluso en su Puebla del Caramiñal y desde este lugar a su amigo mexicano le decía que tan pronto se repusiera hablarían de México y de la novela americana que estaba trabajando. *Tirano Banderas* es una novela “de un tirano con rasgos del Doctor Francia, de Rosas, de Melgarejo, de López y de Don Porfirio. Una síntesis del héroe, y el lenguaje una suma de modismos americanos de todos los países de lengua española, desde el modo lépero al mundo gaucho. La República de Santa Trinidad de Tierra Firme es un país imaginario,

---

<sup>508</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 284.*

como esas cortes europeas que pinta en algún libro Abel Herment”<sup>509</sup>. Su *Tirano Banderas* le faltaban aún datos pero su mal lo había debilitado tanto que no podía concluir su obra.

Y para eso estaba el amigo Reyes para que le ayudara a conseguir lo que deseaba. Don Ramón le explicaba que frente al tirano presenta y traza “la figura de un apóstol, con más de Savonarola que de Don Francisco Madero, aun cuando algo tiene de este santo iluminado. ¿Dónde ver una vida de *El Bendito Don Pancho*?”. Asimismo en su novela traza “un gran cataclismo como el terremoto de Valparaíso, y una revolución social de los indios. Para esto último necesitaba algunas noticias de Teresa Utrera, la Santa del Ranchito de Cavora”. Su memoria ya no le servía y quisiera refrescarla con los datos que le solicitaba, y una vez más le preguntaba si sabía de algún escrito sobre esa Santa. En cuanto a sus libros le agradecía que le enviara su *Visión de Anáhuac*, que mucho le serviría<sup>510</sup>.

Genoveva García Queipo de Llano, por otra parte, ha señalado que si bien es cierto que en *Tirano Banderas* hay referencias y nombres de los dictadores americanos, debería añadirse el del español Primo de Rivera, y así se comprendería mejor la crítica política que hizo Valle-Inclán en su famosa obra. Es decir, que no sólo hay una referencia a los dictadores hispanoamericanos sino al “legado que va más allá del Atlántico habría dejado España”. García Queipo de Llano fue todavía más lejos en su análisis de *Tirano Banderas*. Pues dice que, “sin querer hacer alusión directísima a la situación española, lo que hizo Valle-Inclán fue descubrir en la vida hispanoamericana los elementos que, constitutivamente, desde la colonización española la conducían a la Dictadura, el predominio de una rídula rancia aristocracia, la brutalidad y la intolerancia de los poderosos. Esa imagen aplicada al Nuevo Continente, fue la misma que utilizó Valle-Inclán respecto al pasado español en la serie de ‘El Ruedo Ibérico’”<sup>511</sup>. Una interpretación tan lejos a la que proclamó Ortega, pues aquí la herecía que dejó España en el Nuevo Mundo fue lo más nefasto. Y lo más nefasto era lo que vivía esa España monárquica y católica.

---

<sup>509</sup> Carta de Ramón de Valle-Inclán a Alfonso Reyes. Puebla del Caramiñal. 14 de noviembre de 1923, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2607.

<sup>510</sup> Carta de Ramón de Valle-Inclán a Alfonso Reyes. Puebla del Caramiñal, 16 de noviembre de 1923, en Archivo particular de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2607.

<sup>511</sup> Genoveva García de Queipo de Llano, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 381.

Entre las pocas cartas de Valle-Inclán a Reyes hay una en donde le dio su opinión sobre lo que para él significaba la revolución, y sobre todo, pensando en la Revolución Mexicana. Por eso le dijo francamente que no se podían hacer revoluciones a medias. Los gachupines tenían el setenta por ciento de la propiedad territorial y estos eran “el extracto de la barbarie ibera”. *La tierra en manos extranjeras era la forma más nociva de poseer*. “Peor mil veces que las manos muertas”. México si quería acabar con sus revoluciones tenía que *nacionalizar* “la tierra y el encomendero”.

Al tanto estaba de la revolución que se estaba llevando a cabo en México, (le rebelión delahuertista) y al tanto estaba de quién eran el presidente que estaba gobernando México, el presidente Álvaro Obregón. No hacía mucho tiempo estuvo en México en las fiestas del Centenario de la consumación de la Independencia. Pero las noticias que llegaban a España eran confusas. Sin embargo, presentía que el triunfo lo tendría el gobierno de Obregón. Este gobierno estaba “llamado a hacer grandes cosas en América. Su valor, su ánimo sereno, su conocimiento del tablero militar, su intuitiva estrategia y su buena estrella de predestinado” le aseguraban el triunfo. Además, don Ramón creía que la revolución de México era la revolución que latía en toda América Latina. “La revolución por la independencia” no podía “reducirse a un cambio de virreyes, sino a la superación cultural de la raza india, a la plenitud de sus derechos, y a la expulsión de judíos y moriscos gachupines. Mejor, claro está, sería el degüellen”<sup>512</sup>.

De ahí que un día, Reyes le preguntó a don Ramón si le gustaría volver a México, y si lo encontraba igual que en su primera visita, ¿lo amaría? Y pensando en lo que estaba ocurriendo en México, le volvió a preguntar Reyes a don Ramón, y si lo encontrara cambiado, ¿también lo amaría? Y un sonoro, *también*, rubricó su pasión y agradecimiento por México. Por eso, en los apuntes alfonsinos se reconoce que: “Usted, don Ramón, es a toda hora el mejor amigo de México. Lo ama usted en sus cualidades, y comprende (y quizá los ama también un poco) sus defectos. Lo ama usted en su quietud y en su turbulencia. Lo ama usted por el lago y por el volcán. Usted maldice, con todas las conciencias honradas, al falso apóstol que se espanta de que la libertad se engendre entre rayos y le asusta de las guerras civiles. (‘¡Las más legítimas de todas’!, he oído gritar al bravo Unamuno en una

---

<sup>512</sup> Carta de Ramón de Valle-Inclán a Alfonso Reyes. Puebla del Caramiñal. 20 de diciembre de 1923, en Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes. Expediente 2607.

asamblea). Usted maldice, con todos los varones cabales, al falso amigo que alargaba dos veces la mano, una para recibir la hospitalidad y otra para regatear el precio de sus elogios o sus injurias”<sup>513</sup>.

Apenas Reyes terminaba de escribir sobre Valle-Inclán estas palabras, cuando ya andaba buscando la documentación pertinente para escribir “Unamuno dibujante”, que por estas fechas pocos se habían dado cuenta de su importancia. Poco a poco fue consiguiendo los retratos de la esposa de Unamuno, el de su sobrina, el que les hizo a su hijo y a Amado Nervo, o su autorretrato. Ya sea a través del pintor Moroto, o del genial caricaturista Bagaría, o del propio retratista. Y así, finalmente, pudo hacer ese artículo que tanto deseaba, que es sobre todo o es también el homenaje que Reyes le debía a este singular escritor que escribía Méjico, con *j*.

Este artículo por eso empieza de esta manera: “Vive don Miguel de Unamuno -¿quién no lo sabe? En Salamanca. Toda visita a Salamanca acaba una tarde de conversación con él. Nos habla de los últimos libros, pero se ahoga, no cabe en el cuarto cerrado, y entonces nos lleva de paseo por las afueras, a las orillas del Tormes. No recita sus versos. Relampaguea, truena y lanza rayos hablando de los males y las esperanzas de la patria. Se acuerda de América, y se estremece. Se acuerda de Portugal, de Portugal resuelto a vivir, ‘con la muerte ibérica a la espalda’. Parece que está alerta al grito de todos los pueblos. Parece, alguna vez, que aplica su oreja sobre nuestro corazón, como un médico. Es inútil disimular. Estamos delante de un hombre. Un hombre: ángel y demonio, rebeldía santa y santa humildad, guerra civil en la conciencia; acometividad y sed de concordia al mismo tiempo, y, sobre todo, sentimiento trágico de la vida”<sup>514</sup>.

Unamuno, en sus ratos de ocio o con su familia, hacía pajaritas de papel o se ponía a hacer dibujos. Su dibujo es “rápido, pergeñado en un rato de conversación, donde acaso lo mejor es la mano. Sus dibujos tratan unas veces de fijar los rasgos de una cara; otras, de reproducir las labores de las piedras en las iglesias y catedrales, los gestos animales y humanos, la calma extática de los campos de Castilla”. El dibujante andaba mucho,

---

<sup>513</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 280.

<sup>514</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 390.

cazando el paisaje. “Palmo a palmo ha recorrido España en busca de esas emociones que, para él, sustituyen la emoción musical. Prefiere el paisaje de valle y río al paisaje marino, porque encuentra cierto agrado geométrico, de dibujante, en esa demostración palpable de la mayor arruga de la tierra, resultante de las vertientes, por donde corren los ríos. También le gusta dibujar animales pastando, y tiene toda una colección de ranas y ratones, proyecto para cierta Batrocomiomaquia en que alguna vez ha pensado”<sup>515</sup>.

Reyes siguió prestando atención a la vida y a la obra de Unamuno y Valle-Inclán. Sin embargo, como se ha dicho en estas mismas páginas, una nueva actividad estaba desempeñando en España, la diplomacia. El reingreso al servicio exterior fue un gran acierto porque desde la diplomacia Reyes podía atender sus preocupaciones, como era el destino de América. Ciertamente no fue el único motivo que lo movía, pues estaban los intereses de México que cuidar, en primer lugar, pero cuando la oportunidad se lo permitió expresó las ideas que tenía de América y de los americanos, como veremos en seguida.

### 3.- *Los dos caminos: España y América*

Una de las primeras manifestaciones públicas que tuvo Alfonso Reyes como diplomático fue cuando se inauguró la glorieta Rubén Darío, en Madrid, un 12 de octubre de 1922, en el día de la Fiesta de la Raza<sup>516</sup>. Para esta ocasión tan memorable no sólo llevó la

---

<sup>515</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 391.*

<sup>516</sup> Reyes se apartaba de la Fiesta de la Raza oficial porque la alejaba de la gente. Reyes quería otra cosa, y para ello había que acabar con esas ceremonias acartonadas. Para Reyes esta debería ser esa Fiesta: “Un carnaval con trajes y disfraces regionales, con pequeñas representaciones al aire libre (representaciones, también, de sentido regional), como los antiguos autos sacramentales; con adecuadas proyecciones cinematográficas en los parques y en los vastos salones populares, con músicas regionales por las calles, ¿no daría al pueblo una sensación mucho más viva y plástica, mucho más eficiente y orientadora, de lo que es la raza –en sus innumerables caras y muecas de alegría y de baile-, que estos cajones de frases que vuelcan desde la tribuna los oradores improvisados? Un desfile de gauchos por la Castellana, o una ‘diligencia’ mexicana, llena de ‘chinas’, custodiada por charros de machete y lazo, ¿no serían mejor que ese grupo de señores acartonados de chistera y levita que solemos admirar con las notas gráficas de los semanarios ilustrados?”

En la remota Edad media, el teatro –cuando iba a morir de asfixia- se escapó de la liturgia eclesiástica, se salió de la sacristía y, montado en el carro de Corpus, irrumpió por entre la feria del pueblo; y así pudo floecer libremente.

Amigos míos: hay que hacer otro tanto con esta Dulcinea de la Raza; hay que sacarla de su encierro oficial, a la grupa de los potros americanos” (*Obras completas de Alfonso Reyes, IV. Simpatías y diferencias. Primera,*

representación de México sino la del cuerpo diplomático hispanoamericano, cargo que le delegó el ministro de Cuba. El discurso del representante de México fue elocuente, con tesis (*Los dos caminos*), y de una belleza sin igual. No cabe la menor duda que la diplomacia en manos de Reyes fue un arte, y este arte, en esta ocasión, cumplió su cometido. Tiempo sin igual para poder expresar su pensamiento americano. Oportunidad asimismo inigualable pues como orador Reyes fue excepcional.

Una primera idea de este discurso fue cuando dijo que Darío, junto a otros nombres americanos, era una de “las glorias de América” que podía redundar en la “gloria de España”. No quería repetir ni reiterar los “esfuerzos de comprensión” que en uno y otro lado del mar océano se hicieron para hacer “posible proponer, en la capital del orbe hispano, homenajes y recuerdos a los padres de América”. Los españoles, les dijo, eran “ejemplares en la cordialidad generosa al reconocer y aceptar los valores humanos definitivos, así sean los del otro campo”. Severos eran con propios y con extraños, pero siempre reconocían, cuando era justo, “la grandeza del contrincante”. Un gran viaje histórico hicieron lleno de “ambiciones y poderes”. Pero ahora estaban de regreso, “entre el asombro de los que no siempre” acertaban entenderlos, “con una filosofía sencilla, en que muchas veces las contradicciones” se avenían, “formando una síntesis moral superior a los extravíos que todavía están costando a los pueblos lágrimas y sangre”.

Por eso era digno de enaltecer que este día llamado Fiesta de la Raza se llevara a cabo este homenaje a “la memoria del mayor poeta de la lengua durante los últimos siglos”. Con esta expresión borraba toda aquella literatura que se empecinaba en señalar que Darío no tenía la grandeza que se le atribuía, y sin embargo, no eran sólo los americanos los que señalaban esa grandeza sino los propios españoles y no de tan viejas generaciones. A Reyes sólo le correspondió poner en su sitio una verdad que era y es inobjetable. Por ello, dijo: “Y, por justa paradoja y compensación, he aquí que convertís al solitario, al desigual, al rebelde y altivo genio, al pecador torturado y elegante, al león entre tímido y bravío, que de pronto se acobardaba y de pronto comenzaba a rugir, al melancólico que cruzaba la vida ‘ciego de ensueño y loco de armonía’, al hijo terrible de un Continente que es todo él un grito de

---

*segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., pp. 317 y 318).*

insaciados anhelos, a nuestro Rubén Darío, el menor municipal de los hombres, en algo tan benéfico y manso como un Genio Municipal”<sup>517</sup>.

El discurso tan bien hecho, por la gracia y el estilo, quedaría en eso si no le hubiera añadido una idea, una tesis. ¿Qué era para Reyes el poeta y el escritor nicaragüense? En una sola frase lo dijo: la obra de Darío fue “*obra de concordia latina*”. Para mejor comprensión de sus palabras, una amplia explicación desde su particular mundo americano: “América, desde la hora de su autonomía, venía padeciendo las dos circulaciones contrarias del ser que se arranca de la madre. Y mientras, por una parte, la expresión del alma española se purificaba en los mejores gramáticos que ha tenido la lengua –los americanos Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Ángel de la Peña, Marco Fidel Suárez–, por otra se dejaba sentir una honda conmoción de sublevaciones más que juveniles: ‘¡Desespañolícémonos!’, gritaba el argentino Sarmiento. ‘¡Desespañolícémonos!’, gritaba el mexicano Ignacio Ramírez, en controversia contra vuestro gran Castelar... Éstos no eran independientes; no están aún desarticulados del centro hispano; eran todavía hijos adolescentes que se alzan contra las tradiciones y costumbres caseras, por su misma incapacidad de reformarlas a su gusto. Más tarde llegará la hora adulta, la hora en que el americano pueda amar a España sin compromisos, sin explicaciones y sin protestas. La hora en que, sintiéndose otro, el hombre se siente semejante a su familiares y como justificado en ellos. Los Dióscuros americanos Rubén Darío y José Enrique Rodó trazan, en trayectorias gemelas, esta elocuente declinación hacia España”<sup>518</sup>.

La “*obra de concordia latina*” de Darío era justamente la que estaba señalando Reyes: que “el americano puede amar a España sin compromisos, sin explicaciones y sin protestas”. Y nadie mejor que este escritor y poeta nicaragüense para significarlo. Pero había algunos que no creían y hablaban del francesismo del poeta. Y Reyes les dijo a estos críticos que, “Y es verdad, porque Rubén Darío trajo a la masa de la lengua española, trajo a la atmósfera del alma española, cuando el mundo tenía entonces que aprender de Francia. Acaso su condición de hijo de América le ayudaba a dar el salto mortal del espíritu. Nicaragua pesa

---

<sup>517</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 319.

<sup>518</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., pp. 319 y 320.

sobre la mente mucho menos que España, y fue uno de los hijos más pobres el que se echó al mundo a conquistar, para toda la familia, las cosas buenas que entonces había en el mundo. Y un día volvió –hoy así lo vemos- cargado y reluciente de joyas, como un rey de fábulas”.

El representante del cuerpo diplomático hispanoamericano reiteraba en esta ocasión tan solemne que, “En la gran renovación de la sensibilidad española, que precipita a América sobre España –donde España puede ya sacar el consuelo de sentirse reivindicada por los mismos a quienes se pretendía presentar como víctimas del error hispano-, Rubén Darío desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma promesa”<sup>519</sup>.

Esta fue la actitud del diplomático mexicano que continuaba aquella decisión tomada desde su llegada a Madrid en octubre de 1914, dar a conocer a América y la obra de los americanos que era y seguían siendo desconocidos en España. Y pero aún, desconocer e ignorar los que incluso habían vivido en sus tierras, como el caso de Rubén Darío. Pero había otra cosa que hacer. Los escritores americanos que residían en España tenían el deber de rectificar las leyendas y los prejuicios que aquí se decían así como también las fábulas que era frecuente escuchar sobre América. Y Reyes no sólo quiso dejar por escrito esta idea sino que fue él mismo que la puso en práctica.

Como era su costumbre, al revisar la revista *Cultura Venezolana* se encontró con un texto del doctor Alfredo Jahan, sobre el clima venezolano, y, engarzándolo con cierta queja del escritor venezolano, Pedro Emilio Coll, dijo que estos intelectuales se quejaban que en Europa dijeran que su país era inhabitable por el mal clima. Y esto no era nada cierto de acuerdo con los estudios hechos por el mismo doctor Jahan. Las cifras eran elocuentes. La temperatura media anual oscilaba entre 26.7 y 28.5 para las costas; entre 16.7 y 28 para los valles y las serranías del Caribe; entre 4.5 y 26 para los sitios de la cordillera de los Andes,

---

<sup>519</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, cit., p. 320. Por otra parte, Enrique Díez-Canedo, en su columna *Letras de América*, reprodujo el discurso de Reyes y añadió datos importantes. España le debía al poeta nicaragüense unas obras completas hechas con todo rigor. Asimismo sugería recoger y aprovechar los materiales que había en toda América, como sus autógrafos e impresos raros (Enrique Díez-Canedo, “*Letras de América. Rubén Darío*”, Madrid, *España*, número 340, 21 de octubre de 1922, p. 13).

que alcanzan cumbres de más de 4,000 metros; y entre 22.5 y 28.4 para los llanos y lugares próximos a los llanos<sup>520</sup>.

En estos mismos años se decía que los países americanos eran pequeños, minúsculos, casi unas islas. Y sin embargo, como bien lo sabían los americanos radicados en Europa había países de América que tenían una superficie mayor que la de España y Francia, juntas; y también los había con menor extensión. Igualmente se señalaba que en América todos sus habitantes eran negros, que sólo había loros y que todavía vivían sin calentador porque ni lo necesitaban. Esta ignorancia era como la de muchos americanos que decían que España sólo exportaba curas y toros.

No se crea que esta ignorancia sólo se daba en determinados estratos sociales españoles sino asimismo en los más altos. Pío Baroja en su *Juventud, egolatría*, decía muchas arbitrariedades. “Algunos escritores de América le han contestado con pasión”, aseguraba Reyes, como el venezolano Díaz Rodríguez. Y que conste que este escritor era “ferviente amigo de España”, que había escrito libros sobre España con verdadera elocuencia y simpatía, pero su airada respuesta no era nada ligera. Reyes respetaba esa indignación, pero quería ver este asunto desde otro punto de vista.

Convengamos, dijo Reyes, que Baroja no estaba sereno, no estaba de buen humor, que tuvo mal sueño, que fueron humoradas que no sólo iban “contra América sino contra muchas otras cosas igualmente respetables”. Y he aquí las siguientes cuestiones que propuso el escritor y periodista mexicano, ¿por qué los americanos se iban a ofender por esas arbitrariedades de Baroja? ¿No era mejor discutir en su oportunidad? La razón que dio fue la siguiente: “Lo cual, tratándose de América y de un escritor español de tal importancia, puede ser motivo, no de una polémica, sino de un simple reparo. Y cabe además discutir sobre si las burlas en cuestión son o no de buen gusto o no un tacto discreto. Y nada más. Además, estas *humoradas* de Baroja nada tenían que ver con las nuevas generaciones de españoles con América. Y el mismo Baroja –que es, además de gran novelista, hombre de buena fe- nunca consentiría que se diese tanta seriedad a sus ligerezas”. La “verdadera inteligencia” española, la de la España nueva, no se movía por

---

<sup>520</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 338.

esos senderos. Y Reyes recordaba una vez más aquellas palabras de Ortega, publicadas en el semanario *España*, en 1915: “*es América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida. ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida por el camino real de la Historia, si no es América*”.

Y estas palabras de Ortega, recordaba Reyes, no fueron dichas en sesión solemne sino cuando hubo “uno de los más lamentables” sucesos que registre la historia diplomática de España en América; “suceso que en otros tiempos, o en otros pechos, sólo hubiera provocado injurias y arrogancias”. En consecuencia, Reyes dijo estas justas palabras: “cuando a un golpe se contesta con una idea, cuando hay en España una voz autorizada que conteste a un ataque con una firme voluntad de *concordia*, ¿qué más falta para que la inteligencia sea completa? Nada más, sino que hagamos lo mismo los americanos”<sup>521</sup>.

En otro artículo de Alfonso Reyes, publicado en la revista *España*, e intitulado “España y América”, hay esa preocupación permanente de desterrar los prejuicios, hacer una política de concordia, plantear y llevar a cabo una política de acercamiento y entendimiento entre los países americanos y España. Siendo esto posible, había que olvidar las leyendas, mitos, cuentos que se propalaban por toda España. Es decir, había “que prescindir de lo inútil, sin despilfarrar el oro del tiempo y de la palabra en demostrar, una vez más que es inútil. De otro modo, nunca se podrá en España, hablar de América con la buena fe que conviene”.

Y a continuación, Reyes explicó el por qué de sus preocupaciones, por qué España desperdiciaba oportunidades para acercarse a América. He aquí sus palabras: “es ya un venerable lugar común que España viene, de tiempo atrás, desperdiciando oportunidades. Y diré francamente que los americanos lo lamentamos, tanto como por España, por América. Tras un siglo de soberbia y mutua ignorancia –un siglo de independencia política en que se ha ido cumpliendo, laboriosamente, la independencia del espíritu, sin la cual no hay amistad posible-, los españoles pueden ya mirar sin resquemor las cosas de América, y los americanos considerar con serenidad las cosas de España”.

---

<sup>521</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, cit., p. 343. [Las cursivas son nuestras]-

Y sin embargo entendía el proceso por el que estaba atravesando España así como lo que los pensadores y escritores españoles hacían y que en muchas ocasiones el mismo había y estaba participando: diseñar la República. O sea, la creación de la España nueva. Esta es la razón por lo que a continuación escribió: “Pero si América ha aprendido ya a confiar en España, España ha salido tan escéptica del 98, que no hay manera de que confíe en sí misma. Por eso ha dado en tomar ligeramente los asuntos que más debieran afectarla, bajo una apariencia de risa que encubre el dolor del arrepentimiento. Por eso también basta, casi, para desacreditarse en España, el confesar que se tiene alguna fe en las posibilidades de España. ¡Ay, si España se decidiera en confiar un poco en sí misma, a esperar más de los actos que de los epigramas! Entonces la vida española se haría más penetrable a las preocupaciones superiores. La redentora ‘revisión’ que data del 98, aunque combatía un mal de ensimismamiento, ha traído al fin otro mal del mismo linaje. Tanta introspección acusadora ha acabado por crear una atmósfera sofocante, de cuarto cerrado. *No vendría mal abrir las ventanas*. No vendría mal sustituir, a la curiosidad por esta intriguilla o aquella maniobra interior –frutos tal vez, en mucha parte, del ocio político-, la racha vivificadora de un imperioso recuerdo que representa, como decía Ortega y Gasset, el mayor deber y el mayor honor de España. *No vendría mal en pensar en América*”<sup>522</sup>.

En este párrafo están otras ideas claves de Alfonso Reyes sobre lo que debería y debe hacer España hacia América, teniendo como fondo las palabras de uno de sus grandes pensadores, Ortega y Gasset. *No vendría mal abrir las ventanas* y *No vendría mal pensar en América*. Son sentencias dignas de tomarse en cuenta para una política exterior española, sincera y honradamente. Acaso se dijo y se dirá que cada uno ha mirado por donde ha creído conveniente. México hacia Estados Unidos y España hacia Europa. ¿Y cuáles han sido sus resultados? ¿Los pueblos de México y de España han sido por eso más felices? Y si han ganado, ¿es desaconsejable mirar hacia los dos continentes? España, ¿pierde al tener una política hacia América como tan bien lo dijo Ortega? España, ¿qué ha obtenido y ganado de Europa? ¿No ha obtenido más provecho de América?

Reyes creía que nada perdería España al tener una política hacia América, sobre todo sin ambiciones imperialistas ni sueños de reconquista; y además, la propia España con esa

---

<sup>522</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 568.*

política se moralizaría. Estas eran pues las ventajas de España al abrir sus ventanas hacia América. Por lo tanto, Reyes escribió que el “día en que España se interese por la suerte de las repúblicas americanas – cuando ya interesarse por ellas no significa ninguna ambición imperialista- vendrá a ser el centro de un poder moral sólo comparable a lo que fue el del papado. Esto, al paso que moralice España, devolviéndole su puesto en la consideración política del mundo, será un bien para todas las repúblicas americanas que, a través de España, pueden entenderse y reconocerse fraternales. Si el orbe hispano de ambos mundos no llega a pesar sobre la tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre, si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja en las letras como en el comercio, nuestro ejemplo será el ejemplo más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana”<sup>523</sup>.

Los interlocutores de Reyes decían que cómo iban a hacer esta política de *ventanas abiertas* hacia América si España era débil, si no era una gran potencia. La respuesta de Reyes fue la de un hábil consejero, un próximo afamado diplomático: “Las naciones no se fortalecen mientras no aceptan el compromiso de la fuerza”. Que salga España a la palestra internacional, que no tenga miedo y que reclame el puesto que le corresponde. Si “ha de salvarse, se salvará. Y, de paso, contribuirá en mucho a la salvación de Hispanoamérica”. ¿Por qué decía esto Reyes? Porque las noticias que daba la prensa y agencias españolas siempre eran sobre la actitud imperialista de los Estados Unidos hacia las naciones americanas: invasiones y conquistas en México, Santo Domingo, Nicaragua, Venezuela.

Como buen periodista que fue Reyes entendía y comprendía el papel que jugaba la prensa y agencias de noticias españolas, y estaba de acuerdo que esas noticias se dieran, siempre y cuando fueran acompañadas “entre protestas y alarmas”. Y así, España aprenderá “a dolerse de los males hispanoamericanos, repitiéndose a sí misma, hasta la saciedad, que se duele de ellos. Así se resucita la sensibilidad perdida. Así se educa al pueblo para su misión principal: hablándole, hablándole de ella incesantemente, así, por la palabra, se organizará

---

<sup>523</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., pp. 568 y 569.*

aquí el sentimiento nacional –algo maltrecho en esta confusión de disputas íntimas- y se creará allá, en América, una corriente de cohesión”<sup>524</sup>.

Al mismo tiempo Reyes quería despejar ciertas dudas sobre esta probable actitud de España hacia América. La opinión pública estadounidense seguramente que celebraría la actitud española. Porque no se estaba atacando a los Estados Unidos sino a ciertos intereses económicos. Y no hacía mucho tiempo hubo un buen ejemplo de la conducta de España hacia América. Los políticos españoles ante la situación de Santo Domingo formularon un voto a favor de ese pueblo. Pero al mismo tiempo Reyes aconsejaba hacer una *guerra moral* “contra los Estados Unidos el día en que se tratara de imponer a la América española las normas yanquis del pensamiento y de la vida”. Esta *guerra moral* consistiría en “1) afirmación de las cualidades propias; 2) aprendizaje, adquisición de las cualidades ajenas; 3) organización del todo bajo las disciplinas creadas por las tradiciones y las necesidades propias, y 4) franca ofensiva espiritual contra toda suerte de vasallaje”.

Y Reyes aún hacía un exhorto a España, a sus políticos y a sus escritores sobre la suerte de América y en caso de ciertas intervenciones estadounidenses a que hablaran y escribieran, aunque se conformaba con que hablaran. “No importa que España careciera de ejércitos o de la posibilidad de gobernar a su clase armada; no importa que España careciera de sitio en el desconcierto de las potencias. Bastaría que manifestara sus simpatías y su voluntad en la prensa, en las Cámaras y -¿por qué no?- en las declaraciones de la Corona. Esta fuerza de la palabra cobra, en los Estados Unidos –pueblo que posee un claro sentimiento del decoro-, un incalculable valor”<sup>525</sup>, dijo Reyes.

Y en una encuesta que publicó *El Tiempo*, de Madrid, el 8 de marzo de 1921, el Encargado de Negocios de México en España, Alfonso Reyes, repitió nuevamente las palabras de Ortega, que eran el símbolo de las nuevas generaciones de españoles, para decir, “Así como América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto que no rehaga, pieza a pieza, su ‘*conciencia española*’, así España no tiene mejor empresa en el mundo que reasumir su papel de hermana mayor de las Américas. A manera de ejercicios espirituales,

---

<sup>524</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 569.*

<sup>525</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 570.*

al americano debiera imponerse la meditación metódica de las cosas de España, y al español de las cosas de América. En las escuelas y en los periódicos debiera recordarse constantemente a los americanos el deber de pensar en España; a los españoles, el de pensar en América. En las hojas diarias leeríamos cada semana estas palabras: *Americanos, ¿habéis pensado en España? Españoles, ¿habéis pensando en América?*<sup>526</sup>.

En conclusión, lo que Reyes pedía era abrir las ventanas tanto en España como en América para poder conseguir y obtener una fraternidad y un intercambio de valores espirituales y económicos, ejemplo en el mundo. Para eso, como lo reiteró siempre Reyes en su estancia de España, había que desterrar prejuicios, leyendas, absurdos entre los dos mundos. Mucho se ganaría con esta política y la pregonada por Darío, la *concordia*.

El tiempo de Reyes se terminaba en España. La vida diplomática que reinició en este país en 1920 ya no le permitió escribir tanto sobre las cosas de América como cuando se dedicó totalmente a las letras. Pero sus escritos en diarios y revistas españolas se quedaron, para siempre. Así como sus libros, que son testimonios de sus preocupaciones por los caminos de España y América. El diplomático mexicano salía pues de España, entre manifestaciones de amistad fraternal. Amistad que nunca mengüó, sino que se acrecentó al correr del tiempo<sup>527</sup>.

Los primeros amigos que conoció en España fueron también los que le dieron la despedida. Con algunos de ellos tuvo una amistad que duró hasta el último día de vida. En esa despedida estaban Díez-Canedo, Azorín, Ortega y Gasset, las cabezas de dos generaciones con las cuales convivió y compartió el pan y el vino, la alegría y la tristeza, proyectos y

---

<sup>526</sup> *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales, cit., p. 573.*

<sup>527</sup> El mexicano Urbina narra de esta manera la despedida que la plana mayor de intelectuales le dio a Reyes en el salón Lardhy: “Ayer, a la mitad del banquete, veía yo, desde mi sitio silencioso y discreto en la extremidad de la mesa, el busto juvenil de Alfonso Reyes. era el centro del lugar de honor. A uno y a otro lado, se enfilaban cabezas de pensadores y artistas: la monda y amable de ADRENIO; la rucia y seria, de seriedad levemente cómica, de AZORÍN; la semicalva y gris, siempre sumida en abstracción melancólica, de Francisco A. de Icaza; la pizpirieta y malicionsilla de Enrique Díez-Canedo; la franca y un poco mosquetera de Eduardo Marquina; la canosa y morena, de grandes ojos tristonos, de Eugenio D’Ors; la impetuosa y vibrante de energía mental de José Ortega y Gasset... Todo el Madrid letrado estaba allí: artistas, poetas, filósofos, críticos, novelistas; -El P.E.N. en pleno. Y, por añadidura, diseminados en aquel collar de las letras y las artes, algunos rostros diplomáticos, graves y afables. Esta hora e la comida predispone a las gentes para la intimidad alegre” (Luis G. Urbina, “Madrid se despide de Alfonso Reyes. dibujos en un menu”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen I, primera parte, segunda edición, México, El Colegio Nacional, 1996, p. 51).

desventuras. Ahora Reyes volvía a México llamado por su gobierno. Pero se quedaba en el recuerdo de muchos españoles lo que representaba: el nuevo espíritu de los tiempos, los de una América nueva y los de un México nuevo que ahora lo estaba representando y esperando con los brazos abiertos.

## CONCLUSIONES

Héctor Perea tiene toda la razón cuando dice que hay que conocer y estudiar la presencia de mexicanos en España<sup>528</sup>, sobre todo la de Alfonso Reyes, para entender muchas cosas. Pues tuvieron la oportunidad de conocer y establecer vínculos intelectuales con las generaciones que tanto lustre le dieron a España, la del 98, la del 14 y la del 27, relaciones que casi nunca interrumpieron. Asimismo, estos mexicanos colaboraron en diarios y revistas españolas tan significativas como *España*, *El Sol*, *Revista de Occidente*, *La Pluma*, y más de uno vio salir de las prensas españolas sus libros.

El caso de Reyes, sigue teniendo razón Perea, es el más ilustrativo. Desde su llegada a Madrid en octubre de 1914 se vinculó de una manera tan natural con los españoles que formó parte de sus tertulias, de sus proyectos, de sus desencuentros. Y a Reyes también le permitió, dada las experiencias que tuvo que pasar en México y Francia, sentar de una vez por todas las bases de la creación de su mundo americano. En España encontró amigos y ambiente que, como en México, podía discutir y disentir, proponer, colaborar y exponer sus ideas. Los intelectuales españoles de dos generaciones le abrieron las puertas para que participara en los medios donde expresaban sus ideas y lo invitaron a trabajar en centros de trabajo de primer nivel así como a los lugares en donde se expresaban las ideas más audaces y provocativas de esa época. El foro estaba abierto y Reyes lo supo aprovechar e incluso trabajar conjuntamente en una revista española en donde dieron a conocer a esa generación de la que tanto se hablaría, la generación del 27.

México y Francia no le permitieron cumplir con esa tarea que Reyes llevó a cabo en España, a pesar que la idea de su mundo americano estaba sembrada y germinaba en esas tierras. México le dio los elementos necesarios para ir conformando su mundo americano, porque en la tradición mexicana de aquellos años era casi natural sentirse americano por derecho propio, por la historia y la cultura compartida con todos los pueblos de América. Además, la amistad con jóvenes americanos, como el colombiano Porfirio Barba Jacob, y

---

<sup>528</sup> Entre los innumerables trabajos que ha hecho Perea sobre el estudio de mexicanos en España o de españoles que han escrito sobre México, cf., *Nuestras naves. Imagen de México en España*, prólogo y selección de Héctor Perea, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993. [Colección Cultural Universitaria. Serie. Ensayos]; *Visión de España*, compilación de Héctor Perea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

especialmente la de los dominicanos, Max y Pedro Henríquez Ureña, fue fundamental porque acrecentó en Reyes su sentimiento americano y lo empezó a manifestar en las medidas de sus posibilidades. Y gracias a la publicación de su primer libro, *Cuestiones estéticas* (1911), le permitió ir construyendo una red de intelectuales en América, y Francia, principalmente.

En este tramo de la historia que abarca más de tres lustros, su padre, el general Bernardo Reyes, fue una pieza fundamental, y definitiva en su futuro. Alfonso Reyes siguió todos los episodios de la vida de su padre con verdadera amargura y tristeza porque nada podía hacer ante sus decisiones inquebrantables. En una familia patriarcal como la de aquella época el benjamín no contaba. El primogénito era el que llevaba la batuta. Rodolfo Reyes, el heredero de la estirpe, era sin lugar a dudas un gran jurista, pero un pésimo político. Alfonso dio muestras que era él quien sabía hacer política, sabía leer los tiempos y los momentos. Pero nunca lo dejaron ser lo que él quería ser ni tampoco se sobrepuso a los dictados de su padre. Cuando lo intentó, le costó muchos disgustos. Muy tarde el general se dio cuenta de las prendas políticas e intelectuales de su hijo menor. El joven Reyes entonces decidió seguir su camino y no el errado que siguió su padre. Y fue Alfonso y no Rodolfo quien tanto lo defendió del juicio de la historia.

El Ateneo de la Juventud no sólo fue faro de la cultura nacional y de la renovación de las ideas, como se le ha querido encasillar, sino almárico de políticos, lugar de reunión de la nueva generación de políticos que necesitaba México. En consecuencia, los jóvenes ateneístas hicieron política, política nacional y política americana. Cuando llegó el momento de las definiciones unos, la mayoría, se fueron a la revolución; y los menos, se quedaron en la capital de la República mexicana. Reyes fue uno de los que optó por quedarse e interesarse por la cultura. Mientras unos tiraban hacia los campos de batalla otros daban la batalla con la pluma y la palabra. Atento, siempre atento y con ese agudo sentido político observó cómo México, sus intelectuales y su revolución, le estaban dando la materia prima para dejar su testimonio de esos días.

En esta misma época, Reyes empezó a hacer de la correspondencia un verdadero testimonio de sus preocupaciones intelectuales, culturales y políticas. La correspondencia llegó a ser en Reyes un ejercicio espiritual, el mejor medio para exponer y expresar su pensamiento,

sus inquietudes, sus desacuerdos, enojos y molestias. No en balde llamó en cierto momento a la correspondencia *paisajes del alma*. Y eso es, como se puede comprobar en este mismo trabajo de recepción doctoral. La correspondencia es una gran documentación para entender y comprender la vida de nuestros personajes y las épocas que vivieron.

Por razones de tipo político, (la amenaza de Victoriano Huerta), Alfonso Reyes prefirió salir de México rumbo a Francia, con su mujer e hijo. En París se encontró solo, sin interlocutores y con una vida profesional aborrecible. El escritor peruano Francisco García Calderón no resultó ser la persona que se imaginaba, pertenecía a otra generación y su trato no siempre fue cordial. Sin embargo, poco a poco fue encontrando nuevas amistades, como la del poeta argentino Leopoldo Lugones, la del hispanista francés Foulché Delbosc, el reencuentro con los pintores mexicanos Diego Rivera y Ángel Zárraga, y por supuesto, con las vanguardias artísticas y literarias parisinas. Sin embargo, el verano de 1914 fue decisivo en la vida de Reyes y, por supuesto para el mundo, pues estaba iniciando la llamada primera guerra mundial. No le quedó otra opción que España y se fue a vivir a Madrid. Decisión que fue la mejor que pudo tomar en su vida.

La necesidad, (pues de algo tenía que vivir); el interés, (porque se dio cuenta, primero en París, y luego en Madrid, que había un desconocimiento sobre cosas americanas), y la oportunidad (para crear su mundo americano) hicieron que Reyes escribiera sobre América. En estos trabajos están bien delineadas las estructuras de su mundo americano. El mayor peligro para América es el desconocimiento alimentado por la falta de interés y aislamiento de lo que hay en Nuestra América (Martí). La obra que se hace en América hay que difundirla. Es obra de la inteligencia americana. Es la única obra que haría posible un mundo americano.

El regreso a la diplomacia en 1920, hizo que Reyes no escribiera tanto sobre América, ni sobre las diferencias y simpatías que tenía con destacados intelectuales españoles. Pero con lo que hizo es prueba suficiente para ver cómo fue creando o gestando su mundo americano, que no es otra cosa que el mundo de la inteligencia americana. Tampoco aquí acabó con el tema americano. En Francia (1925-1927), que retornaba como ministro; y después sus años en Argentina y Brasil (1927-1937), lograron que el tema americano

reapareciera. Pero en México y España fue formando su mundo americano. Lo que hizo en años posteriores fue afinar y poner al día los asuntos de América.

La relación con los intelectuales españoles nunca la perdió y mucho menos con los mexicanos de su generación y de las nuevas generaciones, pues las mantuvo y las sostuvo a través de sus misiones diplomáticas. Tampoco dejó de acrecentar sus redes intelectuales. En Francia se encontró con americanos y con hispanistas; y en Argentina y Brasil, cosa parecida. Sin lugar duda que los años de *creación de su mundo americano* estaban dados, en sus grandes líneas, que era la de la *inteligencia americana*.

## **FUENTES:**

Archivos

México:

Archivo personal de Alfonso Reyes. Capilla Alfonsina/Instituto Nacional de Bellas Artes.

- Archivo hemerográfico de Alfonso Reyes. I.
- Carpeta de recortes de Alfonso Reyes. Número 1.
- Correspondencia.
- Cuaderno No. 6. Poesía. Alfonso Reyes. México. Agosto 1º., de 1910.

España:

Universidad de Salamanca. Archivo. Fondo “Miguel de Unamuno”.

- Correspondencia.

## **Diarios y revistas:**

- *Ábside. Revista de cultura mexicana*, México.
- *Anales de literatura hispanoamericana*, España.
- *Áncora*, revista cultural de *La Nación*, Costa Rica.
- *Biblioteca Alfonsina*, México.
- *Boletín Capilla Alfonsina*, México.
- *Boletín de la Academia Nacional de Periodismo*, Argentina.
- *Cordelia. Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense*, Costa Rica.
- *Cuadernos Americanos*, México.
- *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, México.
- *El Diario*, México.
- *El Imparcial*, México.

- *El Intransigente*, México.
- *Escritura y pensamiento*, Perú.
- *Literatura mexicana*, México.
- *Mundo equino*, México.
- *Nueva Era*, México.
- *Página de la Capilla Alfonsina*, México.
- *Repertorio Americano. Semanario de Cultura Hispánica*, Costa Rica.
- *Revista Azul, segunda época*. México
- *Revista de Estudios Ortegueanos*, España.
- *Revista de Occidente*, España.
- *Revista de la Universidad de México*, México.
- *Solar*, Perú.
- *Thesaurus*,

### **Bibliografía de Alfonso Reyes:**

#### Libros:

- Alfonso Reyes, *Diario. 1911-1930*, prólogo de Alicia Reyes, nota del doctor Alfonso Reyes Mota, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969.
- Alfonso Reyes, *Mi óbolo a Caronte. (Evocación del general Bernardo Reyes)*, estudio preliminar, edición crítica, nota y selección de apéndices por Fernando Curiel Defossé, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007. [Colección memoria y testimonios].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. I. Cuestiones Estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955. [Letras mexicanas].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. III. El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquéllos días. Retratos reales e imaginarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956. [Letras mexicanas].

- *Obras completas de Alfonso Reyes. IV. Simpatías y diferencias. Primera, segunda y tercera series. Cuarta serie. Los dos caminos. Quinta serie. Reloj de sol. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956. [Letras mexicanas].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. VII. Cuestiones gongorinas. Tres alcances a Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958. [Letras mexicanas].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. IX. Norte y Sur. Los trabajos y los días. Historia natural das Laranjeras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959. [Letras mexicanas].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. X. Constancia poética*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959. [Letras mexicanas].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. XI. Última Tule. Tentativas y orientaciones. No hay tal lugar...*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960. [Letras mexicanas]. .
- *Obras completas de Alfonso Reyes. XII. Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960. [Letras mexicanas].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. XXIV. Memoria. Oración del 9 de febrero. Memoria de la facultad. Tres cartas y dos sonetos. Berkleyana. Cuando creí morir. Historia documental de mis libros. Parentalia. Albores. Páginas adicionales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990. [Letras mexicanas].
- *Obras completas de Alfonso Reyes. XXVI. Vida de Goethe. Rumbo a Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goetheanos. Teoría de la sanción*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. [Letras mexicanas].

#### Artículos:

- Reyes, Alfonso “Treno para José Ortega y Gasset”, en *Cuadernos Americanos*, México, año VI, vol., LXXXV, núm., 1, enero-febrero, 1956.
- Reyes, Alfonso, “El silencio por Mallarmé. Encuesta sin trascendencia”, en *Revista de Occidente*, Madrid, volumen 2, número 5, noviembre de 1923.

- Reyes, Alfonso, “Sobre Manuel José Othón”, en *Repertorio Americano. Semanario de Cultura Hispánica*, San José, Costa Rica, tomo XXXV, número 3, año XIX, número 835.

#### Folletos:

- *Composición presentada en los exámenes de 1º. y 2º. curso de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria por el Alumno Alfonso Reyes*, México, Tip. Económica, 1907.
- *Discurso pronunciado por el alumno Alfonso Reyes en la Escuela Nacional preparatoria en la velada de H. Moisson el día 22 de marzo de 1907*, México, s.p.i., 1907.

#### Epistolarios:

- *Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel. Correspondencia*, edición de Serge I. Zaïzeff, México, El Colegio de México, 2009.
- *Alfonso Reyes/Enrique González Martínez. El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, compilación, estudio introductorio y notas de Leonardo Martínez Carrizales, México, Fondo de Cultura Económica, 2002. [Letras mexicanas].
- *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia I. 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. [Biblioteca Americana].
- *Alfonso Reyes / Victoria Ocampo. Cartas echadas. Correspondencia 1927-1959*. Edición y presentación de Héctor Perea, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1983. [Colección de Cultura universitaria. Serie / Correspondencia 8].
- *Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar*, recopilación, introducción y aclaraciones contextuales de Adolfo Caicedo Palacios, Bogotá, Siglo del Hombre Editores / Universidad de los Andes, 2009. [Biblioteca Universitaria.Ciencias Sociales y Humanidades. Conversaciones].

- Alfonso Reyes, *Cartas mexicanas. (1905-1959)*, selección e introducción de Adolfo Castañón, con la colaboración de Juan Antonio Rosado y Lourdes Borbolla, epílogo de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio de México, 2009.
- *Alfonso Reyes y los escritores peruanos*, compilación y notas de Rafael Vargas, México, El Colegio de México, 2009. [Colección Testimonios].
- *Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*, compilación de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 1998.
- *Cartas a La Habana. Epistolario de Alfonso Reyes con Max Henríquez Ureña, José Antonio Ramos y Jorge Mañach*, compilación, transcripción, prólogo y notas de Alejandro González Acosta, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. [Nueva Biblioteca Mexicana, 102].
- *Cartas echadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Victoria Ocampo. (1927-1959)*, segunda edición revisada, México, presentación y compilación de Héctor Perea, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009. [Margen literaria].
- *Grito de auxilio. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Juana de Ibarbourou*, compilación de Serge I. Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 2001.
- Gutiérrez-Vega, Zoraida, *Epistolario. Alfonso Reyes-José Ma. Chacón y Calvo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.
- *Guzmán/Reyes. Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, edición, prólogo (epistolar), notas y apéndice documental de Fernando Curiel, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991. [Nueva Biblioteca Mexicana, 104].
- *Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, edición de Serge I. Zaïtzeff, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009. [Margen literaria].
- *Odiseo sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. (correspondencia 1927-1959)*, compilación transcripción, presentación y notas por Gregory Zambrano, Venezuela, Fundación Casa de las Letras “Mariano Picón Salas” / Consejo Nacional de la Cultura, 2001.
- *Odiseo sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. (Correspondencia 1927-1959)*, compilación, presentación y notas de Gregory Zambrano, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León / Universidad de Los Andes, 2001. [Ediciones del Festival Alfonsino].

- *Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Epistolario íntimo (1906-1946)*, segundo tomo, recopilación de Juan Jacobo Lara, Santo Domingo, 1981.
- *Saludos del Perú para Alfonso Reyes*, plan, coordinación y cuidado de la edición de Rafael Vargas, Lima, Embajada de México en el Perú, s.f..
- Tapia Méndez, Aureliano (comp.), *Correspondencia Alfonso Reyes/Ignacio H. Valdés. 1904-1942*, 2ª., edición, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2008. [Ediciones del Festival Alfonsino. Colección 75 aniversario].
- *Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto F. Giusti*, México, El Colegio Nacional, 2000.
- *20 epistolarios riplatenses de Alfonso Reyes*, compilación de Serge I. Zaitzeff, México, El Colegio Nacional, 2008.
- Zaitzeff, Serge I., *Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, México, El Colegio Nacional, 1987.

#### Libros y artículos, en general:

- Aguilar, Marcos Daniel, “Alfonso Reyes: poesía a lomo y a galope”, en *Mundo equino*, México, año 7, número 40, septiembre-octubre 2009.
- Ajenjo, Carmen e Iñaki Gabaráin, “Viaje a la Argentina, 1916. Primera parte”, en *Revista de Estudios Ortegueanos*, Madrid, 1, 2000.
- *Alfonso Reyes lee el Quijote*, compilación de Adolfo Castañón y Alicia Reyes, México, El Colegio de México, 2008. [Serie trabajos reunidos, 6].
- Alvarado, José, *Tiempo guardado*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976. [SepSetentas, 266].
- *Antología de Rubén Darío*, selección y prólogo de Jaime Torres Bodet, México, Fondo de Cultura Económica, 1966. [Biblioteca Americana].
- Arenas Monreal, Rogelio, *Alfonso Reyes y los hados de febrero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma de Baja California, 2004. [Selección Anual para el Libro Universitario 2002-2003].
- Asturias, Miguel Ángel, *París. 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, edición crítica de Amos Segala, México, CONACULTA, 1989. [Colección Archivos, 1].

- Azcárate, Justino de “Sobre la actividad política de Ortega”, en *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1983. [Extraordinario VI].
- Aznar Soler, Manuel (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2006. [Biblioteca del Exilio. Anejos IX].
- Barba Jacob, Porfirio, *Vida profunda*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007. [Lecturas universitarias. *Nuestros clásicos*].
- Barga, Corpus, “Visión de Anáhuac”, por Alfonso Reyes. (Biblioteca de Índice. Rivadeneyra, Madrid)”, en *Revista de Occidente*, Madrid, volumen 1, número 2, agosto de 1923.
- Barili, Amelia, *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: la cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*, prólogo de Elena Poniatowska, México, Fondo de Cultura Económica, 1999. [Lengua y estudios literarios].
- Batalla, Diódoro, “Bienvenida a Rubén Darío”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica/Comunidad latinoamericana de Escritores, 1968. [Sección de lengua y Estudios literarios].
- Batiste Moreno, José Francisco, “Valle-Inclán y el cannabis. Historia de un amor intelectual”, en *El Pasajero. Revista de estudios sobre Ramón del Valle Inclán*, otoño de 2002 ([www.elpasajero.com/cannabis.htm](http://www.elpasajero.com/cannabis.htm)).
- Bellini, Guiseppe, “Hispanismo e hispanoamericanismo en Italia”, en *Hispanic Issus Online*, <http://hispanicissus.umn.edu>
- Benavides Hinojosa, Artemio, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, México, Tusquets Editores, 2009. [Colección Centenarios, 4].
- Bocherski, I. M., *La filosofía actual*, quinta reedición, México, Fondo de Cultura Económica, 1973. [Breviarios de Fondo de Cultura Económica, 16].
- Campos, Rubén M., *El bar. La vida literaria en México en 1900*, prólogo de Serge I. Zaitzeff, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. [Al Siglo XIX. Ida y vuelta].
- Carrilla, Emilio, “La revista de Leopoldo Lugones. (*La Revue Sud-Americaine*)”, en *Thesaurus*, tomo XXXIX, número 3, 1974.

- Ceballos, Ciro B., *Panorama mexicano 1890-1910*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. [Al Siglo XIX. Ida y vuelta].
- Cerezo Galán, Pedro, “Ortega y la generación de 1914: un proyecto de ilustración”, en *Revista de Occidente*, Madrid, número 156, mayo, 1994.
- Coello, Oscar, “José de la Riva-Agüero. Centenario de una tesis memorable”, en *Escritura y pensamiento*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas, año VIII, número 17, 2005.
- Colombi, Beatriz, “Una ciudad letrada extraterritorial: escritores hispanoamericanos en París en el fin-del-siglo”, en [www.iai.spk-berlin-de/filea-min/](http://www.iai.spk-berlin-de/filea-min/)
- *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna, seguido de Anejo Documental de Fernando Curiel Defossé, tercera edición revisada y aumentada, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. [Nueva Biblioteca Mexicana, 5].
- Crespo de la Serna, Jorge J., *Julio Ruelas en la vida y en el arte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968. [Presencia de México, 3].
- Curiel, Fernando, *Tarda Necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul. (Se incluye facsímile)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Chávez, Julio César, *Unamuno y América*, 2ª., edición, prólogo de Joaquín Ruiz-Giménez, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1970.
- Chirico, Giorgio de, *Memorias de mi vida*, traducción de Sofía Calvo, Madrid, Editorial Síntesis, 2004.
- Darío, Rubén, “Los asuntos de Nicaragua”, en *Antología de Rubén Darío*, selección y prólogo de Jaime Torres Bodet, México, Fondo de Cultura Económica, 1966. [Biblioteca Americana].
- Depestre Catony, Leonardo, “Jesús Castellanos: apuntes sobre un escritor”, en [www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)
- *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno. Epistolario*, introducción, edición y notas de José Ignacio Tellechea Idígoras, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000. [Cátedra de poética Fray Luis de León].
- Díez-Canedo, Enrique, “Letras de América. Rubén Darío”, Madrid, *España*, número 340, 21 de octubre de 1922.

- *Discurso pronunciado por el Señor Ministro de Cultura y Educación doctor Jorge Alberto Taiana en el Centenario del Nacimiento de Leopoldo Lugones. 13 de junio de 1974*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, 1974.
- “El caso de Rubén Darío”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica/Comunidad latinoamericana de Escritores, 1968. [Sección de lengua y Estudios literarios].
- “El País y el derecho internacional”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica/Comunidad latinoamericana de Escritores, 1968. [Sección de lengua y Estudios literarios].
- *Estudios sobre Rubén Darío*, compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica/Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968. [Sección de lengua y Estudios literarios].
- Fernández Pequeño, José Ma., *En el espíritu de las islas. Los tiempos posibles de Max Henríquez Ureña*, Santo Domingo, República Dominicana, Taurus, 2003. [Pensamiento].
- Fernández, Rafael Diego, “La huella de Altamira en la historia hispanoamericana”, en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Jurídicas*, Instituto de Investigaciones Jurídicas/Universidad Nacional Autónoma de México, México, año V, número 15, septiembre-diciembre 1990.
- Fernández Almagro, Melchor, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, prólogo de F. García Pavón, Madrid, Taurus, 1966.
- Fernández Medina, Nicolás, “El joven Valle-Inclán en México (1892-93)”, en *El Paajero. Revista de estudios sobre Ramón del Valle-Inclán*, estío 2004 ([www.elpasajero.com/vallemexico.html](http://www.elpasajero.com/vallemexico.html)).
- Flórez Miguel, Cirilo (coord.), *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2000. [Biblioteca Unamuno, 22].
- García Blanco, Manuel, *América y Unamuno*, Madrid, Editorial Gredos, 1964. [Biblioteca Románica Hispánica. II. Estudios y ensayos].

- García Calderón, Francisco, *América Latina y el Perú del novecientos. Antología de textos*, compilación e introducción de Teodoro Hompe Martínez, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/COFIDE, 2003. [Clásicos sanmarquinos].
- García-Máiquez, “Leyendo espero”, en [www.diariocadiz.es](http://www.diariocadiz.es) 4 de febrero de 2010.
- García de Queipo de Llano, Genoveva, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Garcíadiego, Javier, “Alfonso Reyes en España”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 1994.
- Garcíadiego, Javier, “Alfonso Reyes, diplomático en España. Años cómodos, pero insatisfactorios”, en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México en noviembre de 1996*, México, El Colegio de México, 1996.
- Garcíadiego, Javier, “Alfonso Reyes. cosmopolitismo diplomático y universalismo literario”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, t. I, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.
- Gerón, Cándido, *Diccionario político dominicano (1821-2000)*, Santo Domingo, Editora de Colores, 2001.
- González, Héctor, *Siglo y medio de cultura nuevoleonese*, México, 1946.
- González Guerrero, Francisco, *En torno a la literatura mexicana. Recensiones y ensayos*, prólogo y recopilación de Pedro F., de Andrea, México, Secretaría de Educación Pública/Dirección General de Divulgación, 1976. [SepSetentas, 286].
- Gorgono, Antonio, “Arturo Farinelli e le origini dell’ispanismo italiano”, en *L’aportto italiano alla tradizioni degli studi ispanici: Atti del Congresso, Nel Ricordo de Carmelo Samorá, Napoli, 30 e 31 de gennaio, 1 de februario 1992*, 1993.
- Granados, Aimer y Carlos Marichal (compiladores), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2004.
- Granados Chapa, Miguel Ángel, *Alfonso Cravioto. Un liberal hidalguense*, México, Océano/Gobierno del Estado de Hidalgo, 1984.

- Guerra, Francisco-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo II, traducción de Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica, 1988. [Sección de Obras de Historia].
- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Pensamiento hispanoamericano*, prólogo de R. H. Moreno Durán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. [Textos de Difusión Cultural. Serie El Estudio].
- Guzmán, Martín Luis, *Febrero de 1913*, México, Empresas Editoriales, S.A., 1963.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Editorial Raizal, 1952.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Ensayos*, edición crítica de José Luis Abellán y Ana María Benerrechea, Madrid, ALLCA/Fondo de Cultura Económica, 1998. [Colección Archivos, 35].
- Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, introducción y notas de Enrique Zuleta Álvarez, México, Fondo de Cultura Económica, 2000. [Biblioteca Americana].
- Henríquez Ureña, Pedro, *Desde Washington*, estudio introductorio, compilación y notas por Minerva Salado, México, Fondo de Cultura Económica, 2004. [Biblioteca Americana].
- Henríquez Ureña de Hlito, Sonia, *Pedro Henríquez Ureña. Apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI Editores, 1993.
- Hernández Reyes, Dalia, “Alfonso Reyes y Juan Ruíz de Alarcón”, en Poponic Karic, Pol y Fidel Chávez Pérez (coordinadores), *Alfonso Reyes: perspectivas críticas. Ensayos inéditos*, México, Tecnológico de Monterrey/plaza y Valdés Editores, 2004.
- Herrera, Fernando, “Prólogo”, en Joaquín García Monge y Roberto Brenes Mesén, *Vida y verdad. Revista. [San José de Costa Rica, 1904]*, edición, prólogo y notas de Fernando Herrera, San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2008. [Colección letras nacionales, 5].
- Holguín Callo, Oswaldo, “Palma y Riva-Agüero calas a su amistad”, en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. [www.cervantesvirtual.es](http://www.cervantesvirtual.es)

- Isaacs, Jorge, *María. Novela americana*, nueva edición, con un prólogo de J. M. Vergara y Vergara, y juicios de Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto y Justo Sierra, París, Casa Editorial Garnier Hermanos, s.f.
- Josa, Lola, “Juan Ruíz de Alarcón y su nuevo arte de entender la comedia”, en [www.biblioteca.org.ar/libros/200324.pdf](http://www.biblioteca.org.ar/libros/200324.pdf).
- King Calmon, Victoriano, “Darío Herrera y Rubén Darío: una amistad”, en *Anales de literatura hispanoamericana*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, número 15, 1986.
- “La primera Universidad Popular Mexicana”, en *Página de la Capilla Alfonsina*, vol. V., núm., 9, septiembre 2006.
- “La Universidad Popular. Misión y propósitos de la Universidad Popular Mexicana”, en *Página de la Capilla Alfonsina*, vol. V., núm., 9, septiembre 2006.
- Lira, Andrés, “Rodolfo y Alfonso Reyes. Dos visiones del derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia”, en Leticia Pérez Puente y Enrique González González (coordinadores), *Permanencia y cambio. II. Universidades hispánicas. 1551-2001*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad/Facultad de Derecho/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Loaeza, Guadalupe, “¿Tema tabú?”, en *Revista de la Universidad de México*, México, nueva época, número 86, abril 2011.
- López, Rafael, *Crónicas escogidas*, recopilación y prólogo de Serge I. Zaïtzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1970. [Letras mexicanas].
- Llera, Luis de, “Ortega en Argentina”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2006. [Biblioteca del Exilio. Anejos IX].
- Maíz, Claudio, “Unamuno e Hispanoamérica: escribir desde la periferia”, en Cirilo Flórez Miguel (coord.), *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2000. [Biblioteca Unamuno, 22].
- Martínez, José Luis, “Luis González Obregón (1865-1938). Director de septiembre de 1919 a septiembre de 1922”, en [www.acadmexhistoria.org.mex/miembros](http://www.acadmexhistoria.org.mex/miembros) A
- *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen IV, primera parte, selección y bibliografía de James Willis Robb, México, El Colegio Nacional, 1996.

- *Max Henríquez Ureña y su contribución a la cultura mexicana. Artículos. Conferencias. Poesías. Cartas*, compilación, introducción y notas de Cándido Girón, Santo Domingo, Editora Centenario, 2008.
- Mejías Alonso, Almudena, “Algunos pseudónimos de escritores mexicanos del siglo XIX”, en *Anales de literatura hispanoamericana*, 1999. [www.revistas.ucm.es](http://www.revistas.ucm.es)
- Menéndez y Pelayo, M., *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, 1911.
- Moreno, Daniel, “La literatura y sociología en *La Parcela* y otras obras de José López Portillo y Rojas”, en *Narrativa selecta de José López Portillo y Rojas*, presentación de Marco Antonio Millán, México, ediciones Oasis, 1980.
- *Narrativa selecta de José López Portillo y Rojas*, presentación de Marco Antonio Millán, México, Ediciones Oasis, 1980.
- Nervo, Amado, *Obras completas. Tomo II. Prosas. Poesías*, edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero (prosas), Alfonso Méndez Plancarte (poesías), Madrid, Aguilar S.A., Ediciones, 1952.
- Nervo, Rodolfo, “Entretelones de una causa”, en *Estudios sobre Rubén Darío*, compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez, México, Fondo de Cultura Económica/Comunidad latinoamericana de Escritores, 1968. [Sección de Lengua y Estudios literarios].
- *Obras completas de Amado Nervo. Tomo VII. Los jardines interiores. En voz baja*, prólogo de Miguel de Unamuno, texto al cuidado de Alfonso Reyes, ilustraciones de Marco, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920.
- *Obras completas de José Enrique Rodó*, compilación y prólogo de Alberto José Vaccaro, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, s.f.
- *Obras de Antonio Gómez Robledo. I. Filosofía*, compilación y presentación de Carlos Ávila Flores, México, El Colegio Nacional, 2001.
- Ortega y Gasset, José, *Obras completas. Tomo I. (1902-1915)*, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004.
- Ortega y Gasset, José, *Obras completas. Tomo II. (1916)*, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004.

- Othón, José Manuel, *Epistolario*, recopilación, transcripción, introducción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999. [Ida y regreso al Siglo XIX].
- *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen I, primera parte, segunda edición, México, El Colegio Nacional, 1996.
- Paredes, Alberto, “También con discusiones literarias se hacen países. Alfonso Reyes y la mexicanidad de Ruiz de Alarcón”, en *Literatura mexicana*, vol., 21, núm., 1, 2010. [Bicentenario de la Independencia Mexicana].
- Patout, Paulette, “La cultura hispanoamericana en París entre 1910 y 1936”, en Miguel Ángel Asturias, *París. 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, edición crítica de Amos Segala, México, CONACULTA, 1989. [Colección Archivos, 1].
- Perea, Héctor, *Nuestras naves. Imagen de México en España*, prólogo y selección de Héctor Perea, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993. [Colección Cultural Universitaria. Serie. Ensayos].
- Perea, Héctor *La rueda del tiempo, México. Mexicanos en España*, Cal y Arena, 1996. [Los libros de la Condesa].
- Pérez Puente, Leticia, y Enrique González González (coordinadores), *Permanencia y cambio. II. Universidades hispánicas. 1551-2001*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad/Facultad de Derecho/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Rodríguez Urruty, Hugo, “Sobre Valle-Inclán, México y Alfonso Reyes”, en *Boletín Capilla Alfonsina*, México, número 5, 30 de septiembre de 1967.
- Quesada Soto, Álvaro, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque histórico*, primera reimpression, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1995.
- Quintanilla, Susana, “Nosotros”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets Editores, 2003. [Tiempo de Memoria].
- Quintanilla, Susana, *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución Mexicana*, México, Tusquets Editores, 2009. [Colección Centenarios, 5].
- Rafael, Luis, “Jesús Castellanos”, en [www.luisrafaelcu.blogspot.com](http://www.luisrafaelcu.blogspot.com)

- Ramos, Vicente, *Rafael Altamira*, prólogo de Julio E. Guillén Tato, Madrid/Barcelona, Alfaguara, 1968. [Hombre, hechos e ideas].
- Requeni, Antonio, “Poetas en el periodismo”, en *Boletín de la Academia Nacional de Periodismo*, Buenos Aires, año 6, número 16, 2004.
- Reyes, Alicia, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976. [Genio y figura, 30].
- Robb, James W., “La Cena de Alfonso Reyes, cuento onírico. ¿Surrealismo o realismo mágico?”, en *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen IV, primera parte, selección y bibliografía de James Willis Robb, México, El Colegio Nacional, 1996.
- Rodríguez, Maricela, *Julio Ruelas. Una obra en el límite del hastío*, México, CONACULTA, 1996. [Cículo de Arte].
- Rodríguez Lobato, Margarita, *Julio Ruelas... Siempre vestido de huraña melanmcolía. Temática y comentario a la obra ilustrativa de Julio Ruelas en la Revista Moderna, 1898-1911*, México, Universidad Iberoamericana/Departamento de Arte, 1998.
- Salas, Jaime de, “Sobre la génesis de las *Meditaciones del Quijote*”, en *Revista de Occidente*, Madrid, número 156, mayo, 1994.
- Salazar, Adolfo, “Alfonso Reyes: *Los dos caminos*. (Cuarta serie de *Simpatías y diferencias*). Madrid, 1923”, en *Revista de Occidente*, Madrid, volumen 5, número 13, julio de 1924.
- Sánchez Colomer, María Fernanda, “Las conferencias de Valle-Inclán en México (1921): algunas reseñas olvidadas”, en *El Pasajero. Revista de Estudios sobre Ramón del Valle-Inclán*, otoño 2002. ([www.elpasajero.com/confe1921.html](http://www.elpasajero.com/confe1921.html)).
- Sánchez Mora, Alexander, “Las cien novelas de José Fabio Garnier”, en *Áncora*, revista cultural de *La Nación*, San José, Costa Rica, domingo 31 de agosto de 2008.
- Sánchez Santos, Trinidad, *Editoriales de “El País”, en 1910, 1911 y 1912*, compilados y anotados por Manuel León Sánchez, Ediciones León Sánchez, 1923.
- Seoane, María Cruz, y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, Madrid, Alianza/Universidad/Textos, 1996.

- Sierra, Víctor Manuel, “El Marqués de Montealegre de Aulertia: hermeneuta de la contrarrevolución”, en *Solar*, año 4, número 4, Lima 2008.
- Suárez León, Carmen, *Gravitación cubana en la Revista Azul*, México, Instituto de investigaciones Filológicas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. [Colección de bolsillo, 12].
- Tablada, Juan José, *Obras-IV. Diario (1900-1944)*, edición de Guillermo Sheridan, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. [Nueva Biblioteca Mexicana, 117].
- Taracena, Alfonso, *La verdadera Revolución Mexicana. primera etapa (1901 a 1913)*, prólogo de José Vasconcelos, México, Editorial Jus, 1960. [Figuras y episodios de la historia de México, no. 82].
- *TodoValle-Inclán en México*, prólogo, notas, iconografía y bibliografía por Luis Mario Schenider, México, Dirección General de Difusión Cultural / Dirección de Literatura / Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Torres, Edelberto, *La dramática vida de Rubén Darío*, tercera edición, México, Editorial Grijalbo, 1958. [Biografía Gandesa].
- Torres Aguilar, Morelos, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana. (Ciudad de México, 1912-1920)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010. [Sociedad y Cultura. México Siglo XXI].
- Torres López, Erasmo E., *La presencia eterna de Porfirio Barba Jacob en Monterrey*, Monterrey, Conalep/Nuevo León, 2009.
- Torri, Julio, *Epistolarios*, edición de Serge I. Zaitzeff, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995. [Nueva Biblioteca Mexicana, 108].
- Torri, Julio, *Diálogos de los libros*, compilador Serge I. Zaitzeff, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. [Letras mexicanas].
- Trelles, Carlos M., *Los ciento cincuenta libros más notables que los cubanos han escrito*, Habana, Imprenta “El Siglo XX”, de Aurelio Miranda, 1914.
- “Un acto de fe: *Revista de América*”, en Francisco García Calderón, *América Latina y el Perú del novecientos. Antología de textos*, compilación e introducción de Teodoro Hompe Martínez, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/COFIDE, 2003. [Clásicos sanmarquinos].

- Urbina, Luis G., “Madrid se despide de Alfonso Reyes. Dibujos en un menu”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, volumen I, primera parte, segunda edición, México, El Colegio Nacional, 1996.
- Vallejo, Fernando, *El mensajero. Una biografía de Porfirio Barba Jacob*, México, Alfaguara, 2004.
- Vázquez Gómez, Francisco, *Memorias políticas (1909-1913)*, México, Imprenta Mundial, 1933.
- Vera Estaño, Jorge, *Historia de la Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, tercera edición, México, Editorial Porrúa, S.A., 1976.
- Viscaya, Isidro, *Los orígenes de la industrialización en Monterrey: una historia económica y social desde la caída del Segundo Imperio hasta el fin de la Revolución (1867-1920)*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León/Secretaría de Educación/Fondo Editorial/ITESM, 2006.
- *Visión de España*, compilación de Héctor Perea, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Zavala, Silvio, “El americanismo de Altamira”, en *Silvio Zavala en la Memoria de El Colegio nacional. II. (1947-1974)*, compilación e introducción de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2009.

#### **Fuentes electrónicas:**

- [www.acadmexhistoria.org.mex/miembros](http://www.acadmexhistoria.org.mex/miembros) A
- [www.cervantesvirtual.es](http://www.cervantesvirtual.es)
- [www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)
- [www.elpasajero.com/cannabis.htm](http://www.elpasajero.com/cannabis.htm).
- [www.elpasajero.com/confe1921.html](http://www.elpasajero.com/confe1921.html)
- [www.elpasajero.com/vallemexico.html](http://www.elpasajero.com/vallemexico.html)
- [www.luisrafaelcu.blogspot.com](http://www.luisrafaelcu.blogspot.com)
- [www.revistas.ucm.es](http://www.revistas.ucm.es)